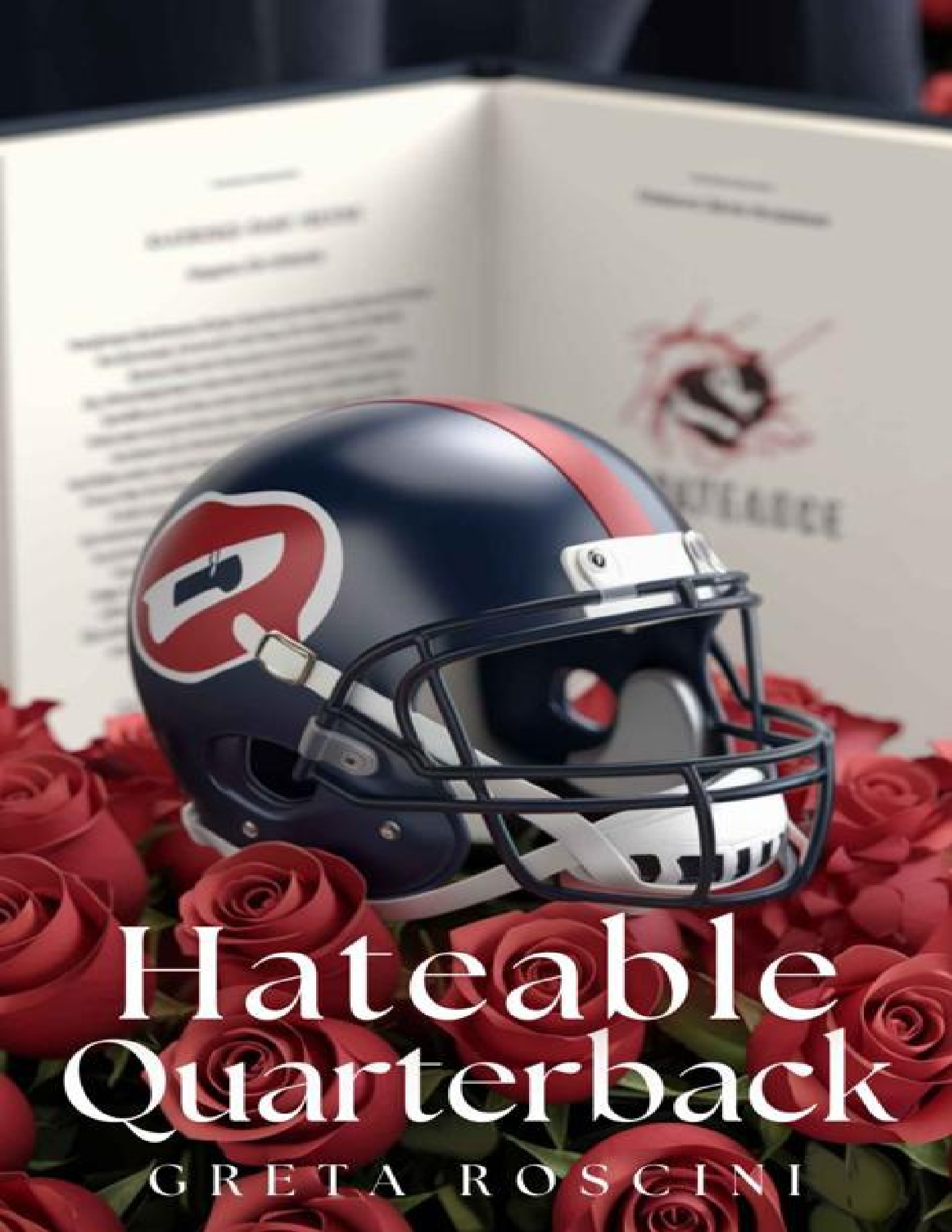

Hateable
Quarterback
GRETA ROSCINI

Me llamo Dakota Wexler, y mi plan era sencillo: estudiar, sobresalir y no dejarme distraer por idiotas llenos de músculos y testosterona.

Luego llega él, Hunter Slates, y manda todo a la mierda.

Hunter no es solo el rey indiscutible del campus, un egocéntrico patológico: es el protagonista de cada cotilleo subido de tono que las animadoras adoran susurrar, el quarterback que todas desean y que todos quieren ser. Es un jodido enigma. Increíblemente guapo, arrogante como pocos, y, oh, pequeño detalle: esconde un secreto que podría cambiarlo todo. No sé exactamente de qué se trata, pero sé que es algo grande, algo que nadie, ni siquiera él, conoce del todo.

¿Yo? Solo soy una empollona con la cabeza llena de sueños y lenguas antiguas, catapultada a un mundo de fiestas y mentiras, donde él se divierte desafiándome, provocándome, empujándome más allá de todos mis límites. Cada vez que intento escapar, Hunter me arrastra de nuevo a su caos – con una mirada, una sonrisa de cabrón, o uno de esos movimientos suyos calculados para destruirme desde dentro.

Pero hay más. Detrás de esa sonrisa arrogante y esa fama de playboy, hay un chico que esconde cicatrices profundas, secretos que no quiere compartir con nadie, ni siquiera conmigo. Y cuando su misterio amenaza con arrastrarnos a ambos, me encuentro frente a una elección imposible: protegerlo y arriesgarme a perderme, o dejarlo hundirse y mantener a salvo lo que queda de mí.

Hunter Slates no es solo un quarterback. Es una tormenta, un peligro, un enigma imposible de ignorar. ¿Y yo? No sé si podré ganar este partido sin perderlo todo.

Bienvenidos a mi historia. La de un quarterback que no sabe lo que significa “no” y de una empollona que no puede dejar de decirlo.

Pero confíenme, el partido acaba de empezar.

ÍNDICE

1
DAKOTA
2
HUNTER
3
DAKOTA
4
HUNTER
5
DAKOTA
6
DAKOTA
7
HUNTER
8
DAKOTA
9
DAKOTA
10
DAKOTA
11
HUNTER
12
HUNTER
13
DAKOTA
14
DAKOTA
15
DAKOTA
16
HUNTER
17
HUNTER
18
DAKOTA
19

DAKOTA
20
DAKOTA
21
HUNTER
22
DAKOTA
23
HUNTER
24
HUNTER
25
DAKOTA
26
HUNTER
27
DAKOTA
28
HUNTER
29
DAKOTA
30
DAKOTA
31
DAKOTA
32
HUNTER
33
DAKOTA
34
DAKOTA
35
HUNTER
36
DAKOTA
37
DAKOTA
38
HUNTER
EPÍLOGO

DAKOTA

Greta Roscini

HATEABLE QUARTERBACK

Novela

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con empresas, hechos, lugares o personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Hateable Quarterback
Primera edición eBook: noviembre de 2024
© 2024 Greta Roscini
Imagen de portada © 2024 Greta Roscini

PLAYLIST

1. *Earned It* - The Weeknd
2. *Unholy* - Sam Smith & Kim Petras
3. *Love on the Brain* - Rihanna
4. *Take Me to Church* - Hozier
5. *Secrets* - OneRepublic
6. *Wicked Game* - Chris Isaak
7. *Jealous* - Labrinth
8. *The One That Got Away* - Katy Perry
9. *Dangerous Woman* - Ariana Grande
10. *Stay* - Zedd ft. Alessia Cara
11. *Somebody Else* - The 1975
12. *Set Fire to the Rain* - Adele
13. *Halo* - Beyoncé
14. *Blinding Lights* - The Weeknd
15. *Shallow* - Lady Gaga & Bradley Cooper
16. *I Will Wait* - Mumford & Sons
17. *All I Want* - Kodaline
18. *Skin* - Rag'n'Bone Man
19. *Say You Won't Let Go* - James Arthur
20. *Young and Beautiful* - Lana Del Rey

1

DAKOTA

"Mueve ese culo de gimnasio y quítate de en medio, mastodonte".

No lo digo en voz alta, obvio. Pero en mi cabeza estoy gritando como una posesa, como si tuviera un megáfono plantado justo en la cara de este imbécil.

Estoy aquí mirando fijamente a este gorila musculado que bloquea la entrada de la biblioteca como si fuera el guardián del Olimpo del testosterona. Tiene esa expresión vacía, típica de alguien que está viendo un picaporte por primera vez en su miserable existencia. Tal vez esté tratando de entender cómo funciona, o más probablemente solo esté admirando su reflejo en el cristal, convencido de que el sol brilla directamente desde su culo perfectamente esculpido.

Los dedos me pican sobre el teclado del portátil que aprieto como si fuera el último refugio de mi cordura. Tengo unas ganas locas de escribir un "QUE TE JODAN" en Comic Sans, tamaño 72, dedicado a todos estos descerebrados. Tengo un libro que terminar, maldita sea, y no tengo tiempo que perder con algún gorila dopado que se pasea por el campus como si estuviera en el set de una porno amateur. Joder, parece salido de un catálogo de "Musculosos & Idiotas Magazine": puro músculo a la vista y el cerebro en modo avión perpetuo.

Por fin, el mastodonte se digna a abrir la puerta. ¡Aleluya!

Me cuelo por la apertura como una ninja antes de que este armario empotrado decida cerrarlo todo de nuevo, probablemente pensando en defender el templo inviolable de sus sacrosantos músculos. Me dan ganas de reír, pero sobre todo me dan ganas de vomitar.

La biblioteca del campus de St. Clara debería ser mi refugio. Subrayo "debería". Un lugar donde, en teoría, los quarterback con el ego inflado y las animadoras sin bragas (y a menudo sin dignidad) no deberían poner un pie. Pero ¿quién demonios sigue creyendo en teorías? El campus es un enorme parque de atracciones para estos idiotas, con avenidas arboladas y parterres que parecen diseñados más para TikTok que para estudiar. Hay este cuadrángulo central donde los estudiantes se tumban como lagartos en celo, y por todas partes grupitos de idiotas que se ríen entre ellos, probablemente discutiendo sobre la última neurona que perdieron en la fiesta de anoche.

Y entonces lo veo. Oh, no.

Hunter-jodido-Slates.

¿Pero qué cojones hace aquí? Hunter es el rey indiscutible de este circo, el quarterback con la fama mítica –y no solo hablo de su manera de lanzar el balón. No, su verdadera leyenda gira en torno a lo que lleva en los pantalones. Es imposible no escuchar las historias sobre su "talento", y por talento me refiero a su pollón mastodóntico que, al parecer, tiene dimensiones bíblicas. Lo juro, parece que cada chica en un radio de cien kilómetros ha tenido el "privilegio" de probarlo, y

cada vez la historia se vuelve más épica. Las animadoras hablan de ello como si fuera la octava maravilla del mundo –la polla de Hunter Slates, la Moby Dick del campus. No puedo pedir un maldito café sin escuchar a alguna tía perdida en detalles anatómicos: "Oh, dios mío, es tan enorme, necesitas dos manos para manejarlo" y bla, bla, bla. Como si hubiera ganado el Nobel de la Paz con su polla.

Trato de ignorarlo, pero obviamente tiene que venir aquí a joderme la existencia. Lo siento cerniéndose sobre mí como un eclipse de testosterona.

"Ey, cerebrito. ¿Cómo va la caza de alienígenas? ¿Has encontrado algo interesante en tus galaxias nerd?" Su voz es tan irritante como una uña en el cristal, rebosante de esa seguridad que viene de no haber tenido que usar más de dos neuronas a la vez en toda su vida.

"Hunter, si estás aquí para aprender el abecedario, te advierto que no doy clases particulares a casos perdidos. Aquí se necesitan sinapsis funcionales, no solo músculos."

Ríe, y el sonido me pone la piel de gallina, de esa manera perversa que odio admitir incluso a mí misma. "Siempre mordaz, Dakota. Pero en serio, ¿qué haces con todas esas palabras complicadas? ¿No preferirías usar esa boca para algo más... estimulante?"

Sus ojos azules me escrutan como rayos X, y siento su mirada tratando de desnudarme a pesar de mi camiseta extragrande y mis vaqueros que parecen robados a un camionero. Sueña despierto, imbécil. "¿A qué has venido, Hunter? No veo a tu habitual harén de cerebros huecos, así que debes estar realmente desesperado si hablas conmigo."

Se sienta como si estuviera en su casa, extendiendo esas piernas infinitas. Se comporta como si poseyera el universo entero, yo incluida. "Necesito un favor."

Levanto una ceja tan alto que podría alcanzar la órbita. "Hunter, no soy tu salvadora y no tengo tiempo para resucitar neuronas muertas."

Se inclina hacia mí, y su olor me invade como una ola –una mezcla de aftershave caro, arrogancia y puro testosterona. El olor de alguien que sabe que tiene la polla más grande del campus y quiere que todo el mundo lo sepa. "No hablo de estudiar, cerebrito. Es algo más... íntimo. Algo que requiere talento. Y sabes que de eso tengo para dar y regalar."

Lo miro como si fuera una forma de vida alienígena particularmente repugnante. "¿En serio? Pensaba que tu único talento era ser un monumental gilipollas. Al parecer también sabes formar frases completas. Qué progreso."

Ríe de nuevo, un sonido bajo y vibrante que me hace picar las manos de las ganas de darle una bofetada. "Sabes, Dakota, debajo de todo ese veneno hay alguien que muere de ganas de ser... domada."

Aprieto los dientes tan fuerte que podrían romperse. "Hunter, si la domesticación de la que hablas te involucra a ti, prefiero seguir salvaje. Ya te he dicho que mi interés por ti es igual a tus capacidades intelectuales: cero absoluto."

Se acerca más, y su sonrisa de cabrón se ensancha. "Admítelo, te pica la curiosidad. Todas hablan de mí, y tú no eres inmune. Quizás solo quieras comprobar si los rumores son ciertos."

Suelto un bufido tan fuerte que podría apagar un incendio. "Oh, estoy segurísima de que tu polla es todo lo que dicen. Pero prefiero leer un libro aburrido que hacer un tour guiado por el parque de atracciones de tus pantalones."

Su risa retumba como un trueno. "Golpe bajo, cerebrito. Pero en serio, ¿crees que podrás resistir para siempre? Quien desprecia, compra. Y tú me desprecias tanto que debe significar algo."

Me inclino hacia adelante, cargada de veneno. "Escucha, Hunter, no hay precio en el mundo

que me haría comprar la mierda que vendes tú. Solo eres bueno lanzando pelotas –de todo tipo– y bajando las bragas a chicas con más silicona que materia gris. Tu arrogancia da asco, y todo este rollo de macho alfa es tan patético como una animadora tratando de resolver una ecuación."

Se recuesta en la silla, cruzando los brazos sobre el pecho de una forma que hace resaltar cada uno de sus músculos. Cabrón. "Quizás tengas razón, Dakota. Quizás solo soy un pobre gilipollas. Pero al menos yo me divierto. Y sé que debajo de esa coraza de dura hay alguien que muere por soltarse. Esta noche hay una fiesta. Quizá allí descubramos quién eres realmente."

Pongo los ojos en blanco tan fuerte que podrían quedarse así. "¿Ah, la fiesta donde mostrarás tu ego hipertrofiado? No, gracias. Prefiero una apendicectomía despierta."

Se levanta, y su camiseta ajustada no deja nada a la imaginación. "La invitación sigue en pie, cerebrito. Y apuesto a que irás. Eres demasiado curiosa para no hacerlo."

"Apuesta lo que quieras, campeón. Preferiría hacer un trío con dos puercoespines antes que darte la satisfacción."

Me lanza una última mirada, esa sonrisa de cabrón aún grabada en su cara. "Nos vemos, Dakota. Recuerda, eres tú quien juega a mi juego."

Lo veo alejarse, sus músculos moviéndose bajo la camiseta como en un anuncio ambulante. Y joder, tengo que admitir que la vista no está mal. Es innegablemente masculino, el tipo de hombre que hace girar cabezas –femeninas, masculinas y todo lo que hay entre medio. Cuando camina, todos lo miran, y estoy segura de que más de un chico sueña con descubrir si los rumores sobre su equipamiento son ciertos.

Joder. Va a ser un día larguísimo.

Miro la pantalla de Word como si pudiera darme las respuestas de la vida. Spoiler: no puede, y francamente preferiría someterme a una sesión de depilación con cera caliente antes que seguir mirando este puto documento. "Vamos, Dakota, concéntrate." Pero es más fácil decirlo que hacerlo cuando mi cerebro está ocupado procesando la existencia de ese monumental cabrón de Hunter Slates, el regalo no deseado que el universo ha decidido enviarme para poner a prueba los límites de mi cordura.

Santo Cristo, qué idiota galáctico. El rey indiscutible de los gilipollas inflados, el emperador supremo de los egos hipertrofiados, el sultán de los imbéciles. Si lo vierais pavonearse por el campus, como si hubiera inventado él el fútbol y también la gravedad, ya puestos. ¿Y lo peor? Todos le comen de la mano como si fuera la segunda venida de Cristo con un six-pack de infarto. Las chicas se derriten a su paso como helados olvidados al sol, dejando charcos de hormonas por donde pasan. ¿Y los chicos? Joder, los chicos lo idolatran como si cagase oro y mease champán. Es como ver un documental sobre el comportamiento de los monos en cautividad, solo que los monos tienen más dignidad.

Golpeo la cabeza contra el teclado, produciendo una línea de consonantes aleatorias que refleja perfectamente mi estado mental actual. Podría ser una buena contraseña, si no fuera porque mi frente ha puesto demasiado empeño. No, Dakota, no pienses en ello. No le des esa satisfacción. Pero su estúpida sonrisa me persigue como un virus informático particularmente resistente, de esos que ni siquiera un formateo del cerebro conseguiría borrar. ¿Y la manera en que me ha hablado hoy? Como si ya supiera que acabaría en su jodida cama. Sueña despierto, campeón. Prefiero hacerme monja en un convento de clausura.

Me levanto de golpe, haciendo que la silla emita un concierto de chirridos sobre el suelo de la biblioteca que haría palidecer a una banda de metal underground. Algún cerebrito levanta la mirada escandalizado, como si acabara de anunciar que quiero quemar todos los libros. Los

ignoro magistralmente. He perfeccionado el arte de pasar absolutamente de las opiniones ajenas, especialmente en este momento en que mi paciencia es más delgada que una loncha de jamón light del supermercado.

El aire californiano me golpea en la cara como una bofetada bien dada, de esas que te hacen girar la cabeza en cámara lenta en las películas dramáticas. Octubre un carajo, aquí hace todavía un calor que ni el infierno se atrevería, y Satán probablemente esté tomando notas para mejorar su sistema de calefacción. El sudor se me pega al cuerpo como un ex particularmente insistente que no ha entendido el significado de la palabra "que te jodan". Mi camiseta está empezando a parecer el mapa de un continente desconocido hecho enteramente de manchas de sudor.

Y luego está él. Hunter-maldito-Slates. Como una canción molesta que no puedes sacarte de la cabeza, de esas que pasan en la radio hasta la saciedad y terminas cantando en la ducha aunque las odies. Se ha metido en mi cerebro como un parásito particularmente tenaz, como una infección para la que no existe antibiótico. No es solo su apariencia de dios griego bajado a la tierra (y sí, lo admito, ese cuerpo parece esculpido en mármol por algún artista particularmente inspirado –pero antes me hago monja que decírselo). Es esa manera de ser, como si supiera exactamente qué botones pulsar para hacerme explotar. Como si tuviera un doctorado en "Cómo Sacar a Dakota de Sus Casillas 101" con especialización en "Técnicas Avanzadas de Provocación".

Cruzo el campus como un misil tierra-aire descontrolado, tratando de escapar de mis propios pensamientos que parecen multiplicarse como conejos en celo. Buena estrategia, Dakota. De verdad genial. Como si bastara con caminar para borrar esa cara de gilipollas de la memoria. O para olvidar cómo me miraba esta mañana, con esos ojos que prometían cosas que no debería ni considerar, cosas que harían sonrojar hasta a mi diario secreto si tuviera uno.

El césped central es una fiesta de estudiantes felices en su ignorancia, una orgía de despreocupación que me revuelve el estómago. Parejas que se besuquean como si estuvieran rodando la secuela de "50 sombras de Grey", grupitos que se ríen de alguna tontería como si fuera el chiste más divertido jamás escuchado desde el principio de los tiempos, tipos que fingen estudiar mientras en realidad están stalkeando en Instagram como detectives aficionados particularmente incompetentes. Los miro y pienso: benditos vosotros que no tenéis un Hunter Slates personal que os atormente la existencia como un picor en un punto que no puedes alcanzar.

Me apoyo en un árbol, tratando de recuperar el control de mi cordura que se me está escapando como arena entre los dedos. "Es solo otro gilipollas con un ego desmesurado", me repito como un mantra, pero ni el mismísimo Buda se lo creería. Y allí está él, claro, porque el universo tiene claramente un sentido del humor particularmente sádico. Como una aparición demoníaca salida directamente de mis peores pesadillas, Hunter desfila hacia el campo de fútbol con su séquito de admiradores profesionales. Los llamo así porque deben haber hecho un curso acelerado en "cómo lamerle el culo al quarterback" con máster en "adoración incondicional". Su camiseta ajustada no deja nada a la imaginación –no es que mi imaginación necesite ayuda últimamente, ya que está haciendo horas extra como una becaria mal pagada.

Nuestras miradas se cruzan por un milisegundo que parece durar una eternidad. Un milisegundo de más, cargado de electricidad como una tormenta de verano. Hay algo en sus ojos que me cabrea aún más, una chispa de... algo que me hace querer darle una bofetada o... no, mejor no terminar ese pensamiento. Como si supiera exactamente el efecto que tiene en mí y se lo estuviera pasando en grande, el cabrón. Como si pudiera leerme por dentro y ver todos esos

pensamientos que trato desesperadamente de reprimir, esos que mantengo cerrados en una caja fuerte mental con triple cerradura.

El móvil vibra como si estuviera teniendo un ataque epiléptico. Solana, mi adorada incitadora de malas decisiones, la persona que probablemente terminará siendo cómplice de mi inevitable colapso nervioso:

"¿Fiesta esta noche? Está tu acosador favorito. Ya sabes, ese alto, bueno y odioso que parece salido de un anuncio de ropa interior masculina. He oído que ha preguntado por ti. Dos veces. Y al parecer ha dicho que eres la única que no lo mira como si fuera un filete recién hecho. Sus palabras exactas eran más coloridas, pero me abstengo de citarlas para preservar tu cordura."

Agarro el móvil como si quisiera estrangularlo, imaginando que es el cuello de Hunter. Una fiesta. Con él. La idea me da urticaria. ¿O quizás sea excitación? No, definitivamente urticaria, tiene que ser urticaria, no puede ser otra cosa que urticaria. Me he prometido mantenerme alejada de ese circo de testosterona y drama que son las fiestas del campus, donde el alcohol corre como un río desbordado y el sentido común se va de vacaciones permanentes a Hawái. Lo último que necesito es ver a Hunter en su hábitat natural, probablemente rodeado de animadoras en celo que revolotean a su alrededor como abejas en un tarro de miel particularmente seductor.

Pero luego pienso: ¿sabes qué? Que le jodan a todo. Que le jodan a los libros, que le jodan a la perfección, que le jodan a Hunter Slates y a su ego mastodóntico que probablemente tiene su propio código fiscal. Quizá es hora de mostrarle a este campus que incluso la nerd virgen sabe cómo mandar todo a la mierda con estilo, que debajo de estas gafas de empollona se esconde una chica que podría hacer que sus fiestecitas universitarias parezcan un té con la abuela. Y si él cree que me presentaré allí como una de sus groupies adoradoras, pues... necesita urgentemente una lección de humildad. ¿Y quién mejor que yo para darle una buena lección de vida?

"Voy."

Dos palabras de pura locura, mi billete personal al infierno social. Pero oye, si voy a cometer un error, más vale hacerlo espectacular, ¿cierto? De esos que terminan en los libros de historia o al menos en las leyendas urbanas del campus. Y si Hunter cree que me tiene en la palma de su mano, pues... está a punto de descubrir que no soy el tipo de chica que se deja atrapar fácilmente. ¿Voy a jugar con fuego? Quizás. Pero quién sabe, quizá descubra que yo también sé cómo quemar, y que puedo transformar su juego en un infierno personalizado.

Vuelvo a la habitación, una sonrisa peligrosa en los labios que haría envidiar al gato de Cheshire. Esta noche podría ser un desastre épico de proporciones bíblicas. O quizá la cosa más emocionante que me haya pasado nunca, el tipo de noche que te hace repensar todas tus decisiones de vida mientras intentas recordar dónde dejaste tu dignidad. En cualquier caso, será todo menos aburrida. Tengo este picor bajo la piel, esta sensación eléctrica que me dice que estoy a punto de hacer algo tremendamente estúpido. ¿Y lo más absurdo? Estoy deseando hacerlo. Es como estar en la cima de una montaña rusa, sabiendo que la bajada será un desastre, pero esperando con ganas para gritar.

¿Y Hunter? Puede intentar jugar conmigo. Pero no sabe que cuando yo juego, cambio todas las reglas. No sabe que debajo de esta fachada de chica buena se esconde alguien que podría hacerle arrepentirse de haberme provocado. Y si de verdad quiere ver hasta dónde puedo llegar... bueno, quizá sea él quien no esté preparado para lo que está por suceder. Porque esta noche? Esta noche podría sorprender a todos. Incluida a mí misma.

2

HUNTER

Unas horas después

¿Se preguntan qué significa ser Hunter Slates?

Simple. Significa dominar.

No se trata solo de fútbol americano o de chicas que desfilan como polillas atraídas por una llama, todas hipnotizadas por la fama de lo que tengo entre las piernas. No, es algo de otro nivel. Es mirar a cada persona en el campus, desde los tipos de la biblioteca hasta los deportistas, con la certeza de que soy el maldito rey.

Cada paso que doy, es como si la tierra temblara, como si el mundo se inclinara solo para mí. Estoy programado para ganar, para ser venerado y para dejar claro a todos los que me encuentren que mi reino está hecho de testosterona y músculos.

Estoy en el campo para un partido bastante importante, el sol de California me besa la piel mientras el coach Abernathy grita instrucciones como si realmente necesitara sus consejos de predicador. Pero yo ya estoy concentrado en otra cosa, inmerso en mi papel de líder. Me agacho, tomo el balón, y la adrenalina fluye como una descarga eléctrica. Es esta sensación la que me hace sentir vivo.

"¡Muévete, Slates! ¡Estamos esperando a nuestro líder!" Cassian, mi offensive tackle, grita desde el fondo con una voz de película posapocalíptica sobre gorilas.

Yo, como buen amigo, respondo. "Tranquilo, Cassian, sé bien lo que tengo que hacer. Mejor no me hagas quedar en ridículo ahí delante, ¿ok? No quisiera que me arruinaras la cara de portada por culpa de tu estómago lleno de hamburguesas con queso."

Risa atronadora, de esas que resuenan en el pecho como un tambor. "Siempre el mismo cabrón, Slates. Y por eso todos te adoran."

Todos saben quién soy. No hay necesidad de repetirlo.

Me pongo el casco, siento el peso, siento el control. Cada pase que doy es una obra de arte, una obra maestra de precisión, mientras los demás, esos patéticos insectos que orbitan a mi alrededor, saben perfectamente quién está en el centro del universo.

¿Fuera del campo?

Una fila de chicas ansiosas por una noche inolvidable.

¿La decisión de a quién elegiré?

Esa solo me corresponde a mí.

Abernathy me grita un cumplido, pero no me detengo. Cada lanzamiento es una declaración. Es

como un giro inesperado en una película de Hollywood: el protagonista soy yo, y todos los demás son solo extras que me hacen destacar.

Las jugadas se suceden: slant, post, corner, hitch, fade. Un ballet que solo yo sé poner en escena a la perfección. Cada pase, cada finta, cada mirada astuta a los defensores es una parte de mi espectáculo, mi jodida representación. El balón sale de mis manos como si fuera una extensión de mi cuerpo, lanzado con una precisión que nadie aquí podría ni siquiera soñar. ¿Mis receptores? Marionetas en mis manos, peones de un juego que domino sin esfuerzo.

"¡Cassian, muévete! ¡Ábreme ese puto camino o vete a hacer de stripper!" le grito, mientras lo veo cargar como un toro. Él ruge, apartando al defensor con una fuerza que haría temblar al mismo dios Thor. Y mientras él empuja, yo ya estoy listo para el siguiente paso.

"Vamos, Cassian, ¿o quieres también una alfombra roja para animarte?" Y él, jadeante como un animal, se da la vuelta y sonríe con esa mueca de gorila que se cree gracioso. "¿Te he dado suficiente espacio o tengo que acercarme y darte sales?" Me hace reír, aunque tiene la expresividad de un frigorífico roto.

El balón vuela, preciso y letal, desliza como un proyectil en las manos del receptor. "¡Corre, corre, joder! ¡Ve y gana la gloria!" le incito, mientras mi compañero se escabulle entre los defensores, dejándolos atrás como idiotas. El campo se abre ante él como si estuviera atravesando las puertas del paraíso, y yo, yo estoy ahí para disfrutar del espectáculo.

Cassian se gira, el sudor deslizándose por su rostro. "Oye, Slates, ¿quieres algo más? ¿O también tengo que peinarte al final del partido?"

Estallo en carcajadas, un sonido que resuena como un gruñido. "Eres siempre el mismo cabrón, Cassian. Pero bien, estás aprendiendo. Tal vez algún día seas lo suficientemente digno para lustrarme los zapatos."

Y luego volvemos a empezar.

El juego es una máquina de guerra, una máquina que dirijo como un capitán sin siquiera sudar. Los defensores intentan prever mis pases, pero son demasiado lentos, demasiado estúpidos para seguirme el ritmo. "¡Muévanse! ¡Que estamos aquí para jugar al fútbol, no para hacer yoga!" Cassian sigue apartando a los defensores como si fueran muñecos de trapo, y yo solo soy Hunter Slates, el jefe, el jodido rey.

Lanzo otro balón, un tiro perfecto que surca el aire y se planta en las manos del receptor, más allá de la línea de gol. La multitud explota, aunque solo es un entrenamiento, porque todos aquí saben lo que significa tener a Hunter Slates en el campo: significa que solo hay una dirección, solo una verdad, y esa soy yo.

"¡Miren y aprendan!" grito a la multitud, el pecho hinchado de adrenalina. Esta es mi sinfonía, y soy yo quien lleva el ritmo. Cassian me lanza una mirada mientras se recupera, la cara una mezcla de admiración y resignación. "Eres un auténtico bastardo arrogante, Slates."

"Y tú amas cada minuto de este espectáculo, Cassian. Ahora, a trabajar. Todavía tenemos un jodido show que poner en escena."

El coach sigue gritando, pero sus palabras son solo ruido de fondo.

Yo sé lo que es perfecto. Yo decido el ritmo. Y hoy el ritmo es cabreado, una sinfonía estruendosa que lleva mi nombre. Cada pase, cada defensor superado no hace más que confirmar una verdad que todos aquí conocen: Hunter Slates es único. El balón llega al receptor como un misil guiado, y la multitud explota, aunque solo estamos en entrenamiento. Esta es mi prueba general, la anticipación de la gloria que me espera.

Me acerco al banquillo y me quito el casco, pasándome una mano por el cabello sudado. El sol

golpea mi piel, la adrenalina fluye en mis venas como un río desbordado. Miro a mi alrededor y, oh, ahí están. Las mismas chicas, fieles adoradoras que no se pierden ni una sola sesión de entrenamiento. Algunas de ellas ya saben cómo es tener a Hunter Slates entre las sábanas; otras solo están esperando su turno, ansiosas, listas para disfrutar de su noche con el rey.

¿Y quién soy yo para negarles tal privilegio?

Y justo en ese momento, ahí está. Megan. La animadora con piernas kilométricas y ese culo de portada de Maxim que parece gritar solo una cosa: "ven a por mí, Hunter". Ella siempre está lista para saltar cada vez que mi mirada la roza. Ya la he tenido dos, tres veces, qué sé yo, ¿quién cuenta esas cosas? Pero ella no se rinde, nunca. Cada vez que me ve, mueve la cola como un cachorro que no espera más que una señal. Y yo, como buen amo, se la concedo. Un pequeño gesto con la cabeza, y sus labios se curvan en esa sonrisa de manual.

"Entonces, Hunter, ¿qué te parece un poco de repaso... íntimo?" susurra, acercándose con esa voz que intenta ser sexy. Lástima que para mí sea solo ruido de fondo. Las chicas como ella son todas iguales: mismas frases, mismas miradas de cervatillo, como si pensaran que tienen la llave para volverme loco. Pero sé cómo terminará. Todas quieren lo mismo: sentirse llenas como solo yo sé hacerlo. Y joder, les doy con gusto ese momento, se los doy bien.

Me alejo del equipo sin decir palabra; todos saben que voy a "resolver un asunto". Tal vez alguien se ríe, tal vez alguien suspira, pero a mí no me importa. Megan me sigue como una groupie en su primera noche de backstage, y yo me dirijo hacia los vestuarios, ya saboreando el espectáculo.

Tan pronto cerramos la puerta detrás de nosotros, la empujo contra la pared. Sus ojos se encienden, y sus manos se lanzan hacia mi pecho, pero la detengo agarrándole las muñecas. "Sabes lo que quiero, Megan. Y hoy sé una buena perrita, ¿vale? No me hagas perder el tiempo." Mi voz es un susurro cortante en su oído, y ella asiente, jadeando, como una que ya sabe cómo terminará todo.

Ella se arrodilla sin decir una palabra, los ojos levantados hacia mí, llenos de verdadera devoción. "Desnúdame" le ordeno con un tono que no admite réplica. "Y hazlo bien, ¿entendido?"

Megan no pierde tiempo. Sus dedos tiemblan mientras empieza a desabrocharme los pantalones, la mirada fija en mí como si esperara una señal de aprobación. "Sí, así. Pero date prisa y ponle más empeño. No estoy aquí para jugar." Ella asiente, mordiéndose el labio mientras se concentra en cada gesto. Me desabrocha los jeans, luego los boxers, dejándome ahí, completamente desnudo frente a ella.

"Buena perrita" murmuro, dejando que mis dedos se entrelacen en su cabello. "Ahora muéstrame cuánto vales. Sabes lo que tienes que hacer."

La escena se vuelve intensa, se lo mete todo en la boca con avidez, los movimientos lentos y calculados, mientras mi mente viaja en otra onda de adrenalina.

Ella me mira, con una mezcla de sumisión y deseo, y yo disfruto de su mirada antes de que descienda hacia mí. No hay nada diferente en sus movimientos respecto a las demás. Cada chica aquí quiere actuar en el mismo show, en la misma experiencia. Pero con Megan, es solo otra llama destinada a quemarse.

Y sin embargo, mientras me permito un momento de distracción, mi mente regresa a Dakota Wexler. No puedo evitar pensar en esa chica obstinada con esos ojos cortantes que me miran como si fuera el último ser en la tierra de quien recibir órdenes. Una como ella no mueve la cola, no se arrodilla sin protestar. Es más, probablemente nunca se arrodillaría. La idea me arranca una

media sonrisa, incluso mientras Megan está ocupada en su "servicio".

Me aparto bruscamente, dejándola perpleja por un segundo, sorprendida por mi frialdad. "Estamos listos, Megan. No tengo tiempo que perder." Ella me mira, como pidiendo explicaciones, pero lo entiende de inmediato. Se levanta, acomodándose el cabello, intentando mantener una apariencia de dignidad. Ni siquiera intento darle explicaciones. Todo es parte del juego, y ella lo sabe.

Salgo del vestuario y regreso hacia el campo, donde Cassian y los demás me esperan. Tan pronto me ven, Cassian me lanza una mirada divertida. "¿Todo resuelto, jefe?"

Le devuelvo la sonrisa, esa sonrisa que ya todos conocen. "Siempre, hermano. Siempre."

Me pongo el casco, listo para otra ronda de acciones, pero en mi mente sigue estando Dakota. Ella, que me mira como si fuera un desafío que vale la pena enfrentar, una batalla que no se rendiría a luchar. Quizá por eso se me ha metido en la cabeza. No es como las demás, no es una que se derrite bajo una mirada. Es un jodido enigma, y yo vivo para esos desafíos.

"¡Slates, concéntrate! ¡Tenemos un partido que dominar!" La voz del coach Abernathy me saca de mis pensamientos, y vuelvo de inmediato en mí. El campo, la multitud, el partido: estoy aquí para esto.

Me coloco en el centro, listo para tomar posición. El sol me ciega, pero no aparto la mirada. El público, los compañeros, las animadoras: todos están bajo mi mando. Así es como debe ser, porque yo soy Hunter Slates. Este es mi reino, y cada maldito centímetro de césped es mío.

Lanzo el balón en una espiral perfecta, el receptor corre hacia el final, y sé que ese pase llegará directo a su destino. Cada músculo, cada fibra de mi cuerpo está sincronizada en esta jodida danza. Cassian bloquea a un defensor que intenta romper la línea. "¡Mantén esa posición, Cassian!" grito, los ojos fijos en los movimientos rápidos de mis compañeros.

Veo a Logan, nuestro wide receiver, cortar hacia el centro. Tyler, el running back, hace un movimiento que engaña a la defensa. "¡Logan, esta es tuya!" grito, lanzando el balón con una precisión quirúrgica. Logan salta, agarra el balón y aterriza, rodando sobre el césped pero manteniendo la posesión. La multitud explota, y Logan se levanta con una sonrisa de pura satisfacción.

"¡Buen trabajo, Logan! ¡Pero la próxima vez trata de no darme un infarto, joder!" grita Jackson, nuestro tight end, riendo.

El equipo contrario está perdiendo la cabeza, mientras su coach grita órdenes como un desesperado. Pero yo, yo ya sé cómo terminará esta historia.

"¡Huddle!" llamo al equipo para una rápida reunión. "Escuchen, hagamos la próxima jugada con un fake handoff a Tyler, luego pase largo a Jackson. Estos están derrumbándose, acabémoslos."

Tyler asiente, sonriendo. "Estoy listo para hacer que estos idiotas parezcan aún más lentos."

Tomamos posición, el sudor corriendo por nuestras caras, la tensión aumentando. "¡Hike!" grito, y el juego se reanuda. Finjo el pase a Tyler, que atrae a los defensores hacia él, mientras Jackson corre hacia adelante. La oportunidad se abre, lanzo un balón perfecto sobre la defensa, y Jackson lo agarra seguro, corriendo hasta el final.

La multitud explota, un estruendo ensordecedor. "¡Touchdown!" grita alguien, y yo sonrío, jodidamente satisfecho. Es otra obra maestra, otra prueba de quién manda.

Jackson se gira, apuntándome con un dedo. "¡Eres un jodido genio, Slates!"

"Sí, lo sé, hermano." Cassian me da una palmada en el hombro. "Vamos a acabarlos. No dejemos ni las migajas."

Pero justo cuando me relajo, un pensamiento se infiltra en mi mente. Dakota. La chica que

nunca hace cumplidos, que me mira como si fuera una maldición. Me pregunto: si al final la conquisto, ¿se derretirá como todas? ¿Ese desprecio se transformará en gemidos desesperados, como los que me dedico a escuchar cada vez?

Cassian me observa con una mirada curiosa. “Bien hecho, jefe. ¿Pero en qué estás pensando?”

“En el próximo objetivo, hermano. Siempre en el próximo objetivo.”

Pero por una vez, no sé exactamente cuál es. Quizás Dakota sea solo otro desafío, otra a la que me pondré debajo, haciéndola gritar como a las demás. Pero hay algo en ella, algo que hace todo más interesante. Y yo vivo para esos jodidos desafíos.

Me coloco el casco y me preparo para la última corrida. Primero viene la victoria. Luego, tal vez, esa nerd cabreada. Tal vez la próxima vez que la vea, no será solo una cuestión de odio. Quizá su desprecio termine con ella susurrando mi nombre, igual que todas las demás.

Y yo, joder, nací para conquistar todo lo que deseo.

3

DAKOTA

Cuando llegué aquí a la Universidad de St. Clara, fue como aterrizar en otro planeta. No un planeta chulo y futurista, sino una especie de reality show poblado por niños de papá, con mansiones absurdas, coches deportivos que gritan "compensación" y cuentas bancarias infladas gracias al dinero familiar. Gente que nunca ha sabido lo que significa ganarse algo. Yo no crecí entre privilegios. Nunca he tenido mi maldito nombre estampado en los muros de algún edificio, ni la seguridad de no tener que preocuparme por cómo llegar a fin de mes. No, yo he sido catapultada a este universo de privilegiados, donde parece que todos tienen el camino ya asfaltado de oro, mientras yo me arrastro en el barro.

Todo aquí es tan perfecto y reluciente que casi te dan ganas de vomitar. Yo, en cambio, tengo que sudar sangre por cada maldito centímetro, cada respiro que me mantiene a flote. Cada día me recuerda que tengo que ser mejor, más fuerte, más dura, porque aquí, si bajas la guardia, estás jodida. No puedo permitirme ni un momento de debilidad, de lo contrario me aplastan. Por eso tengo reglas. Reglas precisas, como si mi vida dependiera de ello.

Regla número uno: No te dejes llevar nunca. Estudia, esfuérzate, haz lo que tengas que hacer. Cada minuto pasado entre los libros es un paso hacia la Filología de las Civilizaciones Especulativas. Suena ridículo, lo sé. Para muchos es cosa de nerds, pero para mí lo es todo. No es solo leer libros viejos o estudiar lenguas muertas. Es excavar en las raíces de las culturas olvidadas, imaginar mundos que nunca han existido, desvelar los secretos enterrados en historias inventadas. Quiero estudiar los idiomas que los verdaderos autores visionarios han creado, quiero contar sobre mundos que no han existido nunca y decirle al mundo quiénes somos de verdad, joder. Tal vez algún día trabajaré para alguna gran institución, o quizá seré esa experta nerd de los documentales que nadie ve, excepto los que son como yo.

Me gusta pensar que algún día podría estar ahí, explicando la sintaxis del Quenya de Tolkien o el Klingon de Star Trek, mientras algún idiota me mira como si tuviera tres cabezas. Porque esto es mi escape, mi billete para evadirme de esta realidad asfixiante. En medio de todos estos niños de papá, entre los nombres estampados en las puertas de los edificios, cada día tengo que ganarme mi lugar. Mi beca? Un capricho de algún filántropo que intentaba limpiarse la conciencia. Pero para mí es la única esperanza de no caer al abismo. Aquí, entre estos privilegiados, cada error me puede costar todo, y yo no estoy dispuesta a perder nada.

La segunda regla, la fundamental: Convertirse en la mejor. Sobresalir, tanto académicamente como socialmente. No puedo permitirme ser solo la nerd amarga con la beca. Tengo que vivir mi

vida universitaria, tengo que ser parte de todo esto, aunque a veces me parezca estar interpretando un papel que no me pertenece. Es por eso que, al final, acepté ir a esa fiesta con Solana. Porque, joder, yo también quiero divertirme de vez en cuando. He pasado demasiado tiempo ignorándolo todo, fingiendo ser inmune a lo que ocurre a mi alrededor. Quiero ser mejor, más tolerante, incluso hacia gilipollas perfectos como Hunter Slates.

Hunter Slates. Solo pensar en él me hace bufar. Es el capitán de los St. Clara Wrath, el equipo de fútbol del campus, un grupo de machos llenos de testosterona y músculos, convencidos de que el mundo gira a su alrededor. Y sin embargo, no puedo negar que Hunter tiene cierto efecto en mí. Su cuerpo es algo que ni siquiera yo puedo ignorar, a pesar de que su cerebro sea probablemente tan grande como una nuez. Pero su cuerpo, wow, eso es una tentación difícil de resistir. Músculos esculpidos, hombros anchos, esa sonrisa arrogante que me enfada tanto como me moja las bragas cada vez que lo cruzo. Es como si mi cuerpo traicionara a mi mente, respondiendo a su presencia de una manera que no puedo controlar, y eso me cabrea aún más.

Pero hay una tercera regla, nunca declarada abiertamente, con la que trato de resistir a este tipo de tentaciones físicas: No ceder ante los chicos. ¡Nunca! No enamorarse. No acabar como mi madre. No caer en la trampa de estos capullos megalómanos, narcisistas, egocéntricos y folladores en serie que pueblan el campus. Mi madre se quedó sola cuando mi padre nos dejó. Se fue con una de sus colegas, una que probablemente encontró lo suficientemente interesante como para dejarlo todo. Él era un representante de ventas, uno de esos que pasaba más tiempo en el coche que en casa. Así que mi madre y yo nos quedamos solas recogiendo los pedazos. Ella tuvo que trabajar el doble para hacernos sobrevivir, y yo juré que nunca acabaría en la misma situación. Pero eso no significa que quiera hacerme monja. Tengo casi veinte años. Y si Solana consigue hacerme divertir, al menos por una noche, no veo el problema.

“Dale, Dakota, deja de quejarte. Esto te quedará de puta madre” dice Solana, agitándome delante un vestido negro ajustado que parece más un arma que una prenda de vestir. Es uno de esos vestidos que te hacen parecer lista para destruir a alguien o, al menos, para hacer su noche inolvidable. La tela es tan ajustada que podría ser un guante de piel diseñado para envolver cada curva con una precisión quirúrgica. Lo suficientemente corto como para dejar poco espacio a la imaginación, pero no tanto como para parecer desesperada. Es un negro brillante, como tinta, con un escote que sugiere peligrosamente sin llegar a ser explícito. Un vestido que grita "mírame, pero no toques, si no tienes el valor". Solana lo sostiene como si fuera un trofeo, sonriendo con esa expresión de "tú no puedes decir que no a esto". Y quizá tenga razón, porque al mirarlo, siento unas ganas extrañas de demostrar que puedo ser justo ese tipo de peligro que el vestido representa.

“No sé, Sol... No parece mi estilo” respondo, mirando el vestido como si fuera una trampa lista para cerrarse sobre mí. Es demasiado estrecho, demasiado corto, demasiado... todo. Yo soy más de vaqueros anchos y camisetas flojas, esas que esconden cada curva y me hacen parecer invisible. Y, honestamente, me va bien así. No tengo ningunas ganas de llamar la atención de esos gilipollas testosterónicos que pueblan el campus. ¿Para qué? Para ellos solo soy una más para tachar en la lista de conquistas, una para follar y luego olvidar. No me apetece darles esa satisfacción.

“¿Tu estilo? Tu estilo es ‘me visto de abuela para que nadie me note’. ¿Sabes qué? Esta noche quiero verte sexy, joder. Quiero ver a esos machitos con las pollas bien tiesas por ti, con la mandíbula en el suelo. Quiero que les hagas tener ganas de babear, de desearte como no han deseado a nadie” dice Solana, insistente. Tiene un ligero acento, un tono que delata sus orígenes

tejanas, y siempre me recuerda que ella creció rodeada de campos y caballos. Aquí, en Santa Clara, es como yo: un pez fuera del agua. Solo que ella no lo esconde, lo convierte en fuerza. Ella logra ser brillante, brillar sin parecer fuera de lugar.

"Creo que no es mi objetivo, ¿sabes?" replico, tomando el vestido de sus manos y escrutando con el rabillo del ojo. "Solo quiero divertirme, sin demasiados líos."

"Lo sé, lo sé. Pero siempre eres tan... seria, Dakota. Tienes que soltarte un poco. Sé que quieres convertirte en una super filóloga de las civilizaciones... no sé, fantascientíficas de otros mundos, cosas de nerd de mis botas. Pero ¿qué puta filología es esta que estudias? ¿Quién se interesa por mundos imaginarios y lenguas inventadas? Pero, con veinte años, también tienes que vivir, joder" dice Solana, apoyándose en la cama y sonriendo. "Y luego, ¿quién sabe? Quizás esta noche encuentres a alguien que te haga olvidar toda esa mierda polvorienta. Aunque sea solo por unas horas."

Le sonrío, pero es una sonrisa amarga. "No estoy segura de querer a alguien. Al menos no aquí. No con esta gente. Y, Solana, no te burles de lo que estudio. La filología de las civilizaciones especulativas es una materia muy interesante, aunque tú no la entiendas o no la conozcas. No tienes que ridiculizarla solo porque no la encuentras fascinante como hacerte la diva con estos gilipollas llenos de testosterona. No estoy aquí para ser la animadora de nadie. Estoy aquí para ser la mejor versión de mí misma, y si eso significa aprender a descifrar lenguas inventadas o estudiar mundos que no existen, pues adelante. Me gusta lo que hago, aunque te parezca una chorrada."

Solana pone los ojos en blanco. "Oh, cálmate, que yo estoy de tu lado. ¿Y luego qué estás diciendo? ¿Es posible que ese grandullón te haya cabreado tanto? Yo no quiero decir nada malo sobre ti, pero te tienes que espabilar y darte una sacudida. Vamos, ¿tu coño tiene telarañas, cuándo carajo te echas un buen polvo?"

"¿Follar con Hunter Slates?" niego con la cabeza, riendo. "Él es exactamente el tipo de problema del que estoy intentando mantenerme lejos. No necesito a alguien como él en mi vida."

Solana también se ríe, con ese tipo de risa que suena a "no me lo creo ni un poco". "Ya veremos, Dakota. Ya veremos. ¿Y sabes qué? No entiendo realmente por qué te alteras tanto. Digo, hay algo que nunca me has contado, ¿verdad? Oh, espera... No me digas que ¡aún eres virgen? Vamos, ¿de verdad?" Me mira con una mezcla de curiosidad y sorpresa. "¿Nunca te has tirado a nadie, verdad?"

Odio la forma en que puede leerme por dentro. Es verdad, nunca lo he hecho. Nunca he tenido sexo, nunca me he entregado, y no es porque no haya tenido oportunidades. Es porque me aterra la idea de dejarme llevar, de ser vulnerable, de ser una más que se deja arrastrar por los mismos gilipollas de siempre del campus. Es algo que he mantenido oculto, que nunca he querido compartir con nadie. Pero ahora está ahí, sobre la mesa, y ya no puedo evitarlo. Solana me mira con una sonrisa que parece casi compasiva.

"Quizá sea el momento de cambiar las cosas, Dak. Quizá sea el momento de dejar de esconderte."

Mientras me pongo el vestido, siento la tela adherirse a la piel, casi como si no fuera mía. Solana tiene razón, en parte. Es como si me estuviera escondiendo desde que llegué aquí. Pero es difícil no sentirse atrapada, en un lugar que parece hecho solo para los demás. La verdad es que nunca he tenido sexo, nunca me he entregado a nadie, y esto pesa sobre mí como una losa. No es porque no haya tenido la oportunidad, sino porque nunca he encontrado a alguien que valiera la pena. Todos esos tipos que solo quieren meter su polla en la primera que pase no son

precisamente buenos partidos.

La tela está fría contra mi piel, y al mirarme al espejo veo una versión de mí que no conozco bien. Una versión que, quizá, también pueda ser interesante. Una versión que, por una vez, pueda decir sí a una noche sin pensamientos, sin preocuparme por lo que pueda pasar después.

Solana me mira con aprobación, los ojos brillando. "Ahora sí que estás perfecta. Vamos a arrasar, Dak. No te preocupes, tienes todo el tiempo del mundo para probar alguna polla adecuada y justa para ti, estáte tranquila, yo estoy de tu lado y no hay absolutamente ninguna prisa. Tienes razón, pero por favor, procura abrirte un poco también a la comunicación con los demás, vamos, diviértete sobre todo el fin de semana. Tienes que cerrar esos libros de vez en cuando y salir de la biblioteca. No eres un ratón, ¿sabes? Eres una chica guapa, de hecho, guapísima, y haces que todos se giren cuando sabes valorarte, como lo harás esta noche. Te lo aseguro, te echo una mano yo, y verás que no te arrepentirás."

Respiro hondo, tratando de encontrar el valor para dejarme llevar. Al menos por una noche. Quizá Solana tenga razón. Quizá pueda ser un poco menos ácida, un poco menos rígida. Quizá sea justo abandonar, al menos por un tiempo, estas reglas que me mantienen atrapada. Pero, ¿está realmente bien dejarse llevar? Parte de mí grita que no puedo, que debo seguir siendo fiel a lo que soy y a lo que estoy luchando por ser. Pero hay otra parte, una parte cansada, que solo quiere dejar de luchar y divertirse, aunque sea por unas horas.

Y no puedo negar que Hunter Slates ha encendido algo dentro de mí. Es intrigante, malditamente intrigante. Y parece que él también está interesado en mí, al menos por lo que he visto en la biblioteca. No es solo su cuerpo – es la forma en que me mira, como si viera algo más. No es que quiera ser como todas las demás. No es que quiera ceder a la tentación de un chico como él. Pero por esta noche, puedo vivir sin reglas. Puedo dejarme llevar, aunque sea un poco.

4

HUNTER

Me llaman el Rey de los St. Clara Wrath, y cuando salgo del campo después del entrenamiento, parezco prácticamente un maldito dios griego. No es egoísmo, es la pura jodida verdad. Este es mi reino, y aquí las reglas las pongo yo, punto.

Acabo de recibir un servicio por parte de Megan en los vestuarios —esa chica tiene una boca que haría envidiar a una estrella porno— y he vuelto al campo como si nada. Sí, puedo follarme a quien quiera, cuando quiera, pero no soy un novato: sé mantener el sexo separado del fútbol. Y después de lanzar una serie de pases que harían llorar a Tom Brady, con el coach Abernathy gritando como un poseso, es hora de la maldita ducha.

Yo y el equipo nos dirigimos hacia los vestuarios, y Cassian, ese cabrón que es mi mejor amigo, me mira con esa cara de capullo que tiene. "¡Oye, Hunter, ¿has terminado de hacer el show por hoy o tienes planeado que caigan más animadoras a tus pies? ¿Quizá alguna que todavía no hayas agregado a tu colección en Instagram?"

Le empujo riendo. "¿Pero qué cojones dices, Cass? Yo no hago shows. Son ellas las que no pueden resistirse. Es como la ley de la selva, hermano, ellas saben quién es el alpha aquí."

Él levanta una ceja con esa sonrisita de TikToker que se cree gracioso. "¿Ah sí? ¿Entonces no te he visto pavoneándote allá fuera como si fueras el protagonista de una serie de Netflix?"

Me quito la camiseta empapada de sudor, riendo. "Amigo, yo soy una serie de Netflix. Solo que en lugar de hacer streaming, hago touchdowns. Y si alguna chica quiere un adelanto privado... ¿quién soy yo para negárselo?"

Cassian niega con la cabeza. "Claro, claro. Pero guarda un poco de energía para esta noche en la Gamma Alpha Sigma. He oído que la mitad de las chicas ya han posteado en sus historias que no pueden esperar para verte... y no es para una selfie."

Le contesto con una sonrisa de depredador. "Bro, las animadoras me buscan en BeReal antes de que yo publique algo. Saben quién es el rey aquí, y les gusta hacer el papel de súbditas."

Me meto bajo la ducha, dejando que el agua hirviendo se lleve el sudor y la tensión de los músculos. Cierro los ojos, disfrutando del silencio. Pero, como en un maldito TikTok que no puedes deslizar hacia arriba, la imagen de Dakota Wexler me invade la mente. Esa nerd que está buenísima, con sus gafas de profesora cachonda y esa lengua afilada que no pierde oportunidad para intentar ponerme en mi lugar. No consigo sacármela de la cabeza, joder. Me cabrea, me hace sentir como si estuviera perdiendo el control de mi propio show.

La visualizo delante de mí, con esa mirada de superioridad que parece decir "No eres lo suficientemente inteligente para mí". Me dan ganas de demostrarle cuán equivocada está. De agarrarla por esas caderas ocultas bajo esa ropa de bibliotecaria y hacerle entender quién manda realmente aquí. Imagino sus labios dejando de citar a filósofos del carajo y empezando a gemir mi nombre. Me vuelve loco, y no de la manera a la que estoy acostumbrado. No puedo dejar de

pensarlo, como si fuera la única cuenta que quiero acosar.

El agua sigue cayendo, y mi polla se endurece como si acabara de hacer match en Tinder con la chica perfecta. Dakota, con esa fachada de arpía sabelotodo, su mirada de desprecio que se transforma en algo diferente cuando la pongo en su sitio. Quiero verla arrodillarse, quiero verla romperse. Quiero ver si detrás de esa máscara hay también un poco de pasión, algo que solo yo puedo sacar. Me pasa por la cabeza la imagen de ella arrodillándose bajo el chorro de la ducha, sus ojos clavados en mí, mientras me la chupa sin hacer preguntas.

La polla me late, dura, contra la mano. La aprieto, dejando que el calor y la tensión se mezclen, creando una sensación explosiva. Imagino su cara, la boca abriéndose, los labios suaves recorriendo el eje. Diablo, es una verga para volver locas a todas las chicas, larga, masiva, con las venas marcadas a lo largo, y sé que Dakota no sería una excepción.

Me aprieto la polla más fuerte, imaginando su mirada, la forma en que esos delicados dedos recorrerían toda la longitud, la manera en que sus ojos me mirarían, finalmente sometidos, mientras le doy lo que sabe que quiere. Siento la respiración volverse más pesada, el corazón latiendo fuerte en el pecho mientras sigo apretando, el calor del chorro acariciándome los pectorales estratosféricos, los hombros enormes, mi culo perfectamente esculpido. El vello ligero que va del ombligo hasta la base de la polla se moja con el agua caliente, y siento la adrenalina de todo el día acumulándose.

Cada músculo de mi cuerpo está tenso, listo para explotar, pero no es el momento. Quiero prolongar esta sensación, quiero sentir cada segundo de esta tensión. Estoy perfectamente cuidado, depilado como se debe, excepto por ese vello ligero alrededor de los pezones y en los pectorales, solo para recordar a todos que soy un jodido macho alfa.

El pensamiento de Dakota mirándome mientras me pajeo en la ducha me hace sonreír. Quién sabe cómo reaccionaría. Probablemente se sonrojaría, quizá se daría la vuelta, intentando no mirar, pero lo sé, sé que no podría resistirse. Su mirada caía sobre mí, sobre mis manos deslizándose arriba y abajo, sobre la polla que se pone más dura. Sé que bajo esa fachada de chica buena hay un fuego que solo espera ser encendido, y yo soy el cabrón perfecto para hacerlo.

Pero no es el momento adecuado para pajearme. Están los chicos alrededor. Cassian me lanza una mirada desde debajo del chorro de su ducha, riendo. "¿Qué pasa, Slates? ¿Ya estás listo para otra? Joder, no paras nunca."

Sonrío, dejando ir la polla y levantando las manos. "Oye, soy Hunter Slates. ¿Qué puedo decir? Nací para esto."

Cassian niega con la cabeza. "Sabes, a veces pienso que tienes debilidad por esa nerd, ¿cómo se llama...? ¿Dakota? Te cruzas con ella demasiado seguido, hermano. Y además hablas con ella."

"¿Pero qué cojones estás diciendo, Cassian?" respondo, resoplando. "¿Dakota? ¿Esa niñata que se viste como una abuela de mierda? Por favor. Puedo tener a cualquier chica que quiera, las mejores del condado. Dakota es solo otra pringada que no tiene nada mejor que hacer que mirarme como si yo fuera un problema a resolver."

Mi amigo ríe, levantando las manos. "Vale, vale. No te cabrees, amigo. Solo era un pensamiento. De todas formas, yo digo que esta noche te lo pasarás en grande. ¿Ya sabes a quién escogerás?"

Niego con la cabeza, cerrando el chorro de la ducha y saliendo para secarme. "Amigo, no hace falta planear. Cuando llegue a la villa de Gamma Alpha Sigma, serán ellas las que vendrán a mí. Estarán en fila para tener un pedazo de Hunter Slates. Las chicas saben lo que significa pasar una

noche conmigo, y yo siempre estoy dispuesto a hacerle el jodido favor a quien se lo merezca."

Cassian se ríe de nuevo. "Ya. El señor de las tías del barrio, el rey de las fiestas."

Me pongo los vaqueros ajustados, una camiseta negra que muestra suficientes músculos como para recordar a todos quién manda. Mi cuerpo es un arma, esculpido a la perfección, un reclamo al que nadie puede resistirse. Nací para esto, para ser admirado, deseado. Cada mirada que cruzo, cada mirada que recibo, no hace más que alimentar esa sensación de poder.

Mi amigo se viste a mi lado, él también listo para hacer su parte en la noche. Cuando estamos listos, nos miramos en el espejo. Dos jodidos dioses griegos, listos para bajar del Olimpo y poner patas arriba la fiesta.

"Es hora de divertirnos, hermano" digo, lanzando una mirada satisfecha a mi reflejo.

Cassian ríe. "Espero que esta noche haya muchas tías listas para desatarse. Joder, Hunter, no puedo esperar a echar un buen polvo. Esas tías están todas locas por ti, pero yo también quiero mi parte."

"Amigo, esta noche encontraremos todas las que queramos" respondo, levantando una ceja. "Y confía, habrá suficientes para los dos. ¿Has visto cómo nos miran? Están listas para todo, solo para tener un poco de polla de verdad."

Cassian asiente, riendo. "¡Ah, sí, claro! Esas animadoras están todas calientes y listas. Basta con una sonrisa y ya están mojadas. Y sabes que adoro a las tías fáciles."

Río también, mientras nos dirigimos hacia el coche. "Bueno, lo importante es que estén dispuestas a todo. Y créeme, esta noche alguna estará definitivamente lista para que la rompan como se debe. Quiero ver quién será la primera en arrodillarse."

Cassian me mira con una sonrisa complacida. "Oh, seguro que habrá una buena fila de tías listas para estar a tus pies. Ya verás, esta noche lo petamos, hermano. Tías por todas partes, polla dura y a darle."

"Exacto, amigo. No puedo esperar a ver esas bocas listas para hacer su trabajo" digo, sonriendo con malicia. "Esta noche será una de esas noches para recordar. Y quizá también haya algo de juego doble, ¿qué te parece?"

Cassian levanta el puño para un fist bump. "¡Absolutamente, hermano! Dos, tres, cuantas queramos. Esta noche vamos hasta el final, joder."

Nos reímos los dos, emocionados con la idea de lo que nos espera, y juntos nos dirigimos hacia el coche.

***

La villa de Gamma Alpha Sigma ya está llena de gente cuando llegamos.

La música está a todo volumen, vibra a través de las paredes y resuena en el aire como una promesa. La piscina está iluminada, reflejando luces de colores que ondean en la superficie del agua, mientras ríos de cerveza fluyen sin parar. Hay grupos de chicos dispersos por todas partes: algunos ya sin camiseta, medio borrachos, las risas estruendosas y los gritos que se mezclan con el olor penetrante del cloro y el sudor. Feromonas sexuales por todas partes, se perciben en el aire, como una corriente eléctrica invisible. El olor a testosterona y a ganas de follar impregna cada rincón.

Al borde de la piscina, las chicas están vestidas con prendas diminutas, minifaldas que apenas cubren, tops que dejan poco a la imaginación, sus cuerpos brillando bajo las luces ténues como sirenas en busca de presas. Las risas agudas, las miradas que apuntan a los chicos como arpones.

Algunas chicas ya están tumbadas en las tumbonas, otras se balancean, movidas por el alcohol y las ganas de divertirse. Algunas están sentadas en el borde de la piscina, los pies sumergidos en el agua, el vestido que deja entrever todo lo que hay que ver. Y sé que muchas de esas sonrisas son para mí.

Nada más bajamos del coche, siento la energía de la fiesta envolviéndome como un manto familiar. Este es mi mundo. El mundo donde las reglas las pongo yo. Cassian me da una palmada en el hombro y juntos nos abrimos paso entre la multitud. Chicos y chicas se mueven como una masa única, una danza desordenada de cuerpos que buscan contacto. El olor a sudor, a alcohol y esa nota penetrante de excitación está en todas partes. Siento ojos sobre mí, miradas que intentan captar la mía. Algunas chicas se acercan más, sus cuerpos frotándose contra el mío, sus manos bajando por mi pecho, hasta agarrar la polla dentro de mis vaqueros ajustados.

"Oh, despacio, chicas" digo con una sonrisa de capullo, mirando a una de ellas a los ojos mientras aprieta el agarre, sintiendo cuán grande es. "No podéis resistiros, ¿eh?"

Sus risas son un sonido agudo, excitado, una de las chicas murmura, "Joder, Hunter, es justo como dicen. Masivo..." Su mano se desliza arriba y abajo por el eje, aún cubierto por los vaqueros, y yo me dejo llevar por el contacto, la polla endureciéndose bajo su toque.

Cassian se ríe a mi lado. "Despacito, no lo hagas explotar antes de que entres."

"No te preocupes, Cassian" digo, mi voz baja y ronca. "Tengo suficiente para todas ellas, y más."

La chica me mira con los ojos abiertos, sus labios ligeramente entreabiertos. "Quiero probarlo de verdad" dice, su voz un susurro hambriento.

Le tomo la muñeca y me acerco a su oído. "Esta noche, nena. Tendrás todo lo que quieres."

Dejo atrás las risitas excitadas mientras Cassian y yo nos abrimos paso hacia la villa. Dentro, la fiesta es un caos de cuerpos y luces. El bajo de la música me hace vibrar en el pecho mientras avanzo entre la multitud. Me detengo solo cuando otra chica, esta vez con un top diminuto que apenas cubre los pezones, se me acerca, sus caderas moviéndose sensualmente al ritmo de la música. Me mira, mordiéndose el labio inferior, luego deja que su mano se meta directamente entre mis piernas.

"He oído hablar de ti, Hunter" susurra. "Quiero ver si es todo verdad."

Su mano me agarra la polla, y yo sonrío. "Oh, pequeña, es todo verdad, y mucho más. Te gusta sentirlo, ¿eh? Bien grande, duro, listo para partirte." La agarro por las caderas, tirándola fuerte contra mí, mi miembro empujando con violencia contra ella mientras empieza a mover las caderas como una putita. "Pero tienes que esperar tu turno, ¿sabes?"

Cassian niega con la cabeza a mi lado, riendo. "El rey de las fiestas, como siempre."

"Y ni siquiera ha empezado" respondo, echando otro vistazo a la multitud. Mis ojos buscan a Dakota otra vez. Quién sabe si esa cabrona se presentará. Y si ya lo ha hecho, estoy seguro de que no pasará mucho antes de que la encuentre, y de que descubra cuánto realmente puede resistirse a Hunter Slates.

5

DAKOTA

Me miro al espejo, extrañada por mi propia imagen. El vestido que Solana me ha prácticamente obligado a ponerme es de un azul noche intenso, ajustado pero elegante. Es un cambio drástico respecto a mi estilo casual de estudiante, y debo admitir que me da un aire completamente diferente. Los zapatos de tacón me hacen sentir como si estuviera actuando en una película glamorosa de los años 90, alta y segura de mí misma.

Solana me observa con orgullo, como una artista admirando su última creación. "Deja de poner esa cara preocupada, Dakota. Estás guapísima, por una vez sal de tu caparazón."

"Siento que estuviera audicionando para un concurso de talentos" murmuro, arreglándome nerviosa el vestido.

"¡Oh, basta ya! Pareces una de esas que sabe exactamente lo que quiere de la vida." Solana me mira como una hermana mayor decidida. "¿Nunca has querido ser esa chica, aunque sea por una noche?"

La verdad es que me siento fuera de mi zona de confort. Como si estuviera interpretando un papel en una obra para la que no he ensayado. Pero también hay una chispa de curiosidad que no puedo ignorar, como cuando descubres un nuevo género musical que nunca pensaste que podrías disfrutar.

Solana arquea una ceja, notando mi expresión incierta. "Vamos, Dak, no seas tímida. Este look te queda genial." Ella se arregla su vestido rojo, elegante y atrevido como una portada de Vogue. Es prácticamente una diosa griega moderna, con la seguridad de una estrella del pop en el escenario.

"No lo sé, Sol. No me reconozco." Sigo ajustándome el vestido, pero con menos convicción. La verdad es que me siento expuesta, pero una parte de mí... una parte de mí tiene curiosidad por ver el efecto que podría causar.

Solana resopla. "Mira, tu estilo diario es prácticamente un uniforme de biblioteca. ¿Alguna vez alguien te ha notado así?"

"Quizás ese es precisamente el objetivo, ¿tú qué crees?" respondo, irónica.

"No, querida empollona. Ese no es el punto. Sé que dentro de ti hay una parte que quiere hacerse notar, que quiere brillar. Esta noche es tu oportunidad, confía en mí. ¿Tienes idea del potencial que tienes?"

Me lanza una mirada penetrante, y me quedo en silencio, porque una parte de mí sabe que tiene razón. Luego me mira satisfecha, como una creadora de tendencias que acaba de lanzar la

próxima moda viral, mientras se aplica el pintalabios con la precisión de un cirujano estético.

"¿Ahora qué quieres, darme clases de cómo besar?" le digo, tratando de disimular el nerviosismo con sarcasmo.

"Mira que no sería una mala idea. Tengo la sensación de que necesitas algunos consejos sobre cómo volver loco a alguien." Me guiña un ojo mientras se retoca el maquillaje, sexy como una estrella pop en la alfombra roja. "De todos modos, quiero verte causando estragos entre los chicos esta noche. Si nadie intenta ligar contigo, habré fallado mi misión."

Cuando estamos listas, Solana parece salida de un video viral de TikTok, con su cabello negro perfectamente peinado y esa sonrisa de influencer que sabe cómo conquistar a los seguidores. ¿Yo? Soy como la versión deluxe de mí misma, una que no reconozco y que me hace sentir mariposas en el estómago, como si estuviera a punto de publicar mi primera historia picante en Instagram. Subimos a su Tesla (porque obviamente Solana conduce un Tesla), y cada minuto me siento más involucrada en esta noche. Cuando llegamos frente a la mansión de los Gamma Alpha Sigma, son casi las diez y hay una fiesta digna de un aftermovie de Coachella.

"Mira esto, parece el festival del caos organizado" comento, escondiendo la ansiedad detrás de una broma sarcástica.

Solana se ríe y aparca como si fuera la invitada de honor. "Perfecto, menos trabajo para nosotras. Todos ya están de subidón: bastará una mirada y caerán a tus pies." Me mira con esa sonrisa de reality show. "Y recuerda: si no haces girar al menos tres cabezas, me ofenderé personalmente."

La música está tan alta que podría hacer temblar un rascacielos. Frente a nosotras hay una escena digna de un spring break de lujo, gente bailando, besándose, tocándose como en un videoclip sin censura. La piscina iluminada parece salida de una sesión fotográfica de Sports Illustrated, hay chicas bailando como si fueran las protagonistas de un video de Drake, y algunos chicos parecen modelos de Calvin Klein en su descanso. La atmósfera es eléctrica, cargada de expectativas y posibilidades como el final de temporada de una serie de Netflix.

Solana me da un empujón alentador e indica a una chica que está coqueteando con un tipo que parece salido de un gimnasio de CrossFit. "Mírala, ella sabe cómo divertirse. No digo que hagas locuras, pero, Dios, un poco de adrenalina no te vendría mal."

"Claro, porque dejar que me ligue un desconocido me hará sentir realizada de repente" respondo, intentando disimular el nerviosismo creciente.

"Quizá no realizada, pero sí más viva" replica, empujándome hacia la multitud como un entrenador que manda a su estrella al campo.

Solana se mueve como una experta: ya ha fijado su objetivo en un tipo con músculos de TikToker fitness, lo aborda como si fuera la protagonista de una rom-com de éxito, y en pocos segundos ya se están riendo como si se conocieran de toda la vida. Ella está en su elemento natural, como una leona en su territorio. Yo, en cambio, miro alrededor tratando de orientarme en este mar de cuerpos y música que me envuelve. Cada nervio está tenso, pero hay algo magnético en esta energía, en esta atmósfera cargada de posibilidades.

Y es en ese momento cuando lo veo.

Hunter Slates.

Rodeado de personas como si fuera el protagonista de una serie juvenil de éxito – y, en cierto modo, lo es. Su camiseta negra le queda como si hubiera sido diseñada a medida por un modisto de alta costura. Ríe con la seguridad de quien tiene un millón de seguidores en Instagram, y a su alrededor orbitan chicas que parecen salidas de un casting de influencers. Una le toca el brazo

tatuado, otra le sonríe como si estuviera posando para una historia de BeReal, todas en competencia por su atención. Él las ignora con la despreocupación de quien puede permitíselo, como si estuviera decidiendo quién merece un lugar en su feed. Parece el centro de gravedad de la fiesta, maldita sea, como si fuera el protagonista de un reality show en el que todos los demás son solo figurantes.

¿Y yo? No puedo dejar de mirarlo, como si fuera el último video viral que no puedes evitar volver a ver.

"¿Lo estás mirando como si fuera el último iPhone recién salido" me susurra una voz a mis espaldas. Me giro y encuentro a Solana con esa sonrisita de emoji travieso, los brazos cruzados como una jueza de talent show que acaba de descubrir al nuevo talento.

"Por favor, ya tiene su propio harem de seguidores en vivo. Ni siquiera estoy en sus menciones."

"Confía en mí, ya te ha notado, y está a punto de hacer su movimiento."

Antes de que pueda responder con una broma sarcástica digna de Miércoles Addams, nuestras miradas se cruzan. Hunter deja de reír, y sus ojos se estrechan como los de un depredador que acaba de encontrar a su próxima presa. Siento una descarga de adrenalina recorriéndome la espalda como un boost de energía. Es electricidad pura, y no puedo apartar la mirada. Él sonríe, esa sonrisa de chico malo que es una mezcla entre "entra en mis DMs" y "sabes que me deseas". Y yo, por una vez, podría aceptar el reto.

En un instante, se mueve a través de la multitud como un protagonista de Élite que sabe exactamente a dónde quiere llegar. Cassian intenta detenerlo, pero él lo ignora, completamente centrado en mí. Solana ya ha desaparecido, dejándome sola en esta escena surrealista. Hunter se detiene a pocos centímetros, tan cerca que puedo sentir su Acqua di Gio mezclándose con el olor de su piel. Me escanea de arriba abajo como si estuviera haciendo swipe en un perfil premium.

"Dakota, aquí? Un verdadero giro inesperado. Te imaginaba más del tipo de... maratón de documentales en Netflix, ¼ierto?"

"Y yo te imaginaba más del tipo de TikTok thirst trap para wannabe alpha male. Pero quizá me equivoque" replico, levantando la barbilla como una protagonista de Euphoria que no se deja intimidar.

Hunter ríe, con ese sonido bajo y sexy que me llega directo a las entrañas, mientras sus ojos me escanean como una app de realidad aumentada. "Veo que te has vestido para impresionar esta noche, y mira tú por dónde, justo en mi reino. Quizá me equivoque, pero me parece que esa parte tuya que ama los likes no está tan escondida, ¿eh?"

"Oh, claro, porque hacerme viral es mi sueño secreto" respondo sarcástica. Pero él se queda ahí, impasible como un influencer que sabe que ya ha ganado el juego.

"De todos modos, no puedo ignorar este cambio tuyo. ¿Te apetece una cerveza? Considéralo un... bienvenida a mi mundo" dice, mirándome con una sonrisita de alguien que ya sabe todas las respuestas.

"No sé si confiar lo suficiente como para aceptar bebidas de ti, Slates. No estás exactamente verificado como seguro."

Él hace una mueca de sonrisa y se acerca aún más, su aliento cálido sobre mi mejilla como un filtro de Instagram que calienta los tonos. "No soy de los que necesitan estrategias para divertirse. Pero si tienes miedo de no aguantar el juego, lo entiendo."

"No tengo miedo del juego, más bien no quiero aburrirme con tus tácticas de macho alpha."

Hunter se ríe, un sonido a medio camino entre un gruñido y una risa, mientras sus ojos se

oscurecen. "Veamos si tienes la actitud adecuada para mantenerme a raya, nerd queen. ¿Dentro o fuera?"

Dudo por un segundo, pero su reto es demasiado intrigante como para pasar de largo. "Vale, vamos."

Me guía hacia la barra improvisada con la seguridad de quien tiene cinco estrellas en cada reseña, abriéndose paso entre la gente como si tuviera el pase VIP. Hunter me ofrece un vaso lleno de cerveza y levanta el suyo, mirándome con aire de falso chico bueno que solo me hace querer desenmascararlo aún más.

Su olor me envuelve – almizcle, piel caliente y puro pecado masculino. Siento su cuerpo presionando contra el mío, sólido y ardiente, y su evidente deseo contra mi muslo me hace temblar. Es como una descarga eléctrica que me quema las venas, que corta en seco cada pensamiento racional. Me mira con esos ojos que podrían incendiar glaciares, y entiendo que está jugando conmigo, que se divierte provocándome, viendo cuánto puedo resistir antes de ceder. Pero el problema es que no puedo retroceder, romper esta tensión eléctrica que nos envuelve como una jaula invisible.

"Estás fuera de lugar aquí" murmura, su voz ronca que me hace vibrar el alma. "Pero Dios, si no eres la tentación más bonita que haya visto. Este vestido, esta actitud... Me haces querer descubrir todos tus secretos."

Siento el calor subir a mis mejillas, un cóctel explosivo de rabia y deseo que me marea. Mi mente grita que lo aleje, que me proteja de esta tormenta de sensaciones. Pero ¿mi cuerpo? Mi cuerpo es un traidor que ansía su toque, que quiere descubrir hasta dónde puede llegar este baile peligroso entre nosotros.

"No eres tan irresistible como crees, Slates" susurro, pero mi voz suena débil incluso para mis oídos.

Su risa es profunda y sensual, vibra a través de mí como una caricia prohibida. "Sigue mintiéndote, Dakota. Pero tu cuerpo..." Me roza apenas el costado con los dedos, un toque tan ligero que parece imaginario, "tu cuerpo me está contando una historia completamente diferente."

Mientras me habla, me doy cuenta de que esta noche es diferente. Por primera vez, mis barreras se están derrumbando como un castillo de naipes. ¿Las reglas que me he impuesto? Ya no significan nada, no cuando él está tan cerca, no cuando su perfume me embriaga los sentidos y su toque me hace estremecer.

"¿Estás disfrutando el espectáculo?" le pregunto, intentando sonar sarcástica, pero mi voz es más un susurro ronco.

Él sonríe, esa sonrisa que promete pecados indescriptibles. "Oh, pequeña cerebrito" murmura, rozándome un mechón de pelo, "esto no es un espectáculo. Es solo el prólogo."

Se mueve imperceptiblemente más cerca, hasta que estamos separados solo por un soplo de aire. Su calor me envuelve como una manta de seda ardiente, y puedo sentir cada músculo de su cuerpo presionando contra el mío. Su aliento me acaricia los labios mientras susurra: "¿Sabes cuál es lo más excitante de ti, Dakota?" Su mano se posa en mi espalda, ardiente a través del tejido fino del vestido. "Es la forma en que intentas resistirte, aunque te estoy volviendo loca."

El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. La música, la fiesta, todo desaparece hasta que solo queda esta burbuja de tensión eléctrica entre nosotros. Su toque me quema a través del vestido, y siento cada centímetro de mi cuerpo responder a su cercanía como si hubiera sido programado para esto.

"¿Te estás divirtiendo?" murmuro, las labios a un suspiro de los suyos.

"No" responde, su voz ronca de deseo. "Estoy seguro de nosotros."

Y en ese momento, con su cuerpo presionando contra el mío y su olor embriagándome los sentidos, entiendo que esta noche va a cambiarlo todo. Ya no soy la Dakota que se esconde detrás de los libros. Esta noche soy una criatura de deseo y posibilidades, y por primera vez en mi vida, no quiero resistirme.

6

DAKOTA

Me despierto y parece que mi cabeza está a punto de explotar, como si alguien hubiese dejado encendido un maldito petardo en mi cerebro. Cada puto segundo que pasa, la sensación empeora: un martillo neumático en la sien que se divierte dándome golpes, destrozándome cada neurona. Me retuerzo entre las sábanas como si hubiera una maldita araña debajo, maldiciendo esa luz maldita que me quema los ojos como si alguien me estuviera apuntando con un foco. Y yo que pensaba que una resaca normal ya era suficiente. No, esto es una puta película de terror. Nada de The Hangover, esto parece dirigido por Tarantino, con efectos especiales incluidos. La sensación es como si un caballo me hubiera pateado en la cara y luego me hubiese mandado de nuevo bajo su casco, solo por una segunda dosis.

No es solo el alcohol lo que me reduce así, hay algo más. Como si me hubiera lanzado a un universo paralelo, en una versión de mí misma que normalmente mantengo amordazada y encerrada en un sótano oscuro. He tirado a la basura toda mi rutina impecable para dejarme arrastrar como una idiota cualquiera, y ahora me siento como un clon mal hecho. Susurro entre dientes, casi como un mantra para exorcizar el desastre: "¿Quién demonios me obligó a hacer esto?"

"¿Quién demonios te obligó a hacer qué, Dakota querida?" La voz de Solana es una patada en el estómago. Ya demasiado animada para las ocho de la mañana, la cabrona. La oigo en la cocina, probablemente con esa sonrisa de mierda estampada en la cara, toda feliz y fresca como una margarita. "¿Necesitas un café triple o alguien que te inyecte energía directamente en las venas?"

"Que te jodan, Sol" gruño, incorporándome en la cama con un gemido que parece salir de lo más profundo de mi ser. Tengo la cabeza entre las manos, casi para mantenerla unida, como si pudiera desmoronarse en pedazos en cualquier momento. "No puedo creer que haya llegado a esto..."

Encuentro un vaso de agua y dos pastillas de ibuprofeno en la mesita de noche. Obviamente, obra de Solana. "Sí que sabes cómo ganártelo. Angelito mío, acabas de salvarme la vida."

Solana se ríe, su risa es un arma de destrucción masiva, un maldito lanzallamas cuando tienes una resaca como la mía. "Eres un caso perdido, ¿lo sabías? Me dejaste anoche por... ¿quién? A ver si adivino... ¿Hunter Slates? Ese pedazo de buenorro con más bíceps que neuronas?"

"No empieces" murmuro, tragándome las pastillas y bebiendo el agua aunque mi garganta está como papel de lija. Siento que estoy a punto de ahogarme y morir de sed al mismo maldito tiempo.

"¡Oh, vamos! ¿A quién intentas engañar, Dak?" me provoca ella, su voz llena de lo que

reconozco como puro sadismo de mejor amiga. "¿Segura de que no fue él quien te dejó ir? Lo vi cómo te miraba, Dakota. Los ojos clavados en ti como si fueras el único postre en el escaparate, y joder, no era para un paseo romántico. Ese te quiere entera. En todos los malditos sentidos."

"Sí, o tal vez quiera romperme en dos" respondo, el sarcasmo goteando de mis labios como veneno. Pero en el fondo hay algo más, algo que hierve y que me hace sentir vulnerable de una manera que odio. Hunter es como un imán. El tipo de hombre que sientes aunque esté a kilómetros de distancia, y que te deja en cortocircuito solo con una mirada. Cristo, bastaba con mirarlo para querer arrancarle esa maldita camiseta, ver esos hombros esculpidos y esas venas en los brazos que parecen hechas para apretarte, para perderte en él sin un mañana.

Solana explota en una carcajada. "Nunca se sabe, ¿no? Solo digo que Hunter tiene esa sonrisa de quien siempre consigue lo que quiere. Y santo cielo, tiene un cuerpo que grita sexo por cada puto poro." Se apoya en la mesa de la cocina con una camiseta que apenas le cubre el pecho, como para subrayar su propia afirmación.

"Por el amor de Dios, ¡cúbrete un poco, Sol!" estallo, buscando algo limpio para ponerme, con los ojos girando hacia otro lado para evitar ver demasiado. "¿Te parece el momento de andar así por la casa?"

Ella me lanza una mirada llena de provocación. "Pero, cielo, ¿cuándo sería mejor momento? Deberías hacerlo tú de vez en cuando, Dakota. Soltar esa parte rígida y moralista que te mantiene atada. Hunter podría apreciar una buena visión de ti... digamos... al natural."

"Claro, como si mi vida necesitara más caos" respondo, sarcástica, mientras me pongo un sujetador deportivo negro y unas mallas ajustadas. "Hunter es todo músculos y cero cerebro. Uno para un polvo y ya. Fin de la historia."

Solana se acerca, apoyando los codos en la mesa y mirándome con una mirada intensa. "¿Sabes qué? Creo que tienes miedo. Miedo de descubrir que en el fondo eres mucho más parecida a él de lo que quieres admitir. Cristo, Dakota, quizás solo necesitas un buen, saludable polvo. De esos que te hacen perder el sentido de la orientación durante horas."

La miro, sintiéndome entre irritada y avergonzada. "No puedo creer que estemos teniendo esta conversación. No soy como tú, Sol. No puedo meterme en la cama con alguien solo porque me acelera el corazón."

Solana se ríe, negando con la cabeza. "Ahí está tu error. No se trata de ser como yo, se trata de estar viva. Hunter, por mucho cabrón que sea, tiene ese cuerpo que te hace querer perderte. No me cuentes gilipolleces, tú lo sabes. Esos pectorales, esos hombros, y santo cielo, esos abdominales... ¿No te dan ganas de arrancarle la camiseta y ver si debajo es tan perfecto como parece?"

Me ato el pelo en una coleta, mirando mi reflejo en el espejo con cierto desprecio. "Hunter es arrogante, seguro de sí mismo y sí, es una visión. Pero no quiero convertirme en otra muesca en su cama."

Solana se encoge de hombros, sin quitarse ese gesto de quien lo ha entendido todo. "Quizás deberías hacer precisamente eso. Dejarte conquistar. Hunter te haría gritar de placer como ningún otro."

Me giro hacia ella, el rostro en llamas. "Sol, déjame en paz. No es solo una cuestión física. Yo... todavía soy virgen, y tú lo sabes. No puedo hacer lo que todas las demás."

Solana resopla, su mirada cargada de desaprobación. "Dakota, cielo, ese es precisamente el problema. Te aferras a esa virginidad como si fuera una maldita reliquia. Pero Hunter es perfecto para tu primera vez. No hablo de amor, hablo de vida. De sentir. La primera vez no tiene que ser

un matrimonio. Tiene que ser una experiencia que te vuelva loca. Hunter es ese tipo de chico. Es un maldito profesional en la cama, conoce cada centímetro de una mujer, y tú te mereces saber lo que significa ser realmente deseada."

Me muerdo el labio, con un torbellino en la mente. "Sol, no es tan fácil. No puedo simplemente lanzarme sobre él solo porque me hace sentir viva. Quiero que la primera vez sea especial, que cuente algo."

Solana pone los ojos en blanco, como si estuviera diciendo la mayor de las tonterías. "¿Especial? Tu primera vez será especial porque finalmente sentirás algo diferente, algo intenso. Será un poco doloroso, sí, y quizás te digas que Hunter es solo un cabrón. Pero te sentirás viva. Él no es un niño. Te hará entender lo que significa disfrutar, y confía en mí, Dakota, es una sensación que no olvidarás fácilmente."

Me siento arder, el corazón que se acelera, como si estuviera a punto de lanzarme a un mar de problemas con un cartel luminoso sobre la cabeza que dice "Cuidado con los corazones rotos." Pero no puedo sacarme de la cabeza un pensamiento constante. "¿Y si me arrepiento? ¿Y si me hago daño, no solo por fuera, sino por dentro?"

Solana se acerca, con esa sonrisa sobradora mezclada con una chispa de compasión – ¿qué tiene que compadecerme, ella? Me pone una mano en el hombro, una mirada de hermana mayor que sabe demasiado. "Toda primera vez tiene un toque de dolor, pero con Hunter... cielo, él sabe qué hacer. Sabe hacer daño de la manera correcta, esa que querrás repetir, que te cala hasta no poder respirar más. Es un hijo de puta, sí, arrogante y lleno de sí mismo, pero cuando se trata de placer, te lo puedo jurar, es un Dios. Te arrancarías esa maldita virginidad y finalmente vivirías un poco. Pero tienes que estar lista para dejarte arrasar."

Suspiro, ojos al cielo, con el corazón que parece querer saltar del pecho y dar una vuelta a la pista. Las palabras de Solana retumban en mi cabeza como un martillo. Hunter, su presencia, ese ego desmesurado... me asusta tanto como me atrae. Y me odio por esto. Pero hay una parte de mí, esa que siempre he ignorado, que quiere experimentar, descubrir qué significa perderse de verdad, anularlo todo, incluso el sentido común, y hundirme entre los brazos de alguien.

Me aclaro la garganta, escapando de la mirada maliciosa de Solana. "Voy a correr" anuncio, aunque suena como una excusa desesperada. "Necesito despejarme la cabeza de... todo esto." Mientras lo digo, siento un pinchazo de incertidumbre. ¿Qué es lo que realmente estoy intentando liberar? Quizás sea solo una huida de esa parte de mí que no quiero admitir que existe, esa parte que ansía el caos, que quiere a Hunter, que desea dejarse ir aunque sea solo por un momento.

"Ve, tigresa" dice ella con esa sonrisita punzante que parece haberlo entendido ya todo. "Pero mientras corres, pregúntate una cosa: ¿hasta cuándo vas a aguantarte? Dejarse ir no es el fin del mundo. Hunter... joder, Hunter podría ser la respuesta a todas esas preguntas que no quieres admitir que te haces."

Salgo de casa, respirando el aire punzante de la mañana que me aclara apenas las ideas. Hunter es todo lo que odio en un hombre: arrogante, seguro de que el mundo gira a su alrededor, convencido de que todas quieren un pedazo de su maldita atención. ¿Y yo? Yo debería ser diferente. No soy una de sus conquistas, no me convertiré en un número en su lista.

Y sin embargo... su mirada me escarba, su perfume se me queda pegado, y esa sonrisa de quien sabe que puede conseguirlo todo me da escalofríos. Empiezo a correr, intentando huir de mí misma, pero cuanto más corro más siento las palabras de Solana que me atenazan. Quizá tenga razón, quizá debería dejar de resistirme a todo, de contener cada impulso.

Mis pasos resuenan en la acera, mientras intento encontrar un poco de serenidad. Respiro tras respiro, la cabeza se despeja. O al menos lo intenta. Pero el deseo sigue ahí, un ansia de algo que ya no consigo ignorar, una pulsación que me destruye por dentro, algo que arde y que no quiere apagarse.

Vuelvo a casa con el cuerpo sudado y el cerebro en llamas. Me meto bajo la ducha, dejando que el agua fría me corra por la piel, intentando calmar el incendio que me arde dentro. Pero no basta, es solo una ilusión. Cuando salgo, envuelta en la bata, me encierro en la habitación, dejando el mundo afuera. Me tumbo en la cama, las sábanas frescas contra la piel caliente, y cierro los ojos, dejando que mi mente vaya... donde quiera.

Y va directo a Hunter. A su cuerpo perfecto, a sus manos fuertes, que sé que sabrían hacerme perder el control. Lo imagino sobre mí, el peso de su cuerpo aplastándome contra el colchón, el calor de su piel que me hace arder. Esa sonrisa de cabrón que no esconde nada, su aliento caliente que me roza el cuello, y sus dedos que me acarician, dejando un rastro de escalofríos donde quiera que toquen. Los dedos me rozan el pecho, la respiración se vuelve más profunda, más hambrienta. No consigo detenerme.

Imagino sus manos recorriendo, apretando, haciéndome perder el control de una manera que nadie más ha hecho. Y el pensamiento de él dentro de mí, de esa mirada depredadora que se abre camino más allá de cualquier resistencia, me lleva al límite. El deseo sube, hasta convertirse en una ola arrolladora, y su nombre se me escapa de los labios, un susurro cargado de promesas.

Me quedo allí, tendida, con el corazón latiendo como un tambor. Este deseo no se irá fácilmente. Hunter puede esperar... pero joder, no sé cuánto más podré resistirme.

7

HUNTER

El sol pega fuerte, implacable, como si quisiera hacerme derretir bajo su calor.

Siento el sudor pegado a la piel como una segunda capa, como si quisiera fundirme y pegarme al puto campo. El entrenador Abernathy está gritando desde la banda como si estuviera predicando el Apocalipsis: "¡Muévanse! ¿Quieren perder como unos incapaces?" ¿Sus palabras? Ya olvidadas. Otro sermón de mierda. Intento concentrarme en los pases, en los movimientos, pero hay un pensamiento que sigue infectándome la cabeza. Dakota. Ojos que podrían cortarte la carne como una cuchilla afilada, esa sonrisa venenosa que me hace querer morderle el labio solo para hacerla callar. Ella es un puto infierno sobre dos piernas. Está ahí, inquebrantable, con esos ojos que parecen desafiarme a cada respiro, y ese cuerpo que es una mezcla de curvas peligrosas y potencia contenida. Yo estoy aquí, excitado y cabreado, listo para romper ese muro de hielo solo para ver si la pasión que veo en sus miradas es real o si me estoy engañando.

"¡Eh, Slates! ¿Dónde cojones estás? ¡Aquí no estamos haciendo una puta sesión de fotos!" La voz de Abernathy me llega como un cubo de hielo en los calzoncillos, cortando mis pensamientos sucios de golpe. Aprieto la pelota e inspiro profundamente. Esta vez el pase es perfecto. Abernathy asiente, pero su mirada sigue gritando "decepción". Como siempre, nunca hay tregua. Siempre persiguiendo este puto concepto abstracto de perfección como si fuera un superhéroe de Marvel. Como si estuviera hecho de acero y nunca pudiera equivocarme.

"Oh, mira quién está aquí, nuestro Apolo finalmente se ha despertado". Cassian se planta frente a mí con esa sonrisa de modelo de mierda. El pelo desordenado, empapado de sudor, como si acabara de grabar un anuncio de Calvin Klein. Los ojos que me miran como si viera directamente mi jodido subconsciente. Spoiler: mi subconsciente es un campo de batalla, y él lo sabe.

"¡Eh, Slates! ¿Dónde tienes la cabeza hoy? ¿Algún problemilla con cierta nerd que parece no querer darte el polvo ni por error?" El sarcasmo en su tono es tan denso que podrías untarlo en una rebanada de pan. Me darían ganas de romperle la cara, pero Cassian me conoce. Conoce todas mis debilidades, cada puta grieta en mi ego, y le encanta hacerme caer cada vez.

"Es solo una distracción, Cass. Ya sabes, me gusta cuando las cosas son un poco complicadas. Me mantiene... caliente". Sonrío, intentando restarle importancia. Pero él no es idiota. Sabe que estoy mintiendo. Ve que Dakota me corre por las venas como una droga. Y lo peor? Cassian lo sabe y le encanta.

"¿Distracción, eh? ¿Como el palo que llevas cada vez que ella pasa cerca?" Se ríe con ese tono cortante de cabrón. Joder, él lo sabe todo. Lo sabe y me desafía.

"Cierra el pico, idiota" le respondo seco, pero por dentro estoy hirviendo. Y él? Él disfruta cada

segundo. La verdad es que Dakota no es solo una distracción. Ella es una puta obsesión. Y Cassian lo sabe tan bien como yo. Pero no tengo intención de confesárselo.

"Por cierto, Solana dijo que Dakota no ha dicho una palabra desde la otra noche en la fiesta". La sonrisa de Cassian se ensancha como la del puto Joker. Sabe que me ha golpeado donde duele.

Cambio de tema, lo último que necesito es pensar en Dakota. Miro a los demás entrenar. "Concéntrate en el partido, Cass. Tenemos a los Predators de Arizona pisándonos los talones. Esos cabrones nos ven como unos pijos californianos. Y yo estoy deseando hacerles tragar todos esos putos prejuicios."

Cassian se echa a reír, dándome una palmada en el hombro. "Como quieras, jefe. Pero apuesto a que esa chica te mantiene despierto más de lo que admitirías."

Le lanzo una sonrisa desafiante, una de esas que gritan "jódete", pero las palabras de Cassian se me clavan dentro como astillas. Dakota no solo me mantiene despierto—me tiene en vilo, me tiene tenso como una cuerda lista para romperse. Ella es un puto virus, una de esas aplicaciones de mierda que nunca puedes desinstalar. Y tengo curiosidad por ver hasta dónde llega este juego. Hasta dónde puedo llegar antes de romper ese muro y descubrir qué hay detrás.

"Hunter, si realmente quieres que ella vea que eres más que un jugador de fútbol con un ego más grande que el culo de Kim Kardashian, quizás deberías dejar de mirarla como si quisieras follártela en el suelo del pasillo." Cassian se ríe, con los ojos llenos de esa malicia de cabrón.

"¿Y quién cojones te ha pedido consejo sentimental, Dr. Phil?" le respondo seco, apretando el casco como si quisiera hacerlo estallar.

"No es un consejo, hermano. Es un hecho" responde Cassian, con ese tono que es una puta cuchilla. "Esa es dura, desde luego. Y tú... bueno, no es que tu encanto de depredador de barrio sea precisamente lo que se necesita para romper una coraza de cemento armado."

Lo sé. Él lo sabe. Y yo le odio por conocerme tan bien. Dakota me está consumiendo poco a poco, y Cassian es lo suficientemente cabrón para disfrutar el espectáculo. Pero no le daré la satisfacción de ver cuán cerca estoy del punto de quiebre.

Después del entrenamiento, reviso el teléfono. Mensaje de mi padre: "Cena de representación esta noche a las 20:00. No faltes." La rabia me explota por dentro como una granada. Siempre es así, órdenes y más órdenes, como si fuera solo un puto accesorio de su imperio. ¿Fútbol? Para él es solo un juego. Para mí lo es todo. Pero a él nunca le ha importado una mierda. Quiere que sea su marioneta perfecta, el hijo de portada, la puta marioneta que exhibir. Quiere que sea su copia, otro Slates siguiendo la tradición familiar.

Lanzo el casco al suelo, y los chicos se detienen por un instante a mirarme. Saben cuánto odio a mi padre, cuánto detesto lo que representa. Pero nadie tiene el valor de decir nada. Me agacho, recojo el casco e intento calmarme. La cabeza debe mantenerse clara. Tenemos un partido, joder. Y no puedo dejar que sus estúpidos juegos de poder me rompan.

Cassian se acerca de nuevo, esta vez con una expresión menos sarcástica. "¿Todo bien, hermano?"

Asiento, intentando no mostrar lo jodido que estoy por dentro. "Sí, todo bien. Solo las mismas gilipolleces de siempre."

"¿Te apetece ir al Rogue's Den esta noche? Solana y yo estaremos allí. Te vendría bien desconectar un poco" propone Cassian, y su tono es casi sincero. Tiene razón, joder. Necesito desconectar.

Lo pienso un momento y decido aceptar. "Por qué no. Necesito un buen trago de alcohol."

Un pensamiento me cruza la mente: Solana es la compañera de piso de Dakota. Nuestro Cassian ha tenido más de un encuentro ardiente con ella. Podría ser la oportunidad perfecta para conseguir algo de información. Un detalle, una pista sobre qué vuelve loca a Dakota, qué le gusta, qué no soporta. Quizá Solana sea la clave para romper esa puta coraza. Tomar algo con ellos podría ser la mejor inversión de la semana.

***

El *Rogue's Den* está lleno como siempre.

Música ensordecedora, luces tenues y ese olor a sudor, cerveza y vicio que te entra en las narices. Cassian y Solana ya están en la barra, con ojos brillantes y sonrisas maliciosas. Parecen salidos de una película, y no puedo evitar sentir un poco de envidia. Ellos saben cómo soltarse, cómo vivir sin cadenas. ¿Yo? Estoy encadenado, lastrado por demonios que no puedo sacudirme.

Me siento a su lado, pido una cerveza e intento relajarme.

Solana me observa con una mirada arrogante, los brazos cruzados y el peso en una cadera, esa sonrisa que grita "no has entendido una mierda de la vida". "Mira quién ha bajado de su pedestal. Hunter Slates, el dios del campus, parece extrañamente... pensativo esta noche. ¿Qué pasa, Mister Alfa, alguien ha encontrado la forma de arañar tu ego?"

Sonrío, tomo un largo trago de cerveza. "Solo la misma presión, Sol. No todos tenemos el lujo de vivir como si el mundo fuera un puto TikTok. ¿Yo y Cass? Profesionales de la mierda emocional."

Solana se ríe a carcajadas, sacudiendo la cabeza como si yo fuera un caso perdido. "Quizá deberías intentar bajar del pedestal, Hunter. Ya sabes, ese donde todas caen con una sonrisa arrogante. Dakota no se rinde a tus pies con dos bromitas de película de serie B."

Me encojo de hombros, riendo de manera refleja, pero siento el nudo apretarse. "No te preocupes, Sol. Todas caen, al final. Dakota también caerá. Que se haga la dura cuanto quiera, sé que acabará de rodillas tarde o temprano."

Solana levanta las manos como si se rindiera, pero su sonrisa es burlona. "Haz lo que quieras, pero no confundas a todas con Dakota. Ella no juega con las mismas reglas, y tú lo sabes bien, Hunter."

Cassian entra en la conversación con una risa. "Apuesto a que la otra noche, cuando Dakota te congeló delante de todos, fue un buen golpe para tu ego, ¿eh? No pasa todos los días que te tumbe la única chica que se toma una cerveza contigo, charla tranquilamente pero luego, en lugar de subir contigo al piso de arriba, te saluda y te ignora, Slates."

"Que te jodan, Cass" replico seco, dando otro trago a la cerveza. "No se ha acabado. De hecho, ni siquiera ha empezado. ¿Dakota? Es un desafío más, un partido que todavía está por jugar."

Solana niega con la cabeza, mirándome como si estuviera cometiendo el error más grande de mi vida. "Hunter, quizá deberías preguntarte por qué estás haciendo todo esto. Si es solo por una victoria en el campo de la vanidad, te arriesgas a quemarte."

La miro, levanto una ceja. "Deberías meterte en tus asuntos, Sol. No estás haciendo de niñera de Dakota, ¿verdad?"

La chica me mira, los ojos brillando. Se acerca, casi como si estuviera a punto de revelarme una verdad. "¿De verdad te interesa Dakota, Hunter? ¿O es solo otro trofeo para añadir a tu colección?"

"¿Qué cojones insinúas?" Las palabras me salen con una sonrisa torcida, tratando de ocultar la

inseguridad.

"Dakota no es como todas esas que corren detrás de ti por un selfie y una noche. Viene de una historia que ni te imaginas. Barstow, en medio de la nada. Su padre desapareció cuando tenía poco más de un año. Creció con una madre que se rompe el lomo cada día. Dakota nunca ha tenido nada fácil. No está aquí para jugar."

Sus palabras me golpean más fuerte que cualquier discurso motivacional. Dakota, tan dura e impenetrable, ¿en una infancia de lucha y miseria? Me imagino esa ciudad, Barstow, un agujero en la nada con casas desvencijadas, calles polvorientas y personas con miradas apagadas, marcadas por años de lucha por sobrevivir. Un lugar donde el futuro parece solo una promesa vacía, sofocada por el polvo y la desolación. Una niña con demasiado orgullo para pedir y demasiada rabia para rendirse.

"Entonces, ella no es de aquí" respondo, intentando esconder una nota de compasión bajo el tono arrogante.

Solana asiente. "No, Hunter. Dakota ha crecido luchando. Cada paso es una batalla para construir un futuro que nadie le ha regalado."

Me quedo ahí, mirándola. Dakota no es como las demás, y ahora hay algo que se mezcla con mi atracción por ella.

"Hunter, si crees que puedes hacer tu jueguito de depredador con ella, quítate esa idea de la cabeza. Dakota no es una de tus conquistas de una noche. Y si osas hacerla sufrir, me encontrarás a mí contra ti."

No puedo evitar reír. "No tengo intención de hacerle daño, Sol. Solo quiero entender mejor qué la hace tan difícil de alcanzar."

Solana sacude la cabeza. "Lo veremos, Hunter. Veremos si eres realmente diferente a lo que la gente piensa de ti. Hasta ahora solo eres un cliché andante."

Cassian se ríe. "Quizá Dakota no busca al rey del campus. Quizá necesita a alguien que sepa ser un chico normal, y no alguien que la haga sentir siempre al borde de ser arrastrada a la cama."

Levanto las cejas. "¿Un chico normal? ¿Y debería ser yo? ¿Estás loco, Cass?"

Cassian se ríe, sacudiendo la cabeza. "No, hermano. Normal no lo serás nunca. Pero quizás un poco menos cabrón podría hacer milagros."

***

De vuelta a casa, me quito la camiseta y me planto frente al espejo. Cada músculo esculpido, forjado para resistir. Pero ¿detrás? Hay algo más. Hay un vacío que ningún banco de pesas, ninguna victoria llena. Me siento en la cama, respiro profundo, luego saco una nota del cajón: el único gesto de cariño que mi madre me dejó antes de irse. Tenía seis años cuando se fue. Sus gritos con mi padre, una escena sin el botón de "pause". Ella lo dejó todo, mi padre nunca dijo una palabra sobre ella. Se convirtió en un fantasma.

Tiro la nota en el cajón y lo cierro. Me tumbo en la cama, miro el techo y dejo que la frustración me consuma. Dakota me está volviendo loco. Y ella lo sabe. Ya no puedo fingir. Quiero descubrir cada detalle, cada grieta bajo esa coraza.

Pero mañana todo cambiará. Esta vez, Dakota será mía. Y joder, si tendré que luchar para conseguirlo.

8

DAKOTA

Han pasado dos días desde la fiesta, pero Hunter Slates sigue pegado a mí como un perfume demasiado persistente, uno de esos giros inesperados que no puedes olvidar.

La cabeza me palpita, y esa ligera sensación de náuseas, casi como una fiebre, me oprime el estómago cada vez que pienso en él. Mejor dicho, cada vez que intento no pensar en él. Como si fuera sencillo: cierro los ojos y lo veo allí, delante de mí, con su sonrisa arrogante, su cuerpo de dios griego rozándome, el calor de su piel bajo mis dedos. Todavía escucho su voz ronca y segura al oído, demasiado cerca como para poder escapar.

Es como si siguiera sobre mí. Dentro de mí.

Y eso es lo que más odio, porque me asusta, esa sensación. He pasado toda mi vida construyendo barreras, evitando que alguien se acerque lo suficiente como para poder herirme. Y sin embargo, Hunter consigue desmantelar todo con una mirada. Dos ojos azules, una sonrisa confiada de quien sabe que puede tenerte en sus manos, y mi cabeza se convierte en un caos.

Decido ir al campo. Solo para entender qué es lo que lo hace tan seguro de sí mismo. El fútbol americano no es precisamente mi mundo, y no sé qué pensar mientras me apoyo en la valla y lo veo allí, en el centro de la acción. El casco bajo el brazo, los músculos en tensión, cada fibra de su cuerpo irradiando energía. Él es el rey del campo, él manda, él atrae todas las miradas como si fuera un imán. Me quedo mirándolo, y me doy cuenta de que estoy conteniendo el aliento.

"Nunca te he visto por aquí antes" dice una voz a mis espaldas. Me giro y veo a un tipo con una sonrisa de imbécil. Tiene esa cara de listillo, el tipo de jugador que se cree irresistible.

"¿Eres la chica de alguien o solo estás aquí mirando?" pregunta, con esa molesta seguridad que parece una característica de todos los atletas de este lugar.

Lo miro, levantando una ceja. "¿Perdona?"

Él sonríe, claramente divertido. "¿Eres la chica de alguien? ¿O estás soltera? Porque, ya sabes, salir con un quarterback podría gustarte".

No doy crédito a lo que oigo. "No soy del tipo que sale con jugadores de fútbol americano" respondo, fría, haciendo todo lo posible por evitar darle la espalda.

"Ah, eres de las serias, ¿eo? Deberías relajarte. Podríamos divertirnos mucho juntos" insiste, y el tono con el que lo dice me dan ganas de desaparecer.

Antes de que pueda responderle, veo que Hunter se gira hacia nosotros. Un destello de desafío en sus ojos, y sin decir una palabra lanza la pelota directamente contra el estómago de este idiota, que se dobla emitiendo un gemido ahogado.

"Deja en paz a mi doctora y vuelve al campo, ¡novato!" grita Hunter, mientras esa sonrisa

arrogante se le dibuja en la cara.

Hunter me mira con una sonrisa sardónica, acercándose con paso lento y provocador. “Sabes, Reina de Hielo, hay una forma mucho más divertida de pasar el tiempo que estar aquí hablando con idiotas como él.”

Lo miro, apretando la mandíbula. “¿En serio? ¿Y cuál sería? ¿Ser una de tus conquistas de una noche y ya?”

Hunter ríe, esa risa profunda y descarada que me hace vibrar por dentro. “Conmigo nunca sería solo una noche, nena. Te costaría olvidarme.”

“Apuesto a que tienes esa línea preparada para todas” respondo, tratando de mantener el tono despectivo. Pero él se acerca más, demasiado cerca, y su mano se posa en mi cintura, el toque cálido que me quita el aliento.

“Pero tú no eres como las demás” susurra, sus labios rozan mi oído, su aliento cálido contra mi piel. “Eres especial. Ya te estás perdiendo en mí, y lo sabes.”

Siento que mi cuerpo me traiciona, un escalofrío que se extiende desde el punto donde me toca y se irradia por todo mi cuerpo. “Nunca te habría golpeado, cerebrito” continúa con una sonrisa, “aunque tal vez un poco de calor te vendría bien.”

“Hunter, eres un bastardo arrogante” digo, pero mi voz traiciona una nota de deseo. Él sonríe otra vez, esos ojos azules que me penetran hasta el fondo, como si pudiera ver a través de todas mis defensas.

“Y tú eres una que necesita que alguien la sacuda un poco. Sabes que es verdad. Quieres ser tomada, quieres que te haga perder la cabeza, y lo entiendo por la forma en que me miras.”

“Me estás tocando otra vez, jugador” le digo, intentando poner distancia entre nosotros. Pero es un movimiento que no significa nada, ya que ni siquiera consigo moverme un milímetro.

Hunter ríe, esa risa profunda que hace vibrar el aire entre nosotros. “Solo estoy reclamando mi territorio. Ese novato podría incluso robarme el puesto en el equipo, pero nunca le permitiré que se quede con mi doctora cerebrito.”

“¿Sería esto celos?” replico, cruzando los brazos sobre el pecho, tratando de que no vea cuánto me está desestabilizando.

“Celos, ego masculino, llámalo como quieras” murmura, y con un gesto rápido, antes de que pueda darme cuenta, me lame el cuello. Su aliento cálido me roza, y mi piel se enciende como si hubiera prendido fuego.

“¡Eres asqueroso!” le grito, empujándolo con fuerza.

Hunter retrocede unos pasos, riéndose, con esa sonrisa de idiota estampada en la cara. Luego me guiña un ojo y se aleja corriendo hacia el campo. “Mírame jugar, Dakota. Será un espectáculo solo para ti.”

Lo miro alejarse, el corazón latiendo demasiado fuerte en el pecho. Siento las manos temblar, y el calor que me invade la mente, el cuerpo. ¿Qué demonios estoy haciendo? Debería irme, dejarlo a su juego. En cambio, me quedo allí, mirándolo mientras se mueve, mientras cada fibra de ese cuerpo esculpido parece trabajar solo para impresionarme. Sus músculos tensos, el movimiento fluido y poderoso… y mis pensamientos, que toman un rumbo demasiado sensual, demasiado fuera de control. Mi cuerpo arde, la piel parece gritar su nombre, y no puedo apartar los ojos de él.

***

Al día siguiente, decido que necesito desconectar. Liberarme de esta fiebre que me tiene atrapada. Así que me encuentro en el café del campus, un local con luces suaves y música tranquila, el tipo de lugar donde puedo intentar poner orden en mi mente. Necesito normalidad, algo de control sobre mí misma, así que pido un cappuccino y me siento en una mesa en una esquina, con mi libro de filología románica frente a mí.

Intento leer, concentrarme en las líneas, pero las palabras se confunden entre sí, los conceptos se me escapan. Todo lo que puedo ver son sus ojos, su sonrisa, su figura en el campo. La tensión de su cuerpo mientras lanzaba la pelota, esa forma segura de comandar el juego. Sacudo la cabeza, intentando alejar esas imágenes, pero es imposible.

La campanilla de la puerta del café suena, y por un momento mi corazón se detiene, como si temiera que fuera él. Pero es solo un grupo de estudiantes, ruidosos y alegres. Suspirando, trato de volver a mi libro, pero la concentración sigue lejos. ¿Por qué Hunter tiene ese poder sobre mí? No es justo. No es lo que quiero.

Tomo el teléfono y le escribo un mensaje a Solana. Quizá su ligereza, su falta de complicaciones, pueda ser un antídoto a este caos interior. Le pregunto si quiere venir a tomar un café conmigo, pero la respuesta es rápida y predecible: “Estoy con Cassian. Nos vemos más tarde”. Resoplo, dejando el teléfono sobre la mesa. Obviamente está con Cassian. Parece que todos han encontrado su lugar, menos yo.

El libro frente a mí sigue abierto, las palabras borrosas, y siento esa soledad que se cuela bajo la piel. Pero no es una soledad física, es algo más profundo, una sensación de vacío que solo se llena con la idea de él. Y eso me enfurece. Me vuelve loca pensar que un chico como Hunter Slates, alguien que parece no tomarse nada en serio, haya conseguido romper mis defensas tan fácilmente.

Decido irme, el café no es el refugio que esperaba. Recojo mis cosas y me dirijo a casa, el viento frío que me azota la cara parece ser lo único capaz de devolverme a la realidad. Mientras camino, trato de concentrarme en mis pasos, en el sonido de las hojas bajo los zapatos, en la frescura del aire. Cualquier cosa que pueda alejarme de él.

Pero incluso mientras me muevo, incluso mientras intento llenar mi mente con pensamientos diferentes, su imagen vuelve, insistente, incesante. La forma en que me mantuvo cerca del campo, su aliento contra mi cuello, el calor de su cuerpo. Y me encuentro preguntándome, una vez más, cómo es posible desear tanto algo que sé que es peligroso. Cómo es posible que, a pesar de toda mi fuerza de voluntad, una parte de mí quiera dejarse llevar, ceder, permitirle derribar cada una de mis barreras.

“¿Qué te pasa, Dakota?” murmuro para mí misma, acelerando el paso, como si pudiera huir de mis propios pensamientos. Pero sé que no es tan simple. Porque Hunter ya está dentro de mí, y no importa cuánto intente resistirme, su efecto es más fuerte que cualquier otra cosa que haya sentido.

9

DAKOTA

Dos días después

Ya no sé qué demonios pensar.

Hunter Slates, arrogante e insoportable, es la última persona que quiero en mi vida. Pero, joder, cada vez que cierro los ojos su cara me asalta. Esa sonrisa descarada, esos ojos seguros, la forma en que lanzó ese balón al tipo que me estaba molestando, como si fuera mi maldito defensor personal. Lucho contra el impulso de dejarme llevar con él, pero ya lo sé: Hunter se está convirtiendo en una jodida droga peligrosa, una adicción de la que no puedo desprenderme.

Para alejar esta confusión, me refugio en la biblioteca. Los libros, el estudio: allí todo siempre está en su lugar, sin malditos imprevistos. Pero hoy no lo consigo. Las palabras pasan sin sentido, las páginas no son más que un mar de letras de mierda sin significado. Mi cabeza está llena de él, de esa sonrisa arrogante y de ese cuerpo esculpido para la perdición, una visión que parece salida de una serie de HBO prohibida para menores.

Y allí está.

Aparece entre las estanterías, fuera de lugar como un león en una jaula de canarios. Mirada segura, la actitud de siempre de un depredador alfa que ni siquiera un personaje de Sons of Anarchy tiene. En cuanto me ve, comienza con su tono de siempre. "Sabía que te encontraría aquí, toda empollona y concentrada", dice, plantándose frente a mi mesa. Su sonrisa es esa maldita curva arrogante que odio y que, de alguna manera, me vuelve loca, como si fuera la protagonista de un drama adolescente que no puede resistirse al chico malo. Me hace sentir como si estuviera en una escena de Euphoria, en la que ya sabes que el chico problemático te hará perder la cabeza, aunque sea lo más estúpido y autodestructivo que puedas hacer. Le lanzo una mirada que debería convencerle de que se largue, pero él no se mueve ni un milímetro.

"¿No tienes nada mejor que hacer?" replico seca. "Vete a jugar con tu balón, yo estoy estudiando. Sabes, hay personas que tienen objetivos, una carrera que construir que no gira en torno a un balón."

Hunter se ríe, y ese sonido bajo y malditamente sensual me hace querer estrangularlo o saltarle encima, ya no sé cuál. "Sabes que eres linda cuando te pones a hacerte la borde, Dakota. Lástima que te estás perdiendo toda la diversión que hay aquí fuera mientras te encierras entre estos libros mohosos."

"No están 'mohosos'" siseo, intentando no gritar. "Son mi futuro, algo que tú no puedes

entender."

Él levanta una ceja, se sienta frente a mí, la barbilla apoyada en la mano como si estuviera hablando con una jodida amiga. "¿Por qué no vuelves a verme al campo, cerebrito? Podrías descubrir que hay algo más allá de este futuro de tres al cuarto. Sé que tienes curiosidad. Te vi el otro día lo atenta que estabas a mi juego y... a algo más."

"¿Curiosa de qué? ¿De verte pavonearte delante de todos? No, gracias" respondo con una sonrisa cínica. "Eres tan predecible, Hunter. ¿De verdad piensas que quiero verte inflar el pecho y hacerte el chulo?"

Se encoge de hombros, su sonrisa se ensancha aún más. "Ah, Dakota, eres el tipo de chica que no sabe divertirse, ¿eh? Tal vez te vendría bien soltarte, al menos una vez."

Lo miro con una mueca. "¿Soltarme? ¿Contigo? Preferiría una maratón de ocho horas de documentales sobre la fotosíntesis. Al menos aprendería algo útil."

Él se ríe, y su mirada me perfora por dentro. "Sabes que adoro cuando haces de cabrona. Eres tan rígida, tan perfecta. Pero bajo esa fachada de empollona sé que hay algo salvaje que quieres mantener escondido. Yo te veo, Dakota."

"Que te jodan, Hunter" respondo, intentando ignorar el calor que me sube a las mejillas. "No hay nada escondido aquí. No soy como esas que caen a tus pies en cuanto guiñas un ojo."

Él se acerca, la voz más baja, más seductora. "No tienes que caer a mis pies, Dakota. Basta con que te dejes tentar un poco. Apuesto a que siempre has soñado con hacer algo totalmente fuera de lo común, algo que te haga sentir viva. Algo escandaloso, para hacer al menos una vez antes de terminar haciendo binge-watching de Los Bridgerton para llenar el vacío."

Me reclino en el respaldo de la silla, cruzando los brazos. "¿Y tú serías el que me haría sentir viva? Eres solo un chulo, Hunter. Y confía en mí, no te necesito para divertirme."

Él se inclina hacia adelante, sus ojos brillan de desafío, su presencia como la de un depredador. "Sí, sigue contándote eso, Dakota. Pero cuando estés en tu cama, toda sola, y pienses en cómo sería sentir mis manos sobre ti, bueno... recuerda que eres tú quien está rechazando la diversión."

Parpadeo, intentando mantener la calma. "Eres increíble, un verdadero fanfarrón. Pensar en ti es lo último que haría antes de dormir."

Sonríe, con aire engreído. "Ya veremos, ya veremos. Eres tan buena mintiendo, Dakota. Ya estás pensando en cómo sería, admítelo."

Lo miro, y el estómago se me encoge. Odio lo mucho que tiene razón. Odio que una parte de mí se sienta atraída por esa forma de ser tan segura, arrogante, casi animal. Al final, cierro el libro con un suspiro exasperado y me levanto. "Vale, de acuerdo. Pero no pienses que esto significa algo."

Hunter sonríe como si acabara de ganar una batalla. "Ah, claro. Solo un café, y una visita al campo. Nada más."

Mientras nos dirigimos al bar, él sigue hablando, con ese tono altanero de siempre. "Entonces, ¿de verdad nunca has visto un partido? ¿Ni una vez? ¿Qué haces, vives bajo una roca?"

Suspiro. "Hunter, el mundo no gira en torno al fútbol americano. Hay otras cosas interesantes en la vida, como la ciencia, la historia, la literatura."

Él hace una mueca exagerada. "Vaya, qué aburrido. Apuesto a que nunca has sentido la adrenalina de un touchdown. Nada puede superar esa sensación. Pero bueno, tal vez algún día lo entiendas."

Le lanzo una mirada exasperada. "Lo dudo. Prefiero mis emociones estables y no derivadas de veintidós hombres chocándose por una pelota."

Hunter se ríe, luego me mira con una sonrisa irónica. "Pero ¿qué cojones haces con la filología de las civilizaciones especulativas o como demonios se llamen? En serio, Dakota, apuesto a que ni siquiera te hace sentir un poco de adrenalina."

"Venga, ahora muévete. Vamos a tomar un café, lo necesitamos los dos."

"No, no me apetece, tengo que terminar de estudiar estos capítulos. Te agradezco la oferta, pero por esta vez la rechazo."

"¡Anda ya, qué dices! Levanta ese culo de la silla y ven conmigo. Te vendrá bien un descanso, no te muerdo, ¿sabes?"

"Vale, vamos, total no me dejas estudiar."

***

Cuando pide el café, lo hace con la misma desfachatez de siempre. "Dos cafés, uno negro para la empollona aquí, que necesita despertarse de su monotonía." Me pasa el café con una sonrisa. "Entonces, Dakota, ¿cual es el secreto de tu... frialdad ártica? ¿Nunca has tenido a nadie que te hiciera derretirte un poco?"

"No soy fría" respondo de inmediato, cruzando los brazos y levantando la barbilla en señal de desafío. Mi voz es cortante, pero sé que hay un matiz de vulnerabilidad que no logro esconder. "Solo soy... selectiva."

Él se ríe, negando con la cabeza. "¿Selectiva, eh? Bueno, yo soy bastante bueno haciendo cambiar de idea a las chicas selectivas. Podrías sorprenderte."

Cruzo los brazos, intentando no ceder a la provocación. "No puedes entender. Nunca he tenido un motivo para confiar en los hombres. Los que estaban en mi vida no eran precisamente modelos a seguir. Y no veo por qué tú deberías ser diferente."

Hunter me mira, su expresión se vuelve seria por un momento. "Quizás porque aún no me has dado una verdadera oportunidad. O tal vez porque sabes que podría darte algo que nadie más ha logrado darte."

Parpadeo, sorprendida por el tono directo. "¿Y qué sería? ¿Un ego aún más grande para manejar?"

Se acerca, bajando la voz. "No, algo que te haga olvidar todos esos libros, todo ese rigor. Algo que te haga gritar sin pensar en lo que viene después. Algo que te haga sentir viva, realmente viva, como si fueras la protagonista de un maldito video viral en TikTok."

Siento un escalofrío por la espalda, pero intento que no se note. "Sigue soñando, Hunter. No soy una de tus cheerleaders dispuestas a saltarte encima."

Él sonríe, satisfecho con mi reacción. "Lo sé. Y es exactamente por eso que me gustas tanto. No eres fácil. Pero un día te dejarás llevar. Y cuando eso pase, seré yo quien te haga perder la cabeza."

"No cuentes mucho con ello. Sé ser muy decidida en mis elecciones y decisiones."

"Veremos, veremos, cerebrito. Yo tampoco me rindo fácilmente, creo que ya te habrás dado cuenta."

Intento mantener mi actitud distante. "Mira, Slates, no eres tan malo como tipo. No puedo negarlo."

Se acerca, su cuerpo tan cerca del mío que siento el calor de su piel. "Oh, bien. Así me gustas, cerebrito. Y verás que te gustaré cada vez más."

Antes de que pueda responder, llega Solana como un rayo a la mesa y rompe el extraño

momento que se había creado.

"Ahora tengo que ir a los entrenamientos, cerebrito. Tanto que ha llegado tu amiga del alma, así podréis cotillear sobre mí con toda tranquilidad."

Dicho esto, Hunter se levanta de la mesa y nos hace un gesto de despedida.

Quedándonos solas, Solana me inunda inmediatamente con preguntas. "Entonces, ¿qué pasa entre tú y Hunter?"

"Nada" respondo rápido, intentando evitar su mirada.

Solana niega con la cabeza, divertida. "Oh, nada, claro. Sí, seguro. Nunca te he visto tan nerviosa por alguien. Y Hunter... parece que te ha impactado."

Suspiro, apoyando la cabeza en el asiento. "No quiero ser como mi madre, Solana. No quiero dejarme llevar y romperme. Hunter podría romperme sin siquiera darse cuenta."

Solana me mira, con esa sonrisita que conozco bien. "¿Y quién te dice que sea algo negativo? Quizás necesitas que te rompan un poco, Dakota. Podría ser justo lo que necesitas para salir de esta jodida coraza que te has construido."

La miro, molesta. "No quiero que me rompan, ¿vale? No me interesan los jueguitos de mierda con un tipo como él. Y además, ¿lo has visto? Es un narcisista total, solo piensa en sí mismo y en lo bueno que es para hacerse el chulo."

Solana levanta las cejas, provocativa. "Y, sin embargo, estás aquí hablando de él, pensando en él. Admítelo, te ha impactado más de lo que quieres admitir. Te está haciendo salir de tus esquemas, y tú estás aterrada por esto."

Bufó, exasperada. "No es que esté aterrada, es que no quiero perder el control de mi vida por un chico que probablemente se olvidará de mí en cuanto otra le guiñe un ojo."

Solana se ríe, negando con la cabeza. "Dakota, eres tan rígida que a veces me dan ganas de darte un meneo. Y Hunter, bueno, quizás él sea exactamente lo que necesitas para soltarte, para dejar de ser tan... aburrida."

La miro, ofendida. "¿Aburrida? ¿Solo porque no me dejo encantar por el primer gilipollas que pasa? Hunter es un lío, un tipo de 'un polvo y ya'. No tengo intención de acabar entre sus conquistas."

Solana me mira con una mirada penetrante. "Quizá no sea solo eso, Dakota. Quizá él vea algo en ti que tú misma no quieres ver. Y quizá, por una vez, podrías intentar ver qué pasa, sin pensar siempre en las consecuencias. Sabes, a los veinte años ya sería hora de que la perdieras, esa maldita virginidad tuya. En serio, ¿de verdad piensas que puedes seguir así para siempre? Tarde o temprano tendrás que soltarte, y Hunter podría ser justo el indicado para empezar. Quizá sea un idiota, pero al menos es uno con el que podrías divertirte de verdad, y dejar de ser tan jodidamente rígida y santurrona."

"No es tan fácil" replico, irritada. "No quiero ser como mi madre, atrapada con un hombre que la rompe y luego la deja hecha pedazos."

Solana suspira, apoyando la mano en mi hombro. "No todos los hombres son como tu padre, Dakota. Y Hunter... podría sorprenderte. Quizá solo sea un arrogante, pero quizá tenga algo más. Y quizá tú podrías tener algo más que ofrecer, si te permitieras hacerlo."

Me quedo en silencio, dejando que sus palabras me golpeen. Odio admitirlo, pero una parte de mí sabe que tiene razón. Quizá solo estoy buscando excusas para mantenerme alejada de algo que podría hacerme sentir realmente viva.

Solana me mira, sonriendo. "Vamos, Dakota, al menos admítelo. Te gusta. Aunque sea un idiota, te gusta. Y eso ya es un comienzo."

Niego con la cabeza, intentando mantener mi actitud distante. "Quizá. Pero no significa que le daré lo que quiere. Si piensa que me romperá, tendrá que trabajar mucho más duro que esto."

Solana se ríe, satisfecha. "Ese es el espíritu. Pero no olvides, a veces dejarse llevar no es un fracaso. Es solo una forma de vivir de verdad."

Me quedo en silencio, reflexionando sobre sus palabras mientras me levanto de mi silla. Una parte de mí sabe que no podré seguir ignorando esta atracción por mucho tiempo. Pero la pregunta es: ¿cuándo decidiré dejar de luchar? Y, sobre todo, ¿cuán peligroso será dejarme llevar con alguien como Hunter Slates?

10

DAKOTA

Cinco días después

El aula está en silencio, pero no de ese tipo relajante que te permite concentrarte. Es esa calma tensa, el silencio que huele a problemas, que te hace contar cada maldito segundo en el reloj sobre la pizarra. Cada tictac es otro clavo martillado en el ataúd de mi paciencia. Las mesas están rayadas, llenas de inscripciones que cuentan la crónica desesperada de generaciones de estudiantes en coma cerebral. Y ahora, entre estos bancos desgastados, estamos Hunter y yo.

Gracias, Solana.

Mi querida compañera de cuarto decidió meter las narices sin siquiera consultarme. Convenció al profesor de psicología social para asignarme un proyecto junto con Hunter. "Hunter necesita ayuda para no suspender y arruinar su carrera deportiva" dijo. Así que ahora estamos aquí, obligados a trabajar juntos. El entrenador está furioso y, francamente, no le culpo. Pero Solana, con ese cerebrito maquiavélico, decidió que la única manera de salvarle el culo a nuestro quarterback era encasquetarle una tutora como yo. Así que aquí estoy, obligada a hacer equipo con este rompecorazones para un maldito proyecto.

Él ya está aquí, repantigado como si fuera el rey de este agujero de aula. Tiene esa sonrisa de chulo, de quien cree haberlo entendido todo en la vida. Está sentado como si acabara de escalar el Everest y ahora estuviera disfrutando del panorama. Me mira con una expresión que parece decir: "Oh, mira quién llega puntual, la empollona de la clase." Como si cumplir un horario fuera cosa de perdedores.

"Pensaba que tendría que hacerlo todo yo solo. Pero bueno, no es problema para alguien como yo. De hecho, quizá te estoy haciendo un favor, ya que normalmente no tengo tiempo para estas tonterías. Estoy demasiado ocupado haciéndole girar la cabeza a alguna. Pero hey, mejor así, ¿no?"

Con solo unas pocas palabras ya quiero tirarle algo a la cabeza. Un libro, un pupitre, el proyector. Pero no, mantengo el control. Aunque la idea de estrangularlo con el cable del proyector es bastante tentadora.

"Ahórrate el teatro, Hunter. Hagamos este proyecto, nos lo quitamos de encima y cada uno por su lado."

Él levanta una ceja, divertido. Obviamente, espera que monte una escena. Le fastidia que no entre en su juego.

"Eso es lo que me gusta de ti, Dakota. Siempre tan directa. Sin filtros."

Dios mío, ¿está bromeando? Quiere ver si pierdo los estribos, está claro. Respira, Dakota. Mantén la calma.

"Sí, claro. Volvamos al tema. El proyecto, ¿lo recuerdas?"

Él se ríe, como si estuviéramos en una comedia. Se inclina hacia adelante, la sonrisa estampada en la cara, como si estuviera hablando con una niña que no entiende una mierda.

"Claro, señorita 'pongámonos manos a la obra'. Hablemos del proyecto. Psicología de las relaciones, ¿no? O algo irónicamente parecido."

Las ganas de dar media vuelta e irme son enormes, pero no puedo. Solana me mataría.

"Sí. Psicología de las relaciones en contextos de estrés. Supongo que al menos has abierto el libro."

Hunter se recuesta en el respaldo, los brazos cruzados con aire aburrido.

"Claro que lo he abierto. No me juzgues mal, Dakota. Podría sorprenderte."

Fantástico, logra que "Podría sorprenderte" suene a amenaza velada. Lo hace a propósito, el cabrón. Quiere meterse bajo mi piel y ver si me derrumbo. Pero no le daré esa satisfacción. Y sin embargo, sigue mirándome con esa expresión socarrona.

"Sabes, me preguntaba una cosa. Siempre estás tan... concentrada. ¿Nunca has pensado en relajarte un poco?"

"¿Perdona, pero qué tiene que ver?" Sonrío falsamente, pero él sabe que he mordido el anzuelo. Sabe que no puedo dejarlo pasar.

"Tiene que ver, porque quizá deberías intentar hacer otra cosa de vez en cuando. Como... divertirte. ¿Te divertiste en la fiesta de la Frat House el otro día? Viste cuánta gente se lo estaba pasando bien, sin ningún tipo de condicionamiento o límite. Todas esas chicas con esos machotes en celo, listos para hacer felices a todas esas 'gallinitas'. Y tú, en cambio, te quedaste rígida, ¿te acuerdas? Bebiste un poco de cerveza, pero nada más. Y, sin embargo, podrías habértelo pasado genial si hubieras querido. Entonces, ¿qué dices? ¿Repetimos? Vente a otra fiesta, hay muchísimas. Este fin de semana también hay una."

Me río, pero a duras penas contengo el sarcasmo.

"¿Sabes lo que odio de las fiestas? Los psicólogos de pacotilla."

Él se ríe a carcajadas. No entiendo qué encuentra tan divertido.

"Touché. Pero estás aquí estudiando filología y psicología."

"No es lo mismo" replico, intentando volver al proyecto. "Quiero entender, no juzgar. Hay una diferencia."

Por un momento, veo una grieta en su máscara segura. Algo pasa por sus ojos, pero es rápido. Y luego vuelve a ser el Hunter arrogante, el que no deja que nadie lo lea. Quizá por eso me vuelve loca. Somos parecidos, aunque nunca lo admitiría.

Él se acerca, la sonrisa más seria.

"Entender, ¿eh? ¿Y qué quieres entender, Dakota? ¿La mente humana o la tuya?"

La pregunta me paraliza. Precisa como una flecha. Trata de empujarme a derrumbarme, pero no se lo concederé. Abro el cuaderno y tomo notas, intentando hacer como si nada, pero mi silencio ya es una respuesta.

Él inclina la cabeza, observándome.

"¿Lo ves? Siempre estás a la defensiva. ¿Por qué?"

Finjo reírme.

"¿Quieres parar? Tenemos que trabajar, no contarnos la vida."

"Quizá te haría bien."

Esa frase de psicólogo improvisado me pone de los nervios. Pero hay una seriedad en su tono que no puedo ignorar, aunque quisiera.

"No todo el mundo quiere contarlo todo" replico, manteniendo la voz firme. "Algunas cosas es mejor guardárselas para uno mismo."

"Entiendo" murmura, bajando la voz. "No es solo cuestión de ser reservada, ¿verdad?"

No respondo. Sé a dónde quiere llegar. Sé que está tratando de hacerme decir algo, pero no le daré esa satisfacción.

Cambio de tema.

"Ok, Hunter, basta de tonterías. ¿Cómo dividimos el trabajo? ¿Haces la investigación o prefieres que te deje el resumen?"

Él se ríe, negando con la cabeza.

"¿Aún intentas huir de mí? No funciona así, Dakota."

Me siento atrapada. Su voz se baja, se vuelve suave, casi hipnótica. Me escarba dentro con esos ojos, y me irrita, me descoloca, me... intriga.

"No funciona así, Dakota" repite, acercándose un poco más. Puedo oler su perfume, esa mezcla de madera y algo más oscuro, más peligroso.

"¿Y entonces cómo funciona, Hunter?" lo desafío, intentando mantener un tono apropiado aunque siento un nudo crecer dentro de mí.

Sonríe, esa sonrisa de chulo que debería hacerme enfadar, pero que me confunde.

"Digamos que funciona como... un intercambio. Tú me cuentas algo, yo te cuento algo."

"Como si me importara algo tu vida" suelto. "Estoy aquí solo porque me han obligado."

"Oh, eso ambos lo sabemos." Su voz es baja, un susurro insistente. "Pero no diría que no tienes al menos un poco de curiosidad."

La tensión es palpable, y me encuentro diciendo cosas que nunca diría.

"Quizá hay una razón por la que prefiero estar sola" murmuro, bajando la mirada.

"¿Y cuál es?" Su voz es dulce, pero hay algo despiadado detrás.

"Deja de hacer preguntas" replico, la voz temblando.

Él se acerca aún más.

"¿O quizá solo tienes miedo de admitir que te gusta que te vean de verdad."

"¿Ver qué?" replico, cruzando los brazos como una armadura.

"Tus defectos, tus miedos. El hecho de que estás tan ocupada protegiéndote que te olvidas de vivir."

Su voz es un susurro, pero golpea como un puñetazo. No soporto la forma en que me mira, como si supiera dónde meterse para hacerme sentir vulnerable.

"No hay nada interesante que ver" digo, en tono ácido.

"No mientas, Dakota. Eres un libro abierto, aunque trates de mantenerlo cerrado." Sonrisa provocadora. "Pero yo sé que eres todo menos intocable."

Esa sonrisa me desestabiliza. Intento reír, despachar todo, pero hay algo en su mirada que lo hace todo más difícil.

"¿Por qué haces este papel?" pregunto.

"¿Qué papel?"

"El del cabrón impenetrable."

Hunter se ríe bajo.

"¿Así que realmente me estudias? No soy impenetrable, Dakota. Solo que nadie ha intentado ir

más allá."

"¿Y tú piensas que lo sabes todo, verdad?" replico. "No eres tan complicado."

"Ni tú" responde. "Apuesto a que una parte de ti quiere ser descubierta. Aunque sea por un momento."

El silencio entre nosotros es cargado. No sé si odiarlo o dejarme llevar. Luego él habla de nuevo.

"Podríamos descubrir algo el uno del otro. ¿Qué tienes que perder?"

Lo miro, desafiándolo.

"Ok, juguemos a este juego."

Sonríe.

"Trato hecho."

Se inclina hacia adelante, y por un momento siento su aliento caliente en mi rostro, su voz baja e insinuante.

"Pero hay una cosa que quiero saber antes que nada, Dakota. ¿Cuál es la verdadera razón por la que eres tan cerrada?"

Mi corazón se acelera, pero trato de no dejárselo ver. Aprieto los labios y niego con la cabeza.

"No funciona así, Hunter. No soy yo la que tiene que abrirse primero."

Él se ríe bajo, y el sonido está lleno de reto.

"Ok, ok. Te concedo esto. Pero no esperes que me rinda fácilmente. Quiero llegar al fondo de este misterio."

Los ojos de Hunter están fijos en los míos, y por un momento parece que hay algo diferente allí dentro, una chispa que nunca había visto. Una mezcla de curiosidad y deseo, como si estuviera decidido a ver cada parte de mí, a descubrir lo que me hace ser quien soy.

"Quiero entender qué hay debajo de tu coraza, Dakota. Y no me detendré hasta descubrirlo."

Por un instante, mi resolución vacila. Su cercanía me hace sentir desnuda, expuesta. Y hay una parte de mí que está asustada, pero otra parte, la que me hace sentir viva, quiere ver hasta dónde puede llegar este juego.

"No esperes demasiado" replico, pero mi voz es más débil de lo que hubiera querido. "No conseguirás nada."

Él sonríe de nuevo, y esta vez hay una promesa en sus ojos.

"Ya veremos. Será interesante intentarlo, de todas formas."

La tensión entre nosotros es palpable, y mientras el silencio cae en el aula, sé que esto es solo el comienzo de un juego peligroso. Un juego que podría revelar demasiado, o quizá todo, pero al que, por alguna razón, no puedo resistirme.

"¡Nos vemos la próxima, Dakota! Y quizá, la próxima vez, no estarás tan fría."

Hunter se levanta, y mientras lo miro marcharse, me siento como si un tornado acabara de pasar sobre mí, dejándome con una mezcla de confusión y expectativa. La puerta se cierra tras él, y finalmente respiro profundamente.

Me dejo caer contra la silla, el corazón aún latiendo rápido. Mañana es otro día, y tengo que encontrar una manera de continuar este proyecto sin dejarme arrastrar a su red. Pero una parte de mí sabe que quizá quiero ver hasta dónde nos llevará este juego.

11

HUNTER

Al día siguiente

Sentado en el bar del campus, hago girar la taza de café entre mis manos, intentando distraerme de los pensamientos que me atormentan. Dakota. Joder, llevo toda la mañana pensando en esa zorra y en cómo me hizo pedazos con sus palabras ayer. No estoy acostumbrado a chicas como ella, esquivas, que me miran con ese fuego en los ojos pero que nunca se entregan del todo. Hay algo en ella que me desafía, que me hace querer arrancarle esa coraza y hacerle perder el control. Pero cada vez que creo tener ventaja, ella me devuelve al punto de partida.

"Oye, hermano, la estás mirando en tu mente como si quisieras devorarla viva". La voz de Cassian me saca de mis pensamientos, con ese tono chulesco tan suyo. Levanto la mirada y lo veo, con esa sonrisa irritante que me dan ganas de partirle la cara.

"¿A quién carajo crees que estoy mirando?" mascuyo, intentando mantener un tono distante.

"Vamos, es obvio que estás babeando por Dakota". Cassian se sienta frente a mí, dejando su cerveza en la mesa. "¿No es cierto? La cerebrito intocable".

Levanto una ceja, ignorando su provocación. Cassian es mi mejor amigo, pero puede ser un verdadero capullo. Nunca me deja pasar ni una, y lo peor es que suele tener razón.

"No es eso" respondo, mintiendo sin siquiera esforzarme.

"Claro, claro" se ríe, negando con la cabeza. "Pero en serio, ¿por qué te veo tan pillado por ella? ¿Por qué no lo dejas todo y te buscas a alguien un poco menos... complicada?"

"Oh, gracias por el consejo de terapeuta barato". Pongo los ojos en blanco. "No es cuestión de complicaciones. Es cuestión de diversión. Ella me mantiene despierto. Algo que no puedo decir de las demás".

Cassian se ríe de nuevo, negando con la cabeza. "Estás jodido, hermano. Y de todos modos, si quieres complicarte la vida, ten por seguro que Dakota es la elección correcta".

No tengo tiempo para responderle cuando dos chicas se nos acercan. Una rubia y una morena. Tacones, vestidos ajustados y miradas que gritan "cómeme".

"Mira, ésta es la solución" dice Cassian, señalándolas con la cabeza. "Mucho mejor que estar aquí sufriendo por alguien que no te quiere".

"Que te jodan, Cass" siseo, pero una sonrisa se me dibuja en los labios. "Las quiero sólo para distraerme, nada más".

Cassian sonríe con burla. "Eso es, ése es mi Hunter. Ahora ve allí y haz lo que mejor sabes hacer".

La rubia me pone la mano en el hombro, su sonrisa provocadora. “Apuesto a que sabes cómo hacernos divertirnos, Hunter” dice, la voz como un reto.

“Oh, vaya, ¿me conoces por mi nombre?” respondo, mi tono arrogante y cínico mientras levanto una ceja. “Apuesto a que es un buen comienzo”.

A su lado, la morena me mira con una mirada hambrienta. “Quizás después de un poco de compañía nos llevas a ver... tu habitación?”

“Tal vez” respondo, disfrutando de su atención. Me levanto, haciéndole señas a Cassian de que tengo intención de seguirlas. Él se ríe entre dientes y me despide con un gesto, mientras yo me alejo con las dos chicas.

“¡Vete a distraerte, campeón!” grita mi amigo a mis espaldas. “No hagas mucho ruido, o al menos no tanto como para que nos echen”.

Caminamos por el campus, dirigiéndonos al dormitorio. La rubia se ríe por algo que la morena le susurra al oído y se acerca más a mí, presionando su cuerpo contra el mío. Perfecto desahogo, pienso.

“Oh, mira, un verdadero caballero” comenta la morena con sarcasmo mientras me agarra por el cuello de la camisa. “¿Pensabas que nos gustaba ir despacio?”

“¿Despacio?” respondo riéndome. “No sé ni lo que significa”.

Subo las escaleras con ambas, la rubia tirando de mi cuello y besándome, mientras la morena se acerca por un lado, sus manos deslizándose audaces hacia mi entrepierna. Sus dedos presionan contra la tela de mis jeans, empezando a frotar lentamente, y siento mi polla empezar a reaccionar, a crecer desmesuradamente dentro de los pantalones.

“Vaya, chicas, ¿no creen que es un poco demasiado fácil?” les digo con una sonrisa sardónica mientras sigo caminando. “Pensaba que amaban los retos”.

“Oh, esto no es un reto, Hunter” responde la rubia con una sonrisa traviesa. “Es sólo el calentamiento”.

Sus manos me tiran aún más cerca, presionando mi polla hasta que se pone dura como una roca, y cada paso hacia mi habitación es un crescendo de excitación que no puedo ignorar.

Llegamos a la habitación y cierro la puerta detrás de nosotros, aislándonos del resto del mundo. “Mostradme lo que sabéis hacer”, les digo con una sonrisa mientras me dejo caer en la cama, esperando verlas en acción.

La morena sonríe y me mira directamente a los ojos. “¿Piensas hacer solo de público?” pregunta con un tono provocador.

“Por ahora” respondo, mirándolas mientras se desvisten. “Quiero ver si realmente vale la pena”.

La rubia se quita el vestido con un movimiento fluido, dejándolo caer a sus pies, mientras la morena se quita los tacones y se deshace de su vestido ajustado con una sonrisa traviesa. En unos instantes, ambas están desnudas frente a mí.

“Qué belleza”, comento con una sonrisa. “Pero, ¿creéis que podéis mantenerme interesado?”

La morena me fija la mirada mientras sube a la cama. “Oh, confía, te haré olvidar hasta cómo te llamas”.

La rubia se ríe mientras se coloca a su lado, empezando a deslizarse sobre mi camiseta. “Sí, pero, ¿quién dijo que dejaré que ella lo haga todo?”

“Oh, no te preocupes, nena” respondo riéndome. “Hay suficiente de mí para las dos”.

Me miran ambas, excitadas y deseosas, listas para hacer cualquier cosa por conquistarme. En un instante, sus manos se mueven para desvestirme, tirándome la camiseta por encima de la cabeza y bajándome los jeans mientras sus dedos continúan rozándome la piel, haciendo que la

excitación en mí siga creciendo.

"Rápido, rápido", les digo con una sonrisa cínica. "No tenéis todo el día".

"Vamos a ver cuánto puedes aguantar, Hunter" susurra la morena mientras me bajan los boxer.

Cuando finalmente ven la anaconda que tengo entre las piernas, ambas se quedan con la boca abierta. "Vaya, vaya, mira qué bestia tenemos aquí", dice la rubia con una sonrisa traviesa, mientras la morena asiente, las manos empezando a masajearme la verga y tocarme los huevos.

"No está mal, ¿eh?" digo, mirándolas con una sonrisa satisfecha. "¿Pensáis que podréis manejar todo esto?"

"Lo intentaremos" responde la morena con una sonrisa. "Pero no te quejes si no puedes caminar mañana".

La rubia se acerca con la boca, empezando a besarme cerca del vello púbico, mientras la morena sigue, como si no pudieran resistirse un segundo más.

"¿Estáis listas para trabajar por vuestro premio?" les pregunto con una sonrisa sardónica.

Están famélicas, listas para tomar todo lo que pueda darles. ¿Y yo? Me dejo llevar, disfrutando de cada momento. Mientras las dos chicas se lanzan sobre mi glande, por un momento un pensamiento sobre Dakota me cruza la mente.

"¿Dakota quién?" murmuro para mí mismo, mirando a las dos que están a lo suyo.

"¿Quién es Dakota?" pregunta la morena con curiosidad, apartándose por un momento.

"Nadie que pueda competir con vosotras" respondo con una sonrisa traviesa. "Ahora seguid, todavía necesito ver cuán buenas sois".

Sus bocas se abren casi al unísono, y veo la avidez en sus ojos mientras continúan trabajando en mí, alternándose, bajando hasta la base, sus lenguas acariciándome en una adoración que sabe a pura devoción.

"Seguid así", les digo con una sonrisa cínica. "Veamos cuánto aguantáis".

No hay rastro de vergüenza, solo pura ansia, un deseo insaciable de poseerme, de dejarse dominar por completo.

"Vamos, más rápido", las incito, sintiendo cómo la excitación crece dentro de mí. La rubia toma mi polla en la boca, haciéndola desaparecer casi por completo, mientras la morena sigue masajeándome las pelotas con un toque firme.

"Sí, así... bien", silbo, agarrándole la cabeza y guiando el ritmo. La morena mientras tanto me mira, los ojos llenos de deseo mientras baja para lamerme más detenidamente.

"Vaya, no pensé que fuerais tan buenas", comento con una sonrisa sardónica. "Quizás valía la pena traeros aquí".

La rubia levanta la mirada, la polla aún entre los labios. "¿Crees que esto es lo mejor?" murmura, la voz ahogada. "Sólo estamos empezando, guapo".

La morena se ríe y se acerca, intercambiando una mirada cómplice con la rubia. "Verás que nunca olvidarás esta noche, Hunter".

Empiezan a trabajar juntas, la rubia que toma mi polla en profundidad, mientras la morena se dedica devota a mi escroto y luego sube para besarme. Sus manos están por todas partes, me acarician el pecho, me arañan ligeramente, y cada toque me hace sentir una ola de placer creciente.

"Cristo, sois unas verdaderas profesionales", les digo, la respiración agitada.

Las chicas se alternan, sin dejarme un solo instante de respiro. La rubia me monta encima, sus piernas rodeándome los costados mientras me mira a los ojos con una sonrisa provocadora. "¿Listo para ver cómo puedo cabalgarte?"

“Hazlo”, la reto, apretándole las caderas. “Veamos si puedes seguirme el ritmo”.

Se baja sobre mí con un gemido de placer, su cuerpo que se mueve con fuerza mientras empieza a cabalgarme sin vacilación. La morena se acerca, besándome en el pecho y mordisqueándome el cuello, mientras el ritmo se vuelve cada vez más intenso.

“Oh, joder, sí... así”, jadeo, sintiendo cómo el placer aumenta. La rubia cabalga cada vez más fuerte, sus gemidos llenando la habitación mientras la morena baja, besándome a lo largo del pecho hasta subir para encontrarse con los labios de la rubia en un beso apasionado.

Las miro, excitado por la vista de sus cuerpos moviéndose sobre mí. Cada toque, cada movimiento es como una explosión de placer, y sé que estoy a punto de alcanzar el clímax. Las tiro a ambas más cerca, estrechándolas con fuerza mientras la rubia sigue moviéndose frenéticamente sobre mí.

“¿Estáis listas?” susurro, la respiración entrecortada. “Porque estoy a punto de daros todo”.

Las chicas se miran, una sonrisa traviesa que se ensancha en sus rostros. “Nacimos listas”, dice la morena, mientras la rubia aumenta el ritmo, su cuerpo golpeando contra el mío con fuerza creciente.

No puedo contenerme más, y con un gemido profundo, dejo ir toda la tensión acumulada. Las chicas se abalanzan sobre mí, sus manos y bocas despojándome de toda energía, tomando todo lo que puedo darles hasta la última gota.

Sus lenguas se encuentran sobre mi glande, mientras se besan apasionadamente, mi semen mezclándose en sus besos. Las miro mientras se limpian mutuamente, sin rastro de vergüenza, solo puro deseo y complicidad.

Me dejo caer en la cama, la respiración aún agitada, mientras las dos chicas se acurrucan junto a mí, sus manos que siguen acariciándome el pecho. Una sonrisa satisfecha se dibuja en mis labios.

“Debo admitir que habéis estado bien”, les digo, el tono aún sardónico. “Pero sabed que nunca será suficiente para hacerme olvidar a todas las demás”.

Las chicas se ríen, la rubia me besa en el pecho. “Quizás, pero podemos intentarlo otra vez... toda la noche”.

12

HUNTER

La mañana siguiente

Todavía llevo encima las marcas de la noche como un maldito trofeo. Mi habitación es un campo de batalla: sábanas sudadas, ropa tirada por todas partes, el olor a sexo impregnando el aire. Yo, una rubia de infarto, y una morena que podría haber vuelto loco a un santo. Y aún así, con esos dos cuerpos perfectos entre mis manos, mi mente estaba en otro lugar. Cada caricia, cada gemido, cada movimiento hundido en sus cuerpos me llevaban de vuelta allí, siempre al mismo jodido punto. Dakota. La perfecta y estirada que no consigo sacarme de la cabeza.

¿El parádoxo? La uso como un desafío personal. Cada vez que intento olvidarla, ella se me clava aún más, como una aguja bajo la piel. Y entonces, otra botella, otra chica, otra noche en la que intento borrarla. Pero no hay nada que hacer. Joder, incluso mientras me movía sobre esa rubia, mientras la morena me susurraba cosas sucias al oído, era como si mi cabeza se negara a seguir el juego. Me daba cuenta de que estaba imaginando a Dakota, justo a ella, allí debajo de mí, atrapada entre mis manos, obligada a perder el control.

Y en el campus, cada maldita vez que me cruzo con ella, lo entiendo: es a ella a quien quiero romper en pedazos. Me mira como si no fuera digno ni de su atención, pero joder, sé que le basta un segundo y se derrite. Me basta esa pequeña señal, ese rubor en sus mejillas que intenta reprimir cada vez que me acerco, y lo entiendo todo. Cada centímetro de distancia que mantiene, cada palabra venenosa que me escupe es solo gasolina al fuego.

Llego al aula de estudio con esa sonrisa de imbécil que ella odia tanto estampada en la cara. Sé que me está esperando, sé que mi presencia le pone de los nervios, pero también sé que no puede controlarse. No puede hacerlo, no conmigo. Apenas entro, allí está, inclinada sobre sus libros, como si eso fuera lo único importante en el mundo.

Le sonrío y, sin hacer ni un maldito ruido, me dejo caer en la silla frente a ella, invadiendo su espacio. Ni siquiera aparta la mirada del portátil, y eso solo me hace reír. La pequeña cerebrito hace todo lo posible por ignorarme, pero yo sé bien cómo acaba esto.

“Por fin te has dignado a llegar” dice sin siquiera mirarme. El tono es el de siempre, frío, cortante, como si realmente pudiera mantenerme a raya con esa voz.

Lentamente, me inclino hacia ella, sonriéndole con todo el desprecio que puedo. “¿Me has echado de menos, cerebrito?” Lo digo con ese tono, ese jodido tono que ella no soporta. Sé que la saca de quicio, y joder, me encanta verla así. Me encanta verla apretar los labios, odiarme,

sonrojarse porque no puede evitar sentir mi aliento sobre ella.

"Eres una pesadilla, Hunter" sisea, afilada como un trozo de vidrio roto. "En serio, ¿crees que estoy aquí solo por ti? Tengo cosas más importantes que hacer que escuchar tus gilipolleces de machito sin cerebro."

Mi sonrisa se ensancha, arrogante. "Mandona y borde. Combinación perfecta, cerebrito. Y mira que yo sé hacer dos cosas a la vez: hacer el gilipollas y trabajar. Multitarea, nena, ¿te lo crees?" Cada palabra es una provocación, una puñalada colocada con precisión, diseñada solo para verla estallar.

Golpea el bolígrafo contra la mesa, y esta vez levanta la mirada, directa a mis ojos, con ese fuego que solo ella sabe encender. "Eres solo una distracción patética de la que no necesito. Por una vez, deja de hacer el payaso y prueba a ser útil."

Me inclino hacia ella, clavándola con una mirada depredadora que no deja escapatoria. "¿Distracción, eh? Admítelo, cerebrito: te hago perder la cabeza." Sé que estoy tensando la cuerda, y ese riesgo me da una descarga de adrenalina pura. Es como jugar al póker con las fichas sobre la mesa, y yo nunca pierdo.

Me mira como si estuviera loco. Se acerca, el rostro duro, reduciendo cada centímetro de distancia entre nosotros. "Hunter, ¿quizás se te ha escapado que estamos aquí para estudiar? Pero no, como siempre, estás demasiado ocupado haciendo el imbécil. ¿Sabes qué? En lugar de seguir hablando, quizá podrías remangarte y hacer algo útil por una vez."

Sonrío, acortando aún más las distancias. Nuestros rostros están a pocos centímetros, mi aliento mezclándose con el suyo, como si estuviera desafiando cada fibra de autocontrol que le queda. Y esa mirada que me lanza... es puro veneno y, joder, también un toque de curiosidad que intenta ocultar.

"Borde y buena dando órdenes... pero, ¿sabes obedecer igual de bien?" Cada palabra es una cuchilla afilada, un desafío lanzado sin ninguna piedad. La veo tensarse, como si quisiera replicar con alguna frase sarcástica, pero hay una chispa en sus ojos, un temblor que traiciona lo que realmente siente. Y sé que la he golpeado en el lugar correcto.

"Eres tú quien no entiende la diferencia entre lo que quieres y lo que necesitas" responde con un tono controlado, pero puedo percibir el temblor apenas oculto, esa mezcla de rabia y deseo que arde en su interior. ¿Y ese rubor que le colorea las mejillas? Vale más que mil palabras.

Le sonrío, lento e insinuante. "O quizá eres tú quien no entiende la diferencia entre hacer todo a la perfección y dejarte llevar por una vez. Cierra esos malditos libros y ven a descubrir lo que significa divertirse de verdad." Mi voz es un susurro ronco, como un veneno que se desliza bajo la piel, cavando un camino que sé bien a dónde lleva.

Dakota aprieta los labios, su mirada es como una llama, feroz, capaz de incendiar todo lo que encuentra. Cada comentario venenoso, cada resistencia me hace querer aún más empujarla más allá, verla derrumbarse, romper cada barrera que se ha construido alrededor. Es un desafío abierto, y yo estoy metido hasta el cuello.

Me obligo a volver al "trabajo", pero cada movimiento suyo es una tortura. Cada respiración, cada curva de sus labios, cada vez que alza los ojos hacia mí... es una jodida orquesta de provocaciones. No hago más que lanzarle pullas, comentarios mordaces, disfrutando cada suspiro frustrado suyo, cada negación con la cabeza. Está intentando resistirse, pero es solo cuestión de tiempo. Casi puedo sentir su fachada resquebrajarse, y cuando baja la guardia por un segundo, me inclino, como un depredador que espera a la presa en el momento justo.

Al final, suspira y se rinde. "Diría que por hoy hemos hecho suficiente" murmura, apenas

ocultando el cansancio.

Me inclino hacia ella, invadiendo su espacio, mi mirada clavándose en su rostro. "¿Y ahora puedo volver a ser el imbécil que tanto te excita?" Mi voz es ronca, un susurro malicioso que sé muy bien cómo la afecta.

Ella pone los ojos en blanco, intentando ocultar esa sonrisa que se le escapa por un instante. "Eres inevitable, Hunter. Pero intenta no causar demasiados daños, ¿vale?"

Su reacción es mi victoria. Sé que ese rubor en sus mejillas, esa sonrisa apenas insinuada... es solo el comienzo. Aún hay mucho que puedo hacer para desencadenar todo lo que Dakota reprime, y joder, no puedo esperar para hacerla pedazos.

Me levanto y me acerco a su rostro, tan cerca que puedo oler su perfume, dulce y disonante con esa boca afilada. Con la sonrisa más cabrona que tengo, bajo la voz hasta un susurro: "Nos vemos pronto, cerebrito."

Sus mejillas se tiñen de un rubor casi imperceptible, pero lo veo, claro que lo veo. Dakota no está acostumbrada a sentirse tan vulnerable, y yo no puedo esperar para descubrirla del todo, centímetro a centímetro. Quiero ver el momento en que deje de luchar, el momento en que finalmente me dé lo que quiero.

Ella no se va. Después de todo ese intercambio de miradas, pullas, provocaciones, pensaba que encontraría una excusa para alejarse, para recuperar el aliento. Pero aún está allí, sentada, con la barbilla alta y esa mirada desafiante estampada en la cara. Sabe perfectamente que cada segundo que pasa me empuja a quererla aún más, a querer destruirla con ese mismo deseo que lucha por arrancar cada una de sus barreras. Pero Dakota no tiene intención de ceder, y eso lo hace todo aún más... intrigante.

"Entonces, Hunter" suelta, cruzándose de brazos y levantando la barbilla en esa pose altanera que me vuelve loco. "¿Piensas quedarte aquí mirándome todo el día o finalmente vas a hacer algo útil?"

La miro, apretando la mandíbula para contener la risa. Esta chica nunca deja de luchar. Es como un animal salvaje que no conoce la rendición, y la idea de domarla me vuelve loco. Me acerco, inclinándome hacia ella, hasta reducir el espacio entre nosotros a un suspiro. Su boca está tan cerca, tan malditamente provocativa, que me dan ganas de cerrarla con un beso que no olvidaría jamás. Quiero que sepa que soy yo quien controla, quien tiene en sus manos cada una de las emociones que le cruzan el rostro.

"Sabes, Dakota, tengo muchas habilidades" digo con un tono bajísimo, casi un gruñido. "Pero entre ellas, hacer algo útil no está en lo alto de la lista."

Ella arruga los labios, los ojos brillando de desprecio. "¿Y cuál sería, por favor, tu mejor habilidad, Slates? Aparte de tu insufrible ego y tu necesidad de darte importancia?"

"Soy bueno en muchas cosas" replico, rozándole el oído con un susurro venenoso. "En particular, en volver loca a una chica que se empeña en hacerse la dura... como tú." Quiero que sienta cada palabra, quiero que entienda que no pararé hasta que ceda.

Ella me mira un momento, los ojos entrecerrados, las mejillas empezando a teñirse de ese rubor involuntario que me vuelve loco. Querría responder, pero está claro que está luchando por mantenerse callada. Sabe que cada frase que sale de sus labios es como una cuerda que yo agarro para tirar de ella cada vez más cerca, sin dejarla ir.

"Hunter" dice, la voz cargada de exasperación, como si intentara convencerme a mí y a ella misma al mismo tiempo, "estoy aquí para estudiar. No soy como todas las demás que te siguen como perritas."

Me apoyo en la mesa, aún más cerca, las manos abiertas sobre la madera, bloqueándole la vía de escape. Su respiración se acelera, aunque intenta disimularlo. “Lo sé, Dakota. Y créeme, es precisamente eso lo que me vuelve loco.”

Me mira con los ojos encendidos de rabia y de algo más que ella no quiere admitir, pero que yo veo claramente. La tensión entre nosotros es palpable, una cuerda que se tensa cada vez más, lista para romperse en cualquier momento. Y yo no puedo esperar a que se rompa.

Levanto una mano y la paso cerca de su rostro, pero sin tocarla, solo para ver su reacción. Ella se queda quieta, sigue el movimiento de mi mano como hipnotizada, sin apartar la mirada de la mía. Mis dedos se detienen a pocos centímetros de su mejilla, y ella contiene la respiración. Dios, cuánto quiero tocarla, sentirla ceder bajo mis dedos, pero sé que debo jugar bien mis cartas para llegar a eso.

“Pensaba que eras una chica inteligente, cerebrito” murmuro, un tono venenoso y lento que cava en sus defensas. “Pero parece que no entiendes algo fundamental: te estoy poniendo a prueba, y tú estás perdiendo.” Quiero que sepa que no hay salida, que cada movimiento suyo la llevará siempre más cerca de ceder.

Ella me fulmina con la mirada, apretando los labios como para contener un insulto. “Hunter, ¿de verdad crees que estoy jugando? Pensaba que eras tú el que no entiende: ni siquiera eres capaz de hacerme temblar un poco.”

La risa me explota en los labios, baja, provocadora. “Me parece que lo estoy consiguiendo perfectamente, cerebrito. No lo niegues, veo bien que tiemblas. ¿Te has preguntado alguna vez qué pasaría si dejaras de resistirte y te dejaras llevar?” Quiero ver el momento exacto en que sus defensas se derrumben, cuando finalmente se dará cuenta de que ya no puede luchar contra mí.

Sus ojos se encienden como brasas, y siento la adrenalina subir por mi cuerpo. Dakota se levanta de golpe, el rostro a pocos centímetros del mío, los ojos brillando con una rabia desenfrenada, pero hay algo en ella que la retiene, como si estuviera a punto de explotar pero aún no hubiera encontrado la manera correcta de hacerlo.

“Escucha, Hunter” dice, con una calma casi peligrosa, “si tienes un mínimo de cerebro, cosa que dudo, entenderías que yo no soy del tipo que se deja intimidar por un idiota como tú. Puedo aguantar todo lo que tengas que ofrecer, y te aseguro que nunca será suficiente.”

Su aliento me roza los labios, y el impulso de besarla allí mismo, de arrasar con cada defensa suya con un beso ardiente, es casi irresistible. Pero resisto. Debo hacerla caer paso a paso, hasta que sea ella misma la que ceda.

“¿Ah sí?” replico, sonriendo con aire de quien ya ha ganado. “Lástima, porque me parece que un poco te gusta cuando invado tu espacio, cuando te hago enfadar. Quizá deberías darme las gracias: es lo más emocionante que te ha pasado en los últimos tiempos, ¿o no?”

Ella se aparta, finalmente incapaz de mantener ese distanciamiento que la ha caracterizado hasta ahora. Sus labios se entreabren por un instante, como si fuera a decir algo, pero luego los cierra, y sacude la cabeza, frustrada.

“¿Sabes una cosa, Hunter? Eres solo un cabrón insufrible. Y es una suerte que no me interese lo más mínimo lo que pienses.”

Me acerco aún más, sin retroceder ni un centímetro. Mi rostro a pocos milímetros del suyo, mis manos acercándose a su cara, deteniéndose sin embargo siempre a esa distancia que deja entrever, pero que no concede.

“¿De verdad, Dakota?” susurro, las palabras que se deslizan como veneno. “Sabes tan bien como yo que es solo cuestión de tiempo. Y cuando decidas dejar de luchar, estaré aquí

esperándote.”

Ella suspira, sacudiendo la cabeza y levantando los ojos al cielo, visiblemente harta de este juego interminable. Pero no se va, no da ni un paso atrás. Se queda allí, como si quisiera mostrar que tiene el control, pero yo sé bien que esa mirada, esa postura, son solo una fachada.

“Adiós, Hunter” dice finalmente, el tono helado pero con una nota de incertidumbre que la traiciona. Pero mientras se da la vuelta para irse, sé que he ganado yo. Dakota no está acostumbrada a sentirse tan expuesta, y esto es solo el comienzo. Aún hay mucho por descubrir, y ella no podrá resistirse para siempre.

13

DAKOTA

Como una maldición escrita en las profecías de las civilizaciones que estudio, Hunter Slater se me materializa delante de los ojos cada maldito día. El quarterback dorado de esta bendita universidad, el chico de oro con un ego tan grande como su cuenta bancaria.

Si tuviera un dólar por cada vez que mi desprecio por él alcanza nuevas cimas, podría pagarme un máster en Yale y desaparecer de este campus. Pero no, estoy obligada a soportar su presencia tóxica, esa sonrisa de depredador sexual en serie y esa convicción inquebrantable de que tarde o temprano cederé a sus avances como todas las otras candidatas al premio "groupie del año".

Que te jodan, Hunter. No seré otra muesca en tu cama king-size.

"Oye, cerebrito, pareces más ácida de lo habitual hoy", me dice, avanzando con esa sonrisa suya de protagonista de The Boys. Como si bastara con ser tan guapo como el mal en persona para hacerme olvidar lo insoportable que es.

"Oye, pelota inflada, pareces más insistente de lo habitual", respondo sin dignarme a levantar la mirada. Estoy atrincherada detrás de mis libros de Psicología Comparada y Filología de las Civilizaciones Perdidas como si fueran un campo de fuerza anti-imbéciles. Al menos los sumerios no intentaban llevarme a la cama con técnicas de seducción robadas de Outer Banks.

Hunter se planta delante de mí, apoyándose en la mesa de la biblioteca como si fuera su jodido trono personal.

Aquí está, su majestad el rey de los privilegiados tóxicos.

"Sabes, existe un mundo ahí fuera que no gira en torno a tu odio cósmico hacia mí", dice, mostrando esa sonrisa que probablemente usa para sus historias de Instagram con millones de likes.

Lo miro como miraría un ejercicio de sánscrito particularmente irritante. "¿Estás tan seguro? Porque me parece que estás haciendo un trabajo excepcional para alimentarlo."

"Solo intento darle un poco de color a tu vida en blanco y negro." Su tono es más presuntuoso que un influencer explicando la vida a alguien con tres trabajos.

Suelto un bufido y vuelvo a mis textos, ignorando cómo su presencia provoca un cortocircuito en cada una de mis neuronas.

"¿Qué estás estudiando hoy? ¿Las civilizaciones perdidas? Hay un reel en Instagram que resume todo en 30 segundos, 'Los 10 motivos top por los que los asirios eran más cool que tu vida social'. Deberías echarle un vistazo, tal vez te ayude a descubrir qué es la diversión."

"Hunter, ¿has pensado alguna vez en abrir un curso en TikTok? Podrías enseñar 'Cómo ser un narcisista tóxico en diez lecciones fáciles'." Mis palabras son más afiladas que una reseña en

Letterboxd, pero él se ríe, como si acabara de hacer el chiste más divertido del siglo.

"Lo tomaré como un cumplido velado", responde, con esa actitud de protagonista de una rom-com mal escrita.

El semestre está a punto de comenzar y yo estoy lista para convertir la biblioteca en mi búnker personal, lejos de los dramas de reality show de este campus. Pero con él rondando como un tiburón alrededor de su presa, mi vida parece el guion descartado de Euphoria: demasiada tensión, demasiados diálogos venenosos, y esa molesta sensación de que, a pesar de todo, una pequeñísima parte de mí sigue buscándolo entre la multitud, como hoy. Y eso me cabrea aún más.

Hunter tiene esa cualidad que tienen los villanos de A24: es magnético de una forma irritante. Sabes que deberías odiarlo con todas tus fuerzas, y creedme, lo odio de verdad. Pero es como estar atrapada en un episodio de The Bear donde él es ese caos constante que no puedes ignorar. Y me encuentro buscándolo con la mirada entre la multitud como una jodida acosadora, como si bajo esa fachada de imbécil hubiera algo más.

El problema de Hunter es que tiene esa seguridad de protagonista y esa arrogancia que lo hace imposible de ignorar incluso cuando solo quieres lanzarle el libro de Filología a la cara. Cada palabra suya está calculada como un post viral en Twitter, cada sonrisa suya es un desafío directo a mi autocontrol, y me encuentro en este juego perverso de provocaciones sin fin. Me repito que es solo otro chad tóxico del campus que intenta sumar otra muesca a su colección, pero la verdad es que sabe exactamente qué botones presionar para hacerme perder el control. Y eso me cabrea aún más.

"No soy como las otras chicas que coleccionas como trofeos, ¿sabes?" le digo, levantando la mirada de mis apuntes. No sé por qué me estoy tomando la molestia de especificarlo, tal vez para convencerme a mí misma más que a él.

"Lo sé." Y la forma en que lo dice, serio, casi me hace perder la siguiente respuesta. Casi. "Pero es precisamente tu manera de ser diferente lo que me atrae."

Me recuesto en el respaldo de la silla como si fuera mi trono personal. "Lo siento, Slates, pero no estoy en oferta en Amazon Prime."

"No estoy intentando hacer compras", responde él, invadiendo mi espacio personal como si tuviera todo el derecho de hacerlo, con los ojos brillando con esa luz de depredador que me pone la piel de gallina. "Solo quiero ver si consigo que bajes esa coraza de reina de hielo."

Un silencio cargado de tensión se extiende entre nosotros, y mi corazón está haciendo una performance digna de un concierto trap. Todo está mal, pero es tan condenadamente real que por un momento olvido incluso mi odio por los quarterbacks presuntuosos.

Su cercanía me desestabiliza como un tuit viral a las tres de la mañana. Es una incomodidad eléctrica, casi excitante, como esperar el último episodio de tu serie favorita. La tensión entre nosotros es tan densa que podrías cortarla con un cuchillo de mantequilla. Siento que mi determinación vacila, y eso me enfurece. ¿Por qué debería darle esa satisfacción? ¿Por qué debería permitir que este imbécil narcisista tenga ese poder sobre mí?

"No va a pasar nunca." Mi voz es baja pero decidida como una reseña negativa en Letterboxd.

"Nunca digas nunca, princesa de los nerds." Me lanza otra sonrisa de miles de likes y luego se aleja, dejándome allí mirando al vacío.

Cierro el libro que tengo delante con la misma violencia con la que cierro las apps de citas. No necesito a un jodido Hunter Slates convirtiendo mi vida en un drama adolescente de HBO. Pero mientras lo veo alejarse, con esa forma de caminar de protagonista, no puedo evitar preguntarme

si me estoy perdiendo algo.

Su figura desaparece entre los estantes, y yo me quedo aquí con el corazón haciendo el remix de una canción de Taylor Swift. No puedo permitirme bajar la guardia. No con él. Hunter es del tipo que podría romperte el corazón con la misma facilidad con la que sube una historia a Instagram, y no tengo intención de ser solo otro capítulo en su historia. Pero hay una parte de mí, esa parte que ve rom-coms a medianoche, que se pregunta cómo sería. Cómo sería dejarse llevar, ceder a esta tensión que parece sacada de una película indie.

Y luego, por si fuera poco, su voz resuena desde el final de la biblioteca: "Y recuerda, Dakota, el karma es un cabrón." Y con esa cita de mierda de post motivacional, desaparece, dejándome con más preguntas que un final abierto de Netflix.

Intento volver a mis libros, pero mi mente sigue reproduciendo la escena en bucle como un reel de Instagram. Su voz, su sonrisa, esa manera que tiene de mirarme como si viera más allá de mi playlist de Spotify dedicada al estudio.

Qué maldito cliffhanger.

¿Qué sabe él del destino?

Suena como una de esas citas pseudo profundas que encuentras en Pinterest. Pero ahora estoy obligada a descubrirlo, como una serie que no quieres ver pero de la que todos hablan. Quizá mañana. Quizá nunca. O quizá cuando esté lista para convertirme en otro post de red flag en Twitter, como todas las demás. Me gusta pensar que soy diferente, como la protagonista de una película de A24. Pero Hunter Slates es ese tipo de error que pones en la playlist "bad decisions" de Spotify.

Y si el destino es realmente ese cabrón que dice él, entonces lo enfrentaré como enfrento los exámenes: estudiando cada uno de sus movimientos y preparándome para lo peor. Game on, Slates. Veamos quién escribe el último tuit de esta historia.

14

DAKOTA

Hoy es el día de regreso del fin de semana y estoy tan furiosa que podría romper algo a patadas. No es el enfado pasajero de siempre que me da cuando algún imbécil me toca los huevos; no, esta es una rabia pura que me quema las venas como veneno. Cuanto antes termine esta maldita universidad, antes podré mandar a todos a la mierda y empezar de verdad mi vida. Aquí, en St. Clara, cada persona que me cruzo es más insoportable que la anterior, y Hunter... Cristo santo, Hunter es el rey de los gilipollas. Es como una infección bajo la piel que no se va ni rascándome hasta sangrar, y eso es lo que más me vuelve loca de todo.

Dicen que los años de la universidad son esos en los que encuentras a tus amigos para toda la vida, pero adivinad qué: es la mayor gilipollez que he escuchado en mi vida. La verdad pura y dura es que nunca he sentido una conexión real con ninguno de los idiotas que andan por este sitio. Todos son tan... artificiales. Como muñecos de plástico programados para representar su estúpido papel en su estúpida vida perfecta. Son como esos influencers que infestan Instagram, pero en persona, y yo no tengo ninguna intención de ser un extra en su show. No quiero fingir, no quiero reír sus chistes de mierda ni tener conversaciones sobre cosas que me hacen vomitar solo de pensarlas. Tengo objetivos más grandes, sueños que estos idiotas ni siquiera podrían imaginar, y no tengo tiempo que perder con relaciones que se disolverán como mierda al sol.

El campus, debo admitirlo aunque me cabree, tiene un encanto enfermizo: palmeras verdes que se balancean como si estuvieran en Instagram, edificios blancos tan elegantes que parecen falsos y un cielo tan perfecto que da asco mirarlo. Como una de esas postales vintage de California que te hacen vomitar arcoíris. Lástima que esté infestado de gente que parece salida del casting de "Pequeños Niñatos Privilegiados: La Serie".

Me arrastro hasta el centro del aula de psicología, me siento y luego trato de no quedarme dormida en la silla. Es en ese momento cuando siento a alguien ocupar el asiento junto a mí, y mi estómago da una voltereta. No necesito girar la cabeza para saber quién es este idiota: mi cuerpo reacciona como si hubiera recibido una descarga. Hunter-puto-Slater.

Mi cuerpo es un maldito traidor cuando se trata de él, y no es solo por la ansiedad que me hace sentir: es algo más visceral, más peligroso. Un deseo que me hace querer darle un puñetazo y, al mismo tiempo, arrancarle esa estúpida camisa de marca con los dientes.

“Buenos días, cerebrito” susurra, inclinándose hacia mí.

“Muérete, Slater.”

“También te he echado de menos este fin de semana.”

Cuando finalmente me obligo a mirarlo, desearía no haberlo hecho. Está sentado ahí, con esa actitud de dueño del universo que me hace hervir la sangre en las venas. Se comporta como si toda la universidad fuera su parque de juegos personal, luciendo esa sonrisa de gilipollas que sabe exactamente cuán sexy es y lo usa como un arma. Hunter Slater. El chico que ocupa mis pensamientos de una manera que me hace odiarme a mí misma casi tanto como lo odio a él. Casi.

“¿No tienes otra cosa que hacer además de acosarme?” siseo, tratando de concentrarme en mis apuntes.

“Oh, cielo” ríe él, apoyando un brazo en el respaldo de mi silla. “Si realmente te acosara, sabrías lo que hago en la ducha pensando en ti.”

“Eres asqueroso.”

“Y tú te has ruborizado.”

“No es verdad.”

“Tus mejillas dicen lo contrario.”

“Hunter, juro por Dios que si no paras...”

“¿Qué harás? ¿Me besarás para que me calle?”

Me vuelvo bruscamente, señalándole con un dedo el pecho. “Escúchame bien, quarterback de pacotilla: si no te esfuerzas en este proyecto, te juro que te arruinaré el promedio de notas tanto que tendrás que despedirte de tu preciosa beca deportiva.”

Sus hoyuelos se acentúan en esa sonrisa de cabrón que me hace temblar las rodillas. “Adoro cuando me amenazas” murmura, y su aliento me cosquillea el oído. “Es tan... excitante.”

Mi cuerpo se incendia al instante, pero me obligo a mantener la voz firme. “Tengo mis exámenes, mis prioridades, y no tengo tiempo para tus jueguecitos de macho alfa de mierda.”

“¿Jueguecitos?” Se acerca más, y su perfume caro me envuelve como una trampa. “Dakota, cielo, pensaba que una estudiante brillante como tú sabía reconocer cuando alguien va en serio.”

La forma en que pronuncia mi nombre debería ser ilegal. “Lo único serio aquí es cuánto te odio.”

“Mmm” murmura él, y puedo sentir su sonrisa en la voz. “Sigue diciéndotelo. Pero ambos sabemos que debajo de todo ese odio hay algo mucho más... interesante.”

“Vete a la mierda, Slater.”

“Solo si vienes conmigo, cielo.”

“Y de todas formas” continúa él, como si no acabara de intentar incinerarlo con la mirada, “tengo planes para este proyecto.”

“¿Ah, sí? ¿Como qué? ¿Que yo haga todo el trabajo mientras tú entrenas con el equipo?”

“No, algo así como invitarte a mi casa para... estudiar.” La forma en que pronuncia la última palabra hace que 'estudiar' suene como la cosa más sucia del mundo.

Ruedo los ojos tan fuerte que podrían quedarse atrapados en mi cráneo. “En tus sueños más húmedos, Slater.”

“Cada. Maldita. Noche.” Escande las palabras, y cada sílaba es como una descarga eléctrica en mi piel. “¿Y sabes qué? Apuesto a que tú también lo piensas. Apuesto a que cuando estás sola en tu cama, te preguntas cómo sería...”

“Termina esa frase y te arranco la lengua a mordiscos” siseo, ignorando la forma en que mi cuerpo traiciona cada una de mis amenazas.

“Promesas, promesas...” Su mirada baja a mis labios. “Pero ves, este es exactamente el tipo de... mordiente que busco en una compañera de estudio.”

“¿Compañera de estudio? ¿Así llamas a las chicas que llevas a tu cama?”

“No, a esas las llamo errores. Tú...” Se inclina tan cerca que puedo contar sus pestañas. “Tú eres diferente.”

“Claro, cómo no. Apuesto a que eso se lo dices a todas.” Pero mi voz tiembla, traidora como el resto de mi cuerpo.

Él se limita a sonreír, y esa sonrisa es pura tentación. “¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y las demás, Dakota? Las demás quieren al quarterback. La estrella del campus. El chico rico con el coche caro.” Se acerca aún más, si es posible. “Tú, en cambio... tú me odias tanto que no puedes pensar en otra cosa. Y eso...” su aliento me cosquillea el oído, “...eso es jodidamente excitante.”

Sus palabras me golpean como una bofetada, principalmente porque tiene razón. Lo odio. Lo odio tanto que a veces no puedo respirar. Pero más que a él, odio la forma en que mi cuerpo reacciona a su presencia, como si cada célula de mi ser estuviera sintonizada con su frecuencia.

“¿Sabes qué?” Me levanto de golpe, recogiendo mis libros. “Que te jodan, Hunter. No necesito esta mierda.”

“Dakota...” Su voz es más baja ahora, casi seria. “Espera.”

Me detengo, pero no me vuelvo. No puedo. Si lo mirara de nuevo, podría hacer algo estúpido. Como besarlo. O matarlo. En este momento, ambas opciones parecen igualmente tentadoras.

“Si quieres que me vaya, solo dilo” murmura, y por primera vez siento algo diferente en su tono. Algo vulnerable. “Pero primero, mírame a los ojos y dime que no sientes esta cosa entre nosotros. Dime que soy el único que se vuelve loco cada vez que estamos en la misma habitación.”

“Que te den” susurro, pero suena más como una oración que como un insulto. “No puedes hacerme esto.”

“¿Hacerte qué? ¿Decir la verdad?” También se levanta, y puedo sentir el calor de su cuerpo detrás de mí. “¿O quizás tienes miedo de que si admites lo que sientes, ya no podrás esconderte detrás de todo este odio?”

Me vuelvo tan rápidamente que casi me estrello contra él. “No intentes psicoanalizarme, gilipollas. No tienes ni idea de lo que siento.”

“¿No?” Su sonrisa se vuelve depredadora. “Entonces explícame por qué tiemblas cada vez que te toco.” Su mano se mueve lentamente hacia mi rostro, pero la detengo a mitad de camino.

“Ni se te ocurra.”

“¿¿Qué? ¿Esto?” Sus dedos rozan mi mejilla, ligeros como plumas. El cabrón tiene reflejos de quarterback después de todo.

“Te lo advierto, Hunter...” mi voz es un gruñido bajo, pero mi cuerpo se inclina hacia su toque como una planta hacia el sol.

“¿Me adviertes de qué, exactamente?” susurra, y su mano desciende por mi cuello. “¿De lo mucho que te gusta? ¿De lo mucho que desearías que no me detuviera?”

“Eres el mismo arrogante hijo de..."

Sus labios están a un milímetro de los míos antes de que pueda terminar la frase. No me besa, no. Sería demasiado fácil. En cambio, se queda ahí, compartiendo mi mismo aliento, desafiándome a ser yo quien acorte esa distancia microscópica.

“Dilo” murmura contra mis labios. “Di que me deseas tanto como yo te deseo a ti.”

“Que te jodan” siseo, pero mis manos ya se han aferrado a su estúpida camisa de marca.

“Esa no es la respuesta que busco, cielo.” Su pulgar traza el contorno de mi labio inferior. “Inténtalo de nuevo.”

Mi cerebro grita que lo empuje, que le dé una bofetada, que haga cualquier cosa para mantener un poco de dignidad. Pero mi cuerpo... mi cuerpo está en llamas. “Te odio” susurro, y suena como una declaración de amor.

“Lo sé” sonríe, y puedo sentir su victoria en esa sonrisa. “Es eso lo que hace que todo sea tan... excitante.”

“Si piensas que esto significa que has ganado..."

Me calla presionando el pulgar contra mis labios. “Lo único que pienso es en lo mucho mejor que sería usar estos labios tuyos para algo más interesante que insultarme.”

“Eres asqueroso” murmuro contra su pulgar.

“Y tú eres pésima mintiendo.” Su mano baja por mi costado, quemando a través de la tela de la camiseta. “Tu cuerpo te traiciona, Dakota. Cada. Maldita. Vez.”

Cierro los ojos, intentando recuperar el control. Es útil. “Un día” susurro, “te haré arrepentirte de todo esto.”

Su risa baja me hace vibrar hasta los huesos. “No puedo esperar, cerebrito. Pero por ahora...” Se inclina hacia mi oído. “Por ahora podrías al menos admitir que esta guerra entre nosotros es lo más emocionante que te ha pasado.”

“Preferiría morir.”

“Mmm, veamos si puedo hacerte cambiar de opinión.” Sus labios rozan mi oído, luego bajan por mi cuello, ligeros como una maldición.

Me aparto bruscamente, la respiración entrecortada y las mejillas en llamas. “Esto no cambia nada” digo, pero mi voz tiembla. “Sigues siendo un gilipollas arrogante que tiene que hacer su parte del proyecto.”

Su sonrisa es pura perversión. “Oh, cielo. Esto lo cambia todo.” Se pasa una mano por el pelo, escrutándome con esos ojos que prometen problemas. “Y en cuanto al proyecto... ¿qué tal si hablamos de ello esta noche? ¿En mi casa?”

“¿En tu habitación, en el dormitorio masculino? ¿Contigo? ¿A solas?” Levanto una ceja. “¿Me tomas por estúpida?”

“Te tomo por lo que eres: una chica inteligente que sabe exactamente lo que quiere.” Se acerca de nuevo, y yo doy un paso atrás. “Y lo que quieres... soy yo.”

“Estás tan lleno de ti mismo que es casi cómico” replico, pero mi cuerpo está en llamas dondequiera que me haya tocado.

“No es arrogancia si es la verdad.” Se apoya en la mesa con esa actitud de dios griego maldito. “Y la verdad, Dakota, es que esta tensión entre nosotros está a punto de explotar.”

“Lo único que está a punto de explotar es mi paciencia.” Recojo mi bolso, tratando de ignorar cómo sus ojos siguen cada uno de mis movimientos.

“¿Sabes qué pienso?” Se aparta de la mesa con la gracia de un depredador. “Creo que estás aterrada.”

Me detengo. “¿Aterrada? ¿De ti?” me río, pero suena falso incluso para mis oídos. “No eres tan importante, Slater.”

“No de mí.” Se acerca de nuevo, y yo retrocedo hasta chocar contra la pared. Mierda. “Estás aterrada de lo que te hago sentir.”

“Lo único que me haces sentir es irritación crónica.”

Sus manos se apoyan en la pared a los lados de mi cabeza, atrapándome. “¿De verdad? Entonces, ¿por qué tu corazón late tan rápido?”

“¿Quizá porque estoy contemplando el homicidio?”

Ríe, y el sonido me atraviesa como una descarga eléctrica. “O quizá...” se inclina hasta susurrarme al oído. “Quizá es porque cada vez que estoy tan cerca, imaginas cómo sería si...”

“¿Si?” La palabra me escapa antes de que pueda detenerla.

“Si dejaras de resistirte.” Sus labios rozan mi oído. “Si admitieras que me deseas tanto como yo te deseo a ti.”

“Hunter...” su nombre es una maldición y una plegaria.

“¿Sí?” Su mano baja por mi brazo, dejando un rastro de fuego en mi piel. “Dímelo, Dakota. Dime que me deseas.”

“Yo...” Mi cerebro está en cortocircuito. “Te odio.”

“Lo sé.” Sonríe contra mi piel. “Pero no es eso lo que te he preguntado.”

Me muerdo el labio, intentando recuperar el control. “No vas a conseguir lo que quieres, Slater.”

“Oh, cariño.” Se aparta un poco para mirarme a los ojos, y su mirada es pura tentación. “Siempre consigo lo que quiero. Es solo cuestión de tiempo.”

“Eres tan...” Las palabras mueren en mi garganta cuando su mano se posa en mi cintura.

“Tan...?” Su pulgar traza pequeños círculos en la piel expuesta entre la camiseta y los jeans.

“Insoportable” susurro, pero mis manos ya se han aferrado a sus hombros.

“Y aún así sigues aquí.” Su sonrisa se ensancha. “Y tus manos parecen tener ideas diferentes sobre mi... soportabilidad.”

Me aparto de él como si me hubiera quemado. “Esto tiene que acabar.”

“¿Qué exactamente?” Se pasa una mano por el pelo, y el gesto es tan sexy que debería estar prohibido. “¿Este baile que hacemos? ¿Esta tensión? ¿O la forma en la que finges que no me deseas cuando ambos sabemos la verdad?”

“¡Todo!” exploto, empujándolo. “No soy una de tus cheerleaders adoradoras, Hunter. No caigo a tus pies solo porque tienes una sonrisa de un millón de dólares y...”

“¿Y...?” su sonrisa se vuelve maliciosa.

“Y nada. Olvídalo.” Me dirijo hacia la puerta, pero él me agarra la muñeca.

“Dakota.” Su voz es diferente ahora, más baja, más seria. “No eres una cheerleader adoradora. Es precisamente por eso que...”

“¿Qué?”

“Que no puedo mantenerme alejado de ti.” Me tira hacia él, y yo no opongo resistencia. “Eres la única que me enfrenta. La única que no tiene miedo de decirme que soy un imbécil.”

“Eres un imbécil.”

“¿Ves?” ríe, pero hay algo vulnerable en sus ojos. “Eso es lo que me vuelve loco de ti.”

“Hunter...” cierro los ojos, intentando pensar con claridad. “No podemos.”

“¿Por qué no?”

“Porque...” me detengo, dándome cuenta de que no tengo una respuesta real.

“Exacto.” Su mano sube para enmarcar mi rostro. “No hay una razón válida. Solo miedo.”

“No te tengo miedo.”

“¿No?” se acerca aún más, y puedo contar las tonalidades de verde en sus ojos. “Entonces demuéstralo.”

Es un desafío. Una trampa. Y yo estoy cayendo de lleno.

“Vete a la mierda, Hunter” susurro, y luego lo beso.

No es dulce. No es gentil. Es como chocar contra un tren en marcha, como caer de un precipicio, como explotar desde dentro. Sus manos están en todas partes, mis dedos se enredan

en su cabello, y por un momento glorioso y terrible, olvido por qué he pasado tanto tiempo resistiendo esto.

Luego se aparta, y su sonrisa es pura victoria. "¿Ves? No fue tan difícil."

"Te odio" murmuro contra sus labios.

"No, no es cierto." Me besa de nuevo, esta vez más dulcemente. "Pero está bien. Por ahora."

Me aparto, intentando recomponerme. "Esto no cambia nada. Aún tienes que hacer tu parte del proyecto."

"Oh, cariño." Su sonrisa promete problemas. "Esto lo cambia todo. Pero si quieres hablar del proyecto..." Se inclina hacia mi oído. "Mi casa. Esta noche. Sin excusas."

Y mientras lo veo alejarse con esa maldita forma de caminar de rey del mundo, me doy cuenta de que tiene razón. Esto lo cambia todo.

Y la parte más aterradora? No estoy segura de querer dar marcha atrás.

Porque Hunter Slater puede ser el rey indiscutido del campo de fútbol, pero en este juego... en este juego hemos perdido ambos. O quizá, de alguna forma retorcida y maravillosa, hemos ganado ambos.

Y mientras salgo del aula, con el sabor de sus labios todavía en los míos y el corazón latiendo como un tambor descontrolado, me pregunto si esta no será la más dulce de las derrotas.

O quizá, sea solo el comienzo de algo mucho, mucho más peligroso.

15

DAKOTA

Dos días después

Joder, cómo odio las entrevistas de trabajo. Pero con una beca que apenas cubre los gastos de la Universidad de St. Clara, aquí estoy, arrastrándome hacia el Pacific Breeze Bar con el currículum arrugado en una mano.

"Joder", maldigo cuando me choco con algo - no, alguien - al girar la esquina. Dos manos fuertes me agarran por los hombros, evitando que caiga como una perfecta idiota.

"Siempre es un placer verte tan... coordinada, Dakota". La voz de Hunter, profunda y sarcástica, me hace poner los ojos en blanco. Perfecto, justo él era lo que faltaba.

"Muy divertido", respondo, enderezándome. "Ya ves, tenía este loco deseo de estrellarme contra el suelo justo frente a mi potencial nuevo jefe".

"Ah, así que por eso estás aquí", dice con esa maldita sonrisita suya. Antes, esa sonrisa me hacía temblar las rodillas - vale, tal vez todavía un poco - pero ahora tengo cosas más importantes en las que pensar. Como esta maldita entrevista. No puedo decir lo mismo de mi amiga Solana, que se pone más roja que un semáforo cada vez que lo cruza. Esa chica tiene la sutileza de un elefante en una cristalería.

"Mira, a diferencia de alguien que conozco, yo necesito un trabajo de verdad", digo, acomodándome la bolsa al hombro. "No todos pueden vivir de las rentas y de sonrisitas irritantes".

"Oye, estas sonrisitas me han llevado muy lejos", responde cruzando los brazos sobre el pecho. "Y si tu compañera Solana estuviera aquí ahora, probablemente estaría hiperventilando".

"No seas cabrón", le reprendo, pero no puedo evitar reírme. Tiene razón: Solana llega tarde a todo. Apuesto a que llegará tarde incluso a su propio funeral.

Como si hubiera escuchado nuestros comentarios, aparece ella tras la esquina. Se detiene de golpe, como un ciervo cegado por los faros, al ver a Hunter. Sus ojos se disparan por todas partes excepto en su dirección, y su cara adquiere ese familiar tono carmesí que ya es prácticamente su marca registrada.

"Oh, mierda", murmura tan bajo que casi no la oigo, antes de girar sobre sus talones y salir corriendo como si el diablo la persiguiera.

Me vuelvo hacia Hunter, arqueando una ceja. "Wow, felicidades. Acabas de establecer un nuevo récord: la hiciste huir sin ni siquiera abrir la boca".

Él sigue mirando hacia donde desapareció Solana, con una expresión que no consigo descifrar.

"Es un talento natural", responde con voz ronca, pero hay algo raro en su tono.

"Vale...", alargo la palabra, decidiendo que no tengo tiempo para los dramas de secundaria de estos dos. "Mira, tengo que ir a convencer a alguien de que me pague por servir copas a universitarios borrachos. Nos vemos luego, campeón".

Me alejo hacia la oficina del dueño, ignorando su "Buena suerte, Dakota" que suena extrañamente sincero. Tres horas después, con una entrevista sorprendentemente decente a mis espaldas y la promesa de una respuesta en un par de días, me encuentro sentada en un box con la reina del drama en persona. Solana está farfullando algo - probablemente sobre su última conquista o el último desastre social - pero mi mente está en otra parte. Más precisamente, está atascada en cierto imbécil de cabello perfecto que no debería ocupar ni un milisegundo de mis pensamientos. Y sin embargo, aquí estoy, recordando su estúpida sonrisa y preguntándome qué demonios había tras esa extraña mirada de antes.

"¡La Tierra llama a Dakota!" la irritante voz de Solana me perfora el tímpano mientras me chasquea los dedos frente a la cara. "¿Estás aquí con nosotras o sigues fantaseando con tu príncipe azul musculoso?"

"Oh, vete a la mierda", le lanzo una mirada asesina. "No estaba fantaseando con nadie".

"Claro, y yo soy Melania Trump", replica ella, abriendo los ojos con falsa inocencia. "Estás así desde hace semanas, cielo. Pareces un cachorrito abandonado mirando al vacío".

"Joder, Solana", ruedo los ojos tan fuerte que podrían quedárseme clavados. "No sabía que soñar despierta se había convertido en delito federal. ¿Debería llamar a mi abogado?"

"Deberías llamar a un psiquiatra, eso sí". Me mira con esa cara de 'lo sé todo' que me hace querer tirarle la bebida a la cara. "O tal vez podrías simplemente admitir que hay algo entre tú y cierto jugador de fútbol con un culo perfecto".

"Tengo cosas que hacer", corto, agarrando mi bolsa y levantándome de la mesa como si estuviera en llamas. No necesito esta mierda hoy, sobre todo no de ella, que se pone roja como un tomate cada vez que Hunter respira cerca.

"¡Te estoy vigilando, cabrona!" grita mientras me dirijo hacia la salida.

Le muestro el dedo medio sin ni siquiera voltear. "¡Consíguete una vida, Sol!"

Me encamino hacia el campus para la clase de psicología, aún irritada por el interrogatorio de Solana. Como si no fuera suficiente, pasé la mitad de la noche en FaceTime con Hunter trabajando en este estúpido proyecto de psicología social. "La influencia de los grupos sociales en la percepción individual" - qué título de mierda. Lo más irritante de todo? Que ese cabrón ni siquiera necesita tomar notas. Se acuerda de todo como si estuviera recitando el abecedario al revés. Es injusto que alguien pueda ser tan naturalmente inteligente y también tan jodidamente atractivo.

Entro en clase y casi me atraganto con mi propia saliva: Hunter ya está sentado en su lugar, y tiene dos bebidas sobre el escritorio. Una parece whisky - cómo no - y la otra es algo colorido que parece salido de un bar de Miami Beach. Me dejo caer en el asiento junto a él con una sonrisa que me hace querer darle un puñetazo. O besarlo. O ambas cosas.

"No te preocupes, princesa. Esto es para ti", dice empujando el cóctel colorido hacia mí. "Una mezcla especial".

"En serio?" Levanto una ceja, estudiando la bebida como si pudiera morderme. "¿Y qué te hace pensar que bebería algo que me das tú? Por lo que s? Por lo que s\u00e, podría ser veneno".

Hunter lleva el whisky a sus labios, sin apartar sus ojos de los míos. El cabrón sabe exactamente lo que está haciendo. "Es un cóctel de fruta de la pasión con tequila. Me pareció... apropiado".

"¿Y cómo cojones sabías que me gustaría?" lo desafío, ignorando la manera en que su mirada me hace sentir cosquilleos en la piel.

"Dulce pero con un poco de fuego", dice lamiéndose los labios. "Como tú".

"Oh, vamos. ¿A quién se lo robaste? ¿A una de tus conquistas sin nombre?" lo pincho, intentando ignorar el calor que me sube al rostro.

"Ah", se ríe, ese sonido bajo y peligroso que me hace apretar los muslos. "Me has pillado. Era de una cualquiera".

"Espera", digo, dándome cuenta de repente. "¿Me estás diciendo que estabas bebiendo con una chica mientras cogías una bebida para otra? ¿Qué clase de jugada es esa?"

"Lo llamo multitarea", dice guiñándome un ojo. "Soy muy bueno gestionando varias cosas al mismo tiempo".

"Eres un caso perdido, Hunter Slates", niego con la cabeza, pero no puedo evitar sonreír. Tomo el vaso, pero me detengo al ver cómo me mira. Como un depredador que espera que su presa haga el primer movimiento.

Dios, me está volviendo loca.

"¿Qué cojones le pusiste?" pregunto, bajando el vaso y mirándolo con sospecha. "¿Es uno de tus trucos para hacerme perder el control?"

Su sonrisa se ensancha, depredadora. Se inclina hacia mí, tan cerca que puedo oler su perfume mezclándose con el del whisky. "Te prometo que no tiene nada raro", susurra, su voz baja y ronca. "Aunque la idea de verte perder el control... bueno, esa no me disgustaría en absoluto".

"Vete a la mierda", murmuro, pero tomo un largo trago del cóctel. El sabor es increíble, dulce y picante al mismo tiempo, justo como él había dicho. Mierda. Odio cuando tiene razón.

Después de que todos terminan el quiz, el profesor nos libera antes de tiempo - finalmente una buena noticia. El aula se vacía en un caos de mochilas y sillas movidas, pero yo me quedo atrás con Hunter. No es que lo esté haciendo a propósito. Es solo que... vale, tal vez lo estoy haciendo a propósito.

"Entonces", dice él, pasándose una mano por el pelo de esa manera que me hace querer agarrárselo. Lleva una camiseta de los 49ers que le queda definitivamente demasiado bien. Debería ser ilegal tener un cuerpo así. "¿Cuándo quieres trabajar en el proyecto?"

"Ya sé que tienes como diez mil entrenamientos al día", respondo, tratando de concentrarme en la conversación y no en cómo sus músculos se tensan bajo la camiseta, "pero tenemos que terminar esto tarde o temprano".

Él se ríe, empujándome ligeramente con el hombro. El contacto, aunque mínimo, me envía una descarga eléctrica por todo el cuerpo. "No son diez mil entrenamientos", protesta, pero su sonrisa dice que sabe perfectamente que tengo razón.

Estoy a punto de responder cuando mi teléfono comienza a vibrar como un condenado masajeador. Lo saco de la bolsa, maldiciendo mientras la vibración se detiene solo para comenzar de nuevo. Es Solana, por supuesto. ¿Quién más podría ser tan insistente?

Me envía un mensaje preguntándome si hay novedades sobre la entrevista en el Pacific. "Nada seguro", le respondo, mordiéndome el labio. "Me avisarán en un par de días, si no me han mandado ya a la mierda".

"Todo irá bien", responde ella con uno de esos mensajes motivacionales de postal. "Deja de preocuparte, venga".

No puedo evitar sonreír. Aunque es una tocahuevos, sabe cómo animarme. "Gracias, cabrona", le escribo de vuelta.

Antes de que pueda volver a guardar el teléfono en la bolsa, siento a Hunter acercándose. Y cuando digo acercándose, me refiero a ACERCÁNDOSE. Su pecho está prácticamente pegado a mi espalda, su aliento me hace cosquillas en el cuello. "Entonces...", susurra, su voz tan baja y ronca que me hace temblar las rodillas, "si consigues el trabajo, ¿te veré a menudo en el Pacific?"

Sus manos se deslizan por mis caderas, sus dedos trazan pequeños círculos a través de la tela de los vaqueros. Santo cielo. ¿Desde cuándo las cosas entre nosotros se volvieron tan... intensas? Mi cerebro está entrando en cortocircuito, dividido entre el deseo de empujarlo y el de presionarme más contra él. "Quizás...", consigo murmurar, tratando de mantener algo de dignidad mientras su toque me está literalmente volviendo loca.

Y luego, como si no fuera suficiente para hacerme perder la cabeza, ese cabrón se inclina y me besa. No es uno de esos besos dulces e inocentes - no, es el tipo de beso que te hace olvidar tu nombre, tu dirección y probablemente hasta cómo se respira. Sus manos se mueven por mi espalda con una seguridad que me hace girar la cabeza, y antes de que pueda detenerme, me encuentro agarrándome a él como si fuera lo único sólido en un mundo que está girando fuera de control.

Sus manos están por todas partes, explorándome cada centímetro del cuerpo como si quisiera mapearlo en su memoria. Joder, ¿por qué tiene que ser tan jodidamente bueno en todo lo que hace? Me mordisquea el labio inferior y juro que podría morir aquí y ahora.

"Sabes", me susurra contra los labios, sus dedos jugueteando con el borde de mi camiseta de una manera que me hace poner la piel de gallina, "podría pasar la noche con los chicos. Si me prometes dedicarme un poco de... atención especial".

Mierda. Su voz es más peligrosa que cualquier bebida que podría servirme. "¿Ah, sí?", respondo, intentando sonar indiferente y fallando miserablemente. "¿Y qué te hace pensar que, si me contrataran, tendría tiempo para ti?"

"Oh, estoy seguro de que después del entrenamiento podríamos... continuar donde lo dejamos", murmura, sus dedos colándose bajo mi camiseta, rozándome la piel de una manera que me hace contener el aliento. El cabrón sabe exactamente lo que está haciendo.

Me aparto ligeramente, intentando recuperar el control de mis pensamientos - y de mi cuerpo traicionero que parece tener ideas propias cuando él está cerca. "Estaré en el Pacific esta noche, siempre y cuando decidan hacerme empezar de inmediato", digo, tratando de mantener un tono profesional. Él esboza una sonrisa que promete problemas - el tipo de problemas en los que no veo la hora de meterme.

"Perfecto", dice, y la forma en que pronuncia esa única palabra debería ser considerada un arma letal. "¿A qué hora tienes la pausa? Podemos siempre... trabajar en el proyecto". La forma en que dice "trabajar en el proyecto" sugiere que en su mente no tiene nada que ver con la psicología social.

Me encuentro mirándolo como una idiota, mi cerebro intentando desesperadamente formular una respuesta coherente. ¿Cómo cojones pasa de ser el rey de los cabrones a ser tan... tan... maldita sea, ni siquiera tengo palabras para describirlo.

"Nos vemos después", dice con esa maldita sonrisa suya, alejándose hacia su próxima clase como si no acabara de hacerme explotar el cerebro. Lo miro irse, intentando recuperar el control de mi respiración y de mis pensamientos que están yendo en direcciones decididamente inapropiadas para un pasillo universitario.

Joder. JODER. Hunter vendrá al Pacific esta noche. Y después de lo que acaba de pasar... Cristo santo. No puedo dejar de pensar en sus manos explorándome como si tuviera todo el

derecho a hacerlo, en esos besos que me hicieron olvidar incluso mi nombre. ¿Cuándo cojones pasó? ¿Cuándo pasamos de tomarnos el pelo a esto... sea lo que sea esto?

Me paso una mano por el pelo, intentando calmarme. Pero es jodidamente imposible con el recuerdo de su toque aún ardiendo en mi piel. Hunter es como una droga - el tipo de droga que sabes que te destruirá pero que no puedes dejar de desear. Es demasiado intenso, demasiado magnético, demasiado... todo.

Nunca pensé que cedería así, especialmente con alguien como él. Quiero decir, es HUNTER SLATES. El rey de los cabrones, el tipo que se acuesta con media universidad y ni siquiera recuerda sus nombres al día siguiente. Y sin embargo, aquí estoy, como una estúpida adolescente fantaseando con el quarterback del equipo.

Pero la forma en que me mira, como si quisiera devorarme... y esas manos suyas, Cristo. Sus manos. Me hacen sentir como si estuviera perdiendo el control de una manera que me aterra y me excita al mismo tiempo. Es como estar al borde de un precipicio, sabiendo que caer sería un error monumental, pero deseando igualmente lanzarme.

¿Y sabéis cuál es la peor parte? Sé exactamente cómo acabará todo esto. Acabará conmigo despertándome en su cama, odiándome por ser tan estúpida, mientras él ya ha pasado a la siguiente conquista. Es la historia más vieja del mundo: la chica que piensa que puede cambiar al playboy, que es "diferente" a las demás.

Pero joder si no quiero intentarlo igualmente.

Me muerdo el labio, sintiendo aún el sabor de su whisky en la lengua. Esta noche. Estará en el Pacific esta noche. Y en lugar de estar preocupada por mi primer día de trabajo (si me contratan), todo lo que puedo pensar son sus manos, su boca, la forma en que me hizo sentir apretada contra él en el pasillo.

"Estás jodida, Dakota", murmuro para mí misma, encaminándome hacia la próxima clase. "Completamente, irremediablemente jodida".

¿Y la parte más absurda? No veo la hora de descubrir cuán bajo puedo caer. Porque si hay algo que he aprendido hoy, es que algunas caídas valen cada una de las heridas que te dejarán.

Me acomodo la bolsa al hombro e intento concentrarme en el día que tengo por delante. Pero ya sé que es imposible. Mi mente seguirá volviendo a él, a esos besos, a esas promesas susurradas. Hunter Slates se ha metido bajo mi piel como un virus, y temo que no haya cura.

Quizá ni siquiera quiera encontrarla.

16

HUNTER

Has venido de verdad, digo, mostrando mi mejor sonrisa de imbécil, esa que haría enfadar hasta a Buda. Pensaba que estarías demasiado ocupada interpretando el papel de la cerebrito antisocial.

Dakota me lanza una mirada que podría congelar el infierno. Perfecto. Hay algo tan malditamente satisfactorio en hacerla enojar; es como molestar a un gato con un láser, solo que este gato tiene las garras afiladas como cuchillas.

Cinco minutos más y me iba, responde cruzando los brazos. Un clásico gesto de 'no me toques', que solo me da más ganas de provocarla. Parece salida de una de esas series de Netflix donde la protagonista nerd al final resulta ser una bomba sexy. Solo que Dakota no necesita una transformación al estilo She's All That, ya es una jodida bomba, aunque haga todo lo posible por ocultarlo.

Oh, vamos, no te hagas la difícil. Sabemos ambos que estás aquí porque no puedes resistirte a mi encanto de quarterback maldito, le digo, guiñándole el ojo como el peor cliché de las películas adolescentes.

Tu ego es tan grande que probablemente tiene su propio código postal, replica ella, pero noto cómo sus ojos me escrutan. Hay hambre en esa mirada, aunque intente disfrazarla de desprecio.

Sabes lo que dicen, cuanto más grande es el ego... me detengo con una sonrisa sugestiva.

Por favor, ahórrame tus bromas de vestuario, suspira ella, pero sus mejillas se colorean ligeramente. No soy una de tus cheerleaders descerebradas.

No, tú eres mucho más interesante, le digo acercándome. Eres la clásica nerd sexy que se esconde detrás de los libros porque tiene miedo de admitir cuánto le gusta el chico malo. Un poco como en cualquier drama adolescente, solo que esta vez es real.

¿Oh, así que ahora eres psicólogo? suelta Dakota. ¿El doctor Hunter Freud analizando a la pobre nerd reprimida? Muy adorable.

No hace falta un título en psicología para leerte, cielo. Eres como un episodio de Grey's Anatomy en todas partes. Me acerco más, invadiendo deliberadamente su espacio personal. La estudiante brillante que se enamora del quarterback arrogante. Un poco cliché, ¿no crees?

¿Te sientes muy Patrick Dempsey en este momento? replica ella con una sonrisa venenosa. Spoiler alert: no lo eres.

Nah, soy más un Jackson Avery. Ya sabes, el guapo con cerebro. Le guiño el ojo, disfrutando de cómo ella pone los ojos en blanco, exasperada.

Tu ego es tan mastodóntico que debería tener su propio show en Netflix, sisea, pero no se aleja. Interesante. Probablemente lo llamarían "Cómo Arruinar a una Chica Decente".

Oh, ¿entonces te consideras una chica decente? Me inclino hacia ella, bajando la voz. Esas siempre son las más peligrosas, ¿sabes? Siempre es la bibliotecaria tímida la que esconde la ropa

interior más sexy.

Dakota casi se atraganta. ¡Eres imposible! Te comportas como si estuviéramos en un drama adolescente de la CW.

La vida es un drama adolescente, nena. Solo que yo soy mucho más interesante que cualquier Chad aleatorio. Le acaricio un mechón de cabello, notando cómo ella contiene la respiración. Y tú eres mucho más sexy que cualquier cheerleader estereotipada.

No funciona así, Hunter. No soy una de tus fans histéricas que se desmayan cuando haces un touchdown. Pero su voz tiembla ligeramente. Bingo.

No, eres la que finge leer mientras entreno, escondida detrás de algún libro aburrido sobre... ¿qué estudias, otra vez? Ah, sí, filología de civilizaciones alienígenas o alguna otra mierda de nerd.

Es filología de civilizaciones especulativas, idiota. Me golpea el brazo, pero hay una sonrisa que intenta ocultar. Y no te estaba mirando.

Claro, cómo no. ¿Estabas estudiando anatomía humana, tal vez? Le guiño un ojo. Puedo darte clases privadas, ya sabes.

¿Tu repertorio de chistes viene directamente de una sitcom de los años 90? Pero está riendo, finalmente. Eres todo un cliché andante.

Hey, los clásicos nunca mueren. Como la tensión sexual entre la cerebrito y el quarterback. Me acerco más, hasta que puedo oler su perfume. Es prácticamente una ley del universo, como la gravedad o el hecho de que Ross y Rachel estaban en un descanso.

¿En serio citaste Friends? ¿De verdad? Dakota sacude la cabeza, pero veo que está cediendo. Su coraza de cerebrito cínica se está derritiendo, pedazo a pedazo.

Hey, soy un hombre de cultura. También he visto The Office. Le lanzo una mirada penetrante. Y sé reconocer a una Pam que necesita a su Jim.

¡Oh, Dios mío, eres realmente incorregible! pero está sonriendo, y esa sonrisa vale más que mil palabras cortantes.

Lo sé. Es parte de mi encanto. Como Tony Stark, solo que yo tengo más músculos y menos problemas con el alcohol. Ya sabes, Dakota, podemos seguir así durante horas, pero ambos sabemos dónde acabará esto. Es solo cuestión de tiempo antes de que dejes de fingir que no me deseas.

Y tú dejes de fingir ser algo más que un vacío andante, responde ella, venenosa. Pero ese comentario no tiene efecto. La verdad es que el vacío que ella siente es exactamente el que yo siento.

Siento que me estoy acercando a la verdad, y ella también se da cuenta.

¿Vacío andante, eh? respondo, inclinando la cabeza. Extraño, porque a juzgar por cómo me miras, diría que mi “vacío” te atrae.

Dakota se ríe, pero es una risa forzada, casi un reflejo. Eres realmente patético, Hunter. He visto tablas de surf menos llenas de sí que tú.

Me acerco más, hasta que nuestros dedos casi se tocan. Tal vez. Pero al menos yo no me escondo detrás de los libros porque tengo miedo de vivir.

¿Oh, quieres jugar en ese terreno, eh? responde, levantando la barbilla. Muy bien, Hunter, entonces explícame algo: ¿vives de verdad o te conformas con ser otro quarterback más que piensa que tiene el mundo a sus pies?

Vivo lo suficiente como para estar aquí, contigo. Y eso es todo lo que importa, ¿sabes? le acaricio el brazo y ella se tensa, pero no se aparta.

¿Aquí conmigo? Hazte un favor y deja de interpretar el papel del príncipe oscuro. No funciona conmigo. Lo dice, pero no da un paso atrás. Es como si estuviera atrapada por algo más fuerte que su propia voluntad.

Admítelo, Dakota. Estás curiosa, estás excitada. Has venido aquí al Pacífico porque quieres saber qué hay más allá de esta fachada.

Dakota resopla, pero sus ojos la traicionan. ¿Y si fuera así? Aunque solo sea por un segundo... no significa que me gustes. Es solo curiosidad científica.

Entonces, déjame hacer un experimento, respondo, bajando la voz. Deja que te muestre otra versión de mí. Una que quizás nunca imaginaste.

Ella alza una ceja, como si estuviera decidiendo si arriesgarse. Hunter, deja de jugar con las palabras. No es más que humo en los ojos.

¿Y si te gusta el humo? le susurro al oído, sintiendo su respiración acelerarse. ¿Qué dices, Dakota? ¿Quieres arder un poco?

Dakota suspira, pero puedo ver que está dividida. Eres tan lleno de ti. Tan... presuntuoso.

Solo porque soy bueno en lo que hago, respondo, sin dejar de sonreírle.

Pero no me tendrás tan fácilmente. Se da vuelta, finalmente logrando escapar de la intensidad del momento, pero da solo unos pasos antes de detenerse. La veo respirar profundamente, y luego se gira hacia mí de nuevo, como si hubiera tomado una decisión. Ya sabes, quarterback, quizás tengas razón. Quizás sí esté curiosa.

Le sonrío, complacido, mientras ella vuelve a mirarme, las manos en las caderas como si estuviera evaluando la idea de darme una bofetada o... besarme.

Ah, ¿entonces admites que te estoy haciendo efecto? le pregunto, avanzando un paso, dejando que nuestras respiraciones se entrelacen de nuevo.

"Efecto" es una palabra muy grande, replica. Quizás es solo que no puedo creer cuán egocéntrico puedes ser.

Quizás sea porque no me conoces de verdad.

¿No te conozco de verdad? Dakota sacude la cabeza, su tono sarcástico. Hunter, conozco perfectamente el tipo de persona que eres. Eres un clásico. El chico guapo y problemático que no ve más allá de su propio reflejo en el espejo.

¿Oh, de verdad? Le sonrío, acercándome un poco más. Entonces, ¿sabes quién soy? Explícamelo, entonces, Dakota. ¿Por qué no puedes mantenerte alejada de mí?

No es así, responde ella, cortante. Estoy aquí porque, a pesar de todos tus defectos y tu arrogancia, hay algo que... me da vueltas en la cabeza. Pero no creas que tienes algún poder sobre mí.

Levanto una ceja. No necesito pensarlo. Estás aquí. Conmigo. No me importa cómo lo justifiques.

A pesar de que no me hayan contratado para trabajar en este maldito lugar, quizás vine aquí esta noche solo para demostrarme a mí misma que puedo tolerar a un tipo como tú, responde, cruzando los brazos sobre el pecho. Pero veo sus dedos tamborileando nerviosamente, como si no pudiera ocultar del todo la agitación.

¿Ah, entonces no trabajarás aquí? ¿Qué diablos? Qué pena, el dueño debe ser un verdadero imbécil por no haberte contratado. Y, de todos modos, ¿por qué viniste igual? ¿Puedo suponer fácilmente que lo hiciste para ponerte a prueba? le pregunto, provocador. ¿Te gusta la idea de ser la que puede resistirse a mí?

Me gusta la idea de ser la que te desenmascara. Ya sabes, el tipo que al final no puede manejar

el rechazo, me responde con una sonrisa maligna, como si hubiera encontrado la respuesta perfecta.

Interesante, digo, inclinando la cabeza. Pero, ya sabes, Dakota, ¿no crees que está funcionando al revés? Cada minuto que pasa pareces más intrigada.

¿Intrigada por qué, exactamente? ¿Por un ego descomunal y un cerebro del tamaño de una nuez?

Intrigada por alguien que no puedes definir ni controlar. Uno que te hace querer salir de tu zona de confort.

Ella parece dudar por un instante, lo que me dice que voy en la dirección correcta. Está cediendo, aunque probablemente odia admitirlo incluso a sí misma.

¿Estás seguro de lo que dices, Hunter? me pregunta, el tono bajo, como si quisiera desafiarme a probar cada palabra.

Segurísimo, respondo, sin apartar la mirada de la suya. Pienso que somos mucho más parecidos de lo que quieres creer.

¿Tú y yo? Despierta, Hunter. Estoy aquí por motivos completamente diferentes a los tuyos, replica ella, pero hay una grieta en su tono, algo que delata una vulnerabilidad.

¿Oh, déjame adivinar? ¿Estás aquí por tu "proyecto", por tu "futuro brillante", por tu vida de chica buena modelo? Mi voz es cínica, pero no puedo evitar sonreír cuando veo que estoy tocando un nervio.

Exacto, y no tengo ninguna intención de permitirte que lo arruines todo, Hunter, dice, pero su voz es menos segura.

No te arruinaré, Dakota. No es eso lo que quiero. De hecho, creo que lo que quieres es que alguien te saque de tu prisión dorada.

Dakota niega con la cabeza, como si quisiera librarse de esa tensión. No soy prisionera de nada, mucho menos de mí misma.

Entonces demuéstralo, le digo, acercándome aún más. Deja de huir cada vez que sientes que pierdes el control.

¿Quién dijo que estoy huyendo? replica ella, pero su voz tiembla ligeramente.

Tus ojos. Dicen todo lo que tus palabras intentan ocultar.

Por un momento, el silencio nos envuelve. Ella me mira, su respiración apenas más rápida. Es como si estuviera librando una batalla interna, y puedo casi ver sus pensamientos chocando entre sí.

Dakota me mira fijamente, sus ojos llenos de una rabia que parece apenas contener. Esta es la parte que me gusta de ella: es una lucha continua, una guerra fría, y parece que ninguno de los dos tiene intención de rendirse. Perfecto.

¿Quieres realmente ver dónde terminará esto, eh, Hunter? dice, con una sonrisa cortante. Quizás pienses que puedes controlarme, pero no tienes idea de quién tienes delante.

Oh, pero querida cerebrito, eso es precisamente lo que me gusta de ti. Nunca sé qué esperar. Es un descubrimiento continuo, replico, moviéndome hacia ella, acortando la distancia entre nosotros. Y es por eso que no te estoy dejando ir.

¿Tú no me estás dejando ir? Hunter, tú no tienes nada en tus manos, responde ella con una risa cínica. Pareces un niño que ha encontrado un juguete nuevo. Al final, te cansarás, y eso será todo.

¿Niño? ¿Juguete? ¿Es así como me ves? le pregunto, el tono provocador. Quizás deberías preguntarte por qué estás tan obsesionada con este niño.

¿Obsesionada? ella levanta una ceja, pero su respiración traiciona la emoción detrás de esa máscara perfecta. No te confundas, Slates. Estoy aquí solo porque me gusta jugar, y mientras sea yo quien dicte las reglas, no me haré daño.

¿Ah, entonces estás dictando las reglas? Interesante, respondo, acercándome un poco más. Entonces demuéstralo.

Dakota se ríe, como si hubiera dicho la cosa más absurda del mundo. ¿Realmente piensas que soy el tipo de chica que se deja dominar por alguien como tú? Hunter, despierta. Eres un chico guapo, con la mente de un niño.

Y, sin embargo, estás aquí. Sin embargo, estás respondiendo, le susurro, mi rostro ya a pocos centímetros del suyo. Si realmente fuera tan insignificante, ya te habrías ido, ¿nos?

Ella me mira, y puedo ver esa chispa de duda en sus ojos. No hay nada raro en querer ver hasta dónde llega una persona. Llámalo pura curiosidad, si quieres.

¿Curiosidad? Yo lo llamaría atracción, replico, con esa sonrisa que sé bien cuánto la irrita.

Hunter, no tienes idea de lo que significa atracción. Te conformas con cada chica que se te tira encima, ¿cierto? Apuesto a que al final ni siquiera recuerdas sus nombres.

Me acerco más, rozando su mano. Quizá no recuerde los nombres, pero recordaré el tuyo. Dakota. Suena bien, ¿nos?

Eres tan lleno de ti, murmura, su rostro enrojecido, pero no se aparta.

Y tú estás tan llena de prejuicios, respondo, acariciándole la mejilla con un dedo. Pero quizás, Dakota, al final seas tú quien cambie de opinión sobre mí.

No cuentes demasiado con eso, responde ella, pero su tono es menos seguro.

Hemos cruzado la línea hace tiempo, y ahora estamos en un territorio que no nos pertenece, un territorio que ambos tenemos miedo de explorar. Y, sin embargo, seguimos aquí, como dos jugadores que se niegan a abandonar la partida.

Estás tan acostumbrada a rechazar todo y a todos que quizás hayas olvidado cómo se siente dejarse llevar, le digo, mi voz un susurro.

Y tú estás tan acostumbrado a conseguir todo sin esfuerzo que ni siquiera sabes lo que es el verdadero compromiso, replica ella, pero puedo ver la tensión en su mirada.

Dicho esto, la veo levantarse de la silla y alejarse rápidamente haciéndome un gesto con la mano. Debe haberse enojado de verdad esta vez, y de todos modos no tengo intención de insistir con ella esta noche. De cualquier manera, la partida entre nosotros no ha terminado, en realidad acaba de comenzar. Y Hunter Slates, cuando juega un partido importante, nunca tira la toalla. Estoy listo para jugar este partido hasta el final con ella, y estoy dispuesto a ganarlo. Cueste lo que cueste.

17

HUNTER

Cuatro días después

La pelota se me escapa de las manos como si fuera un jodido aficionado. No es que me importe demasiado en este momento.

"¡Hunter, despierta! ¡Esto no es una maldita clase de baile!" Cassian grita desde el campo como si fuera mi maldito padre.

¡Vete a la mierda!" le grito de vuelta, recogiendo la pelota. Pero la verdad es que no puedo concentrarme. Dakota sigue atormentándome la cabeza como un disco rayado. Sus ojos mirándome como si fuera basura, esa sonrisita de cabrona que pone cuando creo que la tengo en mis manos, la manera en que me habla como si fuera la última de sus preocupaciones.

"¡Eh, princesa! Si ya has terminado de soñar despierto, ¿podrías hacer el favor de hacer tu trabajo?" Cassian me provoca de nuevo.

"¡Sabes dónde puedes meterte tu trabajo!" le respondo, pero justo en ese momento, como un idiota, me distraigo y BAM. Un placaje de mierda me derriba por completo. Siento el dolor explotar en mi hombro y me encuentro tirado como un gilipollas delante de todos.

"¡Joder, tío!" Cassian se lanza hacia mí. "Esto es lo que pasa cuando piensas en tu noviecita en vez de en el juego."

"No es mi maldita novia" gruño, intentando levantarme mientras mi hombro grita de dolor. "Y estoy perfectamente, así que quítate de encima."

"Tienes que ir a la enfermería" insiste Cassian, mirándome como si fuera un niño que necesita que lo cuiden.

"¡Joder!" estallo, poniendo los ojos en blanco. "No necesito nada." Pero el dolor en el hombro es tan fuerte que casi me hace perder el sentido. Que se joda todo, no puedo ir al enfermero del campus. No quiero que esos cabrones de mis compañeros de equipo me vean como un débil. Solo hay una persona que se me ocurre - Dakota. Y ya sé que es una malísima idea, joder si lo sé. Pero al menos ella no irá por ahí chismorreando sobre mí como una puta animadora.

***

La biblioteca está llena de los pringados de siempre que no tienen una vida fuera de los libros. El olor a papel viejo y desesperación casi me hace vomitar, pero allí está - Dakota. Sentada en su sitio habitual como una reina en su maldito trono, con la cara enterrada en algún libro que probablemente pese más que mi ego.

"¿Qué demonios haces aquí?" sisea cuando me dejo caer en la silla junto a ella. Sus ojos me atraviesan como dagas, y wow, está tan sexy cuando está cabreada.

"Necesito tu ayuda, cerebrito" le digo con una sonrisa a pesar de que el hombro me está

matando. “Me he hecho daño durante el entrenamiento.”

“¿Y por qué debería ayudarte yo?” me desafía, cruzando los brazos. “La enfermería está al otro lado del campus, idiota.”

“Porque tú eres la única que no irá por ahí a contar chismes de que el gran Hunter se ha hecho daño como un novato” admito, odiando cuán patético suena. “Y además, sé que no puedes resistirte a mi encanto.”

“¿Tu encanto?” suelta una carcajada. “Lo único que me fascina de ti es cómo puedes ser un completo cabrón las veinticuatro horas del día.”

“Sígueme, gilipollas” suelta Dakota después de lo que parece un siglo, levantándose de la silla. “Y no te hagas ideas raras.”

Me arrastra hasta el baño de chicas, empujándome dentro como si fuera un saco de basura. “Quítate la camiseta” ordena, cerrando la puerta. Su tono es cínico, pero veo que sus ojos se detienen un segundo de más en mi cuerpo.

“¿Te gusta lo que ves, cerebrito?” la provoco mientras me quito la camiseta, exponiendo el torso. Mi sonrisa se ensancha al notar que su respiración se detiene por un instante. Dakota puede hacerse la dura todo lo que quiera, pero su cuerpo la traiciona.

“Cállate y déjame ver el hombro” sisea, pero sus manos tiemblan ligeramente cuando me toca. Su toque es eléctrico sobre mi piel, y siento cómo cada músculo de mi cuerpo se tensa. Joder, esta chica no tiene ni idea del efecto que me hace. Mi pecho sube y baja más rápido, y puedo sentir la sangre latiendo en mis venas como fuego líquido. El vello de mi pecho se eriza cuando sus dedos fríos me resbalan por la piel, trazando una línea que me vuelve loco.

“Dakota” susurro, la voz ronca. Ya no resisto más. La agarro por la cintura y la atraigo hacia mí, presionando mis labios contra los suyos. Por un glorioso momento, ella responde al beso. Sus labios son suaves y cálidos contra los míos, y cuando su lengua roza la mía, es como si todo el mundo ardiera. Su cuerpo se derrite contra el mío, sus manos se aferran a mis hombros, y joder si no es la sensación más bonita del mundo.

Pero luego, como si alguien hubiera pulsado un interruptor, se aparta de mí de un tirón. Sus ojos lanzan fuego. “¡¿Qué cojones crees que haces?!” grita, empujándome.

“Lo que tú también querías” respondo con una sonrisa, aunque por dentro estoy maldiciendo. “No intentes negarlo, Dakota. He sentido cómo respondías al beso.”

“¡Que te jodan, Hunter!” explota, la cara roja de ira - o quizá de otra cosa. “¡Tú... tú eres el mayor cabrón que he conocido! ¡No vuelvas a tocarme nunca más, ¡entiendes?! ¡NUNCA MÁS!”

La miro mientras se va como una furia, golpeando la puerta del baño tan fuerte que las paredes tiemblan. “¡Joder!” grito, golpeando la pared con el puño. El dolor en el hombro ahora es nada en comparación con la frustración que me quema por dentro. Ninguna, y digo ninguna chica, me ha tratado así. Como si fuera basura. Como si no valiera una mierda.

Me pongo la camiseta y salgo del baño, ignorando las miradas curiosas de los pringados de la biblioteca. El sol de California me golpea en la cara como una bofetada, cegador y brutal. “Perfecto” murmuro entre dientes. “Perfectamente perfecto.”

El teléfono vibra en mi bolsillo. Es Cassian, el rompecojones. “¿Cómo va el hombro, princesa?” su voz está cargada de sarcasmo.

“Vete a la mierda” gruño al teléfono. Me detengo un momento, luego añado: “Le pedí a Dakota que le echara un vistazo.”

“¿Dakota?!” Cassian se echa a reír tan fuerte que tengo que alejar el teléfono del oído. “Joder,

tío, eres un puto masoquista. Esa te odia más de lo que yo odio los entrenamientos del lunes por la mañana."

"No me odia" respondo automáticamente, aunque sé que estoy mintiendo. "Es solo... complicado."

"¿Complicado?" Cassian vuelve a reír. "Lo único complicado es entender por qué nuestra estrella quarterback se está dejando patear el culo por una nerd que probablemente ni siquiera sabe cómo se sostiene un balón de fútbol."

"Es diferente" digo, pasándome la mano por el pelo. "No es como las otras chicas que..."

"¿Que se lanzan a tus pies en cuanto las miras?" me interrumpe. "Sí, eso lo he notado. Y es exactamente por eso que estás tan obsesionado, ¿verdad? Porque no puedes tenerla."

"Que te jodan, no estoy obsesionado" suelto, pero la verdad me quema la garganta como vodka de mierda. "Es solo que... joder, ni siquiera sé qué coño es."

"Estás jodido, tío" se ríe Cassian. "Completamente jodido. La gran estrella del fútbol que pierde la cabeza por la empollona que no lo quiere. Parece la trama de una puta película."

Cierro la llamada sin responder y me tiro en la cama del dormitorio, mirando al techo como un idiota. El hombro aún late, pero es el pensamiento de Dakota lo que me está volviendo loco. La manera en que me rechazó, como si fuera una cucaracha para aplastar. Pero joder, ese beso... por un segundo, solo un puto segundo, la sentí ceder.

Me levanto de golpe, una idea rondando en mi cabeza. No puedo dejarlo así. No soy del tipo que se rinde, y Dakota tendrá que aprenderlo a las malas. Mañana la encontraré de nuevo en la biblioteca - es más predecible que un puto reloj suizo - y esta vez será diferente.

"Prepárate, cerebrito" murmuro al techo, con una sonrisa ensanchándose en mi cara. "No tienes ni idea de lo persistente que puedo ser cuando quiero algo." Y joder si la quiero. La quiero tanto que duele, más que este jodido hombro, más que cualquier otra cosa que haya querido antes.

***

Al día siguiente, entro en la biblioteca como si fuera el jodido dueño del lugar. Dakota está allí, obviamente, inclinada sobre sus libros como si contuvieran los secretos del universo. Me dejo caer en la silla frente a ella, haciendo más ruido del necesario.

"¡Joder, Hunter!" sisea, levantando los ojos al cielo. "¿No tienes otro lugar al que ir a dar por culo?"

"Tenemos que hablar" digo, ignorando su tono de reina del hielo. "Y esta vez sin tus gilipolleces de 'te odio Hunter, eres el peor, blah blah blah'."

Ella se reclina en la silla, cruzando los brazos sobre el pecho. Ese movimiento hace cosas increíbles a su camiseta, y tengo que esforzarme para mantener la mirada en su cara. "¿De verdad? ¿Y de qué quieres hablar? ¿De que ayer intentaste meterme la lengua en la garganta en el baño de chicas?"

"No, quiero hablar del hecho de que por un momento te gustó" replico con una sonrisa. "Y no intentes negarlo. Te oí gemir, cerebrito."

La veo sonrojarse, pero su mirada sigue siendo dura como el acero. "Eres el mismo cabrón arrogante de siempre, Hunter. ¿Piensas que todas las chicas deben caer a tus pies solo porque eres la estrella del fútbol? Adivina qué: yo no soy una de tus malditas cheerleaders dispuestas a abrir las piernas al primer guiño."

"No es eso lo que pienso de ti" digo, bajando la voz. Me inclino hacia adelante, invadiendo su espacio personal. "Y lo sabes muy bien."

"¿Ah, no?" sisea, pero noto que no se aparta. "¿Y qué piensas de mí, Hunter? ¿Que soy la

difícil que tarde o temprano cederá? ¿Otra muesca en tu maldita cabecera?"

"Pienso que eres la única que no se traga mis gilipolleces" admito, sorprendiéndola. "La única que me mira como si fuera una mierda. Y joder, no debería excitarme tanto, pero lo hace."

Sus ojos se agrandan por un segundo, antes de volver a ser fríos como el hielo. "Estás enfermo" dice, pero su voz tiembla ligeramente. "Te excita que alguien no te trate como el rey del campus? Qué patético."

"Me excitas tú, Dakota" le digo brutalmente sincero, disfrutando el modo en que su respiración se detiene. "Me excita cómo me miras, cómo me hablas, cómo me mandas a la mierda. Me excita que no seas como las demás. Y sé que bajo todo este odio, hay algo. Lo sentí ayer en ese beso, y no puedes negarlo para siempre."

Dakota se levanta de golpe, recogiendo sus libros como si fueran un escudo. "Estás loco" dice, pero su voz suena menos segura. "No hay nada bajo mi odio hacia ti. Solo más odio."

"Entonces mírame a los ojos y dime que no has pensado en ese beso, o en los besos anteriores" la desafío, levantándome también. "Dime que no te tocaste pensando en mí anoche."

"¡Que te jodan!" susurra, pero el rubor que sube por su cuello la delata. "No todo el mundo piensa en sexo veinticuatro horas al día como tú, Hunter."

"No, pero tú piensas en ello cuando estoy cerca" replico, acercándome más. Estamos tan cerca que puedo oler su perfume, ver cómo su pecho sube y baja más rápidamente. "Lo siento por cómo tu cuerpo reacciona, por cómo contienes la respiración cuando me acerco."

"¿Te diviertes tanto atormentándome?" pregunta, y por primera vez siento una grieta en su coraza. "¿Ese es tu juego? ¿Perseguirme hasta que ceda? Pues tengo una noticia para ti, cabrón: puedes ponerte cómodo, porque no va a pasar nunca."

El aula de psicología social está vacía salvo por nosotros dos, y joder, el aire es tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Dakota está sentada junto a mí, fingiendo concentrarse en sus apuntes, pero noto cómo se mueve en la silla cada vez que yo me muevo.

"Deja de mirarme como un maníaco" suelta de repente, sin levantar la vista. "Es inquietante."

"No te estoy mirando" miento descaradamente, mientras mis ojos se deslizan por su cuello, por la forma en que su pelo cae sobre su hombro, por cómo se muerde el labio cuando está concentrada. "Solo... estoy apreciando la vista."

"Eres el mismo cerdo de siempre" dice, pero noto que sus mejillas se colorean ligeramente. Sus ojos se deslizan involuntariamente hacia el bulto en mis vaqueros, y joder si no me excita aún más el modo en que intenta fingir que no lo ha notado.

"No hagas la santurrona" la provoco, abriendo las piernas deliberadamente. "Te he visto mirarme el paquete. ¿Te gusta lo que ves, cerebrito? ¿Quieres echarle un vistazo más de cerca?" Su respiración se detiene por un segundo, y juro que puedo sentir su cuerpo temblar junto al mío.

"Eres asqueroso" sisea, pero su voz tiembla ligeramente. "No todas están interesadas en tu... en tu..."

"¿En mi polla?" completo la frase por ella, disfrutando el modo en que sus ojos se agrandan al escuchar esa palabra. "Y sin embargo, sigues mirándola, cerebrito. ¿Quieres que te enseñe cuán grande es?"

"Eres un maldito exhibicionista" dice, intentando desesperadamente mantener el control. Pero veo cómo sus muslos se aprietan bajo la mesa, cómo su respiración se vuelve más pesada.

"Y tú eres una pequeña hipócrita" susurro, inclinándome hacia ella. "Te haces la dura, pero apuesto a que estás mojada solo de pensarlo. ¿Quieres que te lo demuestre?"

El sonido que sale de su garganta es una mezcla entre un gemido ahogado y una maldición. Se

levanta de golpe, haciendo caer los apuntes. “¡Eres imposible! No puedo... no puedo estar aquí contigo. ¡Eres un cerdo arrogante que solo piensa en follar!”

“No te vayas” digo, agarrándola de la muñeca antes de que pueda irse. “No esta vez.”

“Suéltame, Hunter” sisea, pero no se suelta. Su muñeca está caliente bajo mis dedos, y puedo sentir su pulso acelerarse. “No soy una de tus zorras a las que puedes manipular con dos palabras sucias.”

Me levanto también, y joder, estamos tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo a través de la ropa. “Sé que no lo eres” susurro, y mi voz es ronca. “Es exactamente por eso que me vuelves loco. Porque no cedes, porque me resistes. Porque cuando te miro, veo a alguien que no tiene miedo de mandarme a la mierda.”

“¿Y eso te excita?” me pregunta con voz temblorosa. Sus ojos están fijos en mis labios, y joder si no quiero besarla de nuevo. “¿Que te traten como una mierda?”

“No” respondo, acercándome más. “Me excita que bajo todo ese odio, haya algo más. Lo siento cada vez que te toco, cada vez que te miro. Y sé que tú también lo sientes, aunque sigas negándolo como una maldita mentirosa.”

“Tú no sabes una mierda de lo que siento” sisea Dakota, pero sus pupilas están dilatadas y su respiración es superficial. “No tienes idea de...”

“Entonces dime que no te excita cuando te miro así” la interrumpo, empujándola contra la pared. Mis manos se apoyan a los lados de su cabeza, atrapándola. “Dime que no te mojas cuando te hablo sucio. Dime que no quieres saber cómo sería si te tomara aquí, sobre este maldito escritorio.”

“Eres un bastardo arrogante” jadea, pero sus manos se aferran a mi camiseta. “Piensas que puedes conseguir todo lo que quieres solo porque eres Hunter, el maldito rey del campus.”

Me acerco a su oído, dejando que mi aliento le haga cosquillas en el cuello. “No, cerebrito. Pienso que puedo tenerte porque bajo toda esa rabia, bajo todo ese odio, tú me deseas tanto como yo te deseo. Y tarde o temprano tendrás que admitirlo.”

“Eso nunca pasará” dice, pero su voz es un gemido ahogado cuando mis labios rozan su cuello. “Te odio, Hunter. Te odio tanto que duele.”

“Entonces ódiame” susurro contra su piel, sintiendo cómo tiembla bajo mi toque. “Ódiame mientras piensas en mí por la noche. Ódiame mientras te tocas imaginando mis manos. Ódiame mientras te vienes gritando mi nombre.”

“Eres un maldito psicópata” gime Dakota, sus uñas clavándose en mi camiseta. “No pienso en ti. No... no de esa manera.”

Mis manos se deslizan por sus caderas, tirándola contra mí. “Mentirosa” gruño contra su cuello. “¿Sientes cuánto te deseo? ¿Sientes cuánto me vuelves loco?” Empujo mi cadera contra ella, dejándole sentir lo duro que estoy.

Un gemido escapa de sus labios, y joder, es el sonido más sexy que he escuchado en mi vida. “Hunter...” jadea, y por primera vez no hay odio en su voz. Solo deseo puro y crudo.

Pero justo cuando estoy a punto de besarla, cuando finalmente estoy a punto de tener lo que quiero, ella me empuja con toda su fuerza. “¡No!” grita, los ojos llenos de pánico. “No puedo... no podemos. Esto está mal. Tú estás mal. Todo esto es... joder, ¡déjame en paz!”

La veo correr fuera de la sala como si el diablo la persiguiera. “¡Joder!” grito, golpeando la pared con el puño. El dolor atraviesa mi mano, pero no es nada comparado con la frustración que me quema por dentro.

Paso una mano por mi pelo, intentando calmarme. Mi polla sigue dura como una roca,

palpitando en mis vaqueros, y el olor de su perfume aún está en el aire. “Mierda” murmuro, recogiendo mis cosas. No puedo quedarme aquí pensando en cómo su cuerpo temblaba contra el mío, en cómo sus gemidos sonaban como música para mis oídos.

Mi teléfono vibra. Es Cassian, obviamente. Ese bastardo tiene talento para llamar en los peores momentos. “¿Qué cojones quieres?” respondo brutalmente.

“¡Vaya, alguien tiene las pelotas azules!” se ríe él. “Dejame adivinar: ¿la princesa de hielo te ha rechazado otra vez?”

“Vete a la mierda, Cassian” gruño en el teléfono. “No es lo que piensas. La sentí ceder. Por un momento... joder, por un momento era mía. Sé que me desea tanto como yo la deseo. Es solo demasiado testaruda para admitirlo.”

“Estás jodido, amigo” se ríe Cassian al teléfono. “Nunca había visto a Hunter Slates tan desesperado por una chica. Normalmente son ellas las que te suplican a ti.”

“No estoy desesperado” estallo, aunque sé que es una mierda. “Es solo que... joder, es diferente. La forma en que resiste, como si fuera basura. Me vuelve loco.”

“Suenas como un puto acosador” dice Cassian, y puedo escuchar su sonrisa. “El gran quarterback reducido a perseguir a una empollona que probablemente aún sea virgen.”

Me apoyo en la pared del pasillo, cerrando los ojos. Aún puedo sentir el sabor de su piel en mis labios, la forma en que su cuerpo se derritió contra el mío antes de empujarme. “¿La escuchaste gemir?” las palabras me salen antes de poder detenerlas. “Joder, Cassian, no tienes idea de cómo sonaba. Como si estuviera luchando contra sí misma. Como si quisiera rendirse pero no pudiera.”

“Amigo, necesitas follar” dice él secamente. “Y no con Dakota. Busca alguna animadora dispuesta y quítate esa obsesión de la cabeza antes de que te arruine la temporada.”

“No quiero a una puta animadora” gruño en el teléfono. “¿No lo entiendes? No quiero a alguien que abra las piernas solo porque soy Hunter Slates. Quiero a alguien que me desafíe, que me haga sentir como si tuviera que ganarme cada maldito centímetro.”

“Santo Cristo” resopla Cassian. “Estás hablando como una de esas películas románticas que ve mi hermana. ¿Dónde diablos está mi amigo que se tiraba a dos chicas diferentes cada fin de semana?”

Cuelgo la llamada sin responder. No necesito sus gilipolleces ahora. Me dirijo hacia el dormitorio, ignorando a las chicas que me sonríen por la calle. Antes eran mi tipo: fáciles, disponibles, dispuestas a todo para poder decir que habían estado conmigo. Ahora me parecen solo... vacías.

Me tiro en la cama, mirando al techo como un idiota enamorado. “Joder, Dakota” murmuro al vacío de la habitación. “¿Qué cojones me has hecho?” Mi polla sigue dura en mis vaqueros, palpitando al recuerdo de su cuerpo contra el mío, de sus gemidos ahogados, de la forma en que se derritió entre mis brazos antes de huir.

Mañana.

Mañana la encontraré de nuevo en la biblioteca, y esta vez no la dejaré escapar. No me importa cuánto tiempo me lleve, cuánto tenga que luchar. Dakota puede fingir que me odia todo lo que quiera, pero he sentido la verdad en su cuerpo, en sus gemidos, en la forma en que temblaba bajo mis manos. Y joder si no la haré admitir que me desea tanto como yo la deseo.

18

DAKOTA

Me revuelvo en la cama como una loca, lanzando cojines por todos lados.

Joder, joder, JODER.

El pensamiento de Hunter no me da tregua, ese maldito beso sigue atormentándome como una condena. Cierro los ojos y BAM – ahí está, su estúpida cara perfecta mirándome, esas manos que no deberían haberme tocado, ese aliento que... mierda. ¿Lo peor? Ni siquiera lo detuve. Es más, una parte de mí – esa parte traidora – lo quería desesperadamente.

Eres patética, Dakota" murmuro al espejo, mirando mi cara devastada por el insomnio. "Es solo un imbécil arrogante que piensa que es el dios del campus."

Un golpe violento en la puerta casi me hace caer de la cama.

¡Dakota! ¡Mueve ese culo!" la voz de Solana es tan condenadamente alegre que me dan ganas de estrangularla.

¡Vete a la mierda, Sol! ¡Es sábado!

No me importa una mierda!" irrumpe en la habitación como un tornado en tacones altos. "Oh, dios mío, pareces un mapache atropellado por un camión. ¿Qué demonios te ha pasado?

Nada." Me cubro la cara con un cojín. "Absolutamente-nada-de-nada."

"Mentirosa." Me arranca el cojín de las manos. "Es por Hunter, ¿verdad? Los vi ayer en la biblioteca."¡

¿Qué?!" me incorporo tan rápido que la cabeza me da vueltas. "¿Nos viste... ¡QUÉ?!

¡Vamos ya!" Rueda los ojos con aire de sabelotodo. "Ese chico te sigue desde hace semanas como un cachorro cachondo. ¡Ya era hora de que pasara algo!

¡No ha pasado NADA!" grito, lanzándole el cojín. "Sólo me... besó. Un par de veces, y ayer en el baño de la biblioteca. Con esas manos suyas estúpidas por todas partes y..."¡

¡POR FIN!" Solana salta sobre la cama, casi haciéndome caer. "¡Ya era hora de que alguien derritiera a la reina del hielo!

Te odio." Intento sofocarla con otro cojín. "Te odio tanto ahora mismo."¡

¡Levántate!" Solana literalmente me arranca las mantas de encima. "Hay una fiesta esta noche en la Frat House y TIENES que venir.

Ni de coña." Me acurruco en posición fetal. "Tengo que estudiar."¿

Estudiar qué? ¿Cómo ser la princesa de las reprimidas?" Me tira del brazo. "Dakota, te juro por Dios que si no te levantas ahora mismo, publicaré las fotos de ti borracha en el karaoke de la semana pasada.

No te atreverías...

¿Quieres apostar?" Saca el teléfono con una sonrisa maliciosa. "Oh mira, todavía tengo el vídeo de ti cantando I Will Survive en sujetador..."¡

¡VALE, VALE!" me levanto de un salto, intentando arrebatarle el móvil de las manos. "Eres una zorra manipuladora.

Lo sé, cielo." Me guiña un ojo. "Y ahora vamos a comprarte algo sexy para que te pongas. Algo que le haga explotar las pelotas a Hunter.

No quiero hacer explotar nada a nadie!" protesto, pero ella me ignora completamente.

Sí, claro. ¿Es por eso que te dejaste follar con la mirada en la biblioteca?" Se sienta en mi cama, mirándome con esa cara de sabelotodo que tanto odio. "Anda, suelta el rollo. ¿Cómo fue en realidad?

Mierda." Me paso una mano por el pelo. "Vale, vale... Entró en el baño con esa excusa estúpida de su hombro roto. Y luego... joder, Sol, sus manos estaban en TODAS PARTES. Y yo... no lo detuve.¡

OH. DIOS. MÍO." Solana prácticamente grita. "¡Por fin algo interesante en este puto campus! ¿Y luego qué? ¡Vamos, quiero los detalles picantes!

¡Y luego nada!" le lanzo otro cojín. "Me besó, vale? Me besó como si quisiera devorarme viva y yo... mierda, me gustó. Me gustó tanto que me cabrea."¡

¡Claro que te gustó, tonta!" Solana rueda los ojos tan fuerte que temo que se le queden así. "Ese chico está más bueno que el diablo en persona. Y tú necesitas follar como el aire que respiras."¡

¡SOLANA!

¿Qué? ¡Es la verdad!" Se levanta y se dirige a mi armario. "Y esta noche, mi querida Dakota-reina-del-hielo, te haré poner un vestido tan sexy que Hunter tendrá que llamar a los bomberos para apagar el fuego en sus pantalones."

La miro con horror mientras empieza a revolver entre mi ropa. "Te odio. Te odio tanto que no tienes ni idea."

Lo sé, cielo." Me lanza una sonrisa maliciosa. "Pero me amarás cuando esta noche finalmente te desvirgues con Hunter en algún rincón oscuro de la fiesta. ¡Ahora mueve ese culo flaco y vamos de compras!" Solana prácticamente me arrastra fuera de la habitación, ignorando mis protestas.

***

Mientras estamos en el coche, me mira con esa cara de tiburón que siempre pone cuando está a punto de decir alguna tontería. "Apuesto mis Jimmy Choo a que hay algo más con Hunter. No es solo un beso, s con Hunter. No es solo un beso, \u00verdad? Hay algo que no me estás contando...

Joder, Sol, ¡MIRA LA CARRETERA!" grito mientras casi atropella a un ciclista. "Y no, no hay ni una mierda. Fue solo... intenso, vale?"

¿Intenso cómo?

Intenso tipo que me empujó contra la pared y..." me muerdo el labio, sintiendo el calor subirme a las mejillas. "Mierda, sus manos estaban... EN TODAS PARTES. Y su boca... joder."¡

OH. DIOS. MÍO." Solana frena de golpe en un semáforo, casi haciendo que me estrelle contra el salpicadero. "¡Dakota-santurrona-Wexler se dejó manosear en la biblioteca! ¡Es como lo más caliente que ha pasado en ese puto lugar aburrido!

Baja la voz, zorra!" le doy un puñetazo en el brazo. "¡No fue así!

¿No?" Me lanza una mirada escéptica. "¿Entonces cómo fue?

Fue... diferente." Me paso una mano por el pelo, frustrada. "No fue el típico Hunter gilipollas y arrogante. Había algo en sus ojos, en la forma en que me miraba...

Awww" Solana hace una voz empalagosa que me da ganas de estrangularla. "¡Nuestra pequeña Dakota se está enamorando!

Ni de coña!" estallo, pero siento que las mejillas me arden. "Es solo... atracción física. Nada más."¡Sí, claro." Solana sonríe mientras aparca frente al centro comercial. "Y yo soy Sofía Loren. Ahora vamos a buscarte algo que lo vuelva aún más loco.

Entro en la tienda detrás de ella, maldiciendo mentalmente el día en que decidí que Solana podía ser mi mejor amiga. Pero mientras ella empieza a sacar vestidos cada vez más cortos y provocativos, una parte de mí – esa parte traidora que no puedo callar – se pregunta cómo reaccionaría Hunter al verme con uno de estos puestos.

Joder" murmuro para mí misma. "Estoy jodida."¡Esto!" Solana agita un vestido rojo frente a mi cara que más que un vestido parece un pañuelo. "¡Es perfecto!

Estás loca. No me voy a poner esa mierda.

Oh sí que lo harás." Me empuja hacia el probador. "Mueve ese culo dentro y póntelo. AHORA."

Te odio" sibilo, pero cojo el maldito vestido. En cuanto me lo pongo, me doy cuenta de que estoy jodida. Es corto. Es ajustado. Es... "JODER."¡QUÉ?!" Solana casi derriba la puerta del probador. "OH. DIOS. MÍO. Dakota, eres como... ¡SEXO ANDANDO!¡

Baja la voz, zorra!" Le lanzo un zapato. "Todo el centro comercial no necesita saber...

¿Que pareces una de esas modelos de Victoria's Secret pero más hot?" me mira desde el espejo con una sonrisa. "Hunter tendrá un infarto cuando te vea.

No quiero que Hunter tenga un infarto" murmuro, pero no puedo dejar de mirarme en el espejo. El vestido me ajusta como una segunda piel, destacando curvas que ni siquiera sabía que tenía.

No, sólo quieres que te folle contra alguna pared en la fiesta" se ríe Solana. "Y creéeme, con este vestido, lo hará seguro.

¡SOLANA!

¿Qué pasa? Solo digo la verdad!" Se apoya en el marco de la puerta. "Y de todas formas, tenemos que hablar de la cuestión... depilación.

Me giro de golpe. "¿Qué demonios tiene que ver ahora la depilación?

Ay, cielo" me mira como se mira a un cachorro particularmente tonto. "¿No querrás presentarte a la fiesta con la selva amazónica ahí abajo? ¿Nunca has oído hablar de... expectativas?

No va a pasar nada esta noche!" protesto, pero siento que las mejillas me arden.

Claro, como no." Solana rueda los ojos. "Y yo soy virgen. Venga, compremos esta bomba sexy y luego vamos a hacernos la cera. Tu pussy me lo agradecerá después."

Me cubro la cara con las manos, maldiciendo el día en que decidí que Solana podía ser mi mejor amiga. Pero tiene razón, joder si tiene razón. Nunca se sabe lo que puede pasar esta noche, y quiero estar... lista.

Te odio" murmuro por enésima vez.

Lo sé, cielo." Me guiña un ojo. "Lo sé."

Vuelvo a casa con una bolsa de compras llena de cosas que nunca habría pensado comprar y la sensación de que esta noche será un maldito desastre. O un éxito. No sé qué me asusta más.

Me arrastro al baño, mirando la bañera como si contuviera la respuesta a todos mis problemas. "Vale, Dakota" me digo al espejo, "es hora de afrontar... la situación."

Me desvisto y me miro críticamente. Joder. Solana tenía razón sobre la selva amazónica. No es que me haya importado nunca, pero esta noche... "Mierda." Abro el agua caliente y agarro la cera como si fuera un arma.

No puedo creer que estoy haciendo esto” murmuro mientras entro en la bañera. "No puedo creer que me estoy depilando por ese imbécil arrogante de Hunter." Pero mientras paso la tira, mi mente traidora empieza a imaginar sus manos tocándome, explorando cada centímetro de piel recién depilada...

Joder, joder, JODER!" Me muerdo el labio mientras mis dedos se deslizan más abajo, hacia el clítoris hinchado, casi con vida propia. El agua caliente, el pensamiento de Hunter, ese maldito beso en la biblioteca... "Mierda." Antes de poder detenerme, ya estoy jadeando, los dedos encontrando mi punto más sensible. "Hunter..." Su nombre me escapa de los labios como una maldita oración.

Te odio” susurro mientras el orgasmo me envuelve, haciéndome temblar en el agua caliente. "Te odio tanto, Hunter Slates."

Pero sé que estoy mintiendo. ¿Y lo peor? También mi cuerpo lo sabe. Ese cabrón me ha hechizado, y ahora estoy aquí, desnuda en mi bañera, masturbándome pensando en él como una maldita adolescente cachonda.

Estoy tan jodida” murmuro, dejándome hundir en el agua. Y no de la forma divertida que está imaginando mi mente perversa en este momento.

Me seco con movimientos furiosos, intentando no pensar en el hecho de que acabo de depilarme y tener un orgasmo pensando en ese imbécil. Pero mientras me miro al espejo, con la piel aún enrojecida y el pelo mojado, veo una versión de mí que no reconozco. Una versión que quizás, solo quizás, está lista para mandar todo a la mierda y ver a dónde nos lleva esta locura.

Al diablo” decido, poniéndome ese vestido rojo que parece pintado en mi cuerpo. Esta noche no seré la típica Dakota-cerebrito-Wexler. Esta noche seré la chica que volverá loco a Hunter Slates.

***

La Frat House ya es un puto delirio cuando llegamos.

Luces psicodélicas por todas partes, música a tope que hace temblar las paredes, y el inconfundible olor a alcohol, hierba y malditas decisiones equivocadas flotando en el aire.¡

Oh dios mío, mira!" Solana me tira del brazo tan fuerte que por poco me arranca un hombro. "¡Hay un torneo de beer pong! Y... JODER, Dakota, ¡mira quién está allí!

Mi corazón da una voltereta mortal en el pecho. Hunter está ahí, apoyado en la pared cerca del escenario como si fuera el maldito dueño del universo. Lleva una camisa negra desabrochada que debería ser ilegal en al menos cuarenta estados, y esos vaqueros que le ajustan los muslos de una manera que... "Mierda."

Te está comiendo con los ojos” susurra Solana con un tono tan satisfecho que me dan ganas de ahogarla en la fuente del ponche. "Apuesto a que ya está imaginando cómo arrancarte ese vestido."¡Cállate” sibilo, pero es demasiado tarde. Nuestras miradas se cruzan y... JODER. La forma en que me mira, como si quisiera devorarme viva, me hace derretir las bragas recién compradas. Su sonrisa se ensancha, ese cabrón sabe exactamente el efecto que tiene en mí.

Vale, plan de acción” dice Solana, arrastrándome hacia la barra. "Primero: shot de tequila. Segundo: haz que se vuelva loco. Tercero: búscate un lugar apartado y follátelo hasta perder el sentido.

¡SOLANA!" Intento no atragantarme con mi propio aliento. "No he venido aquí para...

¿Para qué? ¿Para que te folle contra una pared Mr. Sex-on-Legs? Sí, sí que has venido." Me pasa un shot. "Bebe."

Me bebo la tequila de un trago, sintiendo el líquido quemarme la garganta. Hunter no ha apartado la mirada de mí ni un segundo, y cada vez que nuestras miradas se cruzan siento una descarga eléctrica directa entre las piernas.

¿Sabes qué?" digo de repente, sintiendo el valor que me da el alcohol. "A la mierda todo." Me dirijo hacia la parte trasera de la casa, lanzando una mirada provocativa a Hunter al pasar. Sé que me seguirá. Ese cabrón no sabe resistirse a un reto.

VETE Y PIERDE ESA MALDITA VIRGINIDAD DE UNA VEZ POR TODAS!" grita Solana detras de mi, haciendome la señal de la victoria. "¡Y RECUERDA USAR PROTECCIÓN!"

"¡Mañana te mataré!" le respondo gritando, pero ya estoy sonriendo. Siento los pasos de Hunter tras de mí, y mi corazón late a mil por hora. Esta noche o lo mato, o... me lo follo. O quizá ambas cosas. Aún no he decidido.

"¿Me estás siguiendo, Slates?" lo provoco sin girarme, sintiendo sus pasos acercándose.

"No, cielo. Solo estoy admirando la vista", responde, y PUEDO SENTIR esa maldita sonrisa arrogante en su voz. "¡Y qué vista!"

Me giro bruscamente, encontrándomelo a un palmo de la cara.

MIERDA.

De cerca es aún más ilegal, con ese cabello despeinado y esa sonrisa de capullo que me hace querer morderle los labios hasta hacerle sangrar.

"¿Qué demonios quieres, Hunter?" intento sonar aburrida, pero mi voz traiciona un temblor que él nota de inmediato. Ese cabrón.

"Sabes perfectamente lo que quiero, Dakota." Su voz es baja, ronca, y joder si no me pone la piel de gallina por todo el cuerpo. Se acerca más, hasta que siento su aliento en mi piel. "La pregunta es: ¿qué quieres tú?"

"Nada de ti", miento descaradamente, mientras cada célula de mi cuerpo grita lo contrario.

"¿En serio?" levanta una ceja, ese maldito gesto sexy que me vuelve loca. "¿Entonces por qué te has puesto ese vestido? ¿Para torturar a todos los otros pringados de la fiesta?"

"Quizá." Le lanzo una mirada desafiante. "O quizá solo quería ver si lograba hacerte perder ese maldito autocontrol."

Él ríe, una risa baja y sensual que me hace temblar las rodillas. "Nena, mi autocontrol se fue a la mierda en el momento en que te vi entrar con este maldito vestidito."

"Bueno, entonces...", me acerco, los labios a un milímetro de los suyos. "¿Qué esperas para hacer algo al respecto?"

En un instante, me empuja contra la pared, sus manos aferrando mis caderas con una fuerza que me hace gemir. "Estás jugando con fuego, Dakota", murmura contra mi oído.

"Quizá esta vez quiero quemarme", respondo, y antes de que pueda decir nada más, sus labios están sobre los míos, devorándome como si fuera la última gota de agua en el desierto.

JODER.

Es aún mejor de lo que imaginaba. Sus manos están en todas partes, su cuerpo me aplasta contra la pared, y yo... yo no quiero que se detenga. Nunca más.

"Baño. Ahora", gruñe contra mis labios, y yo ni siquiera tengo la fuerza de protestar. Lo sigo como una maldita adolescente cachonda, y ¿saben qué? No me importa una mierda. Ha llegado finalmente el momento en que pierda esta pesada virginidad. Sé que este no es el mejor momento, ni el lugar más romántico para hacerlo por primera vez. Pero hay algo seguro: finalmente ha llegado ese día que he esperado durante años. Quiero hacerlo, y quiero hacerlo con él. Condénenme si quieren, no me importa un carajo. Ya estoy decidida, y esta noche marcará el

punto de inflexión en mi aburrida existencia de virgen.

La puerta se cierra tras nosotros con un golpe, y lo último racional que pienso es que mañana probablemente me odiaré por esto. Pero mientras Hunter me levanta sobre el lavabo, sus manos deslizándose bajo mi vestido, decido que el mañana puede irse a la mierda. Literalmente.

"Estás loco", jadeo mientras sus manos suben por mis muslos. "Estamos en un maldito baño."

"No parece que te estés quejando mucho", murmura contra mi cuello, mordiéndome la piel de una forma que me hace ver estrellas. "De hecho, diría que te gusta bastante..."

"Capullo", siseo, pero mis manos ya están en su cabello, tirando de él, mientras él me besa el cuello como si quisiera marcarme. Y quizá eso es exactamente lo que quiero.

"Sí, soy un capullo", ríe contra mi piel. "Pero soy el capullo que te vuelve loca, ¿no es verdad?" Su mano se desliza más arriba, bajo el vestido, y tengo que morderme el labio para no gemir como una maldita estrella porno.

"Te odio", susurro, pero suena más como un gemido cuando sus dedos encuentran el elástico de mis bragas. "Te odio tanto..."

"No, nena", murmura, apartándose para mirarme a los ojos. "Tú me deseas. Me deseas tanto que te enfurece."

Sus manos se mueven seguras, posesivas, y yo ya no puedo pensar en nada más que no sea él. La forma en que me toca, como si ya conociera cada rincón de mi cuerpo, cada secreto.

"Hunter..." Su nombre escapa de mis labios como una oración desesperada.

"Dime qué quieres, Dakota", susurra en mi oído, su voz ronca que me hace temblar por todas partes. "Dímelo y te lo daré."

Lo miro a los ojos, y joder, veo algo tan intenso que me deja sin aliento. Ya no es solo deseo, hay algo más profundo, algo que me asusta y me excita al mismo tiempo.

"Tú", admito finalmente, mandando a la mierda el orgullo. "Te quiero a ti. Todo de ti. Ahora. Pero... debes saber que... en fin... yo soy..."

Hunter sonríe, pero no es su habitual sonrisa arrogante. Hay algo diferente, casi vulnerable. "No, no me lo digas, joder. Lo sabía, lo habría jurado. Eres virgen. Ya era hora de que me lo dijeras, joder", dice, antes de besarme como si quisiera devorarme el alma. "Y ahora? Joder, esto no debía pasar. No podemos hacerlo, entonces. Y no aquí, ahora..."

Y mientras sus manos se detienen de repente, me doy cuenta de que estoy jodida. No solo literalmente, sino también metafóricamente. Porque en realidad yo lo quiero, ahora. Quiero ir hasta el final. No hay vuelta atrás, mi decisión está tomada. Y esto ya no es solo sexo. Es algo más, algo peligroso y mágico, el momento más importante y aterrador de mi vida.

¿Y saben qué? En este preciso instante, con sus manos sobre mí y su aliento que me vuelve loca, no me importa una mierda las consecuencias. Solo lo quiero a él, todo él, y al diablo lo demás. Quiero que me desvirgue, ahora, aquí, en el baño de una villa llena de estudiantes borrachos y excitados, listos para follar en una orgía colectiva.

"Que se joda todo", murmuro contra sus labios. "Que se joda el orgullo, que se jodan las consecuencias. Fóllame, Hunter. Quiero que me desvirgues, no te detengas, así está bien, lo quiero, te lo pido yo. Fóllame como si no hubiera un mañana."

La forma en que me mira me hace casi perder el aliento. Ya no es solo lujuria en sus ojos, hay algo más profundo que me hace temblar las rodillas.

"¿Estás completamente segura?", me pregunta, y por un momento veo al verdadero Hunter tras esa máscara de capullo arrogante.

"Si te detienes ahora, te mataré", respondo, tirando de su camisa con tanta fuerza que siento

algunos botones saltar. "¿Ops?"

"Me compraré otra", gruñe antes de abrirme las piernas y presionarse contra mí.

MIERDA.

Lo siento duro a través de los jeans y el pensamiento de lo que está a punto de suceder me hace casi perder la cabeza.

Sus manos están en todas partes, hambrientas, posesivas, como si quisiera reclamar cada centímetro de mi piel. Me sujeta las caderas con tanta fuerza que sé que mañana tendré moratones, pero no me importa una mierda. Quiero sus marcas en mí, quiero recordar este momento cuando me mire al espejo mañana por la mañana.

"Te he deseado por tanto tiempo", murmura contra mi cuello, mordiéndome la piel. "No tienes idea de cuántas veces he soñado con tenerte así..."

Sus palabras me hacen gemir, y joder, ya no me reconozco. Siempre he sido la controlada, la que nunca pierde la cabeza. La virgencita estudiosa y perfecta. Pero con Hunter... con él todo se va al carajo.

"Deméstrame cuánto me deseas", lo desafío, arañándole la espalda a través de la camisa. "Muéstrame lo que sabes hacer, Slates."

Un gruñido bajo escapa de su garganta, y en un instante me levanta del lavabo, girándome hacia el espejo. "Mírate", ordena, presionándose contra mí desde atrás. "Quiero que te veas mientras pierdes el control por mí."

Lo miro a través del espejo, y lo que veo me deja sin aliento. Mi cabello es un desorden sexy, las mejillas enrojecidas, los labios hinchados por sus besos. Y él detrás de mí, mirándome como si fuera lo más jodidamente precioso del mundo.

"Hunter...", susurro, y esta vez no hay ni rastro de desafío en mi voz. Solo pura, desesperada necesidad.

"Lo sé, nena", murmura, una mano deslizándose bajo mi vestido mientras la otra me mantiene firme contra él. "Lo sé."

Me pierdo en su toque, en la forma en que sus dedos me exploran como si tuviera todo el tiempo del mundo. Es un contraste increíble con la urgencia de antes, como si quisiera memorizar cada reacción de mi cuerpo.

"Eres hermosa así", susurra en mi oído, haciéndome estremecer. "Completamente rendida a mí..."

"Cállate", jadeo, pero no hay malicia en mi voz. Solo puro deseo. "Deja de hablar y desvirgame. Pero, por favor, usa un condón. No es momento de tener niños."

Su reflejo en el espejo me hipnotiza. Hay algo tan jodidamente erótico en ver sus manos explorándome, en la forma en que sus ojos no dejan los míos mientras me toca. Es como si quisiera asegurarse de que vea exactamente cuánto efecto tiene en mí.

"Sí, claro. No te preocupes, en un momento lo pongo. No tienes idea de cuánto tiempo he deseado tenerte así", murmura, su voz ronca que me hace temblar por todas partes. "Cada vez que te veía en la biblioteca con esos estúpidos jerseys oversize, solo quería arrancártelos y mostrarte lo sexy que podrías ser."

"Eres un pervertido", jadeo, pero mi cuerpo se arquea contra el suyo, traicionándome por completo. Sus dedos se deslizan más abajo, y JODER, cuando encuentra cuán mojada estoy, su sonrisa se vuelve casi depredadora.

"Y tú estás empapada", susurra en mi oído. "¿Toda esta excitación es por mí, Dakota? ¿Es este el efecto que te causo?"

"Vete a la mierda", intento decir, pero sale como un gemido cuando sus dedos empiezan a moverse en círculos lentos. El cabrón sabe exactamente lo que está haciendo, y lo está haciendo a propósito para volverme loca.

"¿Quieres que me detenga?", pregunta, ralentizando los movimientos. Su sonrisa en el espejo es pura provocación.

"Si te detienes te mataré", gruño, empujando las caderas contra su mano. "Te juro que lo haré."

Ríe, una risa baja y sexy que me hace estremecer. "Tan agresiva... Me gusta." Sus dedos aceleran el ritmo, y tengo que agarrarme al lavabo para no colapsar.

"Hunter..." Su nombre sale como una oración desesperada. "Por favor..."

"¿Por favor qué?", murmura, mordiendo mi cuello. "Dímelo, Dakota. Quiero oírte decir exactamente lo que quieres de mí."

Lo miro a través del espejo, y joder, nunca me he sentido tan... libre. Tan fuera de control. "Quiero que me desvirgues", susurro, y esta vez no hay ninguna duda en mi voz. "Quiero que me hagas olvidar mi nombre."

Su mirada se incendia, y en un instante me gira hacia él. "Como desees", gruñe antes de besarme como si quisiera devorarme viva.

Siento sus manos luchando con la cremallera de los jeans, y el sonido me hace casi perder la cabeza de anticipación. No puedo creer que esté a punto de hacerlo de verdad. Que esté a punto de follar con Hunter Slates en un baño en una fiesta.

¿Pero saben qué? En este momento, con sus manos sobre mí y su cuerpo presionando contra el mío, no podría importarme menos. Solo lo quiero a él. Todo él.

"Que se joda", murmuro contra sus labios. "Que se joda todo."

El tiempo parece detenerse cuando finalmente, después de desenrollar un condón sobre toda la enorme barra que ha sacado del bolsillo de sus jeans, se empuja dentro de mí. "JODER", gimo tan fuerte que estoy segura de que la mitad de la fiesta nos ha escuchado. Pero él me calla con un beso violento, devorando mis gemidos mientras empieza a moverse.

"Shh, nena", murmura contra mis labios, aunque su respiración es tan pesada como la mía. "No querrás que todos nos escuchen, s que todos nos escuchen, \u00verdad?"

"Capullo", siseo, pero mis uñas se clavan en su espalda mientras él empuja más fuerte. "Oh dios... HUNTER..."

"Así", gruñe en mi oído, levantándome un poco para cambiar la angulación. Y JODER. El nuevo ángulo me hace ver estrellas. "Me gusta cómo dices mi nombre. Dímelo otra vez."

Quisiera mandarlo a la mierda, de verdad. Pero la forma en que está entrando en mí, como si quisiera marcarme desde dentro... "Hunter", gimo de nuevo, y esta vez no me importa si sueno desesperada. "Más fuerte... por favor..."

"Como desees, pequeña. Pero tengo que tener cuidado, sin prisas, gradualmente", sonríe contra mi cuello antes de aumentar la presión. Su energía contra mi barrera es tan fuerte que el lavabo cruje bajo nosotros.

"Si rompemos algo...", empiezo a decir, pero él me interrumpe con otro beso que me hace olvidar cómo hablar.

"Pagaré los daños", jadea, una mano bajando entre nuestros cuerpos para tocarme exactamente donde lo necesito. "Pero ahora cállate y disfruta el momento."

Lo odio. Lo odio tanto por cómo me hace sentir, por cómo sabe exactamente qué hacer para volverme loca. Pero joder, nunca me habían follado en la vida, y creo que él es el mejor, un dios del sexo, con ese pajarote digno del Guinness.

"Duele, Hunter, Dios, cómo eres grande. Me estás rompiendo entera. Pero no te detengas, por favor. Continúa así, lo quiero todo. Sí, porque estoy a punto de..." ni siquiera puedo terminar la frase. El orgasmo me golpea como un tren de mercancías, haciéndome temblar tan fuerte que si no fuera por sus brazos sosteniéndome, probablemente me derrumbaría.

"Buena chica", murmura Hunter, y la forma en que lo dice, tan posesiva y satisfecha, me hace venirme de nuevo. "Joder, Dakota... eres buenísima, valiente. Eres perfecta así."

Se aferra a mí como si tuviera miedo de que pudiera desvanecerme, sus embestidas volviéndose más erráticas a medida que se acerca al límite. Y cuando finalmente viene, la forma en que gime mi nombre contra mi cuello es lo más sexy que he oído nunca.

Nos quedamos así por lo que parecen siglos, jadeantes y sudorosos, nuestros cuerpos aún entrelazados. Y por primera vez desde que empezó todo este desmadre, no sé qué decir.

Pero tal vez, por una vez, no haga falta decir nada.

Mierda, susurro cuando finalmente nos separamos. Las piernas todavía me tiemblan y tengo el maquillaje completamente corrido. Me miro en el espejo y parezco como si acabara de salir de un tornado. Un tornado muy, muy sexy.

Hunter me mira con esa estúpida sonrisa satisfecha mientras se arregla los vaqueros. ¿Estás bien? ¿Todo en orden? ¿Sangras?, me pregunta, apartándome un mechón de pelo detrás de la oreja. El gesto es tan... íntimo que me afecta casi más que todo el sexo que acabamos de tener.

Cállate, no te preocupes, estoy bien, refunfuño, intentando mantener algo de dignidad. Pero es difícil cuando acabas de tener el mejor sexo de tu vida en un baño con el chico al que se supone que debías odiar. Esto no cambia nada, ¿lo sabes?

¿No?, me toma la barbilla entre los dedos, obligándome a mirarle. Y joder, en sus ojos hay algo nuevo. Algo que me hace temblar por dentro. Creo que lo cambia todo, Dakota.

Lo miro y por un momento veo más allá de la fachada de gilipollas arrogante. Veo al chico que acaba de follarme como si fuera la última mujer en la Tierra, pero que ahora me acaricia como si estuviera hecha de cristal.

Hunter..., empiezo, pero él me calla con un beso. Es distinto a los otros: lento, casi dulce.

No te vayas, murmura contra mis labios. Sé que es lo que querrías hacer. Pero por una vez... quédate.

Me separo un poco, estudiando su rostro. ¿Y si no soy buena quedándome?

¿Y si te doy un motivo para hacerlo? Su voz es seria ahora, sus ojos fijos en los míos. ¿Si te muestro que puedo ser más que un gilipollas arrogante?

Joder, suspiro, apoyando la frente contra su pecho. Me lo estás poniendo jodidamente difícil.

Lo sé, se ríe, y puedo sentir su corazón latiendo fuerte bajo mi oreja. Es mi talento natural.

Le empujo juguetonamente, pero él me tira de nuevo hacia él. Dame una oportunidad, Dakota, susurra. Una verdadera oportunidad.

Y mientras le miro, me doy cuenta de que estoy jodidamente asustada. No del sexo: eso ha sido increíble. Pero de este momento, de lo que podría significar.

Vale, me oigo decir, antes de que mi cerebro pueda detenerme. Pero si me rompes el corazón, te cortaré las pelotas mientras duermes.

Hunter se ríe, esta vez de verdad, y me abraza más fuerte. Trato hecho, cerebrito. Trato hecho.

Deberíamos..., hago un gesto vago hacia la puerta, intentando ignorar lo difícil que es separarme de él. Ya sabes, la fiesta...

Sí, sonríe, pero no hace ningún movimiento para dejarme ir. Sus manos siguen en mis caderas, sus pulgares dibujando pequeños círculos en mi piel. O podríamos quedarnos aquí...

¿En un baño?, levanto una ceja. Eres un verdadero romántico, Slates.

Oh, espera a ver lo que tengo planeado para nuestra primera cita de verdad, me guiña un ojo, y joder, la forma en que lo dice me hace tener mariposas en el estómago.

¿Mariposas? En serio, Dakota? ¿Qué demonios te está pasando?

¿Quién ha hablado de citas?, intento sonar indiferente, pero mi estúpido corazón está dando volteretas en el pecho. Quizá esto era solo una forma de quitármelo de la cabeza. De dejar atrás la desolada tierra de las virgenes pringadas.

Hunter me empuja de nuevo contra la pared, atrapándome entre sus brazos. Cariño, si piensas que con una follada me basta para quitármelo de la cabeza, estás más loca de lo que pensaba.

Eres un arrogante de mierda, suspiro, pero mis manos ya están deslizándose bajo su camisa, traicionando completamente mis palabras.

Y tú eres una testaruda de cojones, murmura antes de besarme de nuevo. Y es ridículo lo mucho que me gusta besarle, lo adicta que ya soy a su sabor.

¡DAKOTA!, la voz de Solana al otro lado de la puerta nos hace saltar a los dos. ¡Sé que estás ahí dentro! ¡Y sé EXACTAMENTE lo que estás haciendo! Pero hay como una fila de gente que necesita mear así que... ¡mueve ese culo!

La odio, refunfuño contra el pecho de Hunter, que está riéndose como un idiota. La odio tanto.

No, no es verdad, sonríe, dándome un último beso antes de arreglarse la camisa. Y de todas formas tiene razón. Deberíamos salir. Tengo planes mejores para el resto de la noche...

Le miro curiosa mientras abre la puerta. ¿Qué tipo de planes?

Se gira hacia mí con esa sonrisa de depredador que me hace que las rodillas se me aflojen. El tipo de planes que te involucran a ti, a mí, y una cama de verdad. Preferiblemente durante las próximas doce horas.

Eres imposible, niego con la cabeza, pero ya estoy sonriendo como una idiota.

Lo sé, me toma la mano, entrelazando sus dedos con los míos. Pero te gusto así.

19

DAKOTA

El día siguiente

Camino hacia la biblioteca como si el mismo diablo me persiguiera, intentando ignorar los recuerdos de anoche que siguen atormentándome. Joder, fue una noche inolvidable, de esas en las que te preguntas si todo fue real. Yo perdiendo la virginidad en el baño de la casa de la fraternidad con el mujeriego más famoso del campus. Y, como para empeorar las cosas, en cuanto cruzo la puerta, mi estómago se contrae: Hunter está sentado en mi mesa, con esa sonrisa de cabrón que me da ganas de darle un puñetazo. O de besarlo. Mierda, tengo que dejar de pensar en eso.

Me acerco cruzándome de brazos, tratando de ocultar el temblor de mis manos. Todavía puedo sentir el sabor de sus besos en mi piel, la manera en que me empujó contra esa pared del baño... No, concéntrate, Dakota, joder.

"¿En serio, Slates? ¿No tienes un campo de fútbol que conquistar o una animadora a la que perseguir? ¿O estás aquí solo para atormentarme después de lo que pasó?"

Hunter levanta la vista, y esa maldita sonrisa suya se ensancha aún más. Sus ojos me atraviesan como si pudieran ver cada una de las marcas que dejó en mi cuerpo anoche. "Cerebrito", dice, con esa voz que hace que me tiemblen las rodillas, "pensaba que eras lo suficientemente lista como para entender que voy exactamente donde me da la gana. Especialmente después de que me demostraras cómo te gusta tenerme cerca."

Me siento sin pedir permiso, golpeando el portátil sobre la mesa como si pudiera crear una barrera entre nosotros. "No te creas mucho, quarterback. Lo de anoche fue... un episodio. Estaba borracha, quería tirármelo, quería acabar con esa puta virginidad y tú estabas... ahí. Fin de la historia."

Hunter se inclina hacia adelante, y su perfume me golpea como una bofetada. Todavía huele a sexo y testosterona, igual que anoche. "¿Sabes cuál es tu problema, Dakota? Te gusta demasiado hacerte la dura. Pero yo sé exactamente qué hay bajo esa fachada. Lo sentí anoche, cuando me suplicabas que no me detuviera..."

Pongo los ojos en blanco, pero siento el rubor que me sube a las mejillas como una ola de calor. Joder, mi cuerpo me está traicionando igual que anoche, cuando sus manos me hicieron olvidar todo. Me odio por esto, por cómo reacciono ante él. Mis manos tiemblan mientras las cruzo sobre el pecho, tratando de construir una barrera entre nosotros. "Sigue soñando, Hunter. Eres

solo otro capullo que piensa que todas las chicas se rinden a sus pies solo porque sabe usar bien la lengua. Y sí, lo admito, sabes usarla de puta madre, pero eso no significa una mierda."

Hunter se ríe, una risa baja y sensual que me lleva de vuelta a anoche, a la forma en que se reía contra mi piel mientras me volvía loca. "Oh, Dakota, si crees que eso fue lo mejor que puedo hacer, no has visto nada aún. Y por cómo te retuerces en la silla, diría que una parte de ti quiere descubrir qué más podría hacerte sentir."

Lucho contra el impulso de tirarle el portátil a la cara, o peor, de saltar sobre él aquí y ahora. Pero sobre todo, lucho contra los recuerdos que siguen volviendo: sus manos levantándome sobre el lavabo, la forma en que me hizo sentir tan... viva. Mierda, tengo que parar.

"Creo que es mejor que me dejes estudiar, por favor. Dejemos nuestras peleas para otro momento, Hunter. Gracias. Que tengas un buen día". Así bloqueo cualquier posibilidad de conversación adicional que solo me haría sufrir y mojarme aún más. Y él parece entenderlo. Se levanta, me saluda con un gesto y sale de la sala de lectura.

Gracias a Dios.

***

Más tarde, vuelvo a mi habitación y encuentro a Solana preparándose para salir, con un vestido tan corto que prácticamente grita "fóllame". Me dejo caer sobre la cama, tratando de no pensar en cómo mi ropa terminó en el suelo del baño de la Frat House. "Wow, ¿alguien se está preparando para una noche caliente?", digo, intentando sonar normal mientras mi mente sigue volviendo a Hunter, a sus manos, a su boca...

Solana se gira hacia mí con esa sonrisa de gata que sabe, arreglándose el pintalabios rojo como el pecado. "Cassian me ha invitado a salir. Y sí, podría terminar divirtiéndome un poco. Pero hablemos de ti, pequeña. He visto cosas muy interesantes en la fiesta de anoche. Como tú y cierto quarterback que os encerrasteis en el baño durante... ¿cuánto? ¿Media hora?"

Suelto un bufido, hundiendo la cara en la almohada como si pudiera borrar los recuerdos de anoche, la forma en que sus manos me marcaron. "Hunter es un gilipollas. Y lo que pasó en el baño... joder, fue un error. Estaba borracha, él estaba... insistente. Y sí, vale, lo hicimos, me desvirgó, pero eso no significa que quiera ser otro nombre más en su lista de conquistas."

Solana se sienta a mi lado, su caro perfume mezclándose con el olor a sexo que parece haberse quedado en mi piel. "Cariño, escuché los gemidos que salían de ese baño. No parecía que te estuvieras quejando. Más bien, según dicen, parecías bastante... entusiasmada." Su sonrisa es traviesa mientras continúa: "Y además, no es propio de ti perder la virginidad con alguien en un baño público. Hunter debió haberte vuelto completamente loca."

La miro con una expresión que podría matar, sintiendo el calor subirme a las mejillas al recordar cómo perdí completamente el control entre sus brazos. "No soy como tú, Solana. No me interesa ser solo otra muesca en el cabecero de ese cabrón musculoso. Aunque... joder, esos músculos. La manera en que me levantó contra esa pared como si no pesara nada..."

Solana se ríe, levantando las manos en señal de rendición. "Oye, yo solo me divierto. No hay nada de malo en ello. Pero tú... tú pareces casi tener miedo de admitir cuánto te gustó. Te he visto cómo lo mirabas durante los entrenamientos. Y después de lo que pasó anoche... bueno, diría que ya es hora de dejar de fingir que no lo deseas."

Sus palabras me golpean directo al estómago, porque sabe que tiene razón. Tengo miedo. Miedo de lo intensamente que lo he deseado, de cómo me hizo sentir, de cómo una sola noche

con él mandó a la mierda todas mis defensas. Pero no puedo admitirlo. Ni con Solana, ni con Hunter, y sobre todo, ni conmigo misma.

***

Más tarde, decido ir al gimnasio para desahogar toda esta tensión sexual reprimida. Empiezo a correr en la cinta, tratando de quemar los recuerdos de anoche, pero obviamente el destino es un capullo: Hunter está allí levantando pesas, cada músculo de su cuerpo en tensión, el sudor deslizándose por su piel justo como anoche. Joder, todavía recuerdo cómo esos músculos se flexionaban mientras me empujaba contra la pared.

Él me nota y se acerca, su cuerpo imponente invadiendo mi espacio personal como si le perteneciera. El olor de su sudor se mezcla con el de su colonia, y de repente estoy de nuevo en ese baño, sus manos por todo mi cuerpo. "Mira quién está aquí. Nuestra nerd favorita. ¿Te has cansado de tus libros polvorientos o estás aquí para una repetición de anoche?"

Aprieto los dientes, aumentando la velocidad de la cinta como si pudiera escapar de él, de los recuerdos, de cuánto aún lo deseo. "Oh, por favor. Solo estoy tratando de evitar a la misma pandilla de capullos de siempre. No creas que estoy aquí por ti y tus estúpidos músculos. Aunque... lo admito, esos músculos anoche me hicieron ver las estrellas."

Él se acerca aún más, su cuerpo casi rozando el mío. El calor que emana es como un horno, y siento la piel hormiguear en los lugares donde me besó, mordió, marcó. "¿Segura? ¿Por qué no haces un poco de pesas conmigo? Podría darte algunos... consejos cercanos. Como anoche, cuando te mostre cómo puede ser divertido perder el control."

Lo miro, la rabia creciendo dentro de mí junto con otra cosa, algo más caliente, más peligroso. "¿Sabes una cosa, Hunter? No necesito tus consejos. Una follada no te da el derecho de ser más capullo de lo normal. Aunque... joder, fue realmente increíble."

Hunter sonríe, sus dedos rozan brevemente mi brazo en el mismo lugar donde anoche me dejó un chupetón, y siento una descarga eléctrica atravesar mi cuerpo. "Me gusta cuando te cabreas así, Dakota. Me dan ganas de ver qué pasa cuando pierdes realmente el control. Como anoche, cuando gritabas mi nombre."

Sus palabras se insinúan en mi mente como veneno dulce, llevándome de vuelta a esos momentos en el baño, a cómo perdí completamente la cabeza entre sus brazos. No quiero perder el control. No otra vez. No con él. Y sin embargo, joder, una parte de mí solo quiere que me coja aquí y ahora.

***

Por la noche decido volver a la biblioteca para terminar ese maldito proyecto que me quedó pendiente. Y, por supuesto, como si el universo quisiera tomarme el pelo, encuentro a Hunter de nuevo allí, sentado exactamente en mi lugar. Mi cuerpo reacciona inmediatamente a su presencia, recordando demasiado bien cómo me hizo sentir anoche. "¿Otra vez aquí? ¿No tienes alguna groupie a la que llevarte a la cama? ¿O el baño de la Frat House te arruinó para siempre?"

Hunter levanta la vista, y por un instante parece diferente, casi vulnerable. Me mira con una expresión que nunca le había visto antes, como si estuviera buscando algo en mí, algo más profundo que el sexo espectacular que tuvimos. "Sabes, cerebrito, a veces yo también necesito estudiar. Pero mira, no soy tan bueno como tú. Necesito una mano con esto. A menos que

prefieras echarme una mano con... otra cosa."

Lo miro, desconfiada, tratando de ignorar cómo mi cuerpo se calienta al recordar sus manos sobre mí. "Espera, tú... ¿me estás pidiendo ayuda? ¿O es solo otra manera de intentar llevarme de nuevo a ese baño? Porque si es así, que sepas que eso fue algo puntual. No importa cuán... intenso haya sido."

Hunter sonríe, pero esta vez la sonrisa parece menos segura, como si hubiera algo más detrás, algo que no quiere admitir. "No te lo creas demasiado, Wexler. Es solo que prefiero pedirle ayuda a alguien que sabe lo que hace. Y después de anoche, bueno... sé que sabes hacer muchas cosas interesantes."

Suspiro y me siento a su lado, tratando de ignorar cómo mi cuerpo reacciona a su cercanía, a cómo su perfume me lleva directamente a anoche. Empiezo a explicarle la tarea, y mientras trabajamos juntos, se crea un momento de calma entre nosotros. Él me observa mientras explico, y por primera vez la tensión entre nosotros parece transformarse en algo más dulce, aunque la forma en que me mira los labios me hace querer repetir lo que pasó en el baño.

Me mira a los ojos y sonríe, una sonrisa diferente, casi sincera, como si estuviera bajando las defensas. "Eres buena en esto, ¿sabes? Casi podría olvidar cuán insoportable eres. Y cuán sexy te pones cuando te enfadas conmigo. Como anoche, cuando empezaste a gritarme y luego... bueno, ya sabes cómo terminó."

Lo miro, tratando de contener una sonrisa, pero algo dentro de mí se derrite ligeramente. El recuerdo de cómo empezó todo - yo gritándole en el pasillo de la Frat House, él empujándome al baño, nuestras bocas chocando con rabia y deseo - me hace temblar las piernas. "No te acostumbres demasiado. Mañana volveré a ser la misma cabrona de siempre. Y lo que pasó anoche no se repetirá."

"Hasta la próxima, cerebrito" murmura, y hay una promesa en su voz. Y yo no sé si debo temerla o desearla.

20

DAKOTA

La biblioteca es mi reino, punto y final.

Es el único lugar en este campus donde puedo esconderme de todos esos idiotas inflados de esteroides con sus sonrisas falsas.

Me he tomado este momento para estar sola, para alejarme de ese maldito proyecto de psicología social que estamos obligados a hacer juntos. Se está volviendo tan agobiante, casi obsesivo. No es que pueda culparle del todo. Después de todo, Hunter fue el primero – el único – al que permití... bueno, ya sabes. En una noche que aún hoy me deja sin aliento cuando la recuerdo. Una parte de mi cerebro sigue reproduciendo ese momento en bucle, incluso mientras trato desesperadamente de concentrarme en las páginas delante de mí.

Estoy inmersa en este libro sobre los Orígenes especulativos de la mitología nórdica – sí, soy una nerd, ¿algún problema? – cuando alguien decide invadir mi espacio personal sentándose en la mesa de al lado. Ni siquiera me digno a levantar la vista. Estoy en mi mundo, perdida entre estas palabras antiguas que tienen más sentido que la mitad de las personas que conozco.

"Interesante elección de lectura."

Ruedo los ojos antes de mirar quién se ha atrevido a interrumpirme. Oh. Vale. Gafas finas, cabello oscuro artísticamente despeinado, camisa abotonada como corresponde. No es el típico inflado del campus. Tiene esta cara interesante, casi aristocrática, y esos ojos... joder, son el tipo de ojos que te miran como si intentaran descifrar cada uno de tus pensamientos.

"¿Perdona?" respondo, levantando una ceja. "La biblioteca no es un bar donde puedas intentar ligar con la primera que pase."

"El ascenso de la mitología nórdica" repite él, señalando mi libro con una media sonrisa. "No es precisamente una novela típica de playa. ¿Intentas impresionar a alguien?"

"No necesito impresionar a nadie, cielo. Me gusta realmente esta mierda."

"Entonces tenemos algo poco común en común." Su voz tiene este tono serio que, debo admitirlo, me intriga más de lo que me gustaría. Me tiende la mano. "Elias Moretti."

"Dakota Wexler" respondo, estrechándola. Y joder, siento este calor estúpido subirme a las mejillas. Con Hunter todo era... diferente. Primitivo. Animal. Elias, en cambio... él parece del tipo que quiere llegar a tu alma antes que a tu cuerpo.

"Entonces, Dakota" dice él, "¿qué es lo que más te fascina de la mitología nórdica?"

"Su brutal honestidad" respondo instintivamente. "No se anda con rodeos. Es directa, cruda. Como me gusta a mí."

"Perspectiva interesante" comenta, bajando la voz. "La mayoría solo ve historias de héroes. Tú vas más allá."

"No soy como la mayoría de las personas" me encojo de hombros. "Y odio cuando la gente

intenta encasillarme."

La conversación fluye naturalmente de la mitología a nuestras pasiones, y descubro que es el asistente del profesor Masin. Uno de los pocos cerebros funcionales en esta facultad. Me escucha como si lo que digo realmente importara, no como si solo estuviera esperando el momento adecuado para hacerme un cumplido sobre el culo. Es... raro. Desconcertante.

"¿Te gustaría continuar esta conversación con un café?" me pregunta, con una seguridad tranquila que no tiene nada que ver con la arrogancia a la que estoy acostumbrada.

Pero antes de que pueda responder, una maldita sombra se materializa sobre nosotros. Y esa voz. Esa maldita voz que conozco demasiado bien.

"Pero mira quién tenemos aquí. Nuestra pequeña Dakota haciéndose la sofisticada con el cerebrito del campus."

Aquí está Hunter, con esa puta sonrisa en la cara como si fuera el regalo de Dios a la humanidad.

"Dios, Hunter, ¿no tienes nada mejor que hacer? Como entrenar o lo que sea." Suspiro.

"¿Y perderme este espectáculo? Nunca" se burla. Sus ojos se deslizan hacia Elias como un depredador evaluando a su presa. "Y este sería...?"

"Elias Moretti. Asistente del profesor Masin" responde él, tranquilo como un buda. "Tú debes ser...?"

"Hunter Slates. Quarterback. El rey del campus, si lo tenemos que decir" y me lanza esa mirada provocadora que me hace querer abofetearlo. O besarlo. Joder.

"Oh, ¿así que estamos hablando de músculos?" le dice Elias.

Hunter ríe con esa sonrisa irritante. "Verás, algunos de nosotros hacemos algo productivo con nuestro tiempo, no solo leer historias de héroes imaginarios."

"¿Productivo?" resoplo. "Perdona, pero correr detrás de una pelota no me parece precisamente revolucionario."

"Al menos yo no me escondo detrás de un libro" replica, dando un paso hacia mí.

"No, te escondes detrás de tu ego hipertrofiado" replico con sequedad.

Hunter se gira hacia Elias, ignorando deliberadamente mi pulla. "Entonces, Moretti, ¿de verdad crees que tienes una oportunidad con ella?"

"¿Y esto qué carajo debería significar?" pregunto antes de que Elias pueda responder.

"Significa, cielo, que tienes gustos... particulares. Y confía, este ratón de biblioteca no es tu tipo."

Elias mantiene una calma que casi me irrita. "Quizás deberías dejar que ella decida, ¿no crees?"

"Hunter, ocúpate de tus propios asuntos" estallo, exasperada. "Nadie te ha pedido ni mierda."

"Oh" hace él, fingiendo estar herido. "¿Así que ahora te gustan los cerebritos? Pensaba que eras más del tipo... pasión." Y esa palabra la pronuncia de una manera que me da escalofríos, maldito bastardo.

"Las personas que aprecio son aquellas que saben cuándo cerrar esa puta boca" respondo, sosteniendo su mirada. "¿Alguna vez has oído hablar de esa categoría?"

Los ojos de Hunter se endurecen y da otro paso hacia mí. Joder, odio cómo sabe usar su espacio personal como un arma. "Dakota, tu tono empieza a ponerme de los nervios. Pero sé que te gusta provocarme, ¿verdad? Siempre ha sido tu juego favorito."

"¿Juego?" me río, pero es una risa fría. "Hunter, preferiría recorrer los nueve mundos de Yggdrasil a pie antes que jugar contigo."

"Como tú quieras, princesa" levanta las manos en señal de rendición, pero esa sonrisa arrogante

sigue ahí, como un tatuaje permanente en su cara perfecta. “Diviértete con... Einstein.” Se da la vuelta para irse, pero no antes de lanzarme una mirada que dice claramente: 'No he terminado contigo'.

Me deja con esta sensación molesta, como si hubiera dejado una huella invisible. Hunter es ese tipo de persona que se infiltra en tus pensamientos sin pedir permiso, y lo odio por eso. Lo odio aún más porque sabe exactamente lo que hace.

Elias me mira con una expresión tranquila que casi me enfada. ¿Cómo puede ser tan calmado? “Un amigo... interesante” comenta.

“No es mi amigo” salto. “Es solo... complicado.”

“Si prefieres, podemos cambiar de tema” me ofrece con una sonrisa que casi – casi – me hace olvidar a Hunter. Le doy mi número antes de darme cuenta.

Mientras Elias está a punto de irse, me encuentro dividida entre dos sensaciones contradictorias. Por un lado, está esta atracción hacia él, hacia su mente y su calma perfecta de una manera casi irritante. Por otro lado, está Hunter, que me ha despertado esa mezcla tóxica de rabia y deseo. Es como si Elias fuera el antídoto que necesito, mientras que Hunter es el veneno que no puedo dejar de beber.

“Nos hablamos pronto” me dice Elias antes de irse.

“Sí, claro” respondo, intentando parecer casual mientras mi cerebro es un maldito campo de batalla.

***

Mientras salgo de la biblioteca, siento esta electricidad del carajo bajo la piel que no quiere desaparecer. Elias fue como una bocanada de aire fresco por unos cinco minutos, pero, por supuesto, Hunter tenía que arruinarlo todo, como siempre hace. Y el bastardo sabe perfectamente lo que hace.

Mi smartphone vibra. Lo ignoro.

Vuelve a vibrar. Lo ignoro otra vez.

Tercera vez. Joder.

“¿Cuándo vas a admitir que me extrañas?” leo en el primer mensaje.

“No puedes fingir que esto se ha acabado” dice el segundo.

“Sé que estás leyendo estos mensajes, Dakota” el último.

“Vete a la mierda, Hunter” escribo y borro al menos tres veces, pero al final no envío nada. No le daré esa satisfacción.

Paso la noche intentando desesperadamente estudiar, forzándome a ignorar el móvil que sigue vibrando como un maldito juguete sexual. Es él, siempre él, lanzando frases como si fueran órdenes divinas. Como si tuviera algún poder sobre mí. Como si no pudiera pasar una noche sin pensar en él y en sus manos y... mierda.

Me despierto a la mañana siguiente con un humor negro. Me esperan horas de estudio para ese puto proyecto de psicología social, ese trabajo en grupo que no puedo evitar. El profesor sabía exactamente lo que hacía cuando nos puso a Hunter y a mí juntos. O está intentando hacerme un favor, o está intentando castigarme, porque también él ha notado esa tensión tóxica que explota cada vez que estamos en la misma habitación.

Entro en la sala de estudio y, cómo no, Hunter ya está allí. Sentado como si estuviera en su maldito trono, con esa actitud de "soy el rey del mundo" que me hace querer lanzarle algo a la

cabeza. Me hace un gesto con la barbilla, y esa sonrisa arrogante me hace hervir la sangre. Me siento sin decir una palabra, saco el portátil e intento ignorarlo. Como si fuera posible ignorar la forma en que se reclina en el respaldo de la silla, los brazos cruzados detrás de la cabeza, en esa pose de macho alfa que me hace querer... no, ni siquiera lo pienses, Dakota.

"¿Te divertiste ayer con el profesor de mitos nórdicos?" me pregunta con ese tono del carajo.

"No es asunto tuyo" replico, siguiendo fijando la pantalla como si contuviera los secretos del universo.

"¡Uh, hoy estamos especialmente ácidas!" comenta, acercándose tanto que puedo oler su maldito perfume. "Por cierto, no respondiste a mis mensajes anoche."

"No, Sherlock. Los ignoré a propósito."

"¿En serio? ¿Y crees que eso basta para hacer desaparecer lo que hay entre nosotros?"

Le miro, y por un momento mi lengua se vuelve tan útil como un pisapapeles. Cada uno de sus malditos movimientos parece estudiado para atraparme, como una telaraña invisible que me empuja cada vez más cerca del borde. "No hay un 'nosotros', Hunter."

"Eres una mala mentirosa, ¿lo sabías?" se inclina hacia mí. "Quizá debería recordarte quién fue el primero que te hizo perder el control."

Siento las mejillas ardiendo, y joder, no puedo negarlo: una parte de mí sigue atrapada en el recuerdo de esa noche, de su cuerpo apretándome como si yo fuera lo único importante en el universo. Fue demasiado intenso, demasiado todo, y aún ahora no puedo sacármelo de la cabeza. El bastardo lo sabe. Y es eso lo que hace todo tan malditamente frustrante.

"Hunter" digo, intentando mantener un tono profesional aunque quiero gritarle. "Este proyecto requiere tu atención, no tu ego hipertrofiado. ¿Podrías concentrarte en el trabajo o tengo que hacer todo yo como siempre?"

Él inclina la cabeza hacia un lado como un depredador que estudia a su presa. "¿Concentrarme? Oh, estoy muy concentrado. ¿Sabes qué me distrae? Tu resistencia. Es como una invitación, Dakota. Cada vez que finges no desearme, lo haces aún más."

"¿Dios, te crees tan irresistible?" suelto, lanzándole una mirada que podría incinerar a cualquiera más. Pero él, por supuesto, no le importa. De hecho, parece emocionado por el desafío, como un lobo que acaba de oler sangre.

"Solo contigo, nena" responde, con esa voz baja que se desliza por mi piel como veneno dulce. "Pero ¿sabes una cosa? Lo que realmente te cabrea es que bajo toda esa fachada de reina de hielo, fuiste tú la primera en perder la cabeza. Aún sientes mi toque en la piel, ¿verdad?"

Antes de que pueda mandarle a la mierda, su mano está en mi brazo, tirándome hacia él hasta que nuestras caras están a un respiro de distancia. "No has olvidado una mierda, Dakota, y sabes que puedo demostrártelo cuando quiera."

Siento el corazón martillando en mis oídos como un tambor desquiciado. Es él quien me arrastró a este lío, él quien me hizo descubrir un lado de mí que ni siquiera sabía que existía. Y ahora, aunque le odio a muerte por esto, deseo esa parte oscura, esa mezcla de rabia y pasión que solo él sabe cómo desencadenar.

El bastardo sonríe y afloja su agarre, dejándome en este limbo de mierda entre alivio y frustración. Se endereza en la silla, sin dejar de mirarme con esos ojos que parecen querer desnudarme el alma.

"Ahora" dice con esa voz sexy, "concentrémonos en el proyecto." Como si no hubiera pasado una mierda. Como si no hubiera volteado mi mundo con una sola mirada.

"Sí, concentrémonos" respondo, intentando mantener la voz firme. "Aunque dudo que sepas lo

que significa esa palabra."

"Oh, sé concentrarme muy bien, Dakota. Especialmente en las cosas que quiero." Y la forma en que pronuncia 'quiero' me hace sentir escalofríos por la espalda.

"Deja de hacerlo" susurro, pero suena más como una súplica que como una orden.

"¿Dejar de qué?" pregunta con falsa inocencia. "Solo estoy hablando del proyecto."

"Sabes perfectamente lo que estás haciendo."

"Ilúmíname" sonríe, apoyándose de nuevo en el respaldo con esa actitud de capullo seguro de sí mismo.

"Vete a la mierda, Hunter."

"Prefiero follarte a ti" susurra, tan bajo que casi pienso que lo he imaginado.

Y yo, como una perfecta idiota, me quedo aquí sentada, atrapada en su puta telaraña, sintiéndome como una polilla atraída por una llama que sabe que la quemará. Lo peor es que una parte de mí quiere ser quemada.

Me paso una mano por el cabello, intentando concentrarme en el portátil que tengo delante, pero las palabras parecen bailar en la pantalla. Su presencia es como una corriente eléctrica constante que me impide pensar en cualquier cosa que no sea él.

Y mientras intento desesperadamente recordarme por qué lo odio tanto, una vocecita molesta en mi cabeza sigue susurrando que tal vez, solo tal vez, lo odio porque me hace sentir demasiado. Demasiado viva. Demasiado real. Demasiado todo.

Joder, Hunter Slates. Joder su sonrisa arrogante. Joder la manera en que me mira. Y sobre todo, joderme a mí misma por no poder mantenerme lejos de él.

21

HUNTER

Tres malditos días. Eso es lo que ha pasado desde la última vez que la vi salir sola de la biblioteca, con ese aire nervioso y esquivo. Tres días en los que no he hecho otra cosa que verla una y otra vez en mi cabeza, con esa sonrisa suya mientras hablaba con Elías, que me atormenta como un disco rayado. Y ahora, aquí está, justo delante de mí, pero esta vez no está sola. Dakota sale con ese maldito cerebrito de Elías Moretti, que camina a su lado como un perrito bien amaestrado. Me sube un calambre al estómago que duele como un puñetazo. Ese tipo está allí, tan tranquilo, y ella le sonríe como si hablaran un lenguaje secreto. No me lo puedo creer, joder.

Cruzo los brazos sobre el pecho, los músculos de los hombros se contraen con cada segundo que pasa. Mi corazón late ahora con fuerza, rabioso. Miro a través de la puerta de cristal, sigo cada uno de sus movimientos, y esa escena se me clava bajo la piel como una daga. Dakota nunca se ríe así conmigo, nunca se deja llevar cuando estoy yo de por medio. Pero con él... él consigue hacerla reír, le habla con ese tono tranquilo como si tuviera derecho a estar tan cerca de ella.

"Me dais casi pena", murmuro entre dientes. "Jugando a los intelectuales baratos."

Mi estómago se contrae de nuevo. Sus risas retumban en mi cabeza, ese tono calmado y controlado que no tiene nada que ver con la furia, la pasión, el fuego que sé que yo puedo desatar en ella. Elías no sabe una mierda de quién es Dakota, no entiende nada de ella. No sabe lo que significa haberla sentido temblar entre mis brazos, no sabe lo que es entrar en su mundo y llevárselo todo, hasta el fondo. Él solo puede imaginar, el pobre idiota. Es lo único que le queda: imaginar.

"¡Oye, cerebrito!" me gustaría gritarle. "¿Sabes que mientras tú le hablas de filosofía, yo sé exactamente cómo volverla loca?"

No lo soporto. Elías no tiene idea de lo que significa estar a su lado como yo he estado. No sabe qué es esa chispa que se enciende cada vez que nuestras miradas se cruzan y esa tensión nos envuelve, salvaje e implacable. Elías nunca sabrá lo que significa tener realmente a Dakota. Esa mirada que le dedica, esa risita en voz baja, es todo un teatro. Es un puto juego. Dakota es mía, y ella lo sabe muy bien. Aún siento el calor de esa noche en mi piel, esa noche en la que la hice mía, la única que realmente le movió algo por dentro, lo sé y punto.

Aprieto los puños tratando de no perder la cabeza, pero la idea de que Dakota pueda darle a él lo que compartimos ella y yo me saca de quicio. ¿Quiere hacerme sentir celos? ¿Jugar a "enamorarse" del primer cerebrito con gafas que se encuentra? Pobre Elías. Le falta todo. No hay ni una mierda en él que pueda acercarse a la mitad de lo que yo siento por Dakota, nada que pueda ocupar mi lugar en sus pensamientos, ni siquiera con todos sus discursos de premio Nobel. Él no tiene idea de quién es Dakota, no sabe que ella es toda piel, rabia y ganas de resistir. No

sabe cuánto le gusta ser dominada y al mismo tiempo dominar a quien intente tomarla. Elías nunca ha visto esa parte de ella, y nunca la verá.

"¿Sabes una cosa, Dakota?" susurro para mí mismo. "Puedes jugar todo lo que quieras a ser la estudiante modelo, pero los dos sabemos que no es eso lo que te hace temblar por las noches."

No me rindo. Me digo que esta historia con Elías ya está acabada, no dejaré que me la arrebate con su calma de intelectual de mierda. Es un juego, uno de esos pasatiempos que le gustan, pero ella también sabe que no puede resistir mucho tiempo. Nunca se dejaría envolver por él como lo hace conmigo, no puede sentir la misma atracción explosiva que sentimos cuando nos encontramos cara a cara, listos para destrozarnos.

"Mírate" me gustaría decirle. "¿De verdad crees que puedes competir con lo que le hago sentir?"

Si Elías piensa que tiene una oportunidad, es solo un pobre iluso. Dakota es mía, lo admita o no, y no me importa lo que tenga que hacer para que vuelva a mí. La veo caminando por el pasillo, los libros apretados contra el pecho y la cara hacia abajo, perdida en sus pensamientos, probablemente fantaseando con alguna charla cerebral o con ese cerebrito de Elías. Perfecta, desprevenida, justo allí, a pocos metros de mí.

"Joder, estás preciosa cuando finges que no me ves" murmuro.

No me importa una mierda si mi próxima clase empieza en cinco minutos; lo único que me importa es detenerla, es sacarme de encima esa imagen de ella riéndose con otro. Dakota se me ha estado escapando entre los dedos durante días, y ya estoy hasta las pelotas.

Me acerco rápido. Ella no me ve, o tal vez finge no verme, pero es demasiado tarde, pequeña. Me planto frente a ella, y cuando levanta la mirada, esa cara de sorpresa mezclada con irritación es exactamente lo que quería ver. Esos ojos marrones, profundos, oscuros e intensos, me miran como si fuera una molestia, y solo eso ya me saca de mis casillas.

"Oh, mira quién está aquí" le digo, con una sonrisa arrogante. "Nuestra reina de la cultura, entretenida con el intelectual del campus."

Ella suspira, visiblemente irritada. "No tengo tiempo para tus gilipolleces, Hunter. De verdad, vete a molestar a otra."

"¿Molestar?" río, apoyando una mano en la pared para bloquearle el paso. "Nena, si quisiera molestarte, lo sabrías."

Su mirada se oscurece, pero no puedo contenerme. "Sabes, no pensé que te gustaran los tipos... así" digo, enfatizando la última palabra. "Pensé que eras del tipo que busca a alguien capaz de encenderte un poco de adrenalina, no que se quedara discutiendo filosofía nórdica con un nerd con camisa."

Ella cruza los brazos sobre el pecho, levanta ese maldito mentón y me mira directamente a los ojos, con esa determinación que me cabrea y me excita al mismo tiempo. "Quizá ese sea el punto, Hunter. No necesito a alguien que se crea Dios solo porque sabe lanzar una pelota. Tal vez he descubierto que la conversación puede ser interesante, por una vez."

"¿Interesante?" suelto una carcajada, de esas que hacen que la gente se gire en el pasillo. "Venga, Dakota, no me jodas. Tú no estás hecha para las charlas intelectuales. No con él, al menos. ¿Sabes qué eres? Un fuego indomable, que solo se apaga cuando está envuelto por alguien que sepa tomarlo, y ese alguien soy yo. Ese no sabe ni por dónde empezar."

"¿Ahora también haces de poeta?" me desafía con esa media sonrisa despreciativa que me hace temblar la columna. "Quizá el problema, Hunter, es que con Elías finalmente puedo hablar de algo que vaya más allá del gimnasio y de tus continuas hazañas sexuales. Con él puedo ser yo

misma sin tener que soportar tu enorme ego y tu actitud de posesivo crónico."

Su respuesta me golpea en las pelotas, pero no le dejo ver que me ha afectado. "Ah, claro. Ahora tenemos a la Dakota intelectual y sofisticada." Me acerco aún más, tanto que casi puedo saborear su aliento en mis labios. "Pero dime una cosa, princesa: ¿él sabe al menos lo que realmente quieres? ¿Sabe cómo llevarte hasta que pierdas el control? Lo recuerdas, ¿no? Aquella noche. Todas las veces que me metí bajo tu piel."

Sus ojos se agrandan por un instante, y veo el rubor que intenta esconder. Dando en el clavo, nena. "Hunter, esa noche fue... fue un error. Un momento de locura. No significa nada. Y ¿sabes una cosa? Por fin he encontrado a alguien que puede ver más allá de mi apariencia física y realmente interesarse por mí."

"¿Interesarse por ti?" río de nuevo, oscuro y venenoso. "Cómo no. ¿Y tú crees que él, tu querido Elías, puede entenderte? ¿Puede mirarte como lo hago yo y verte por quien realmente eres? Alguien que ama el riesgo, alguien que ama ser desafiada, provocada, arrinconada y luego... tomada como nunca nadie la ha tomado antes."

Ella alza el mentón, tratando de mantener el control, pero sus ojos dicen otra cosa. Y yo sé leer ese lenguaje, joder si sé leerlo. "Hunter, lo que tú llamas 'entenderme' es solo tu forma de justificar que te gusta jugar conmigo. Pero yo no soy un juguete."

"¿Un juguete?" le sonrío, acercándome aún más, hasta que mi cara está a pocos centímetros de la suya. "Tú eres mucho más que un juguete, Dakota. Eres una jodida explosión, y lo sabes. Lo sientes cada vez que estamos cerca. Él no puede darte esta intensidad, no puede hacerte sentir lo que yo te hice sentir aquella noche. Basta con pensarlo, y sé que lo echas de menos, sé que te has despertado más de una vez con ese recuerdo. Él no tiene esa influencia sobre ti. Nunca la tendrá."

Ella me mira, y por un instante veo ese destello en sus ojos, ese fuego que sé que solo yo soy capaz de encender. "¿Estás tan seguro de ti mismo, verdad?" me desafía. "Tan convencido de que nadie más puede competir contigo?"

Sacude la cabeza y ríe, una risa fría y cortante que me dan ganas de callarla con un beso. "Hunter, quizá en tu cabeza sigo siendo esa niña a la que le basta una sonrisa y unos músculos bien esculpidos para caer a tus pies. Pero ¿sabes una cosa? Estoy harta. Estoy harta de tus juegos, de tus formas de manipularme. Si crees que todavía tienes poder sobre mí, eres patético."

Esa palabra – patético – me golpea como un puñetazo en la cara. Pero yo nunca me rindo, pequeña. Nunca. Siento la sangre hervir, la adrenalina que me pone en una especie de trance de mierda. "¿Patético? ¿En serio? Entonces dime, Dakota. ¿Por qué tiemblas cuando estoy cerca de ti? ¿Por qué cada vez que te rozo siento que tu respiración se detiene? Si soy tan patético, entonces dime por qué sigues aquí, respondiéndome, intentando defenderte."

"Te equivocas si crees que estoy intentando defenderme" replica ella, y su voz es cálida, pero controlada. Demasiado controlada. "Es solo que me divierte ver cómo te molesta el hecho de que yo pueda ver más allá de tu nariz. Crees que puedes dominarme, pero la verdad es que has perdido. Has perdido el control."

"¿El control?" Le agarro la muñeca, suavemente pero con firmeza. "¿Quieres ver qué es el control, Dakota?"

Ella intenta soltarse, pero no pone demasiado empeño. "Suéltame, Hunter. Ya no funciona así."

Me acerco aún más, sin soltarla. "El control está justo aquí, Dakota. Y no pararé hasta que seas tú la que me pida que lo haga. Y sabes que va a pasar. No finjas."

Ella permanece en silencio, los ojos fijos en los míos, y hay esa chispa de odio y atracción que vibra entre nosotros como una corriente eléctrica. "Eres imposible" susurra, pero su voz tiembla

ligeramente.

"Lo sé" respondo con una sonrisa. "Por eso no puedes olvidarme."

Antes de que pueda replicar, se libera de mi agarre y me rodea, dejándome en el pasillo con el corazón latiendo como un tambor de guerra. La miro alejarse, y cada uno de sus pasos hace que mi rabia crezca aún más.

"Puedes correr todo lo que quieras, Dakota" murmuro para mí mientras la veo desaparecer tras la esquina. "Pero sabes perfectamente que volverás. Siempre vuelves."

Salgo del pasillo con pasos decididos, con esa llama que me quema las entrañas y que no puedo apagar. La rabia me hace dar vueltas la cabeza, me mantiene despierto, alerta, como si acabara de entrar al campo para un partido. Dakota puede fingir que no siente nada, que es inmune a mi presencia, pero sé que es solo cuestión de tiempo antes de que vuelva a ceder. Y ese tiempo no pienso concedérselo a un tipo como Elias.

"Habla de filosofía todo lo que te dé la gana" gruño entre dientes. "Pero séque por la noche piensas en mí."

Y ahí está, el intelectual con camisa, el empollón de carne y hueso, a unos pocos metros de mí, caminando tranquilo hacia una de las aulas del campus. Parece tan calmado, casi complacido, como si el mundo fuera un lugar de mierda donde todos viven en armonía y paz. Me adelanto, cortándole el paso, el rostro tan duro como el cemento.

"Oh, mierda" murmuro con una sonrisa maliciosa. "Mira quién tenemos aquí."

Él se detiene y levanta la vista, sorprendido, pero mantiene esa sonrisa compuesta y superior. Esa sonrisa de buen chico que me hace querer partirle la cara.

"Elias" digo, su nombre sale de mis labios como veneno. "Dime una cosa... ¿Qué pasa, piensas que has triunfado solo porque intercambiaste dos palabras con Dakota en la biblioteca?"

"Hunter, ¿verdad?" replica, con esa voz tranquila que me revuelve el estómago. "Si tienes algún problema, quizás deberías hablarlo con Dakota, no conmigo."

"De Dakota me ocupo yo" siseo, acercándome. "Solo estoy aquí para dejarte claro algo: no estás en el juego, Elias. Ni siquiera estás en el estadio, ¿entiendes? Así que no pierdas el tiempo tratando de lucirte."

"¿Ah, sí?" me desafía él, con esa cara de idiota. "¿Y quién lo dice? ¿Tú y tu ego descomunal?"

Elias no parpadea. Tiene esa compostura inquebrantable, como si ya hubiera vivido mil enfrentamientos de este tipo y supiera perfectamente cómo afrontarlos. Lo cual, naturalmente, me cabrea aún más.

"Si Dakota ha elegido hablar conmigo, quizás deberías culparte a ti mismo" responde con una calma que me hace querer estrangularlo. "O quizás no soportas la idea de que alguien le guste por algo distinto al típico músculo de quarterback."

Siento la sangre hervir, las sienes palpitan como si estuviera a punto de explotar. Me acerco más a él, clavándole la mirada, fijándolo como si pudiera incinerarlo en el acto.

"Verás, el problema es precisamente ese, Elias" digo con una voz que es poco más que un gruñido. "Piensas que lo sabes todo solo porque puedes soltar alguna frase pseudo-filosófica e impresionar a una chica que, confía en mí, es demasiado para alguien como tú."

"No se trata de saberlo todo" me responde con esa sonrisa del demonio, casi burlona, que me hace perder cada átomo de paciencia. "Se trata de saber escucharla. Pero quizá ese concepto sea demasiado complejo para ti, Hunter."

"¿Me estás llamando idiota?" doy un paso más hacia él.

"Oh, no, no me atrevería" replica con ese tono condescendiente que me hace apretar los puños.

"Solo sugiero que quizás tu enfoque con Dakota no sea el adecuado."

No es el adecuado. Acaba de insinuar que no tengo el enfoque adecuado con Dakota, y juro que una parte de mí no quiere otra cosa que ponerle las manos en el cuello y hacérselo tragar. Pero en lugar de romperle la cara, me acerco aún más, hasta que mi rostro queda a pocos centímetros del suyo, y puedo ver mi reflejo en sus gafas de empollón. Siento la respiración pesada, mi pecho que se eleva, hinchado de esa rabia que late bajo la piel.

"Te doy un consejo gratis" siseo, el tono bajo y venenoso. "Ella te escucha, te hace caso ahora, porque no sabe quién eres realmente. Pero tarde o temprano lo entenderá. Entenderá que alguien como tú no es capaz de darle lo que realmente quiere. Lo que necesita."

"¿Y tú sí?" me desafía. "¿Tú sabes exactamente lo que necesita Dakota?"

"Claro que sClaro que s\u00e" respondo con una sonrisa sarcástica. "Lo sé mejor que nadie."

Elias contiene la respiración por un instante, luego sonríe, sin retroceder ni un milímetro. "¿Tú crees que es solo una cuestión de... necesidad, Hunter? Quizá ese sea el problema. Dakota se merece a alguien que la respete, que vea más allá de su cuerpo. Y eso es precisamente lo que tú no eres capaz de entender. Y es por eso que me escucha. Quizá, Hunter, está cansada de tus modos de cavernícola."

La mirada se vuelve aún más intensa, y me encuentro apretando la mandíbula tan fuerte que podría romper ladrillos. Elias se mantiene calmado, con esa sonrisa tranquila y satisfecha en la cara, como si realmente pensara que tiene una oportunidad con ella. Como si pudiera competir conmigo de verdad.

Acerco mi cara a la suya, hasta que mi respiración le llega, fuerte y profunda, cargada de toda la rabia y la intensidad que solo yo sé sacar. "Escucha bien, imbécil" digo en un susurro amenazador, con ese tono que uso cuando quiero que alguien entienda que no estoy bromeando. "Dakota y yo tenemos algo que tú nunca entenderás. Para ella, tú no eres más que una pausa. Y sabes qué pasa con las pausas? Terminan. Siempre."

"Estás tan seguro de ti mismo, Hunter" replica él con calma. "¿Pero alguna vez has pensado que quizá sea precisamente esa arrogancia tuya lo que la aleja de ti?"

"No hables como si la conocieras" gruño. "No tienes ni idea de quién es realmente."

"¿Y tú sí?" me desafía de nuevo. "¿Tú crees que la conoces solo porque la tuviste una vez?" No retrocede. "Ya veremos, Hunter. Por ahora me parece que la pausa está yendo bastante bien. Quizá, al final, es precisamente lo que necesita. Un poco de paz. Lejos de alguien que cree que ella es algo que poseer."

"¿Paz?" río amargo. "Dakota no busca paz. Busca fuego. Y tú ni siquiera sabes cómo encender una cerilla."

Ese golpe da en el blanco, lo veo en sus ojos, y casi me falta el aire de satisfacción. Pero no se lo dejo pasar. Lo miro a los ojos, dejando traslucir cada onza de odio y de posesión que siento por Dakota. Él me mira, tranquilo e imperturbable, mientras mi respiración se hace más pesada, un ritmo que me late en los oídos.

"¿Sabes lo que pienso, Hunter?" dice con esa voz calmada del demonio. "Creo que estás aterrorizado. Aterrorizado ante la idea de que Dakota pueda descubrir que hay algo mejor ahí fuera."

Me contengo. Joder si me contengo. Lo miro un instante más, y al final sonrío, una sonrisa lenta, cargada de desafío. "Ya veremos cuánto dura tu 'paz', Moretti. Ya veremos cuánto puedes resistir. Pero recuerda una cosa: cuando Dakota vuelva a mí -y volverá, confía en mí- será porque tú no eres suficiente. Nunca lo has sido."

Mientras me alejo de Elias, ya tengo claro mi siguiente paso. Si él cree que puede entrar en la vida de Dakota sin sufrir las consecuencias, se está haciendo pajas mentales. Es hora de recordarle lo que significa estar al lado de alguien como yo, de hacerle entender que el fuego que tenemos nosotros dos no se apaga con unos discursitos tranquilos sobre mitología u otras mierdas pseudo-intelectuales.

"Psicología social" murmuro para mí. "Perfecto, joder."

Su próxima clase es precisamente esa, una materia que tengo que "seguir" para nuestro proyecto, aunque la psicología me importe una mierda. Pero esta vez, estaré allí, seguro.

Espero el momento perfecto como un cazador.

El aula está medio llena, los estudiantes aún están tomando asiento como ovejas. Ella ya está allí, inclinada sobre su cuaderno, los hombros relajados y el pelo cayéndole suavemente sobre los hombros como una maldita tentación. La observo un momento, la sangre latiendo fuerte en mis venas, y me acerco con calma, tomando el asiento libre junto a ella, sin decir una palabra.

"Bonito día para estudiar la mente humana, ¿no?" le susurro con una sonrisa maliciosa.

Cuando se da cuenta de mi presencia, su cuerpo se tensa como si la hubiera electrizado, pero no me mira. Sé que me ha visto, que me ha sentido llegar. Y séque le está ardiendo por dentro, aunque no quiera admitirlo.

"Dakota" susurro, con ese tono que puede ser al mismo tiempo una orden y una provocación. Ella se gira, lenta, con una mirada helada que deja claro que no está nada feliz de verme allí. Perfecto, joder.

"¿Qué haces aquí, Hunter?" murmura, los ojos intentando mantener un control que sé perfectamente que puedo romper. "¿No tienes otras clases que saltarte?"

"Somos compañeros en este proyecto, ¿recuerdas?" respondo, con una sonrisa arrogante. "Y además, me faltaba un poco de sana conversación intelectual. Pensé que el lugar junto a ti era el más adecuado. ¿O preferías a Elias?"

Ella resopla, sacudiendo la cabeza como si estuviera hablando con un niño. "No estás obligado a estar aquí. Especialmente si solo estás aquí para arruinarme el día con tus gilipolleces."

Me inclino hacia ella, acortando la distancia entre nuestros rostros, mi sonrisa aún más amplia. "¿Arruinarte el día? No te hagas la víctima, Dakota. Sé que te gusta cuando estoy aquí, cuando sientes mi presencia. Y, honestamente, puedo decir que no te importa que yo no entienda nada de esta clase. Solo te importa que esté aquí, cerca de ti, haciéndote perder la cabeza."

Ella se ruboriza ligeramente, pero aprieta los labios en una línea delgada, intentando no darme satisfacción.

"Te lo sueñas, Hunter. Solo me interesa que te calles y que no molestes. ¿O es demasiado difícil para ti?"

"Oh, claro" respondo, riéndome por lo bajo. "Cómo no. Todo lo que hago por ti es una molestia. Y, sin embargo, aquí estoy, y mira tú por dónde no te has movido ni un milímetro. ¿Debo deducir que mi molestia no te desagrada tanto?"

Ella aprieta la mandíbula, los ojos brillando de frustración.

"¿Sabes una cosa, Hunter? Eres patético. Tu insistencia... esta manera de aparecer donde no eres bienvenido... es desesperada. ¿Necesitas más atención? Quizá deberías encontrar otra que caiga a tus pies."

Su respuesta me golpea, lo admito. Pero no dejo que se salga con la suya tan fácilmente. Me inclino hacia ella, reduciendo el espacio entre nosotros a un suspiro.

"Sabes lo que pienso, Dakota Wexler? Que solo estás tratando de ocultar lo que realmente

sientes. No necesito atención. Solo necesito verte ceder, como aquella noche en el baño, cuando tus defensas cayeron por completo. Cuando finalmente admitiste lo que realmente querías."

"Esa noche fue un error" sisea, pero su voz tiembla ligeramente.

"¿Un error? Pero cómo? Fue tu primera vez, ¿recuerdas? Incluso te pregunté si estabas segura de querer hacerlo, ¿verdad?" mi voz baja una octava. "Si crees que fue realmente un error, entonces explícame por qué sigues aquí, sentada a mi lado, por qué no te has ido al otro lado del aula como haría cualquier chica que no tiene nada que demostrar. Explícame por qué tiemblas cada vez que me acerco."

"Estás proyectando tus fantasías en mí" responde, pero su respiración se vuelve más pesada.

"¿Mis fantasías?" le rozo el brazo con los dedos, ligeramente. "¿O las tuyas, Dakota?"

Mientras la clase sigue y la voz monótona del profesor se pierde de fondo, solo siento la sangre que me hierve en las venas, un fuego que no se apaga. Esta chica me vuelve loco, me lleva al borde de la locura. Y me doy cuenta, quizá por primera vez, de que no soy capaz de dejarla ir, no importa cuánto ella intente alejarme. No importa que juegue a ser la intelectual con Elias o que me mire con esa mirada fría. Dakota es mía, y lo supe en el momento mismo en que la tuve, cuando cedió a mí, aunque solo fuera esa vez en la frat house.

Y sigo pensando en esa noche, en la fiesta, en cómo acabamos juntos en el baño, sin que nadie se diera cuenta, perdidos el uno en el otro como si el resto del mundo ya no existiera. Recuerdo su piel, su respiración entrecortada, sus ojos cerrados intentando esconder algo que ni siquiera sabía que sentía. Fue su primera vez, la desvirgué, sí, fui el primero y la marcé. No me importa si no fue perfecto, si sequé le hice un poco de daño... sucedió, y ella no puede olvidarlo. Ese momento la unió a mí de una manera que ningún Elias de mierda podrá romper nunca.

"No puedes borrar lo que pasó" le susurro mientras finge tomar apuntes. "No puedes fingir que no significa nada."

Mi rabia se convierte en una determinación fría y feroz. No permitiré que nadie más se lleve a Dakota, no permitiré que se aleje, que finja que no soy la persona que le hizo sentir ese escalofrío que la hace sentir viva. Esta historia con Elias? Es solo una distracción, una rebeldía ridícula. Pero yo sélo que realmente necesita. Yo soy el único que puede encender en ella esas emociones que ella misma intenta reprimir.

"Mírame" le ordeno en voz baja. "Mírame y dime que no piensas en esa noche."

Mi promesa es simple, clara, grabada a fuego en mi mente. La reconquistaré, la devolveré a mi mundo, la haré caer de nuevo, y esta vez no será por casualidad. Esta vez no habrá vacilaciones, ni titubeos. Cada una de sus resistencias será destruida, cada una de sus defensas derribada. Me tomaré todo de ella, cada parte, cada pensamiento, cada brizna de su voluntad.

Me aseguraré de que entienda que no tiene otro lugar donde estar que no sea a mi lado, debajo de mí, envuelta en mi control. No le permitiré que se aleje de nuevo, no le daré la oportunidad de fingir que alguien como Elias puede realmente estar a su altura. Yo seré su mundo, su obsesión, su pesadilla y su salvación.

"Puedes correr todo lo que quieras" le susurro mientras la clase está a punto de terminar. "Pero séque volverás."

No habrá nadie más, ningún Elias, ningún juego estúpido. Solo tú y yo, en un vínculo indisoluble. Quiero que sepas que no puedes escapar de lo que acabamos de empezar, que cada vez que cierres los ojos me verás, me sentirás, y sabrás que me perteneces.

La miro mientras recoge sus cosas, tratando de ignorarme.

"Nos vemos pronto, Dakota" digo con una sonrisa que es a la vez promesa y amenaza.

Esta vez, Dakota, no sucederá por casualidad, y no será temporal. Será definitivo. Porque eres mía, y tú lo sabes también. Es solo cuestión de tiempo antes de que lo admitas. Y yo tengo todo el tiempo del mundo para esperar a que vuelvas a donde perteneces: conmigo.

22

DAKOTA

Entro en mi apartamento, cierro la puerta de un portazo y lanzo la mochila al suelo como si fuera basura. Me da igual si se queda en medio del pasillo.

El corazón me está explotando en el pecho y la cara me arde como si estuviera en llamas, todo por culpa de ese maldito Hunter. Pedazo de idiota. Como si no fuera suficiente verlo pasearse por el campus como si fuera su reino personal, no, tiene que meterse en cada rincón de mi vida. Cada maldita vez que me lo encuentro es como enfrentarme a un huracán de músculos y arrogancia que no puedo detener, que me arrastra sin remedio.

¿Y lo más absurdo?

Una parte de mí ni siquiera quiere intentar detenerlo.

Me dejo caer en el sofá, hundiendo la cara en el cojín, pero cerrar los ojos no sirve de nada: su imagen está grabada a fuego en mi mente. Esos ojos azules que parecen querer devorarme viva, esa sonrisa de cabrón redomado y esa voz profunda que me susurra cosas que debería ignorar pero que en lugar de eso me vuelven loca.

Lo odio.

Lo odio porque sabe exactamente el efecto que tiene en mí.

Sabe cómo jugar conmigo como si fuera una marioneta, cómo hacer que mi sangre hierva en medio segundo, cómo llevarme hasta ese punto en el que toda certeza se va a la mierda y lo único que siento es la adrenalina corriendo por mis venas.

¿Cómo puedo ser tan idiota?

Basta con que se acerque un milímetro, con que me mire con esa expresión de depredador, y lo mando todo al carajo. No puedo dejar de pensar en ese pasillo, en su mano apoyada en la pared como si estuviera en su casa, en la manera en que su cuerpo me rodeaba, reclamando cada centímetro de mi espacio personal. Y yo allí, quieta como una idiota, dividida entre las ganas de patearlo y el deseo enfermizo de dejar que me tomara de nuevo, igual que aquella maldita primera vez.

"Deja de pensarlo, idiota", me digo en voz alta, pero es inutil.

Esa noche vuelve a atormentarme como un virus.

La manera en que me miró, como si fuera la única cosa que existiera en el mundo. El baño de la fiesta, nosotros dos contra esa puerta cerrada, la música mezclándose con nuestras respiraciones agitadas. Y luego... su cuerpo presionándose contra el mío, el calor de sus manos en mis caderas, su boca quemándome la piel.

Todavía lo siento, como si hubiera pasado hace un minuto.

No fue dulce, no fue para nada romántico. Fue brutal, salvaje, un incendio que nos consumió en pocos minutos. Mi primera vez, y fue tan condenadamente intensa que, incluso ahora, pese a

todo, dudo que alguien pueda hacerme sentir así de nuevo.

"Que se joda todo", sibilo entre dientes, apretando los puños.

Esto es lo que más me cabrea. Hunter se infiltró, tomó el control de algo dentro de mí, y yo se lo permití como una idiota. Me desvirgó de la manera más absurda y complicada posible, y por mucho que lo intente, no consigo librarme de él. Cada vez que intento olvidarlo, él vuelve, con su prepotencia, esa manera de mirarme como si ya estuviera marcada como su propiedad.

"No soy tuya, cabrón", murmuro al techo, pero sé que me estoy mintiendo a mí misma. Y ese es el verdadero problema: mi mente puede odiarlo todo lo que quiera, pero mi cuerpo... mi cuerpo reacciona de una manera completamente diferente. Siento una mezcla de rabia y deseo, y sé que no debería ser así, que está todo mal.

Pero tengo que parar.

No puedo permitir que él sea el centro de mi universo, que cada pensamiento termine siempre allí, con ese arrogante que se cree el dios del campus. No puede tener este poder sobre mí, no de nuevo. Tengo a Elias, alguien que me trata como una persona y no como un trofeo a conquistar, que me escucha y ve más allá de la superficie. Él no intenta aplastarme ni arrinconarme, no me trata como si fuera un premio que ganar.

Siento una descarga de determinación, aunque una parte de mí sigue gritando el nombre de Hunter. Pero tengo que silenciarla. Seré más fuerte, sí. Hunter ya me tuvo una vez, y no le daré la satisfacción de tenerme de nuevo. Levanto la barbilla en un gesto desafiante, como si pudiera verme, como si pudiera gritarle en la cara que ha perdido, que nunca más será el centro de mis pensamientos.

"Esta es mi promesa, cabrón", sibilo en el apartamento vacío.

Todavía estoy tirada en el sofá, con las piernas recogidas como una niña deprimida, cuando la puerta se abre de golpe. Solana entra como un torbellino, su perfume dulzón invade la habitación como si fuera gas nervioso. Sin siquiera pedir permiso -como de costumbre- se lanza al sofá junto a mí, lanzándome una de esas miradas suyas de detective aficionado.

"A ver, mi princesa", empieza, levantando una ceja como si ya lo supiera todo. "¿Quién te ha cabreado como una víbora? No me digas que has tenido otro encuentro cercano con mister músculo."

"Vete al carajo, Sol", gruño, intentando mantener un poco de dignidad.

"Oh. Dios. Mío." dice, llevándose una mano al pecho en una actuación digna de Broadway. "¡De verdad te has encontrado con ese pedazo de hombre! Lo sabía. Vamos, suelta todo, quiero los detalles picantes."

"Joder, eres imposible", resoplo, pero ya sé que es útil resistirse. Solana tiene ese poder absurdo de hacerme hablar incluso cuando quiero desaparecer entre los cojines del sofá. "Sí, ¿vale? Lo vi. Dos veces hoy. Y, como siempre, hizo todo lo posible para que mi cerebro se volviera mierda."

Ella se acomoda mejor en el sofá, como si se preparara para el espectáculo del año. "Déjame adivinar: Hunter hizo su típico show de macho alfa dominante, te miró como si quisiera devorarte viva e intentó que cedieras de todas las formas posibles."

"Algo así", admito, sintiendo cómo me arden las mejillas.

"Joder", se ríe, una risa que me dan ganas de lanzarle un cojín a la cara. "Miss Wexler, cielo, eres un caso perdido. Y él lo sabe perfectamente, ahí está el problema. Ese cabrón sabe exactamente cómo hacerte perder la cabeza. Y tú se lo permites cada maldita vez."

Me muerdo el labio tan fuerte que podría hacerme daño. "Es que... joder, cuando estoy cerca de él es como si mi cerebro se cortocircuitara. No puedo pensar. Es como si consiguiera despojarme

de todas mis defensas con una sola mirada. Y lo odio por eso. En serio."

"¿En serio?" Solana me mira como si fuera la persona más estúpida del planeta. "¿Es sólo odio? Porque a mí me parece otra cosa. Admítelo, ese quarterback te vuelve loca. Y no solo porque sea un monumento de músculos andante. Hay algo más, ¿no?"

"No lo sé, ¿vale?", respondo en voz baja, como una niña pillada con las manos en la masa. "Sí, es jodidamente guapo, es... atractivo hasta que duele. Y esa noche en la fiesta... joder, fue una locura. Pero sé que está mal. No debería querer a alguien como él."

"Ay, dios mío", resopla Solana, poniendo los ojos en blanco. "No estamos aquí para hacer una lista de lo correcto o incorrecto. Estamos hablando de lo que tú quieres. Y lo que veo es que Hunter Slates te hace querer hacer cosas que ni confesarías en tu diario secreto."

Me sonrojo como una idiota y ella se ríe, la muy cabrona. "Venga, dispara. ¿Cómo fue realmente? Esa noche, digo. Sé que fue tu primera vez, pero nunca me dijiste cómo te sentiste de verdad. Y sí, quiero todos los detalles sucios e incomodos."

"Sol, eres una pervertida", trato de escabullirme, pero ya sé que no me dejará en paz hasta que le cuente todo. "Fue... una locura, ¿vale? Me arrastró a ese baño, me tomó contra esa puerta como si se estuviera muriendo de ganas. Estaba... hambriento. Como si no pudiera esperar un segundo más. Y fue... demasiado intenso, quizás. Cero romanticismo, cero dulzura. Era puro... deseo."

"Y ahora entiendo por qué no puedes quitártelo de la cabeza", se ríe Solana, negando con la cabeza. "Dakota, ese chico te ha marcado a fuego. No puedes escapar de algo así. Sobre todo si eres alguien que pasa la mitad de su vida entre libros y bibliotecas como una madre superiora. Él fue el primero en sacarte de esa jaula, esa parte de ti que siempre quiere tener todo bajo control."

"Cállate", gruño, pero no puedo negarlo.

"Oh, cielo", se burla ella. "No te hagas la santurrona. Si Elias fuera realmente lo que quieres, no estarías aquí hablándome de Hunter con esos ojos brillantes. Es simple. Necesitas a Hunter, o al menos lo que te hace sentir, algo que Elias nunca podrá darte. Y si tienes que elegir, hazlo con honestidad. Si Elias es tan aburrido como parece, déjalo ir. No pierdas el tiempo."

"¡No es tan sencillo, joder!", salto a la defensiva. "Hunter me hace sentir... me hace sentir como si fuera su propiedad. Como si tuviera derecho a entrar en mi vida cuando le diera la gana, como si le perteneciera."

"¿Y no es exactamente eso lo que te vuelve loca?", me provoca Solana, mirándome como si fuera un libro abierto. "La verdad es que te excita a morir esa manera suya tan animal, de macho alfa. Lo deseas y estás enamorada de él, aunque no quieras admitirlo. Porque te hace sentir viva como ningún otro."

No puedo responder porque, maldita sea, tiene razón.

Ella se inclina hacia mí, con esa mirada de 'lo-sé-todo'. "Mi consejo? Manda todo a la mierda y déjate llevar, por una vez en tu vida. Siempre estás ahí haciendo de chica buena, ¿para qué? Tu vida apesta así. Si Hunter es quien te vuelve loca, entonces arrísgate y disfruta del viaje. Sabes perfectamente que Elias no puede competir con alguien como él. O haces eso, o cierras con Hunter de una vez por todas. Pero basta ya de esta mierda a medio camino."

Suspiro, sabiendo que tiene toda la razón. No puedo seguir dejándome arrastrar entre los dos como una estúpida.

***

Entro en la biblioteca esperando encontrar algo de paz, un lugar donde el nombre de Hunter no me martillee en el cerebro cada dos segundos. Necesito distraerme. Los libros siempre han sido mi refugio seguro, mi mundo donde todo es predecible. Y justo cuando me estoy acomodando en la mesa de siempre, ¿a quién veo? Elias, con esa camisa de chico bueno y esas gafas que nunca he sabido si lo hacen sexy o ridículo.

"¡Dakota!", exclama él, levantando la mirada. "Qué agradable sorpresa", dice, levantándose apenas como el caballero que es. "¿Otra vez inmersa en tus queridos textos?"

"Nunca hay suficiente tiempo para estudiar", respondo, dejándome caer en la silla a su lado. "¿Y tú? ¿Aún devanándote los sesos con la Filología de tus Civilizaciones?"

"Alguien tiene que hacerlo", replica con esa ironía suya de empollón. "En este campus lleno de idiotas gritones y cabezas huecas, es casi un milagro encontrar a alguien que todavía se interese por la cultura. O quizás sea nuestra forma de rebelarnos."

"¿Rebelión?", me rio. "¿En serio? Entonces somos verdaderos héroes modernos, nosotros, que pasamos el tiempo leyendo tomos polvorientos mientras los demás se foll... eh, se divierten de formas más físicas."

"Bueno, yo no tendría problema en rebelarme de formas más... concretas, si la compañía fuera la adecuada", responde, y por un momento veo algo en sus ojos, un destello que nunca le había visto antes.

Me pasa una mano por el pelo y noto que me está observando como si fuera uno de sus libros. "¿Pasa algo, Dakota?", me pregunta, con ese tono de psicólogo a medio tiempo. "Hoy pareces... diferente."

"Es solo... un lío", dudo, luego decido bajar un poco la guardia. "Ya sabes, la vida no es ese cuento de hadas que nos contaban de pequeños."

"Entiendo", asiente. "A veces nos encontramos atrapados en historias que no hemos elegido. Como si alguien más tirara de los hilos, ¿verdad?"

"Dios, sí", me muerdo el labio. "Como si no tuviera el control sobre nada, como si una parte de mí siempre fuera... arrastrada a donde no quiero ir."

"¿Hunter, verdad?", dice en voz baja, y por un momento siento como si me hubiera abofeteado. Es la primera vez que alguien pronuncia su nombre así, sin dramatizar, sin llenarme de estupideces o insinuaciones.

"Sí", admito de mala gana. "Él es como un maldito tsunami. No sé cómo explicarlo."

"No hace falta explicar nada, Dakota", dice Elias, con ese tono tranquilizador que me dan ganas de bajar todas las defensas. "No tienes que justificarte conmigo. Estoy aquí para escucharte. Quiero escucharte."

Me mira con esos ojos tan distintos de la mirada depredadora de Hunter, y me sorprendo a mí misma relajándome de verdad, como si por primera vez pudiera respirar sin sentirme atrapada. "Gracias, Elias. No todo el mundo se toma la molestia de entender."

"Porque no todo el mundo sabe apreciar lo que ve", dice él, con una sonrisa casi triste. "Pero yo veo mucho más de lo que muestras. Puedo hacerlo no solo con los libros, también con las personas."

Nos miramos unos segundos, y es como si finalmente hubiera encontrado a alguien que quiere ver quién soy realmente, no solo la fachada de cabrona que muestro al mundo.

"¿Sabes una cosa, Dakota?", dice Elias, apoyando el codo en la mesa y acercándose. "Creo que nadie tiene siempre el control absoluto. Siempre hay una parte... la más oculta... que solo sale con quien sabe verla realmente."

"¿Estás diciendo que soy fácil de leer?", le respondo, levantando una ceja. "Interesante, Elias, porque el resto del mundo parece tener la cabeza... en el culo."

"El resto del mundo no sabe mirar más allá de sus narices", dice, con una calma que me desconcierta. "La verdad es que pocos tienen los cojones de mostrarse como realmente son. Y tú... tú estás atrapada entre quien quieres ser y quien realmente eres."

"¡Oh, así que ahora también eres psicólogo?", lo provoco, pero mi tono es más suave de lo habitual. Me gusta cómo me mira, como si pudiera ver más allá de la coraza de cabrona que me he construido.

¿Quién no lo está en este lugar? replica. Al final, todos estamos buscando un sitio donde poder ser nosotros mismos sin tener que dar explicaciones. Hace una pausa y luego añade: Estoy aquí, para ti. Si quieres.

La forma en que me lo dice, sin pretensiones, sin presiones, me hace sentir menos pesada. Me deja libre, no pide nada. En un mundo donde todos intentan atraparme por la fuerza, Elias es el único que se queda ahí, esperando. Esperándome.

Gracias murmuro, y por una vez soy sincera.

Todavía estoy en la biblioteca, inmersa en el silencio y en la voz tranquila de Elias, cuando mi smartphone empieza a vibrar como un loco. Una, dos, tres veces. La sangre se me hiela en las venas. Solo un idiota me escribiría así, y ya sé quién es antes de mirar la pantalla. No quiero comprobarlo, pero debo hacerlo.

Elias está soltando alguna charla sobre un libro que hemos estudiado, ajeno al caos que me está explotando dentro. Saco el teléfono y veo ese nombre que tanto me gustaría borrar de mi vida.

Hunter: "¿Te diviertes haciendo de santita con ese empollón de mierda? Porque sabes que no puede darte lo que te doy yo. Y sé que me echas de menos."

Agarro el móvil con tanta fuerza que podría romperlo, intentando no perder la cabeza, pero es imposible ignorar la oleada de rabia que me sube por dentro. Y la rabia no es todo. También siento algo más, algo que no debería estar ahí. Una mezcla de fastidio y... ¿excitación?

No, joder. No puedo caer de nuevo en este juego enfermo. Pero mientras Elias sigue hablando, casi no consigo seguir una sola palabra de lo que dice.

El teléfono vuelve a vibrar. Otro mensaje.

Hunter: "No te escondas, pequeña. No me borrarás tan fácilmente. Sabes cuánto eres mía, cuánto lo has sido siempre."

Aprieto los dientes hasta hacerme daño, tratando de ignorar ese picor en el cerebro, esas ganas de responderle solo para mandarle a la mierda. Pero el punto es que tiene razón, el cabrón. Hunter sabe exactamente cómo agarrarme del cuello, cómo hacerme sentir que cada movimiento que hago es solo un intento inútil de escapar de él.

"¿Todo bien, Dakota?" Elias se detiene, notando finalmente que me he perdido.

"Sí, perdona..." murmuro, intentando ponerme la típica sonrisa de niña buena. "Solo mensajes estúpidos" respondo, aunque mi mente sigue enredada por las palabras de Hunter.

Elias me mira dudoso como un perro apaleado, pero decide dejarlo pasar. Vuelve a hablar, pero ya no consigo concentrarme. El mensaje de Hunter sigue quemándome en la cabeza como un desafío que no logro ignorar. Cabrón. Siempre consigue encontrarme, siempre meterse entre mis neuronas, incluso cuando pienso que me he librado de él.

Me pregunto si debería contestarle. Un solo mensaje. Una réplica a su puto sarcasmo, para hacerle entender que no soy su muñeca, que no puede tirar de los hilos cuando le apetece. Pero sé que Hunter no espera otra cosa: una reacción, una señal de que sigue ahí, escondido en mi cabeza

como un virus.

"Que le jodan a todo" susurro, tomando una respiración profunda, intentando quitarme de encima esa sensación, mandar al diablo su voz fuera de mi cabeza. Cierro los ojos un segundo, pero es inútil. Hunter está ahí, en mis pensamientos, como una maldita presencia que no quiere irse.

"Tengo que irme" le digo de repente a Elias, levantándome. "Tengo... cosas que hacer."

"Claro" responde él, con esa sonrisa comprensiva que ahora solo me hace cabrear más. "¿Nos vemos luego?"

Salgo de la biblioteca con una sensación de vacío en el pecho, como si hubiera dejado allí dentro una parte de mí. No sé qué demonios me está pasando; de hecho, ni siquiera quiero admitirlo. Elias es perfecto, comprensivo, tranquilo. Sabe escuchar, sabe esperar, no molesta. Es todo lo que debería querer, un puerto seguro en medio de esta tormenta de mierda. Pero, ironías del destino, no puedo sacarme de la cabeza ese mensaje de Hunter, esas palabras venenosas que me queman en la piel.

"Eres una idiota" me digo mientras camino por el campus, dejando que el viento frío me golpee la cara, como si pudiera realmente ayudarme a ordenar mis pensamientos. La verdad es que estoy atrapada entre dos mundos, dos polos opuestos que me tiran como si fuera una muñeca de trapo. Por un lado está Elias, la calma. Por otro está Hunter, el fuego. Y yo, en medio, me siento solo una imbécil confundida.

Me dejo caer en un banco aislado, cruzo los brazos y respiro hondo, como si pudiera expulsar a Hunter de mis pensamientos junto con el aire que expulso. Pero ¿de qué sirve? Su presencia me envuelve, me aprieta, y es como si cada rincón de mi cerebro estuviera aún marcado por su toque. Él está ahí, como una cicatriz de la que no puedes deshacerte.

"¿Qué diablos te pasa, Dakota?" me susurro, apretando los dientes hasta hacerme daño. "¿Por qué le dejas hacer esto? No eres tan débil."

Pero luego me doy cuenta de que quizás esa sea precisamente mi debilidad. Hunter no es solo atracción física, no es solo deseo. Es el único que me ha llevado más allá del límite, el único que me ha hecho sentir realmente viva, aunque de una manera torcida, equivocada, absolutamente destructiva. Con él no existen medias tintas, no hay filtros. Solo está este deseo absurdo, este desafío constante que me hace perder la cabeza y mandar la razón a la mierda.

"Que te jodan" silbo, apretando los puños como si pudiera estrangular estos pensamientos. "Debo dejarlo ir" me repito, pero mi voz suena tan falsa como un billete de tres euros. "Debo pasar página." Elias podría ser mi vía de escape, mi salvavidas en este mar de mierda. Y sin embargo, solo la idea de dejar ir a Hunter me da vértigo, como si estuviera a punto de caer al vacío.

"Esta vez será diferente" me prometo. No puedo permitirle tener este poder sobre mí. No puedo seguir cayendo como una idiota en su juego cada vez que decide aparecer en mi vida. Debo tomar el control, levantar un muro, decidir yo qué es lo mejor para mí, aunque eso signifique enfrentarme a un vacío que Hunter ha llenado con su caos.

"¿A quién quiero engañar?" murmuro, sonriendo amargamente.

"Esta vez no me tendrás, Hunter" susurro, pero dentro de mí sé que esto es solo el comienzo de una batalla perdida, una batalla contra algo que forma parte de mí tanto como mi propia sombra.

23

HUNTER

Dos días después

Sentado como un acosador en la esquina más sombría de la biblioteca, me encuentro mirando esa maldita escena como un idiota. No consigo entender qué demonios ve Dakota en ese perdedor de Elias. En serio, el rey de los nerds, el empollón supremo, el que probablemente duerme abrazado a sus preciosos libros. Me revuelve el estómago solo con verlo.

Pero allí está, Dakota Wexler, derritiéndose como una niña de catorce años con su primer amor, llena de sonrisas y miradas de ciervo enamorado. Se inclina hacia él como si estuviera escuchando la revelación del siglo. Y cada vez que se ríe - joder, esa risa - siento la sangre subirme a la cabeza como si estuviera a punto de explotar. ¿En serio? ¿Elias? De todos los chicos que podría tener arrastrándose a sus pies, ¿se pone a hacerle ojitos a él?

"Wow, ¿has escuchado lo que has dicho?", la oigo susurrar, y él responde con ese tono de profesor que me da ganas de partirle la cara. "Es increíble cómo logras captar esos detalles en los textos antiguos...". Dakota nunca se ríe así conmigo, nunca. Jamás he escuchado esa risita baja y complacida que ahora me atraviesa el estómago como una daga cada vez que sale de sus labios para él. Y allí está, completamente diferente. Elias divaga sobre alguna mierda histórica, y ella lo mira como si le estuviera revelando los secretos del universo. ¿Qué cojones tiene él que yo no tenga? Mejor dicho, ¿qué tiene que sea siquiera vagamente interesante además de esa pinta de ratón de biblioteca?

"Oh, espera", lo escucho decir con esa voz irritante, "mira este pasaje..." y ella se acerca aún más, como si no estuviera ya lo suficientemente cerca.

Mientras los observo, siento que el mundo se estrecha alrededor de los tres, como si estuviéramos en una maldita burbuja. Dakota se pasa una mano por el pelo - ese gesto que normalmente vuelve loco a cualquier chico - y cuando Elias se ríe de una de sus bromas, hace una pausa más larga de lo normal. Ese idiota se acerca más, invadiendo su espacio personal, y ella no solo no se aparta, sino que parece disfrutarlo.

"Sabes", la escucho murmurar, "...no pensé que alguien pudiera entender tan bien lo que quiero decir..."

Me daría risa si no fuera todo tan jodidamente irritante. Una palabra sigue rebotando en mi cabeza como una pelota loca: celos. No, espera un momento, no estoy celoso. No puedo estar celoso de un perdedor como él. Pero hay algo en esta mierda de situación que me hace perder la cabeza. Me pone de los nervios como nada en el mundo. Miro la mesa tan intensamente que podría prender fuego, los puños apretados contra la silla hasta hacerme daño. Tengo que quedarme quieto, joder. La tentación de levantarme y agarrar a ese idiota por el cuello es tan fuerte que tengo que concentrarme para no ceder. Solo para recordarle quién manda aquí, para

hacerle entender que Dakota no es cosa suya.

"¿Bro, qué cojones estás haciendo?" La voz de Cassian me saca de mis pensamientos homicidas, y tengo que respirar hondo para no saltarle encima. Se deja caer en la silla a mi lado como si nada, siguiendo mi mirada hacia la maldita parejita. "¿Quién es ese perdedor?"

"Uno que no debería estar aquí", gruño, los ojos aún pegados a ellos como un maldito acosador. "Uno que no tiene nada que ver con Dakota".

"Amigo", dice Cassian, y puedo sentir su maldita sonrisita sin siquiera mirarlo, "pareces completamente loco por esto".

"No entiendes una mierda", siseo, la mandíbula tan apretada que me duele. "Ella es la única que no cae conmigo, ¿entiendes? Me hace sentir... como si fuera uno más de esos perdedores que frecuentan este lugar".

Cassian resopla, sacudiendo la cabeza. "¿Perdedor? ¿Tú?" Me mira como si acabara de decir la mayor estupidez del siglo. "Amigo, eres el que consigue todo lo que quiere sin pedir permiso a nadie. Y ahora me vienes a decir que una niñata te tiene por los huevos? Me das casi pena".

Lo miro por un segundo, luego aparto la mirada como un cobarde, el nudo en el estómago que se aprieta aún más. "No es tan simple, Cass. Dakota es... es Dakota, joder".

"Joder, te tiene bien pillado", se burla Cassian, serio por una vez en su vida de idiota. "Te has enamorado, ¿eh?"

Sigo mirando a Dakota que se ríe una vez más de las gilipolleces que Elias está soltando, y siento la rabia subirme como una marea. "Más de lo que me gustaría admitir, Cass. Y no soporto verla con ese perdedor".

"¿Dónde cojones vas?", me pregunta Cassian mientras me levanto de la silla como una furia.

Me levanto sin pensarlo dos veces, el cerebro ya en modo 'hago daño'. Cassian me mira perplejo, pero que se joda también él. Estoy harto de quedarme aquí como espectador de esta patética escena romántica de mierda. Tan pronto como me acerco a su mesa, Elias levanta esa mirada de ratón asustado, y Dakota se queda helada como si hubiera visto un fantasma.

"¡Vaya, mira quién tenemos aquí!", exclamo con una sonrisa. "Dakota, no sabía que la biblioteca se había convertido en un centro de recuperación para casos perdidos. Aunque, debo decir, siempre has sido buena recogiendo causas perdidas".

"Hunter...", empieza ella con ese tono de advertencia que normalmente me pondría cachondo.

Elias se ajusta las gafas como el maldito nerd que es, visiblemente ansioso, mientras Dakota me mira con esa mirada que podría matar. Hoy, sin embargo, me parece más un desafío que otra cosa.

"No me parece que nadie te haya invitado a esta mesa, Hunter", dice ella con una calma que me cabrea aún más. "Y definitivamente nadie necesita tus gilipolleces en este momento".

"¿Oh, de verdad?", me río, acercándome más. "Solo quería ver de cerca al fenómeno que se ha dejado atrapar en esta farsa. Y debo decir, amigo", me dirijo a Elias con una sonrisa, "hay que tener valor para sentarse aquí a hacer de intelectual misterioso con Dakota. Pero dime una cosa: ¿funciona? ¿Te tragas su acto de intelectual santurrona?"

Elias me mira como un ciervo atrapado en los faros, incapaz de decir una sola palabra coherente, pero Dakota no pierde tiempo: "Eres solo un gilipollas egocéntrico, Hunter. Y para que quede claro, lo que hago no es asunto tuyo en lo más mínimo".

"¿Ah no?", replico, dando un paso más hacia adelante e invadiendo completamente el espacio de Elias como el matón que soy. Él se echa hacia atrás como el ratoncito de biblioteca que es, y eso solo me hace sonreír más. "Noticia de última hora, princesa: cada cosa que haces en este

campus, cada maldito respiro que tomas, se convierte automáticamente en asunto mío. Y mientras estás aquí jugando a la intelectualita con este perdedor, yo me pregunto: ¿qué cojones le ves a uno así?"

"Cállate ya", sisea ella, con esa mirada furiosa que solo me pone más cachondo. "Al menos Elias no necesita hacer el macho alfa de mierda para hacerse notar. A diferencia de ti, que siempre tienes que ser el gilipollas para sentirte alguien".

"¡Oh, hablemos de lo que significa ser alguien!", replico con una sonrisa aún más amplia. "¿Qué haces, Dakota? ¿Te sientas aquí a hablar de libros muertos con este zombi viviente y crees que eres profunda? El mundo real es un poco más jodido, ¿sabes? Pregúntaselo a tu amiguito perdedor. Tal vez algún día entienda lo que significa ser un hombre de verdad. Por ahora todo lo que veo es un pobre imbécil que no sabe dónde mirar".

"Eres patético", me escupe Dakota. "¿Así es como manejas las cosas? ¿Haciendo bullying a los que no son como tú? Si piensas que eso te hace especial, solo eres un inseguro de mierda que intenta esconder cuán mediocre es detrás de los músculos".

"¿Te gustaría que fuera tan simple, eh?", respondo, sintiendo que sus palabras me queman por dentro. "Pero aquí la única mediocre eres tú, que te conformas con alguien como él solo porque te hace sentir inteligente. Oye, Elias", me giro hacia él, "apuesto a que piensas que eres mejor que yo solo porque sabes leer alguna mierda en latín. Pero, ¿sabes una cosa? Dakota, al final, también se cansará de ti. Como todas. Porque yo soy el rey aquí, y tú eres solo un extra de mierda en esta historia".

"Deja de comportarte como un idiota", Elias finalmente encuentra el valor para decir. "Dakota merece respeto, no tus gilipolleces de matón".

"¿Respeto?", estallo en una carcajada tan fuerte que casi lo hago caer de la silla. "¿Y tú eres el que la respeta? Por favor. Dakota es solo un trofeo también para ti, igual que para todos. Solo que no tienes las pelotas para admitirlo. Pero tranquilo, perdedor: con alguien como tú, Dakota puede estar tranquila. Nadie la mirará... al menos hasta que se dé cuenta de que estar contigo es como leer el mismo aburrido capítulo de un libro de mierda una y otra vez".

Dakota se levanta de un salto, furiosa. "Esta vez sí que te has pasado de la raya, cabrón".

"¿La raya?", le guiño un ojo, provocador. "Cariño, aún no has visto nada. Yo siempre voy más allá, es eso lo que me hace... yo. Y tarde o temprano tú también lo entenderás".

Me alejo con una sonrisa de gilipollas en la cara, mientras dejo a Elias temblando como una hoja y a Dakota mirándome como si quisiera matarme. Perfecto, exactamente lo que quería.

En cuanto giro la esquina, sin embargo, mi sonrisa se desvanece como la nieve al sol. Estoy cabreado de verdad. Conmigo mismo, con Dakota, con ese capullo de Elias, con toda esta maldita situación que me está volviendo loco.

Dakota, joder.

¿Por qué tiene que ser tan diferente?

Ni siquiera debería importarme una mierda.

Tengo una fila de niñatas que harían cualquier cosa por tener aunque sea cinco minutos de mi tiempo, y aquí estoy, perdiendo la cabeza por una maldita nerd que pasa los días enterrada entre libros, que me trata como si fuera uno más y que ni siquiera se molesta en fingir que está impresionada por mí. Es como si esa actitud de "soy demasiado inteligente para tus gilipolleces" fuera un desafío constante.

"Eres un puto gilipollas", me digo en voz alta, apoyándome contra un árbol en el patio, la respiración pesada y la cabeza a punto de estallar de rabia.

¿La verdad? No puedo tragarme esta mierda.

Al principio solo era un juego: solo quería hacerla caer, verla ceder como todas las demás. Pero cada vez que pienso que la tengo en la palma de la mano, se me escapa entre los dedos. Como si fuera uno de esos perdedores que no son dignos ni siquiera de lamerle los zapatos. Me da risa solo pensarlo, joder.

"¡Oye, Hunter!", escucho que alguien llama, pero finjo no escuchar. No tengo ganas de hablar con nadie ahora mismo.

Me viene a la mente la primera vez que la vi en la biblioteca.

Allí estaba, toda concentrada en su portátil, y ni siquiera me miró cuando me acerqué. Yo, Hunter-jodido-Slates, ignorado como el último de los gilipollas. Tuve que provocarla para que me notara, y aun así me respondió con ese maldito sarcasmo suyo, como si fuera la última persona en la tierra que quisiera ver. Ese día decidí: nadie resiste a Hunter Slates. Nadie.

"¿Qué cojones te pasa hoy?", me pregunta un tipo que pasa, notando probablemente mi cara de asesino en serie.

"¡Ocúpate de tus asuntos!", gruño, y él se va tan rápido como llegó.

Pero luego... hubo esos momentos que no consigo sacarme de la cabeza, maldita sea. Su risa, rara pero joder, contagiosa, cuando le contaba las historias más absurdas sobre mis compañeros de equipo. La forma en que alzaba los ojos al cielo cada vez que decía alguna gilipollez provocadora. O aquella noche fuera de la biblioteca, cuando se enfureció por una de mis bromas de mierda, pero luego sonrió, como si no pudiera evitarlo. Y yo, como un idiota, pensé que finalmente era mía. Solo por un puto segundo.

¿Y ahora?

Ahora está ese capullo de Elias.

"Que se joda todo", gruño en voz baja, pateando una lata vacía.

Ese capullo que se las da de profesor universitario y le llena la cabeza con mierda de autores muertos y enterrados. Solo quisiera decirle que es un perdedor de mierda, que no puede darle ni un décimo de lo que yo puedo darle. Pero luego me pregunto... ¿y si ella realmente quisiera esa mierda? ¿Y si yo no fuera suficiente?

"¡Hunter!", oigo que alguien me llama de nuevo. "¡Oye, bro, espera!"

Aquí viene la parte que nunca admitiría, ni siquiera bajo tortura: tengo un jodido miedo de que ella ya lo haya entendido todo. Que Hunter Slates, el rey indiscutible del campus, el que se folla a quien quiere y cuando quiere, esté perdiendo la cabeza precisamente por ella.

"¡Ahora no, joder!", grito hacia la voz, sin siquiera girarme para ver quién es.

Me alejo de la biblioteca con un nudo en la garganta y la sangre hirviendo en las venas como lava. Cada paso que me aleja de Dakota y de ese perdedor me hace sentir más cabreado. Elias, con esas gafas de nerd y esa pinta de sabiondo, ha logrado hacer lo que yo nunca he logrado: entrar en su cabeza, sin siquiera intentarlo. Y eso es lo que me destroza, lo que me cabrea más que cualquier otra gilipollez.

"¿Sabes qué? Vete a la mierda tú también", siseo entre dientes cuando otro estudiante me mira raro al pasar.

¿Cómo cojones lo han logrado?

¿Cómo ha conseguido lo que yo no tengo, sin siquiera sudar?

No me importa una mierda de qué diablos estén hablando - podrían estar discutiendo sobre la Divina Comedia o cualquier otra mierda poética - lo que no soporto es que Dakota, con él, está completamente relajada. Conmigo siempre está a la defensiva, como si tuviera que protegerse de

cada una de mis palabras, como si yo fuera una amenaza constante. Y, vale, tal vez lo soy.

¿Pero con Elias?

Con ese pringado se abre, se ríe. Sonríe de una manera que conmigo nunca ha hecho. Y eso me está volviendo loco.

Me detengo bajo otro árbol, lejos de las miradas de estos gilipollas curiosos, y cierro los ojos intentando respirar. Tengo que sacármela de la cabeza. No puedo seguir así, como un idiota enamorado que espera su atención como un perrito. Yo no soy esa mierda. Yo soy Hunter-puto-Slates. Soy el rey de este sitio de mierda, el que consigue todo lo que quiere sin tener que pedir por favor. ¿Y ahora? Ahora estoy aquí, humillado por un pringado que en la escala evolutiva está más cerca de una ameba que de un hombre.

"Eh, sexy" me dice una chica al pasar. La ignoro completamente, cosa que nunca haría normalmente.

Intento calmarme, pero mi cerebro sigue proyectando imágenes de los dos juntos como una película de terror. Los veo sentados cerca, esa puta distancia entre ellos que parecía disminuir cada segundo. Me gustaría retroceder, arrancar esa sonrisa de la cara de pringado de Elias y decirle que no es él quien Dakota quiere, que soy yo el tipo adecuado, joder. ¿Pero qué escena haría? Dakota se reiría aún más, me llamaría patético, y... probablemente tendría razón.

"Joder" sibilo entre los dientes. "No puede acabar así."

No. No puedo dejar que ese cabroncillo gane. No puedo permitir que Dakota piense ni por un segundo que soy uno más, uno cualquiera. No quiero dársela por vencida, ni a ella, ni a ese amigo suyo de mierda. Sí, amigo de mierda, porque a mí no me engaña: sé qué tipo es Elias, sé que también quiere follársela, aunque haga el papel de buen chico.

"Bro, ¿estás bien?" me pregunta un tipo del equipo al pasar. Le enseño el dedo medio como respuesta.

¿Y qué estoy haciendo yo? Me he convertido en el gilipollas que se cabrea porque una chica no le babea. Soy el que se vuelve loco porque alguien la hace reír. Ya no me reconozco, joder. Toda mi vida me he construido esta reputación de duro, este papel de donjuán, ¿y ahora basta un nerd con gafas y cuatro citas de Wikipedia para mandar todo a la mierda?

"Me das asco" me digo al espejo del smartphone.

No es lo mío, no es lo que soy. Yo soy el que se la suda, el que deja a las chicas llorando, el que nunca pierde el control. Pero con Dakota... Dakota me ha jodido la cabeza. Con ella, es como si fuera cualquiera. Y no puedo aceptar esta mierda. No puedo dejarle ese poder sobre mí.

"Salimos esta noche?" me escribe Cassian. "Hay una fiesta en el Delta."

Respiro hondo, intentando recuperar un mínimo de lucidez en toda esta mierda. Quizá la única solución es olvidarla, poner una piedra encima, hacer que se convierta en un recuerdo insignificante como todas las otras zorras. Una de esas historias que cuentas a los amigos, riéndote, mientras te bebes una cerveza y te la sudan los cojones. Sí, algo así. Una chica, por muy intrigante que sea, que al final no vale una mierda.

Pero en cuanto lo pienso, me siento aún más cabreado. Porque es toda una gilipollez. No puedo tratarla como a las demás, porque ella no es como las demás. Y ya no sé qué hacer. Ya no sé cómo gestionar esta puta obsesión que me está devorando vivo.

"Esta noche me emborracho" le respondo a Cassian.

"No hagas gilipolleces" me escribe él enseguida.

"Que te jodan a ti también" le respondo, apagando el teléfono.

Me alejo a grandes pasos, intentando encontrar algo que me distraiga de esta mierda. Cassian

quiere que salga con él y Solana, quizá eso es lo que necesito. Al menos tendré unas horas en las que no tendré que pensar en Dakota, no tendré que imaginarla con él. Con ese gilipollas de Elias. Me repito que todo esto no es nada, que no cuenta una mierda. Y, sin embargo, cada vez que cierro los ojos, la veo ahí, delante de mí, con esa mirada suya que dice "no me tendrás nunca, cabrón."

"¡Hunter!" me llama alguien. Es Jessica de la fraternidad. "¿Nos vemos esta noche en la fiesta?"

"Puedes apostar tu culo" le respondo con una sonrisa forzada.

Quizá ella tenga razón, quizá nunca la tenga de verdad. Y por primera vez en mi vida, ese pensamiento me aterroriza más de lo que quiero admitir. Pero nunca lo sabrá. Nunca le daré esa satisfacción.

"Eh, sexy" me dice otra chica al pasar. La miro y no siento una mierda. Nada. Cero. Como si estuviera muerto por dentro.

Finjo ser el mismo cabrón que era antes de conocerla. Pero sé que es una gilipollez, una farsa total. Y el único a quien no puedo engañar... soy yo mismo.

24

HUNTER

El sábado siguiente

El puto rugido del estadio me hace vibrar los huesos y me pregunto si podré soportarlo mucho más tiempo. Debería darme energía, hacer que la adrenalina se me dispare hasta el cielo, hacerme sentir como un dios bajado a la tierra. Pero hoy es otra historia. Hoy solo hay este maldito vacío dentro de mí, un agujero negro que sigue devorándome vivo.

La multitud grita como loca, ondea pancartas con mi nombre como si fuera una estrella de rock. Debería sentirme invencible, su jodido héroe. Pero lo único que llena mi cabeza es Dakota. Dakota que está en su casa, probablemente morreándose con ese imbécil de Elias. Me revuelve el estómago solo pensarlo.

Me miro los guantes mientras los aprieto como si quisieran escaparse de mis manos, tratando de ignorar esta rabia que me corre por las venas como veneno puro. Cassian está aquí a mi lado con esa típica cara de "estás a punto de mandarlo todo a la mierda". Me lee como un libro abierto, el cabrón.

"Hunter", me dice, con ese tono de hermano mayor que me hace enfadar. "No sé qué cojones te ronda en la cabeza, pero tienes que enfocarte en el campo, y rápido."

"Vete a la mierda, Cass", le suelto entre dientes, aunque sé que tiene razón.

Intento ignorarlo, pero es como si su voz retumbara en mi cráneo. Los Dallas Mavericks no son un grupo de niñatos que han venido aquí a dar un paseo por el parque. Son bestias sedientas de sangre y quieren nuestra cabeza. Pero ¿saben qué? Hoy no tengo nada que perder. Ya me siento bastante hundido, así que pueden intentarlo.

El entrenador chifla como un poseso y con un gesto de mierda nos ordena entrar al campo. ¡"Muevan el culo!", grita, como si no fuera suficiente.

Tomo una respiración profunda, pero es como respirar a través de una pajita. Cada músculo de mi cuerpo está tenso como una cuerda de violín a punto de romperse, pero intento mantener la fachada. Después de todo, soy Hunter Slates, el quarterback perfecto. El chico de oro que nunca falla un golpe.

¿"Estás listo?", me pregunta Cassian, dándome una palmada en el hombro.

"Nací listo", respondo, pero es una gilipollez y ambos lo sabemos.

Cuando pongo un pie en el campo, la multitud explota de nuevo como un volcán. Pero hoy, por lo que a mí respecta, podría ser el ruido estático de una tele rota. Cada pensamiento, cada respiración, es para Dakota y esta maldita rabia que me está devorando por dentro. No me importa una mierda si estoy a punto de jugar el partido más importante de la temporada.

Tampoco me importa si puedo arruinar mi carrera. Lo único que importa es que ella no está aquí, que ha elegido a ese mongoloide en lugar de a mí.

El árbitro pita y el primer down es nuestro. Me coloco en posición como un autómata, mientras Cassian me lanza una de esas miradas de madre gallina. Le hago señas de que cierre la boca. Si tiene algo que decir, puede tragárselo. Al menos hasta que haya soltado toda esta mierda que llevo dentro.

El balón llega a mis manos, familiar como una segunda piel, pero hoy quema como el fuego. Miro la línea de los Mavericks delante de mí, esos gorilas de mierda que no ven la hora de destrozarme. Me escapa una sonrisa torcida, el tipo de sonrisa que pone los pelos de punta. Vamos, cabrones, denme lo mejor que tienen. Estoy listo, aquí los espero.

¿"Hunter, concéntrate!", escucho gritar al entrenador desde la banda.

"¡Lo estoy!", le grito de vuelta, aunque es la mentira más grande del siglo.

Grito la jugada como un sargento enfadado, mis compañeros se mueven como una ola a mi alrededor, precisos como relojes suizos, entrenados para seguir cada una de mis órdenes. Pero yo... yo estoy fuera de fase como un novato de mierda. Cada músculo se niega a colaborar como si estuviera en huelga. Doy uno, dos pasos atrás tratando de concentrarme, pero todo lo que veo es a Dakota. Ella, con esa expresión de testaruda hija de puta, con esos ojos que te atraviesan el alma, que te hacen sentir un idiota solo por existir. Y junto a ella, ese imbécil de Elias, con esa cara de buen chico, como si hubiera salido de un anuncio de pasta de dientes.

Ni siquiera sé por qué me jode tanto. Nunca hemos sido "nosotros", ella y yo. Pero, joder, tampoco ha sido nunca "ella y él".

¿"Slates, despierta!", me grita Cassian desde la izquierda, mirándome como si estuviera loco. Probablemente se está preguntando por qué cojones no estoy lanzando. Buena pregunta, Cass, me gustaría saberlo también.

¿"¡Cierra esa puta boca!", le gruño, pero finalmente lanzo.

El balón roza los dedos del receptor como una mariposa borracha. Lo atrapa de milagro, el cabrón con suerte. Un pase de mierda, sin precisión, sin potencia. Avanza unos metros como un perezoso, gana algo de terreno, pero sé que podría haberlo hecho mucho mejor. Suelto una maldición, y Cassian me da un empujón que casi me hace caer.

¿"¿Qué cojones te pasa hoy, Slates?", me sisea al oído.

¿"No es asunto tuyo", le respondo seco. Si sigo hablando, corro el riesgo de mandarlo a la mierda. Y no es su culpa que yo esté tan jodido. Todo el lío está en mi maldita cabeza.

Segundo down, y el balón vuelve a mis manos como una bomba de relojería. Intento despejar mi mente de cualquier pensamiento, pero es como vaciar el océano con una cucharilla. Un bestia de los Mavericks viene hacia mí como un tren de carga, con esa mirada de psicópata.

¿"Ven aquí, belleza!", me grita, pero lo esquivo por los pelos.

Me pasa rozando mientras avanzo unos metros, sintiendo a la multitud gritar mi nombre como si fuera su mesías. Pero es solo ruido de fondo, como una radio crujiente. Lanzo de nuevo, esta vez con más precisión. El receptor lo agarra al vuelo y nos lleva unos metros más adelante. Es una buena acción, pero me siento vacío como una lata de cerveza caducada. Es como si estuviera viendo a otra persona jugar en mi lugar.

¿"¡Así se hace!", grita el entrenador desde la banda, pero podría también callarse.

Tercer down. Le lanzo otra mirada a Cassian, que niega con la cabeza como un padre decepcionado. No estoy en mí, y ese cabrón lo sabe demasiado bien.

¿"Hunter, pon la cabeza en el campo, no sé qué diablos estás haciendo", me susurra,

acercándose.

¿"Ocúpate de tus asuntos, Cass", le gruño. No es en el campo donde tengo que poner la cabeza. Está en ella, en esa maldita imagen de Dakota que no consigo borrar, como una mancha imborrable.

Me coloco de nuevo en posición, el balón salta a mis manos como un latigazo, y esta vez decido lanzar largo, apuntar a un touchdown directo. No tengo paciencia para las putas estrategias, para las jugadas tácticas. Solo quiero romperlo todo, algo que me haga liberar toda esta maldita frustración que me está devorando vivo.

¿"Hunter, no hagas gilipolleces!", escucho gritar a Cassian, pero ya estoy en marcha.

Me muevo como un rayo, evito un defensor, luego otro que intenta placarme. Encuentro a mi hombre libre, lo veo correr hacia la línea como un maldito antílope, listo para recibir. Pero justo cuando estoy a punto de lanzar, ese maldito pensamiento me atraviesa de nuevo el cerebro. Dakota. Ella otra vez, siempre ella, como un virus que no quiere irse.

Un segundo de duda, y todo se va a la mierda como un castillo de naipes. Un energúmenos de los Mavericks me golpea en el hombro con la fuerza de un ariete. El balón se me escapa de las manos como un pez enjabonado y rueda por el campo como una moneda que cae. El estadio explota en un rugido confuso, y yo caigo al suelo como un saco de mierda, pero ni siquiera siento el dolor. Es como si estuviera drogado de novocaína, y en mi cabeza solo hay una voz que me grita. ¿"¡Eres un idiota!" No sé ni quién está gritando. Podría ser Cassian, el entrenador, o peor aún, Dakota, que me mira con esa expresión de "te lo dije, que lo mandarías todo a la mierda".

¿"Levántate, joder!", escucho gritar a Cassian mientras corre hacia mí.

Me ayuda a ponerme de pie, mirándome con esa expresión que mezcla "te quiero matar" y "estoy preocupado por ti".

¿"Estás tirando todo por el retrete, Slates. ¿Qué cojones tienes en la cabeza?"

¿"Nada que te importe", escupo las palabras. ¿Qué le digo? ¿Que soy un idiota con papeles? ¿Que me he dejado distraer por una chica que ni siquiera se ha dignado a venir a verme?

¿"Vete a la mierda", murmuro, más para mí mismo que para él.

Me sacudo esos malditos pensamientos y vuelvo a colocarme. Primer down para ellos, pero no me importa una mierda. Solo sé que tengo que hacer una cosa: detenerlos. No me importa que estén en ataque, no me importa una mierda si no es mi papel. Me planto como un muro de cemento frente a uno de los defensores y hago lo único que me sale natural: bloquear como un kamikaze.

¿"¡Así nos harás morir, idiota!", me grita el entrenador desde la banda, pero podría también callarse.

El primer tiempo termina, y estamos unos puntos abajo, pero a quién le importa. Ya me siento como si hubiera perdido la guerra. El descanso es una tortura china, y mientras el entrenador nos grita como un sargento enfadado, yo solo pienso en cómo aguantar. En cómo salvar al menos un poco de dignidad.

¿"Slates, si sigues así te saco!", amenaza el entrenador.

¿"Inténtalo", murmuro entre dientes, pero lo suficientemente alto para que me escuche.

Segundo tiempo. Vuelvo a colocarme, sintiendo que algo dentro de mí está a punto de explotar como una bomba de relojería.

La línea se forma frente a mí como un muro de carne y músculos, y el campo es una mezcla entre silencio sepulcral y caos total, como una bomba a punto de estallar. El corazón me late en el pecho como un tambor descontrolado, chocando con los gritos de la multitud. Los cabrones al

otro lado están ahí, listos para saltar como resortes, y yo no consigo pensar en otra cosa que en romper esa maldita línea y llevarme este partido a casa. Porque ya no es una cuestión de puntos. Es algo personal.

¿"¡No hagas gilipolleces, Hunter!", escucho gritar a Cassian.

¿"Cállate y mira", le gruño.

Llamo la jugada como si estuviera gritando órdenes en la guerra, mi voz retumba en el casco como un trueno, y por un segundo el tiempo parece ralentizarse como en una película de mierda. El balón llega a mis manos y arranco como un rayo. Un bestia de los Mavericks se planta delante de mí como un muro de ladrillos, uno de esos colosos de dos metros con cara de asesino en serie, pero yo soy más rápido que esa montaña de músculos.

¿"Ven aquí, pequeño quarterback", me provoca ese hijo de puta.

¿"En tus sueños, cabrón", le respondo mientras lo esquivo a la izquierda.

Gano unos metros y me lanzo hacia adelante, como si estuviera huyendo de mis propios demonios. Cassian me grita algo como "¡Pasa el balón!", pero no le hago ni puto caso. Otro gorila viene hacia mí, consigo evitarlo por milagro, pero siento su zarpa que me roza el hombro y me desequilibra como una hoja al viento.

El campo se inclina como si estuviera en un barco en medio de una tormenta, todo borroso como después de diez chupitos de tequila, y por un instante el pensamiento de Dakota me atraviesa el cerebro de nuevo como un clavo oxidado. Dakota, que está en algún lugar haciendo sabe dios qué, con quien sabe quién, mientras yo aquí me estoy jugando las pelotas.

¿"¡Concéntrate, joder!", me grito, pero es como hablarle al viento.

Empujo más fuerte, poniendo toda la rabia y el dolor en cada paso, cada golpe, cada respiración agitada. Los Mavericks se acercan como tiburones que han olido la sangre, uno tras otro. Es como estar rodeado por una manada de lobos hambrientos, y yo soy el único pedazo de carne disponible.

Tomo una respiración profunda que me quema los pulmones y busco a mi compañero libre como un naufrago busca tierra. Lo veo a unos metros, listo para recibir como un cachorrito esperando la galleta, pero justo cuando estoy a punto de lanzar el balón, siento un golpe en la espalda que me hace ver estrellas. El impacto me hace volar hacia adelante como un muñeco de trapo, y el balón se me resbala de las manos como si fuera de mantequilla, rodando como todas mis esperanzas.

¿"¡Levántate, Slates! No ha terminado!", escucho a alguien desde la banda.

¿"¡Cierra la boca!", gruño mientras me levanto tambaleándome como un borracho.

No puede terminar así. No aquí. No ahora, joder.

¿"Hunter, déjalo!", me grita Cassian. "No vale la pena!"

¿"¡Vete a la mierda!", le respondo a gritos.

Reanudamos el juego, pero me siento drenado como un trapo viejo, como si cada metro que corro fuera una maratón en el desierto. El balón vuelve a mis manos como una sentencia de muerte, y esta vez decido arriesgarlo todo. No me importa una mierda el marcador, no me importa una mierda la táctica, no me importa una mierda si esta es la última cosa que hago en este maldito campo verde.

¿"Hunter, no!", escucho gritar al entrenador, pero ya estoy en marcha.

Arranco como un proyectil, directo hacia la línea de defensa, y siento el rugido de la multitud que se hace cada vez más ensordecedor, como una ola que está a punto de arrollarme. Un coloso viene hacia mí a velocidad supersónica, con la gracia de un rinoceronte cabreado.

¿"¡Estás muerto, quarterback!", me grita esa montaña de músculos.

Lo veo venir como un tren de carga, pero no tengo intención de parar aunque me mate. Me bajo como un toro listo para embestir, preparo los hombros, y nos estrellamos en un impacto que me hace salir el alma del cuerpo. Todo mi cuerpo vibra como una cuerda de guitarra rota, una explosión de dolor que me atraviesa de la cabeza a los pies como una descarga eléctrica.

¿"¡Es esto todo lo que sabes hacer?", le escupo, quedándome milagrosamente de pie.

Otro bestia me está apuntando como un misil tierra-aire, listo para destrozarme. Empujo con más fuerza como un poseído, pongo todo el peso sobre mis piernas temblorosas, y avanzo como un kamikaze.

¿"Hunter, para!", escucho gritar a Cassian en la distancia.

¿"¡Ni de coña!", le respondo, pero las palabras me salen ahogadas.

Luego, sucede.

Otro golpe. Esta vez en la cabeza, como un mazazo de Thor. Es como si un camión me hubiera atropellado de lleno. La vista se me nubla como si alguien hubiera tirado pintura sobre mis ojos. Me tambaleo como un boxeador noqueado, intento resistir como un idiota, pero las piernas me dicen "vete a la mierda" y ya no responden.

"¡Hunter!" oigo gritar a alguien, pero parece venir de otro planeta.

Y luego todo se vuelve negro como el carbón.

***

Lo primero que siento es este extraño silencio.

Un silencio raro, pesado como una manta mojada, casi irreal. Ya no escucho los gritos de la multitud, ya no escucho la respiración de toro de mis compañeros, ya no escucho una mierda. Luego, poco a poco, los ruidos vuelven como una radio mal sintonizada. El sonido de pasos que se acercan corriendo, voces confusas que parecen venir del más allá. Alguien grita mi nombre como si estuviera llamando a un muerto.

"¡Hunter! ¡Hunter, joder, ¡responde!"

"Cállate", me gustaría decir, pero la boca no colabora.

Intento abrir los ojos, pero es como mirar a través de un cristal empañado. Veo siluetas moviéndose a mi alrededor como zombis, uniformes que se confunden, los cascos de mis compañeros, caras que me miran como si hubieran visto un fantasma. No entiendo qué mierda está pasando, pero el dolor me explota en la cabeza como un fuego artificial descontrolado, un martillo neumático que me perfora el cráneo sin piedad.

"¡No te muevas!" oigo ordenar a alguien. Como si pudiera, imbécil.

Intento levantarme, mover algo, pero el cuerpo me manda al carajo. Es como estar atrapado en una pesadilla de la que no puedo despertar ni a puñetazos.

La multitud está tan callada como en un cementerio. Todo el estadio parece contener la respiración como en una ejecución. Veo a los paramédicos que me rodean como buitres, sus manos que me tocan, que intentan hacerme preguntas. No entiendo una palabra de lo que dicen, como si hablaran en arameo antiguo.

"¿Cómo te llamas?" me pregunta uno de ellos.

"V-vete a la mierda", logro balbucear, pero la voz sale como un susurro de mierda.

El dolor en la cabeza es tan fuerte que quisiera gritar como un condenado, pero estoy atrapado en este cuerpo que parece pertenecer a alguien más.

Un paramédico con cara de profesor idiota se inclina sobre mí, sus ojos serios como si estuviera a punto de darme un diagnóstico terminal. Me hace más preguntas de mierda, pero las palabras me llegan como si estuviera bajo el agua. Veo su boca moverse como un pez, pero el sonido es solo un ruido de fondo. Solo escucho mi respiración, que se vuelve cada vez más débil, como una vela que está a punto de apagarse.

"¡Tenemos que sacarlo de aquí!" grita alguien.

"No..." intento protestar, pero nadie me hace caso.

Luego todo vuelve a ser negro como la muerte.

Me despierto por un milisegundo, tal vez solo el tiempo de un parpadeo, pero todo ha cambiado como en una película de ciencia ficción. Escucho el ruido de la camilla deslizándose por el suelo como una serpiente, luces frías que pasan por encima de mí como láseres, sombras que me envuelven como una manta mojada. No tengo idea de dónde carajo estoy, no sé qué está pasando. Solo siento un miedo de mierda, un terror que me aprieta las pelotas y no suelta la presa.

"¿Presión?" pregunta alguien.

"En caída", responde otro idiota con bata.

Las voces se vuelven más claras, más cercanas, como si alguien hubiera subido el volumen de la radio. Alguien grita órdenes como un sargento cabreado, otras voces responden como un coro desafinado. La camilla se mueve, y siento el frío del aire acondicionado cortándome la piel como una cuchilla. Cada movimiento es una puñalada en la cabeza. Quisiera gritar como un condenado, quisiera despertar de esta pesadilla, pero soy prisionero de mi propio cuerpo traidor.

"¡Hunter!" oigo llamar desde algún lugar.

Pero está solo en mi cabeza. Dakota.

La camilla se eleva como un ascensor roto y el mundo a mi alrededor se inclina de nuevo como después de una borrachera monumental. Veo las luces frías de las gradas, apuntadas hacia mí como reflectores durante un interrogatorio, pero son demasiado débiles, borrosas como una foto movida. El dolor me late en el cráneo como un martillo neumático, una punzada de mierda que no cede, como un recordatorio de cuán idiota he sido.

"¡Está perdiendo el conocimiento!" grita alguien.

"Ni de coña", murmuro, pero nadie me escucha.

Las voces de mis compañeros, de los paramédicos, rebotan entre las gradas como pelotas locas. La multitud está muda como en una iglesia, y puedo escuchar cada maldito ruido, cada susurro. Un zumbido de mierda, un telón de fondo de oraciones inútiles, de esperanza desperdiciada. Todos me están mirando como si fuera un animal en el zoológico, esperando algo, una señal, una palabra. Pero todo lo que puedo hacer es mirar al techo como un idiota, ver el cielo alejarse mientras estos imbéciles me llevan hacia el túnel. Cada centímetro es una puñalada al corazón.

"¡Resiste, Hunter!" oigo gritar a Cassian desde algún lugar.

"Cierra esa boca", quisiera decirle, pero las palabras están congeladas en mi garganta como hielo.

Mi cuerpo es una prisión, y yo no puedo hacer una mierda para salir de ella.

Dakota.

Su imagen es lo único que veo claro, incluso con los ojos jodidos. Dakota, que no está aquí, Dakota que probablemente ni siquiera sabe que estoy en la mierda hasta el cuello. Y en ese momento, el remordimiento me golpea como un tsunami. Debería haberle dicho lo que siento, debería haberla enfrentado como un hombre, en lugar de ser el cobarde de mierda que fui, en

lugar de dejar que la rabia me consumiera vivo.

"¡Preparen la sala de emergencias!" grita alguien, y el pánico en su voz me pone la piel de gallina.

"No... ahora..." logro susurrar, pero es como hablarle al viento.

La camilla se detiene por un segundo, y siento las manos de los paramédicos arreglándome como a una muñeca rota, sus voces que se vuelven más fuertes, más urgentes, como si estuvieran perdiendo el control de la situación.

Alguien grita mi nombre como si estuviera llamando a un muerto, pero es como un eco, un llamado desde un mundo demasiado lejano para alcanzarme. "No ahora", pienso, "no así."

"¡Hunter, quédate con nosotros!" grita un paramédico.

"V-vete a la mierda", susurro, pero no estoy seguro de que las palabras salgan realmente.

La multitud sigue allí, en silencio como en un funeral, esperando como un grupo de buitres. Me esfuerzo por mirar, por ver sus malditas caras, pero todo está borroso como después de diez cervezas. Solo puedo imaginar a mis compañeros, al coach Abernathy, a Cassian mirándome con esa expresión de madre gallina, y sé que está pensando que debería haberle escuchado, que debería haberme detenido como un buen niño. Pero ya no hay una mierda que pueda hacer.

"¡La presión está bajando!" grita alguien.

"Mierda, mierda, mierda", oigo murmurar a otro.

La camilla se desliza en la sombra del túnel como un ataúd, y el campo desaparece de mi vista como en una película de terror. Las luces se vuelven más débiles, como si alguien estuviera bajando el brillo de la realidad.

"D-Dakota..." susurro, y su nombre suena como una oración en mi lengua.

"Está delirando", dice alguien sobre mí.

Y luego, como en una película surrealista, todo se vuelve negro.

25

DAKOTA

Ese mismo sábado

La penumbra envuelve la habitación, rota solo por una estúpida lámpara que arroja una luz cálida sobre el sofá donde estamos tumbados. Elias me mira como si yo fuera una diosa bajada del Olimpo, con esos ojos de cachorro perdido que no me sueltan ni un segundo. Y yo debería estar aquí con la cabeza, debería concentrarme en él, pero en cambio estoy perdida en esa sonrisa irritante de Hunter, ese arrogante que se cree el rey del campus solo porque sabe lanzar una pelota.

"Estás pensando en él, ¿verdad?" me pregunta Elias, interrumpiendo mis pensamientos.

"¿Pero qué dices?" replico seca, pero sé que no sueno nada convincente.

Suspiro pesadamente, como si pudiera sacar a Hunter de mi cabeza con un solo respiro. Elias hace como si nada, o tal vez es demasiado estúpido para darse cuenta. Sus dedos empiezan a moverse por mi brazo, con ese toque delicado que debería volverme loca, pero que ahora me parece simplemente... equivocado.

"Mírame a los ojos, Dakota" susurra Elias, con la voz ronca intentando ser sexy. "Estamos aquí, solos, sin que nadie nos moleste. Y sin embargo... tengo la impresión de que tu cabeza está en otra parte." Se deja escapar una sonrisa sarcástica, y esa sonrisa – esa maldita sonrisa – me desafía a no apartar la mirada.

"No es cierto para nada" estallo irritada. "Estoy aquí contigo."

"¿Ah sí? Entonces, ¿por qué sigues mirando el móvil cada dos segundos?"

No puedo permitirme dudar. Elias es el chico perfecto. Es amable, dulce, el tipo que no te rompería el corazón solo por el placer de hacerlo. No es el tipo que se te mete bajo la piel como un parásito, incluso cuando debería mantenerse alejado. No como Hunter, ese cabrón.

"Deja de ser paranoico" respondo, intentando sonar segura. Pero mi voz me traiciona, revelando todo lo que intento desesperadamente ocultar. Estoy aquí con Elias, sí... pero en mi cabeza sigue estando Hunter, riéndose con esa actitud arrogante, como si supiera exactamente dónde quisiera estar.

Elias me mira durante lo que parece un siglo, sin decir nada. Luego se acerca aún más, su aliento me acaricia la piel, cálido e invitante. Me toma la cara entre las manos y empieza a besarme el cuello con una lentitud exasperante. Siento su cuerpo contra el mío, sólido y reconfortante, algo a lo que debería aferrarme con todas mis fuerzas.

Pero no funciona. Maldita sea, cuánto odio admitirlo, pero no funciona en absoluto.

Elias sigue besándome el cuello, sus labios se mueven por cada punto sensible como si estuviera siguiendo un mapa. La piel me arde bajo su toque, y me obligo a relajarme, a no pensar

en esa sonrisa arrogante que me persigue como un fantasma. Debería quererle, a Elias. Él está aquí, Hunter no. Hunter es un error, una distracción que debería borrar de mi vida como se borra un número de la agenda.

"Por favor, dime que estás aquí" murmura Elias contra mi piel. Su voz es casi una súplica. Y yo desearía poder decirle que sí, pero sería una mentira monumental.

"Claro que estoy aquí" respondo, asintiendo como una idiota, pero sé que es una mentira más grande que el campus.

"No pareces muy convencida" dice él, levantando la mirada. Sus ojos se encuentran con los míos, y hay una pizca de frustración que no logra ocultar.

"Y tú no pareces muy bueno en ocuparte de tus propios asuntos" replico, casi sin pensarlo.

"¿En serio, Dakota? ¿Esa es tu respuesta?" replica él, la voz que traiciona toda su irritación.

"Mira, no tengo ganas de discutir" murmuro, intentando sonar convincente. Pero mientras lo digo, sé que es una tontería. Sé que no estoy segura de nada, que tal vez nunca lo estaré. Y me odio por eso. Odio que Hunter tenga este poder sobre mí incluso cuando no está aquí, odio que consiga meterse en mis pensamientos incluso cuando estoy intentando desesperadamente mandarlo al diablo.

Las manos de Elias se deslizan por mi espalda, cálidas y seguras, y yo intento perderme en esa sensación. Pero cada vez que cierro los ojos, solo veo a Hunter, con esa sonrisa de siempre, esa mirada que parece decirme que sabe exactamente dónde quisiera estar, aunque no lo admitiría ni bajo tortura.

"Dakota, mírame" dice Elias, levantándome la barbilla. "Solo te quiero a ti. Pero tú tienes que estar aquí conmigo, no perdida en tus pensamientos."

"Estoy aquí contigo, ¿vale?" siseo, pero las palabras salen de mi boca como veneno. Es tan amable, tan malditamente perfecto. Pero ese es precisamente el problema. Él no es Hunter. No es mi condena personal, no es ese pensamiento fijo que me vuelve loca, no es ese deseo prohibido que me quema por dentro.

Y no importa cuánto lo intente, no consigo sacármelo de la cabeza, a ese hijo de puta.

"Ni de coña estás aquí" estalla Elias, apretando la mandíbula. "Estás aquí, pero tu cabeza está en otra parte. Es él, ¿verdad? Ese quarterback que te trata como una mierda."

"¿De quién estás hablando?" respondo, fingiendo sorpresa como una pésima actriz. Pero sé que no estoy engañando a nadie, menos a él, que ya me conoce demasiado bien.

"No hagas el papel conmigo" replica seco. "Sabes perfectamente que hablo de Hunter. Ese idiota que te ha tomado el pelo desde el primer día."

Me quedo en silencio, porque ¿qué puedo decir? Podría negarlo, pero sería una tontería inmensa. Hunter está ahí, entre nosotros, como un muro invisible, aunque no lo admitiré jamás.

Elias no pierde el tiempo. Sus labios vuelven a mi cuello, lentos e insistentes, como si cada centímetro de piel fuera territorio a conquistar. Sus manos están por todas partes, se deslizan por mi espalda, presionan, exploran. Y yo... debería dejarme llevar. Debería estar aquí, con él, sin pensar en nada más. Pero hay ese maldito gusano en el cerebro, ese rostro que no consigo borrar.

Hunter. Siempre él. Solo él. Y sin embargo, sé que debería ser Elias el único en quien concentrarme. El único que realmente merezco.

"No te pongas difícil ahora" susurra Elias contra mi piel, con una voz que debería hacerme derretir. "Sé que también me quieres."

"Claro que te quiero" respondo automáticamente, pero las palabras suenan falsas incluso a mis propios oídos, y sé que él se da cuenta. Ya no sé a quién intento engañar, si a él o a mí misma.

Elias no dice nada, pero veo en sus ojos que esta situación lo está volviendo loco, aunque intenta hacerse el duro. Se acerca aún más, me aprieta contra él, sus manos ahora firmes en mis caderas, fuertes, posesivas, y yo me dejo llevar por un momento, cerrando los ojos, intentando desesperadamente no pensar en nada.

"No me resistas" me susurra al oído. "Sé que también lo quieres."

"Cállate y bésame" replico seca, más para hacerlo callar que otra cosa.

Cada beso es un paso más hacia el punto de no retorno, cada respiro se mezcla con el suyo, convirtiéndose en un torbellino de deseo y confusión. Él me aprieta, me toca, y siento su calor contra mí, intenso, abrumador, el cuerpo que se mueve con una gracia casi animal. Sus manos se deslizan bajo mi camiseta, piel contra piel, y por un segundo, un miserable segundo, consigo olvidar todo lo demás.

Pero es solo un instante. Porque luego el teléfono vibra en la mesa, un sonido que lo rompe todo, una bofetada a mi concentración, y vuelvo a la realidad como si alguien me hubiera tirado un cubo de agua helada en la cara.

"Ni lo intentes" gruñe Elias, viendo mi mano moverse hacia el teléfono.

"Por favor" siseo, intentando ignorar esa sensación molesta que me dice que debo ver quién es.

"¿En serio, Dakota?" estalla él, con una ceja levantada y una sonrisa sarcástica en los labios. "¿No tienes nada mejor que hacer que mirar el teléfono mientras estamos follando?"

"No estábamos follando, idiota" respondo picada. "Y de todos modos, podría ser importante."

"¿Importante como yo intentando follarte desde hace media hora?" pregunta él, la celosía que se desliza por cada palabra como veneno.

Me encojo de hombros, fingiendo indiferencia como una verdadera cabrona. "No es nada" respondo, pero suena tan falso como un delfín con alas. No es nada, sigo repitiéndome como un mantra de mierda, intentando concentrarme en Elias, pero la vibración se repite, insistente como un martillo neumático en el cerebro.

"Si no es nada, entonces ¿por qué sigues mirando ese puto teléfono?" me desafía Elias, las manos todavía en mis caderas, los ojos que me atraviesan como láser. No es estúpido, eso tengo que concedérselo. Sabe que hay algo más, algo que está arruinando este momento, una sombra que no quiere irse.

"Es solo... un mensaje, ¿vale?" respondo, la irritación que sube como bilis en mi garganta. Pero la vibración vuelve, una tercera vez, y esta vez el corazón me sube a la garganta como si quisiera salir.

"Ve" bufa él, retirándose como si lo hubiera abofeteado. "Total, está claro que prefieres tu teléfono a mí."

"No seas melodramático" siseo, pero ya sé que todo se ha ido a la mierda.

Dudo un segundo, porque sé lo que significa. Sé que si miro ese mensaje, si veo quién es, algo entre nosotros cambiará para siempre. Pero ya estoy perdida, y él lo sabe también.

"¿Sabes qué? Que te den" estallo, agarrando el teléfono. Solo quería echar un vistazo rápido, justo para mandar a la mierda a quien fuera y volver a concentrarme en Elias. Un segundo, nada más. Pero apenas la pantalla se ilumina, todo se va a la mierda.

Las palabras me golpean como un puñetazo en la cara: "Dakota, es Hunter. Está en el hospital. Es grave... está luchando por su vida."

Siento el mundo detenerse, un escalofrío que me recorre la espalda, mientras las manos me tiemblan como si tuviera Parkinson.

Hunter. En el hospital. Grave. Hunter que podría morir. ¿Qué carajo está pasando?

“¿Dakota?” la voz de Elias me llega distante, como si estuviera al otro lado de la ciudad. “¿Qué pasa? Pareces haber visto un fantasma...”

Me alejo de su toque como si me quemara. Mi cabeza ya está a años luz de esta habitación, del cuerpo de Elias que hace un segundo pensaba que era todo lo que quería. Ahora solo está Hunter. Hunter que está en una cama de hospital. Hunter que podría... No. Ni siquiera quiero pensarlo, joder.

“Tengo que irme” las palabras me salen ahogadas mientras me levanto de golpe, tropezando con mis propios pies como una idiota.

“¿Qué significa que tienes que irte?” sisea Elias, levantándose también. “Estábamos en medio de algo, por si no te habías dado cuenta.”

“Es Hunter...” la voz me tiembla como una hoja al viento. “Está en el hospital... podría morir, joder.”

“Oh, qué sorpresa” explota Elias, el rostro que se contorsiona en una mueca. Sus manos se cierran en puños, y veo esa chispa en sus ojos, esa mezcla de celos y rabia que intenta ocultar, pero falla miserablemente. “Hunter. Siempre él. El niño dorado que no puede hacer una puta estornudo sin que corras hacia él.”

“No seas cabrón” gruño, aunque sé que tiene razón. “Es algo serio.”

“¿Tan serio como lo que estaba pasando aquí?” me desafía, la voz afilada como una navaja. “¿En serio, Dakota? Estás aquí conmigo y todo lo que te importa es correr hacia ese pedazo de mierda?”

No respondo de inmediato. Hay una parte de mí que sabe que debería mirarlo a los ojos y pedirle perdón, pero no puedo. No puedo. “No entiendes” consigo decir, pero mi voz está rota, incierta, prácticamente patética.

Me dirijo hacia la puerta sin pensarlo dos veces, el corazón latiéndome tan fuerte que podría salirse del pecho. Elias me mira, y sus siguientes palabras me golpean como una bofetada.

“Siempre es así, ¿verdad?” escupe con desprecio. “No puedes sacártelo de la cabeza... él siempre viene primero, incluso cuando otro intenta follarte.”

“¿Sabes qué? Que te jodan” le grito, aunque me gustaría decirle que no es como piensa, que no es todo tan simple como él cree. Pero las palabras se me mueren en la garganta como peces fuera del agua.

No es como piensas, Elias. Es más complicado. Es algo que no consigo explicarme ni a mí misma, joder.

Me vuelvo una última vez, para darle esa explicación que se merece, pero no consigo decir nada que no suene como una mentira monumental. Lo único que sé es que tengo que irme, tengo que estar allí, aunque no tenga la más mínima idea de lo que me espera.

“No es como piensas” murmuro, finalmente, pero mi voz apesta, es débil, y es un intento patético de justificarme. Elias me mira, los brazos cruzados, la cara de alguien que quisiera romperlo todo.

“Por favor” estalla él, con un tono tan sarcástico que me dan ganas de abofetearlo. “¿No es como pienso? Porque imagino que correr hacia él como una perra en celo es solo un acto de amistad, ¿verdad?”

“¿Sabes qué? Piensa lo que te salga de los huevos” gruño, dándome la vuelta. Ni siquiera tengo el valor de enfrentarlo, no ahora. Lo único que consigo hacer es abrir la puerta y salir sin mirar atrás, con el corazón latiendo tan fuerte que parece querer salirse del pecho.

Doy un portazo tan fuerte que probablemente lo hayan oído hasta en China, sin preocuparme de

lo que dejo atrás. Elias, su mirada decepcionada, sus palabras que me retumban en el cerebro como moscas locas. No tengo tiempo para sus tonterías, para disculparme, para darle sentido a todo este caos. Lo único que consigo ver, sentir, pensar en este momento, es la urgencia de estar allí. De estar cerca de Hunter.

No me importa el pasado. No me importa nada de cada insulto, cada mirada desafiante, cada broma de mierda que nos hemos lanzado. No me importa un carajo la rabia, el odio, o la confusión que siempre ha habido entre nosotros como un muro. Hunter está allí, en una cama de hospital, y yo no puedo hacer como si nada. No puedo perderlo.

No puede dejarme así, ese cabrón, sin una palabra.

Bajo las escaleras como una loca, casi rompiéndome la cara, con las manos temblando como si hubiera bebido diez cafés. Me lanzo a la calle, el viento frío me corta la cara como una navaja, pero no siento nada. Levanto un brazo como una desesperada para parar un taxi, pero parece que cada maldito conductor ha decidido ignorarme. Lanzo una mirada a la carretera, viendo solo un mar de luces que pasan frente a mí como en un viaje de ácido. Finalmente, un taxi se detiene. Me tiro dentro como una loca, cerrando la puerta tan fuerte que el taxista da un salto.

"Hospital St. Vincent, mueva el culo" ordeno, con un tono que no admite réplicas.

El taxista me mira por el retrovisor como si fuera una yonqui con el mono. No le importa una mierda cómo estoy o en qué estado mental me encuentro. Y está bien así. Ahora mismo no me importa ni una mierda cómo luzco, cuánto mi cara parece la de una psicópata, aterrorizada, desquiciada. Lo único que importa es llegar allí, y hacerlo rápido.

"¿Puede ir más rápido, por favor?" grito mientras el taxi se arrastra en el tráfico como un caracol artrítico.

"Señorita, hay límite de velocidad" responde él con aire molesto.

"Y yo le doy cincuenta euros de propina si ignora ese maldito límite" replico seca.

Mientras el taxi vuela por las calles, siento el corazón martilleando en mis oídos como un tambor enloquecido. Y cada kilómetro que nos acerca al hospital es una tortura, un recuerdo que vuelve, como un río desbordado que no puedo detener.

Hunter. Siempre ha estado ahí, un cabrón arrogante e irreverente, un enemigo que me ha provocado y desafiado como si mi vida fuera solo un juego para él. Y, sin embargo, no siempre fue así, no solo eso. Me vienen a la mente los momentos que nadie conoce, las raras veces en las que vi algo detrás de esa máscara de idiota. Aquel momento en la biblioteca, cuando casi parecía humano, cuando me preguntó esa tontería, pero con una sonrisa distinta. O aquella noche, durante una de esas fiestas de siempre, cuando me encontró sola en una esquina, lejos del caos, y simplemente me miró, sin decir nada. Su mirada no era la del cabrón arrogante de siempre; por un instante, fue... real.

Aprieto los puños hasta hacerme daño, los dedos fríos y sudados, y siento el pánico apretándome la garganta como un garfio. Si no lo logra... si Hunter muere, ahora, así... El pensamiento me da ganas de vomitar. No puede morir. No puede dejarme con toda esta rabia, con esta puta confusión, con todo lo que hay entre nosotros y que nunca tuve las pelotas de decir.

El taxi corre, pero parece que esta carretera no termina nunca. Cada semáforo rojo es una puñalada, una tortura, un minuto más que me separa de él.

"¡Joder, ¿puede ir más rápido?!" grito al taxista por enésima vez, aunque sé que ya está conduciendo como un loco. Él me lanza una mirada asesina por el retrovisor, pero se queda callado. No me importa, no me importa nada más que llegar.

Me llevo una mano a la boca, tratando de no perder la cabeza, pero el terror es demasiado

fuerte. Por primera vez entiendo lo que significa tener un miedo como este. No un miedo racional, sino un miedo que te agarra las entrañas y te deja solo con una desesperación que da asco.

Las imágenes de Hunter en el hospital no me dan tregua.

Lo veo herido, inmóvil, lo veo sin esa sonrisa suya, sin esa seguridad irritante que lo hacía... él. Y me da miedo, joder. Hunter siempre ha estado vivo, demasiado vivo, como un incendio que nunca se apaga. Pensarlo reducido a algo frágil, vulnerable... es un pensamiento que me duele como una puñalada en el pecho.

"¿Cuánto falta?" grito al taxista, forzando los ojos para ver el hospital.

"Tres minutos, si deja de gritar" gruñe él, apretando el volante.

Finalmente veo el hospital en el horizonte, y mi corazón da un salto mortal. Me aferro al asiento como una loca, fijando la vista en el edificio como si pudiera teletransportarme dentro. El coche se detiene con un frenazo brusco, y me lanzo fuera antes de que se detenga del todo.

"Quédese con el cambio" grito, lanzando un billete de cien euros en el asiento delantero y corriendo hacia la entrada como una desesperada.

Cruzo las puertas automáticas, el aire frío del hospital me golpea la cara, y me doy cuenta de que estoy aquí. No sé lo que me espera, no sé lo que encontraré, pero una cosa es segura: no me iré hasta saber que Hunter está bien.

"Estoy aquí por Hunter Slates" jadeo a la recepcionista, agarrándome al mostrador como si fuera un salvavidas. "¿Dónde está? ¿Cómo está? ¿Está vivo?"

La enfermera levanta la vista del ordenador, mirándome como si fuera una loca fugada del psiquiátrico. "Lo siento, señorita" responde con una calma que me hace querer darle una bofetada, "pero solo puedo dar información a los familiares."

"Mire, o me dice dónde está Hunter o juro que monto un escándalo" gruño, apretando los puños. "No me voy hasta saber cómo está."

"Cálmese, señorita" dice ella con ese tono condescendiente que me revuelve el estómago. "Tome asiento en la sala de espera. El médico saldrá pronto."

Quisiera gritar que no puedo esperar, que cada segundo es una puñalada al corazón, que necesito saber si ese cabrón sigue vivo. Pero me muerdo la lengua hasta hacerme daño y me arrastro hacia la sala de espera. Parte de mí se pregunta cómo he llegado a esto, cómo he sido tan idiota de no estar en el estadio. Debería haber estado allí, viendo ese maldito partido, en lugar de jugar a la noviecita perfecta con Elias. Qué idiota he sido.

"Oh, mira quién está aquí" una voz fría me hace levantar la cabeza de golpe.

El senador Slates llena la habitación como un peso muerto. Es uno de esos capullos altos e imponentes, con cara de cabrón y ojos que parecen puñales. El tipo de persona que no necesita abrir la boca para hacerte sentir una mierda. Se gira y sus ojos me atraviesan como láseres. Siento el frío de esa mirada, como si ya supiera todo de mí, de nosotros, de Hunter y de todo este desmadre.

"Dakota, ¿verdad?" su voz es afilada como una navaja. "No esperaba verte aquí... creía que mi hijo no era más que una molestia para ti."

Cada palabra es una bofetada, un golpe bajo que me hace tambalearme. No esperaba nada mejor de este cabrón, el hombre que cree que puede controlar todo y a todos, incluido Hunter. Pero no me dejo intimidar, no ahora. Aprieto los puños hasta que me duele, clavándome las uñas en las palmas, y lo miro directamente a los ojos, aunque me cueste cada pedazo de fuerza que tengo.

"No podría estar en otro lugar" respondo, la voz sutil pero decidida. Me esfuerzo por no bajar la

mirada, por no ceder ante la presión de esos ojos de hielo que parecen querer taladrarme el alma.

"¿Ah, en serio?" dice él, con un tono tan sarcástico que me dan ganas de darle un puñetazo. "Entonces ahora te preocupas por él? Espero que no estés aquí para algún drama adolescente. Mi hijo necesita paz, no... distracciones innecesarias." La palabra 'distracciones' me golpea como un escupitajo en la cara, y sé exactamente lo que quiere decir este cabrón.

Me muerdo la lengua hasta sentir la sangre, aunque siento como si me hubieran dado una patada en el estómago. Pero no le doy el gusto a este idiota. "Estoy aquí porque me importa él. Le guste o no, me quedo aquí." Mi voz es más fuerte de lo que pensaba, aunque el corazón me late a mil por hora.

El senador me mira durante lo que parece un siglo. Luego levanta una ceja, como si estuviera evaluando si valgo la pena para otro insulto. Parece a punto de decir alguna otra mierda venenosa, pero al final se limita a sacudir la cabeza, con una expresión que es una mezcla de disgusto y resignación. "Como quieras" murmura, como si ni siquiera valiera la pena mandarme a la mierda de verdad.

Me siento lo más lejos posible de ese cabrón, con las manos temblando y el corazón a punto de explotar en el pecho. Cada segundo que pasa es una tortura, un pinchazo de ansiedad que me corre por dentro como veneno. En mi cabeza se atropellan los pensamientos, las imágenes de Hunter, la forma en la que siempre me miraba con esa mirada de idiota, como si nada pudiera tocarlo. ¿Y ahora? Ahora está tirado en una cama de hospital, vulnerable como nunca lo he visto. Y yo no he podido estar allí, no cuando realmente era necesario.

"Por favor, Hunter, aguanta. No puedo perderte, no ahora..." pienso, cerrando los ojos un momento, tratando de calmar ese sentimiento de culpa que me aprieta el corazón.

Cada vez que abro los ojos, veo al senador Slates que me observa de reojo, con esa expresión de superioridad que no puede esconder. Casi siento sus pensamientos: para él, no soy más que un estorbo, una estúpida niñata que no tiene nada que ofrecer a su hijo más que caos y distracciones.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, la puerta se abre y un médico sale. Todos nos levantamos, pero yo salto hacia adelante antes de que pueda decir una palabra. Mi corazón es un tambor enloquecido, las manos sudadas y frías, y parece que no puedo respirar.

El médico se detiene, me mira a mí, luego al senador, y luego hace un gesto como para invitarnos a relajarnos. "Hunter está estable" dice, y esas tres palabras me golpean como una ola de alivio. "La cirugía salió bien, pero hará falta tiempo para saber si habrá consecuencias."

Cierro los ojos, soltando un suspiro que no sabía que contenía. El alivio es tan fuerte que casi me doblo por la mitad. Pero no consigo relajarme del todo. Me acerco al médico, ignorando al senador que me observa, y pregunto, "¿Puedo verlo?"

El senador sacude la cabeza, como si mi pregunta fuera una intrusión insoportable. Pero el doctor asiente. "Solo por unos minutos" dice, con un tono comprensivo.

Me dirijo a la habitación, sabiendo que cada paso me acerca a Hunter, y a todo lo que nunca tuve el valor de admitir.

26

HUNTER

Abro los ojos. O al menos lo intento.

Todo está borroso, nublado, como si estuviera mirando el mundo a través de una pantalla empañada. Hay una luz fría sobre mí, blanca e implacable, y el zumbido monótono de las máquinas me atraviesa la cabeza como una cuchilla sorda.

"¿Dónde diablos estoy?" El pensamiento me llega lento, como si mi mente estuviera anclada a toneladas de cemento. Intento mover una mano, pero es como si estuviera atado. Cada movimiento es un esfuerzo inmenso. Siento el cuerpo clavado a la cama, rígido y dolorido. "¿Qué está pasando?"

Intento enfocar el techo, las baldosas blancas y asépticas, pero parece que me hundo en esa luz. Un zumbido metálico llena mis oídos, constante, martilleante. Me estalla la cabeza. Cada pensamiento es una punzada que se clava en el cerebro. Respiro profundamente, pero incluso eso parece en vano. Cada intento de concentración se disuelve, y todo lo que queda es el dolor. Y la rabia.

Luego, como una puñalada que no esperas, llega una imagen. Dakota. Tan nítida, que casi parece que la veo ahí, a mi lado, con esa mirada obstinada, esos labios que se mueven en una sonrisa que se te mete en los huesos. Es real, por un instante, y no sé si odiarla o aferrarme a ella. Pero el rostro desaparece, se desliza antes de que pueda siquiera comprenderlo.

"Dakota..." murmuro, o quizá sea solo en mi mente. "Estás ahí con él, ¿verdad? Con ese perfecto idiota de Elias..."

Los celos me explotan en el pecho como una bomba. Su rostro, al lado del de Elias, se me cuela en la mente, una cuchilla afilada que me atraviesa por dentro. Siento la sangre hervirme, incluso aquí, en este lugar que huele a cloroformo y desesperación. No puedo moverme, no puedo gritar, no puedo hacer una mierda, y lo único que siento es la rabia, como un veneno que me consume.

Intento respirar, hacer algo, pero es inutil. Cada vez que intento concentrarme, el dolor me tira hacia abajo, una punzada que me atraviesa el cráneo. Solo recuerdo pedazos del campo, el ruido de la multitud, el golpe. Luego, el vacío.

El campo... "¿Qué hago aquí? ¿El partido...? ¿Dónde está el partido?" Intento enfocar, pero cada pensamiento se disuelve como humo. Nada tiene sentido. Sólo sé que Dakota está con Elias. Y yo estoy aquí, atrapado en esta pesadilla sin salida.

Siento una mano que me roza el brazo, quizá alguien que intenta ajustar el gotero, comprobar que todo esté en orden. Y solo querría arrancarme de esta cama, tomar esa mano y preguntar, gritar: "¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? Y Dakota... ¿está con él ahora?"

Pero las palabras no salen. Mi boca está seca, cada músculo me traiciona. Me quedo ahí, inmóvil, encadenado a la cama, con el cerebro martilleándome y esa sensación asquerosa de

vacío. De impotencia.

Si tan solo pudiera levantarme... si tan solo pudiera hacérselo pagar.

Mi mente retrocede, arrastrada a la fuerza, como una goma que se estira hasta romperse. Imágenes del partido contra los Mavericks empiezan a colarse en mis pensamientos, un collage confuso de sonidos, colores, dolor. No consigo distinguir qué es real y qué no. Es como si todo estuviera cubierto por un filtro gris y granulado, como una vieja película quemada en los bordes. Pero reconozco el campo. Reconozco el grito de la multitud. Y, sobre todo, reconozco la rabia.

El ruido de las gradas me retumba en la cabeza, un coro ensordecedor que parece querer hacerme estallar los tímpanos. La adrenalina sigue fluyendo en mis venas, y por un instante estoy allí de nuevo, en medio del campo, rodeado por los uniformes azul y blanco de los Mavericks. Esa manada de bestias furiosas que no esperaban más que un error mío. Siento el balón deslizarse entre mis dedos, frío y familiar, y lo aprieto como si fuera lo único que me mantiene anclado al mundo.

Grito la jugada, y todo se mueve en una danza caótica, violenta. Mis compañeros avanzan, abren el camino, y yo solo tengo que hacer mi trabajo. Tengo que ser perfecto, preciso, letal. Tengo que demostrar que soy Hunter Slates, el quarterback invencible. Pero, justo cuando estoy a punto de lanzar, algo se me clava en la mente como un cuchillo afilado. Una imagen repentina, un rostro que me persigue. Dakota.

La veo ahí, en mi cabeza, tan nítida que casi parece real. Esos ojos que me miran como si ya supieran lo que voy a hacer. Como si ya supieran que voy a cagarla.

Me detengo por un segundo, un instante de vacilación. Solo un maldito segundo, pero es suficiente. Veo el balón escaparse de mis manos, los dedos que se aflojan, y todo se va al carajo. Me veo a mí mismo perder el control, resbalar, mientras el rostro de Dakota sigue mirándome, como un reproche, como un fantasma.

El flashback cambia, se distorsiona, y ahora la veo a ella. Dakota. Y no está sola. Elias está allí, a su lado, y la imagen me golpea como un puñetazo en el estómago. Los dos se miran, hablan, ríen, y los celos me consumen como un veneno. “Elias no te merece, Dakota... nadie te conoce como te conozco yo... y sin embargo... tú nunca has sido realmente mía.” La frase me rebota en la cabeza, y el dolor en el pecho se hace aún más fuerte, como si cada palabra me estuviera arrancando un pedazo de corazón.

Los veo juntos, sus rostros superponiéndose a los de mis adversarios en el campo. Un revoltijo de emociones que me bloquea, que me impide pensar con claridad. No acepto que Dakota pueda estar con otro. No puedo aceptarlo. La idea me desgarra, me destruye. Cada parte de mí grita que no es justo, que ella debería ser mía, que no existe nadie que pueda comprenderla mejor que yo.

Siento la rabia crecer, hacerse física, visceral. Quiero apretar los puños, pero no puedo mover un dedo. Es como si estuviera encadenado, bloqueado en esta maldita cama, impotente. El corazón se acelera, se hace sordo y pesado, un martillo que me golpea en el pecho.

Elias. Ese perfecto idiota. Él es todo lo que yo nunca seré. Es impecable, educado, el buen chico que todos adoran. Es el tipo de hombre que podrías presentar a tu madre sin temer que frunza el ceño. Un tipo tan aburrido que resulta perfecto. ¿Y yo? Yo soy todo lo contrario. Soy un desastre, un lío ambulante, y odio cada aspecto de esa imagen que Elias proyecta.

El flashback se interrumpe de repente, dejándome en un estado de agitación y dolor. Todo desaparece, pero el peso en el pecho permanece, opresivo. El campo se desvanece, los rostros desaparecen, pero la sensación de pérdida me aplasta, me deja sin aliento.

“¿Qué sentido tiene? Todo esto... ¿todo esto para qué?” Las palabras me retumban en la cabeza,

un eco que no puedo apartar. “Ella está allí, con él, mientras yo... mientras yo...”.

La frase queda suspendida, inconclusa, como si faltara la última pieza.

Un ruido sutil, casi imperceptible, me arranca del letargo. Siento una presencia en la habitación, un peso que se cuela en el aire como una sombra, densa, fría. Abro los ojos lo justo para ver una figura que llena la puerta con la habitual, imponente, prepotente autoridad. Lo reconozco al instante, no hace falta ni enfocar: el senador Slates, mi padre.

Incluso ahora, incluso aquí, con los huesos gritándome de dolor y la cabeza a punto de estallar, él consigue hacerme sentir... inferior. Es como si emanara una fuerza invisible, un magnetismo negativo que vacía el aire y absorbe todo lo que le rodea. Me observa, me escruta de arriba abajo, y ya sé lo que está pensando. No soy más que otra decepción, otro error a corregir, otra nota discordante en su currículum perfecto.

Me mira con esos ojos de hielo, fríos y calculadores, como si incluso ahora estuviera pesando cada una de mis debilidades, cada uno de mis fracasos. Yo, inmóvil en esta cama, soy su monumento al desprecio. Siento su voz en la cabeza incluso antes de que abra la boca, y ya sé que no saldrá nada bueno.

“Hunter” dice, y mi nombre sale de sus labios como si fuera un peso, un esfuerzo, un yunque que arrastrar. “¿Piensas levantarte de esta enésima caída, o tienes intención de acabar también tu carrera como haces con todo lo demás?”

Cada palabra es una puñalada. No hay preocupación, no hay un atisbo de humanidad en lo que está diciendo. Es como si estuviera comentando el fracaso de una estrategia de negocios, como si yo no fuera más que una inversión fallida.

“No entiendes nada... nunca has entendido nada...” el pensamiento me martillea en la cabeza, una rabia silenciosa e impotente que me consume por dentro. Quisiera decíselo en la cara, quisiera gritarle que no sabe nada de mí, que ni siquiera sabe lo que significa caer de verdad, vivir de verdad. Pero estoy bloqueado, impotente. Incluso ahora, incluso en este momento, no soy más que un maldito fracaso a sus ojos.

Él me mira, sin una pizca de emoción. Parece casi divertido por mi inmovilidad, como si esto fuera un recordatorio de cuán débil he sido siempre, inferior, indigno de su nombre. Y lo odio por eso.

“Te lo has buscado” continúa, sin piedad, como si estuviera enumerando los hechos más obvios del mundo. “¿De verdad pensabas que perseguir la gloria en el campo de juego te iba a traer algo bueno? Mírate, Hunter. Estás en una cama de hospital, ¿y para qué? ¿Para otra victoria que no cambiará nada?”

Quisiera responder, quisiera decirle que no ha entendido una mierda, que el campo es el único lugar donde puedo ser realmente yo mismo, pero las palabras no salen. Mi boca es un desierto, la voz está atrapada en el pecho como un animal herido. Solo siento esta rabia impotente, que me consume, que duele casi más que el golpe en la cabeza.

Él inclina apenas la cabeza, como si estuviera observando un insecto bajo el microscopio, y veo ese atisbo de desprecio que conozco demasiado bien. “Pensaba que habías aprendido algo, pero evidentemente me equivocaba. No has hecho más que demostrarme que tenía razón.”

No lo soporto más. Dentro de mí, todo explota, quisiera levantarme de esta cama y decirle que no me interesa un carajo su opinión, que puede irse al infierno. Pero estoy bloqueado, clavado al colchón, y no puedo hacer más que mirarlo con un odio que me quema por dentro.

Y luego llega el golpe final.

“¿Y todo esto para qué? ¿Para distraerte con una niñata? Una niñata, Hunter. ¿En serio?” El

desprecio en su voz es tan denso que casi parece una sustancia física, un veneno que se infiltra en el aire. “Pensaba que eras más inteligente que eso. ¿Crees que alguien como tú puede permitirse distracciones de ese tipo?”

Las palabras me golpean como puñetazos en el estómago, una descarga de veneno que me paraliza. Dakota. La ha mencionado. La ha puesto de por medio, como si fuera culpa suya, como si ella no fuera más que un capricho sin sentido, una distracción que hay que desechar. Siento la rabia mezclarse con el dolor, atravesarme como una llama.

“¿Ni siquiera hablas?” me provoca, con una sonrisa fría, una mueca que parece querer decir que ya sabía todo esto, que solo está aquí para recordarme cuán patético soy. “¿Por qué no lo admites? Lo has desperdiciado todo, Hunter. Cada oportunidad que te has ganado, la has tirado a la basura persiguiendo sueños ridículos y... niñatas.”

Quisiera responderle, decirle que no ha entendido una mierda, que no conoce a Dakota, que no sabe nada de lo que siento por ella. Pero las palabras están prisioneras, atrapadas en mi cabeza, y todo lo que puedo hacer es mirarlo con una mirada de odio mudo.

“Espero que esto te enseñe algo, al menos” dice finalmente, como si acabara de concluir una reunión de negocios. “Quizá la próxima vez pienses mejor a quién le das tu atención.”

Me mira un instante más, luego se da la vuelta, sin una palabra más. Sin un atisbo de emoción, sin siquiera un gesto de afecto.

La siento antes de verla. Es un susurro, una sombra que se desliza en la habitación, pero el solo pensamiento de que sea ella me atraviesa como una descarga eléctrica.

Dakota.

Podría reconocer su presencia incluso entre mil personas, incluso con los ojos cerrados, incluso en este estado medio muerto en el que me encuentro ahora. Es como si el aire cambiara, se volviera más denso, más vivo. Siento cada paso, cada mínimo movimiento, y con cada fibra de mi cuerpo sé que es ella, sin siquiera tener que abrir los ojos.

Me esfuerzo por incorporarme, hacer algo, pero el cansancio es un peso que me mantiene clavado a la cama. La siento acercarse, sus pasos ligeros, casi inciertos, como si estuviera caminando de puntillas. Siempre ha tenido esa delicadeza, esa capacidad de avanzar y llenar un espacio sin necesidad de hacer ruido, sin pedir permiso. Y ahora está aquí, a unos pasos de mí, y el solo sonido de sus pasos hace que el corazón me lata como un martillo descontrolado.

Finalmente, abro los ojos. La veo. Dakota Wexler está ahí, de pie junto a mi cama, con una expresión que no logro descifrar. Es más frágil de lo que recuerdo, o quizá siempre ha sido así y nunca he querido verlo. Es como si hubiera perdido un pedazo de esa seguridad que siempre exhibía, como si estuviera mostrando finalmente algo que había mantenido oculto durante demasiado tiempo. Y esa vulnerabilidad, por mucho que la odie, me desarma.

Se sienta junto a mí, lentamente, como si temiera hacer demasiado ruido, interrumpir algo. Me roza la mano, un contacto ligero, y el calor de su piel me atraviesa como una cuchilla. Me mira, y yo quisiera decir algo, cualquier cosa, pero estoy atrapado en este maldito cuerpo que no responde.

Ella se muerde el labio, y finalmente habla, en voz baja, casi un susurro. No sé si piensa que no puedo oírla, pero cada palabra me llega como un golpe directo al corazón. “No deberías estar aquí, Hunter. No así... es culpa mía... debía haber estado allí para ti...”

Su voz está llena de arrepentimiento, de angustia, como si cada palabra le costara un esfuerzo inmenso. Es como si estuviera llevando un peso que la aplasta, y yo no sé si quiero consolarla o gritarle. Siento su culpa como una confesión, ¿pero me basta? Es como si estuviera admitiendo

algo sin decírmelo abiertamente, y el pensamiento de Elias me quema por dentro como un fuego que no puedo apagar.

Sus palabras deberían bastarme, deberían calmarme, pero no es así. Hay esa maldita imagen que sigue atormentándome: ella, con él. No puedo apartarla, aunque cada fibra de mi cuerpo desee solo que esté aquí, que me diga que no es cierto, que soy solo yo. Su voz me golpea, pero el resentimiento hacia Elias es como un veneno que me corroe, una espina que no consigo arrancar.

"¿No te bastaba conmigo, verdad?" pienso, con un rencor que me corroe por dentro. "No podías evitar ir con él. Incluso ahora... te pienso, y tú..." Las palabras se agolpan en mi mente, un revoltijo de rabia y dolor que no consigo expresar. Quisiera preguntarle, quisiera enfrentarla, quisiera saber si ha estado con él. Pero la pregunta se me queda atascada en la garganta, y todo lo que puedo hacer es mirarla, esperando que lea en mis ojos lo que no puedo decir.

Dakota se queda allí, en silencio, y el tiempo parece detenerse. Siento el calor de su mano en la mía, ese contacto que me desgarra y me consuela al mismo tiempo. Me gustaría creer que este momento puede bastar, que es suficiente. Pero sé que no es así.

Ella se aleja, y el silencio de la habitación me cae encima como una losa. Es un vacío denso, opresivo, lleno de todo lo que no he dicho, todo lo que debería haber dicho y nunca he tenido el valor de enfrentar. Me quedo ahí, atrapado entre las sábanas blancas y el sonido sordo de las máquinas, solo con mis pensamientos y las cicatrices que me están devorando lentamente.

¿Qué me he convertido?

Todo esto, todas estas gilipolleces, ¿para qué?

He llevado mi cuerpo al límite, me he vendido a la imagen del quarterback indestructible, invencible, solo por una ilusión. Una ilusión que, al final, me ha llevado directo a esta cama de hospital, roto y humillado. Casi me da risa – todo esto, ¿para quién? ¿Para impresionar a Dakota? ¿Para mostrarme como algo que en el fondo nunca he sido?

Una parte de mí sabe que es así.

He construido toda esta máscara solo para demostrarle que soy el hombre que ella habría querido, el tipo de chico que puede tenerlo todo y a todos. ¿Pero a qué precio? Al precio de un cuerpo que no responde, de una cabeza que me estalla, de una carrera que podría estar acabada antes de siquiera empezar de verdad. Me pregunto si realmente merece la pena. Me pregunto si toda esta carrera desenfrenada hacia la nada ha sido siempre más que una mentira, una maldita actuación para parecer invencible.

Y ella... ella nunca entendió nada, o quizá yo lo he hecho todo mal.

Quizá nunca entendí realmente lo que quería, o quizá soy solo un idiota que siempre vio lo que quiso ver. Me he consumido por ella, me he destruido, he quemado cada fibra de mi ser persiguiendo algo que quizá nunca fue real. Y ahora me encuentro aquí, hecho pedazos, mientras ella se va, dejándome solo con mi fracaso.

Intento apartar esa imagen, pero su sombra permanece, aferrada a mi mente. Y es como si Elias Moretti siempre hubiera estado allí, él también, mirándome, juzgándome con esa sonrisa perfecta y esa falsa comprensión que me revuelve el estómago. Elias... la sombra perfecta que me sigue a todas partes, que se ha metido entre Dakota y yo como un veneno. El pensamiento me está devorando, y por un momento siento la rabia crecer de nuevo, el deseo de escabullirme de esta cama, enfrentarlo, demostrarle que no puede llevarse todo.

Pero luego me detengo.

No, basta. No puedo seguir consumiéndome así.

Estos celos me han consumido, me han devorado. No puedo seguir destruyéndome por la

imagen de él y Dakota juntos. ¿Qué sentido tiene? ¿Qué estoy logrando con todo esto? Quizá sea justo que acabe así. Quizá este accidente sea mi alto, mi señal.

"Hunter" me digo, "quizá no haya ningún futuro para ti. Quizá esta sea la despedida. Pero si sales de aquí, tendrás que dejar de jugar a estos juegos. Por ella. Por ti."

Siento esas palabras retumbando en mi cabeza, y me duelen. Por primera vez, me doy cuenta de que todo este dolor no es solo físico. Es un dolor más profundo, más arraigado. No se trata solo del cuerpo que no responde o de la carrera que se desmorona. Es un dolor que me destroza por dentro, un vacío que Dakota llenó durante un tiempo y que ahora me parece aún más profundo, aún más oscuro.

Ella fue mi única distracción, el único apoyo. Y me doy cuenta de cuánta razón tenía ella, de cuánto todo lo que hice no fue más que una ilusión. Ella fue lo único real, la única verdad en medio de todas estas mentiras, de todas estas máscaras. Y yo nunca lo entendí. He pasado mi tiempo intentando demostrar algo, intentando retenerla como si fuera un objeto, y ahora me doy cuenta de cuán estúpido he sido, de cuánto he malinterpretado todo.

"Has sido lo único verdadero, Dakota" pienso, y las palabras me atraviesan. Me pregunto si ya es demasiado tarde, si ya he quemado toda posibilidad de recuperarla, si he arruinado todo sin siquiera darme cuenta.

27

DAKOTA

Me encuentro mirando a Hunter, acostado en la cama del hospital como si fuera un ángel caído.

El olor a desinfectante y el zumbido constante de las máquinas son la banda sonora de este desastre, un solo de tristeza que nunca pensé que viviría.

Hunter, el rey indiscutible del campus, reducido a una figura pálida e inmóvil bajo una sábana blanca. Está tan frágil, tan... absolutamente humano. Y yo, como una idiota, no consigo levantarme de esta silla.

Debía haberme ido" murmuro para mí misma, aunque las palabras rebotan en el silencio estéril, y mi cuerpo no muestra la más mínima intención de moverse. Es ridículo, ¿no? He estado aquí por horas. Podría haberme dado una vuelta, buscar un café, olvidar por unos minutos el olor a hospital, pero no, aquí estoy. Me convenzo de que es solo para asegurarme de que esté respirando, de que despierte, de que no haga una de sus estupideces épicas incluso en coma. Pero sé perfectamente que es solo una excusa.

Inspiro profundamente.

No puedo evitar mirarlo. Los párpados cerrados, los labios entreabiertos como si estuviera soñando alguna tontería narcisista. Aún tiene esa máscara de oxígeno que le cubre la nariz y parte de la boca, y si no fuera por el sonido constante del respirador, parecería casi... casi perfecto. El rostro limpio, pálido como el de un ángel, pero un ángel que ha visto demasiados infiernos. Me pregunto si se siente igual de cómodo incluso en este estado, si su arrogancia persiste aun cuando no tiene el control de la escena. Es extraño: lo odio y lo envidio al mismo tiempo.

Si supieras cuánto me pones de los nervios" murmuro en voz baja, como si pudiera escucharme. Y, en el fondo, tal vez quisiera que realmente me escuchara. Tal vez respondería con una de sus frases estúpidas, se despertaría con esa sonrisa de "soy Dios bajado a la Tierra", y todo volvería a ser como antes. Yo, Dakota la cabrona. Él, Hunter el rey de los malditos. Todo en su lugar.

Pero nada está en su lugar aquí. Yo no, desde luego. Él tampoco, el quarterback invencible convertido en un espectro.

Me levanto y empiezo a caminar nerviosamente, de un lado a otro, sin apartar la mirada de él, como si pudiera mantenerlo con vida solo con la fuerza de mi irritación. Hay algo absurdo en todo esto, algo que desafía toda lógica. Me parezco a una de esas chicas de películas que se quedan velando al "chico malo" herido, y eso casi me da ganas de vomitar. ¿Yo, a su lado? ¿En serio? Y, sin embargo, cada vez que pienso en alejarme, mis pies parecen pegarse al suelo.

Me odiaría por mucho menos, ¿sabes?" digo, dirigiéndome a él, aunque está completamente inconsciente. "Eres muy bueno en joderlo todo, incluso cuando estás inmóvil."

Y mientras lo miro, los recuerdos me invaden. Nuestras pullas mordaces, sus provocaciones, esas miradas que me lanzaba desde que empezamos este absurdo juego de desprecio y atracción. Me vienen a la mente momentos de puro odio, pero también de tensión. Él provocándome para sacar lo peor de mí, y yo cayendo cada vez en su trampa, porque el odio es más fácil de manejar. El odio es seguro, no requiere compromisos, no te deja expuesta.

Pero entonces, ¿por qué sigo aquí?

Porque, a pesar de todos mis "lo odio", hay algo en mí que se niega a dejarlo solo en esta habitación fría y anónima.

Es una pregunta que no quiero hacerme, porque ya sé la respuesta, y la respuesta es una patada a mi orgullo.

Te lo mereces" murmuro, sintiendo un toque de satisfacción amarga. "Esto y más, Hunter Slates."

Pero es una mentira, una hermosa mentira envuelta en rabia. La verdad es que me preocupa, aunque no quiera. Por alguna razón enferma, ese idiota ha encontrado la manera de meterse bajo mi piel, sin pedir permiso, sin tocar la puerta. Y es odioso cómo todo esto me hace sentir débil.

Tomo aire profundamente y cierro los ojos, casi intentando poner orden entre los pensamientos que se agolpan en mi mente. Sé que no debería quedarme aquí, que debería levantarme y dejarlo solo, que mi lugar está lejos de él, tal vez sumergida en mis libros, en mi mundo perfecto y ordenado. Pero hay una parte de mí que se rebela, una parte que se niega a irse. Quedarme aquí significa algo que no estoy lista para enfrentar, pero igual no consigo moverme.

Abro los ojos y lo miro de nuevo.

Hay un instante de silencio, de absoluta nada, en el que me parece oír solo el latido de mi corazón, mi respiración mezclándose con la de las máquinas que lo mantienen con vida. Me acerco a la cama, tanto que casi puedo sentir su olor –un vago olor a jabón mezclado con la fría asepsia del hospital. Me duele verlo así, aunque nunca lo admitiría, ni siquiera bajo tortura.

No te hagas ideas raras" susurro, inclinándome sobre él. "No es que realmente me importe. Es solo... no quiero tener remordimientos, ¿vale? Y cuando despiertes, puedes desaparecer de nuevo de mi vida. Pero hasta ese momento..."

Me detengo, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Porque, en realidad, no hay palabras adecuadas. Simplemente, estoy aquí.

Me siento junto a la cama de Hunter y lo miro, como si en cualquier momento pudiera despertarse, mirarme con esos ojos descarados y soltarme una de sus bromas de idiota. Pero no sucede. Él sigue allí, inmóvil, pálido, como si hasta su arrogancia hubiera recibido un golpe. Y yo estoy aquí, atrapada mirándolo, intentando entender por qué no consigo largarme.

Inspiro y dejo que mis ojos vaguen sobre él, sobre su perfil inmóvil, perfecto. Dios, cuán guapo es. Incluso ahora, incluso en este estado, consigue quitarme el aliento. Y eso me enloquece. Porque no es solo cuestión de cuán condenadamente atractivo sea. No. Es algo más insidioso, más sucio. Él no es cualquier chico. Hay algo en él que me atrae, aunque cada gramo de sentido común me diga que me mantenga lejos.

Se me vienen a la cabeza momentos que no debería recordar, instantes que siempre archivé bajo "odio" para no enfrentar el lío que me crean por dentro. Como aquella vez que me miró, de verdad me miró, como si viera algo en mí que ni yo misma consigo ver. Y esa sonrisita arrogante suya, que me desafía a responderle, siempre me lleva a sacar lo peor de mí. Pero más allá de las sonrisas mordaces, de las pullas venenosas, me parece haber visto algo diferente. Una sombra, una grieta en esa coraza de rey del mundo que lleva con tanta soltura. Y esa grieta me atrae más

de lo que estoy dispuesta a admitir.

Recuerdo todas nuestras peleas, sus provocaciones y las respuestas ácidas que me salían de la boca antes siquiera de poder detenerlas. Siempre ha sido un juego, un juego absurdo y peligroso, porque sabía que al final, aunque fingíamos despreciarnos, había algo demasiado parecido a una conexión entre nosotros. Y ahora me pregunto si todo ese veneno no era solo una máscara. Tal vez sea su forma de defenderse, como la mía. Quizá, como yo, también él lleva esa coraza para protegerse.

Si supieras el caos que has logrado desatar dentro de mí, te reirías" murmuro, como si las palabras pudieran cobrar vida y sacudirlo. Pero él permanece inmóvil, y yo sigo atrapada en mis pensamientos, sin salida.

Y mientras continúa mirándolo, me doy cuenta de que el enfrentamiento con él, ese odio que siempre exhibí con orgullo, era solo una forma de mantenerlo a distancia. Me ha engañado, me ha engañado a lo grande, y también lo odio por eso. Hunter Slates ha conseguido colarse en cada fisura de mi coraza, meterse dentro de mí como un veneno lento, silencioso, y ahora está aquí, clavado en mi corazón, y no sé cómo echarlo.

Admitirlo es un trago amargo, casi doloroso, porque para mí reconocer que siento algo por él significa dejar a un lado todo lo que siempre pensé de mí misma. Significa aceptar que, bajo esa fachada de desprecio, siempre supe que él me gustaba. Hay algo condenadamente incorrecto en esto, pero es la verdad. Mi verdad, aunque duela como una puñalada.

Me dan ganas de sacudirlo, de gritarle en la cara que se despierte y responda a todo este desastre que ha creado, como si tuviera derecho de ponerle mi corazón en las manos y pedirle que me lo explique. Pero sé que sería en vano, porque él, probablemente, ni siquiera se da cuenta. Para él, yo solo soy otra que se cruzó en su camino. Solo un juguete más con el que divertirse.

Y entonces me siento estúpida. Estúpida, porque le he permitido a alguien como él acercarse, abrir una brecha. Él es todo lo que desprecio, la superficialidad hecha persona, la arrogancia que pisotea todo y a todos sin un atisbo de remordimiento. Y, sin embargo, aquí estoy, una estúpida que se preocupa por el rey de los idiotas, incapaz de despegarme de esta silla.

Eres un idiota, Slates" digo en voz alta, como si pudiera realmente escucharme. "Un idiota, y yo soy la más grande de las estúpidas por haber caído así."

Pero mi corazón sigue latiendo a un ritmo irregular, y no hay forma de hacerlo callar. Porque sé que, a pesar de todo, no es una simple infatuación. Él ha conseguido llevarse algo más. Hay una parte de mí, una parte que ni siquiera sabía que tenía, que le pertenece, y eso me enfurece. Porque si hay algo que detesto, es sentirme débil, expuesta.

La sombra de la culpa me inunda como una marea.

Me odio por haber llegado a este punto, por haber permitido que mis sentimientos llegaran tan lejos. Me siento una fracasada, porque he caído en el encanto superficial de un chico que representa todo lo que siempre he intentado evitar. Y, aun así, no puedo dejar de esperar que despierte, que me mire con esos ojos descarados y me diga algo malo, algo que borre toda esta vulnerabilidad.

Me recuesto en la silla y cierro los ojos, intentando contener la rabia que me invade. No puedo creer haber llegado a esto, haberme dejado engañar de esta manera. Pero una parte de mí, la que se niega a escuchar la lógica, sigue sintiendo que, quizá, él sea más de lo que muestra. Que, tal vez, hay algo en él que nadie conoce, algo que lo hace... diferente.

Y así me quedo aquí, atrapada entre el odio y la atracción, entre las ganas de irme y las de

quedarme para siempre, aunque todo en mí grita que debería huir.

Miro a Hunter, inmóvil y pálido, como si el mundo a su alrededor no fuera más que una molestia. Pero su presencia aquí, con ese silencio cargado de todo, enciende en mí una corriente que no se apaga, una corriente que sé perfectamente lo que significa. Y mientras lo miro, Elias se me mete en la cabeza como un taladro.

Elias Moretti. El chico perfecto, amable, siempre presente. El que nunca me haría sufrir, que siempre elegiría la manera más segura, la más respetuosa, de hacerme sentir bien. Y mientras pienso en él, la culpa me envuelve como una garra, una presa fría e insoportable. Me pregunto si le estoy haciendo una mala jugada a Elias solo por el placer de perseguir una atracción tóxica, sin sentido, hacia un chico que es todo lo opuesto a lo que Elias representa.

Hunter y Elias. Es como mirar el día y la noche, como elegir entre el puerto seguro y el océano tormentoso. Elias es el agua calma, la que nunca me hará ahogar, la que nunca me hará perder el control. Hunter, en cambio... él es la maldita tormenta, la que me arrastra y me lanza al fondo, y por mucho que luche, sé que es esa sensación de pérdida total la que me vuelve loca.

Me pregunto cómo he terminado así, por qué me he permitido caer en esta trampa. Elias es la elección lógica, la elección que cualquiera me recomendaría. La chica inteligente no se mete con el quarterback engreído y jodido; la chica inteligente elige a Elias, el bueno, dulce, disponible. El que, cuando te toca, parece casi pedirte permiso. Pero el solo pensar en esto me deja un vacío que no puedo explicar. Quizá, al final, siempre he sabido que Elias no era realmente lo que quería.

La verdad es que Hunter enciende algo en mí que no puedo ignorar. Es como si me desafiara, como si el solo hecho de pensar en él hiciera estallar todas las defensas que he construido con tanto esfuerzo. Y cuanto más me digo que está mal, que él es el mayor error que podría cometer, más fuerte se vuelve el deseo, insoportable. Es esa fuerza que corre en el fondo, que me quema cada vez que estoy cerca de él.

¿Qué es lo que realmente quieres, Dakota?" me pregunto en un susurro, como si el silencio pudiera responder. ¿Quiero la seguridad de Elias, su calma, su mirada dulce que nunca me haría daño? ¿O quiero la incertidumbre de Hunter, su oscuridad, la promesa de quemarme y consumirme sin dejarme ni un fragmento de sentido común?

Es una elección que no consigo hacer, una guerra que me consume por dentro. El sentimiento de culpa me atormenta, me susurra que soy una hipócrita, una cobarde, que estoy usando a Elias como escudo solo para justificar mi atracción por alguien que nunca podré dominar. Hunter es el caos, y yo, de alguna manera, estoy obsesionada con él.

Me acerco a la cama y lo miro, buscando una respuesta que no encuentro. Quisiera poder decir que estoy aquí solo para asegurarme de que esté bien, pero sé que es una mentira. Estoy aquí porque no puedo irme.

28

HUNTER

Estoy atrapado aquí, en esta cama de hospital que huele a desinfectante y a paredes estériles, rodeado de un silencio que me pone de los nervios. Pero ahora puedo hablar, me he despertado del supuesto coma temporal en el que me encontré después de ese choque colosal.

La luz es débil, uno de esos neones cansados que parpadean intermitentemente, y yo me siento atrapado, inmóvil, mientras la cabeza todavía late, como un martillo que no deja de golpear. Los médicos me dicen que me quede quieto, que no me mueva, pero no saben qué es lo que me está devorando por dentro. No es el dolor físico. No es el golpe que me hizo perder el conocimiento en el campo y me trajo aquí, no. Es otra cosa, algo que se ha metido más profundo que cualquier contusión.

Es la puta rabia. Y sé exactamente para quién es.

Dakota está aquí, se mueve en silencio en un rincón de la habitación. La veo de reojo, con ese cabello recogido en una cola y esa forma de mantenerse en pie, tan rígida como si estuviera en una trinchera, como si estuviera lista para saltar en cualquier momento. No sé si está aquí por lástima o por sentido del deber, pero la cuestión me enfurece igualmente. ¿Quién se cree que es, mi enfermera personal? No la necesito. Y sin embargo, ahí está, fingiendo que todo va bien, manteniendo esa actitud tranquila que me dan ganas de sacudirla.

La última vez que estuvimos juntos sin nadie más alrededor, la discusión llegó a niveles de veneno que ni siquiera imaginaba posibles. Sus palabras todavía zumban en mi cabeza, como astillas de vidrio. Elias. Ese maldito nombre. Lo usó contra mí, como si fuera una hoja afilada para apuntarme, insinuando que quizá él sería… mejor. Tuvo el descaro de compararme con él, como si estuviera siquiera vagamente a mi altura. Pero, ¿qué quiere de mí? ¿Que me convierta en el chico perfecto, que le corra detrás con ramos de flores y miradas dulces? No soy ese tipo, y ella lo sabe.

Me muevo apenas en la cama, tratando de ignorar el dolor en la cabeza que sigue latiendo, y lanzo una mirada en su dirección. Me siento impotente, y odio esta sensación. Siempre he estado al mando, siempre en control de todo, y ahora estoy aquí, prisionero de mis heridas y de su presencia. Su silenciosa, irritante presencia. Está allí como si fuera un pobre idiota que necesita compañía, o peor aún, alguien que debería agradecerle porque ha tenido la amabilidad de venir a visitarme.

Una parte de mí querría decirle que se vaya, que me deje en paz, pero no puedo. Hay algo en ella, algo que no logro descifrar, que me mantiene atado como una cuerda demasiado apretada alrededor del cuello. Y mientras pienso en esas palabras suyas sobre Elias, la rabia crece, una llama que me quema por dentro.

"¿Elias, eh?" le dije, esa noche, mordiéndome la lengua para no explotar del todo. "¿Es ese el

tipo que te hace latir el corazón? ¿El buen chico, el que te mira con esos ojos de cachorro y te escucha como si fueras la única cosa en el mundo?" Me acerqué, haciendo que cada palabra pesara, desafiándola a reaccionar. Esperaba una de sus respuestas cortantes, su habitual mirada llena de desprecio, pero ella no pestañeó. De hecho, me miró con esa sonrisa tranquila, casi burlona.

"Quizá sí, Hunter" respondió, y esas dos palabras salieron de su boca como una condena. "Quizá Elias sea diferente. Al menos él no necesita ser el rey del campus para sentirse alguien."

Esas palabras me explotaron por dentro como una granada, destrozaron cada pedazo de autocontrol. No sabía cómo reaccionar. Quizá debería haberme dado la vuelta e irme, dejarla allí, sola con esa actitud de superioridad. Pero me quedé, demasiado enfadado para apartarme. Demasiado herido para admitir que realmente lo estaba.

Y ahora, aquí, atrapado en esta cama como un idiota, las palabras siguen zumbando en mi cabeza. Esa sonrisa que iluminaba sus ojos mientras pronunciaba el nombre de Elias, como si fuera un arma, una forma de herirme, de compararme con alguien que nunca podría estar a la altura. Pero quizá, para ella, esa idea no le desagradaba en absoluto.

La observo mientras se acerca, como si se sintiera obligada a hacer algo, a hablarme, o peor, a consolarme. Lo hace con su habitual aire distante, y me doy cuenta de que la rabia está a punto de explotar. "¿Qué pasa, Dakota?" suelto, antes de que ella siquiera abra la boca. "¿Has venido aquí para hacer de ángel de la misericordia? ¿Para asegurarte de que me estoy portando bien?"

Ella levanta una ceja, sorprendida, pero su mirada se vuelve enseguida dura, fría como el hielo. "Solo estoy intentando asegurarme de que no hagas tonterías, Hunter."

"¿Tonterías, eh?" respondo, sin siquiera intentar ocultar el sarcasmo. "Sabes, Dakota, de todas las personas que esperaba ver aquí, tú eres la última. No sabía que mi bienestar era tan importante para ti. O quizá..." dejo escapar una sonrisa burlona. "Quizá es solo culpa tuya que haya terminado aquí. Tal vez son tus juegos mentales los que me hicieron perder el control."

Ella me mira con esa mirada que odio, esa mirada que me hace sentir pequeño, un insecto al que aplastar. "Tus errores son solo tuyos, Hunter" responde, fría como el mármol. "No me des tanto crédito. Ni tanto poder."

Siento la rabia crecer, una llama que me quema por dentro. No soporto la forma en que logra manipularme, hacerme sentir débil, vulnerable. No soporto el pensamiento de que pueda siquiera imaginar que Elias sea una verdadera alternativa. Elias. Cristo, ese nombre me revuelve el estómago.

Me inclino ligeramente hacia ella, siento las costillas que tiran, pero no me detengo. "¿En serio, Dakota?" siseo, manteniendo la mirada fija en sus ojos. "Entonces dime, ¿qué hay en Elias, eh? ¿Qué tiene él que te hace hablar de él como si fuera un santo? ¿Es tan bueno hablando? ¿O hay algo más?" Las últimas palabras salen en un susurro cargado de veneno.

Ella no se inmuta, pero veo sus ojos oscurecerse, un destello de rabia que cruza su expresión. "Quizá sí, Hunter. Quizá haya algo más." Cada palabra es una puñalada, y ella lo sabe. "Quizá Elias sea capaz de tratar a una persona como una persona, y no como una conquista para presumir. Quizá, si te hubieras dignado a mirar un poco más profundo, sabrías lo que significa."

Me quedo en silencio, el pecho subiendo y bajando mientras me doy cuenta de que no logro encontrar las palabras correctas. No sé si estoy herido o enfadado, o quizá ambas cosas. No sé qué es peor, el hecho de que me haya golpeado en un punto tan expuesto, o el hecho de que, de alguna manera, tenga razón. Pero hay algo que sé: no soporto la idea de que ella pueda siquiera imaginar terminar en los brazos de ese maldito Moretti, dejarse tratar como una jodida princesa

mientras yo... mientras yo sigo aquí, mascando rabia.

Me hundo de nuevo en la cama, la cabeza que me da vueltas ligeramente, y con una sonrisa venenosa que oculta el dolor profundo replico: "Si te gusta tanto ese Elias, entonces, ¿qué haces aquí? Vete con él, Dakota. Quizá hasta consiga mantenerte despierta toda la noche, como lo hago yo."

La miro, inmóvil en ese rincón de la habitación, y siento la rabia crecer como una ola lista para arrasarme. Es increíble cómo logra irritarme con solo su presencia, con esa actitud de santa en misión. Me mira con esos ojos fríos y calculadores, como si fuera ella la que tuviera el control, como si yo estuviera aquí, en mi cama de hospital, jugando el papel del pobre idiota al que compadecer. Yo. El pobre idiota.

No puedo más.

Tengo que ponerla de rodillas.

Tengo que arrancarle esa actitud de mártir que tanto le gusta llevar, hacerle entender que no existe ningún Elias que pueda estar a su altura como lo hago yo. Dejo que la rabia se apodere de mí, que corra por mis venas como un veneno caliente. Ya no me importa nada, ni mis condiciones, ni el golpe que recibí, ni sus buenas intenciones. Solo quiero verla ceder, verla perder la máscara.

"¿Sabes qué pienso, cerebrito?" la provoco, incorporándome apenas en la cama. Ignoro el dolor de cabeza, ignoro las voces que me dicen que me detenga. "Pienso que estás aquí solo porque no sabes estar lejos de mí. Todo ese gran discurso sobre Moretti, sobre cuánto sería mejor que yo... Todas chorradas."

Ella abre los ojos por un momento, pero se recompone enseguida. Es increíble cómo se esfuerza por mantener esa actitud de calma distante, pero yo la veo por lo que es: una fachada. Un maldito farol. "Eres ridículo, Hunter. No todo gira en torno a ti, por mucho que estés convencido de lo contrario."

"Oh, claro, claro" replico, sardónico, con una sonrisa cargada de veneno. "Entonces explícame por qué estás aquí. Porque, si estás tan condenadamente segura de querer a Elias, de lo diferente que es, de lo mucho que él es capaz de tratarte como una 'persona', ¿por qué sigues plantada en esta habitación? ¿Eh? Responde, Dakota Wexler."

Ella aprieta los labios, los ojos brillando. Sé que he dado en el clavo. Tiene esa luz de rabia contenida en la mirada, como si quisiera darme una bofetada, y parte de mí casi lo desea. Que pierda finalmente el control, que me muestre ese lado que tanto intenta esconder.

"Quizá solo estoy aquí porque me das pena, Hunter. ¿Es eso lo que quieres oír?" dice, con una calma fría que parece solo una cobertura para la rabia que le sube por dentro. "Quizá estoy aquí porque verte así me recuerda cuán poco has entendido de ti mismo y de lo que quieres."

Las palabras me golpean, pero no le permito ver el efecto que me causan. Sigo sonriendo, más amplio, más arrogante, porque sé que esto la enfurecerá. "¡Oh, de verdad? ¿Tú crees saber qué quiero, Dakota? Tú, que has pasado tu vida escondiéndote entre libros y refugiándote detrás de tu actitud de intelectual? Tú, que necesitas a un pobre idiota como Elias para sentirte considerada? Sí, eres realmente buena leyendo a los demás, no hay duda."

"¿Y tú?" replica ella, acercándose a la cama. Su voz es más baja ahora, como una amenaza sutil. "¿Tú piensas que me conoces solo porque eres bueno jugando? ¿Porque sabes cómo manipular a las personas? ¿No te has parado a pensar que quizá no eres el único en el mundo con ambiciones? Quizá Elias Moretti tenga algo que tú nunca tendrás, Hunter."

Me esfuerzo por mantener el control, pero la rabia me devora, y cada palabra que pronuncia es

como una astilla clavada en la carne. “¿Ah sí? ¿Y qué, exactamente, tendría él que yo no tenga? O quizá no tengas el valor de admitirlo.”

Ella me mira, y en su mirada hay algo diferente, una rabia que nunca había visto antes. “Respeto” susurra, y la palabra me golpea como un puñetazo. “Algo que tú parece que nunca has aprendido. Quizá sea eso lo que falta en tu preciosa cabeza de quarterback narcisista y arrogante.”

Respeto. ¿Es eso lo que piensa de mí? ¿Que no soy capaz de respetar? Las palabras me hierven por dentro, y en un instante siento que no puedo seguir conteniéndolas. Mi voz sale afilada, cortante, casi sin control. “¿Respeto? ¿Quieres que te respete? Claro, cerebrito, quizá debería respetarte mientras corres hacia Elias cada vez que las cosas se ponen difíciles. Quizá debería respetarte mientras te escondes detrás de él, incapaz de enfrentar lo que realmente somos tú y yo.”

Ella abre los ojos, sorprendida. No se esperaba esto. No esperaba que se lo lanzara a la cara con tanta brutalidad. “Tú... tú no sabes nada de lo que siento por Elias” replica, pero su voz es menos firme. Ha perdido algo de esa seguridad, y yo aprovecho de inmediato.

“No, claro, porque tú eres un maldito enigma, ¼ierto? El cerebrito impenetrable que nadie consigue entender. La chica que no se rinde, que no se deja acercar. Pero, ¿sabes algo, Dakota? Yo te veo por lo que realmente eres. Y sé perfectamente que toda esta historia de Elias es solo una excusa. Una maldita excusa para no admitir que, cuando estás conmigo, pierdes el control.”

Ella parece perturbada, pero su mirada se endurece aún más. “Cállate, Hunter” dice, la voz cargada de tensión. “Tú no tienes idea de lo que siento.”

“¿Cállarme? No, cariño, no tengo intención de callarme.” Me acerco aún más, ignorando todo dolor, toda precaución. Quiero que sienta cada palabra como un golpe, quiero que finalmente pierda el control, que se deje ir. “¿Por qué no lo admites, eh? Admite que, cada vez que estamos solos, que cada vez que me miras, algo dentro de ti se rompe. Admite que, mientras finges querer a Elias, es conmigo con quien no puedes dejar de pensar.”

Dakota contiene la respiración, y por un momento, solo un momento, veo en sus ojos un reflejo diferente, algo que no es rabia, algo que se parece casi al deseo. Es un destello, un instante fugaz, pero está ahí, y es suficiente. Sé que la he tocado en un punto vulnerable, y eso me da una satisfacción venenosa.

“Eres un cabrón” sisea, pero su tono ya no tiene la misma fuerza. Es como si algo en ella se hubiera resquebrajado, como si mi provocación hubiera finalmente tambaleado su seguridad. Y yo me nutro de esa duda, de ese momento en que, aunque solo sea por un instante, bajó la guardia.

“Y tú me adoras por eso, Dakota” le susurro, manteniendo su mirada atrapada en la mía. Las palabras son un veneno dulce, un desafío abierto, y sé que ya estamos al borde de la ruptura. “Adoras cada maldito segundo de esta guerra entre nosotros.”

La tensión es palpable, podría cortarse el aire con un cuchillo. Ella me mira, y sus ojos están cargados de esa rabia contenida que conozco demasiado bien. Cada fibra de su ser grita por la necesidad de explotar, de gritarme en la cara, de dejarse ir. Pero ella es Dakota, la chica inexpugnable, la fortaleza a prueba de bombas. Sin embargo, yo la veo, veo cómo cada palabra que le lanzo la golpea, cómo se obliga a mantenerse firme, impasible, mientras yo hago todo lo posible por romper ese maldito autocontrol suyo.

“Ven aquí, Dakota” la provoco, haciéndole un gesto con la cabeza. “¿Qué pasa, tienes miedo de acercarte? ¿O quizá te sientes demasiado segura, allí, en la esquina?”

Ella aprieta los dientes y da un paso hacia mí. Está furiosa, y su rabia es tan evidente que casi me deleito. Es un juego perverso, y ambos lo sabemos. Yo la provoco, ella reacciona, y al final ninguno de los dos sale intacto.

"No te tengo miedo, Hunter" susurra, con una voz cargada de veneno. "Y no necesito tus patéticas provocaciones para sentirme viva."

Me río, un sonido bajo y venenoso. "Claro, tú no necesitas a nadie ni nada, ¿verdad? Eres tan buena estando sola, siendo la mujer independiente que finge ser inmune a todo. Pero la verdad es que no haces más que huir. Y ahora quieres huir de mí, pero sabes que no puedes."

Ella se tensa, y sé que he dado en el clavo. "No es huir, Hunter. Es evitar perder el tiempo con personas que no valen la pena."

"Ah, ¿y entonces Elias vale la pena?" La palabra sale como un disparo a quemarropa, y su reacción es todo lo que esperaba. Sus ojos se encienden con una llama peligrosa, y siento que estamos a un paso de explotar. "¿De verdad, cerebrito? ¿Él sería una alternativa? Alguien que te llena la cabeza de bonitas palabras, que te escucha con esa falsa atención como si estuviera leyendo un manual sobre cómo conquistar a una chica difícil?"

Ella aprieta los puños, y el rubor en sus mejillas le da un aire aún más salvaje. "Al menos él sabe cómo tratar a las personas, Hunter" replica, la voz como un siseo. "Al menos él no me ve solo como una conquista para exhibir."

Siento mi paciencia romperse como un hilo demasiado tenso. "¿Una conquista para exhibir?" me río, pero hay una vena de rabia en mi tono que no puedo contener. "Cariño, si fueras solo una conquista, no estarías aquí, en esta habitación, mirándome como si fuera la única persona en el mundo capaz de hacerte perder el control."

Ella no responde, pero la tensión entre nosotros se intensifica. Me levanto de la cama, ignorando el dolor, y me acerco a ella. Ahora estamos cara a cara, y puedo ver cada matiz de su mirada: rabia, deseo, frustración. Una combinación explosiva.

"Elias..." le susurro, acentuando el nombre como una burla. "¿De verdad crees que él podría darte lo que yo te doy? ¿Crees que él podría hacerte sentir viva como te hago sentir yo?"

"No todo es una competición, Hunter" replica, pero su voz delata una nota de incertidumbre. "No todo se trata de... de poseer a alguien."

"Equivocada, Dakota. Todo se trata de posesión." Mi voz es baja, casi un susurro, y me acerco aún más, hasta sentir su aliento en mi rostro. "Y lo sabes bien, porque cada vez que estamos juntos, solo existe eso, solo nosotros dos, y todo lo demás desaparece. Elias nunca podría... nunca podría darte lo que yo puedo darte."

"Hunter, basta" susurra ella, la voz temblorosa. Es una súmica, pero no da un paso atrás. Es como si estuviera atrapada en este juego enfermo tanto como yo.

"No me digas que pare" replico, el tono decidido. "Porque no quiero. Quiero que admitas de una vez por todas lo que somos tú y yo. Quiero que admitas que no hay ningún Elias, ningún falso príncipe azul intelectualoide que pueda ocupar mi lugar."

"Tú..." ella busca las palabras, pero parece perdida, como si no pudiera encontrar una salida de este laberinto de tensión en el que la he atrapado. "Tú solo eres un arrogante, Hunter. Un narcisista egocéntrico y patético que cree que el mundo gira a su alrededor."

Sus palabras golpean, pero esta vez estoy preparado. La miro directamente a los ojos, y por un momento, dejo caer la máscara. Por un segundo, le muestro algo más que esa fachada arrogante. "Quizá tengas razón, cerebrito" admito, la voz más baja. "Quizá soy un arrogante, un cabrón. Pero entonces dime, ¿por qué sigues aquí? ¿Por qué sigues volviendo a mí?"

Sus labios se entreabren, pero no dice nada. Se queda en silencio, y en ese silencio entiendo que he tocado algo profundo, algo que ella no puede ignorar. Hay una chispa de vulnerabilidad en sus ojos, una luz que se enciende solo cuando estamos solos, cuando todas las defensas caen.

"¿Ves?" continúo, la voz casi un susurro. "Tú también lo sabes, Dakota. Sabes que hay algo aquí, entre nosotros. Algo que no puedes fingir ignorar. Yo te veo por lo que eres, y sé que no puedes esconderte de mí."

Ella contiene el aliento, y por un momento, un solo momento, me parece ver una grieta en esa coraza de hierro que se ha construido. "Hunter..." susurra, la voz rota, como si estuviera al borde de algo. Y en ese momento, me parece estar más cerca de ella de lo que jamás he estado.

Pero luego la veo recuperar el control, veo su expresión cambiar, volverse de nuevo dura, fría. Como si se hubiera despertado del hechizo. "No hay nada aquí" murmura, la voz cargada de una rabia contenida. "Nada que valga la pena."

Siento esas palabras como una cuchillada, pero no me dejo abatir. "¿De verdad?" replico, sonriendo con burla. "Entonces, ¿por qué tiembla tu voz? ¿Por qué no puedes mirarme a los ojos sin querer huir? ¿Por qué sientes la necesidad de afirmar que no hay nada?"

Ella me mira fijamente, y sé que la he puesto contra las cuerdas. "Basta, Hunter" susurra, pero el tono ya no es tan convencido. Hay una fragilidad en sus palabras que me llena de euforia, una conciencia de que finalmente, finalmente, las máscaras están por caer.

"No te basta, ¿verdad?" le susurro. "No te basta fingir que Elias Moretti puede ser el indicado. Porque cuando estás conmigo, todo lo demás desaparece, y lo sabes. Lo sientes."

Dakota cierra los ojos por un momento, como si estuviera intentando ahuyentar mis palabras, como si quisiera desesperadamente ignorar la verdad que le estoy arrojando a la cara. Cuando los vuelve a abrir, la veo más vulnerable que nunca, y me doy cuenta de que quizá, después de todo, hemos llegado al punto de ruptura.

Ella ahora tiene los ojos cerrados, la respiración entrecortada, como si estuviera intentando aferrarse al control, mantenerse firme. Pero yo la veo, veo cómo su pecho sube y baja, como si estuviera luchando por contener algo más que una simple respuesta. No sé qué quiero realmente de ella en este momento – quizá que me grite, que explote, que finalmente deje caer esa máscara de fuerza que me arroja a la cara cada vez.

Pero la veo. Siento su respiración, percibo el temblor en sus ojos. Y estoy ahí, a un paso de llevarla al fondo, a un aliento del punto de ruptura.

"Abre los ojos, Dakota Wexler" susurro. "Mírame y dime que no sientes nada."

Sus pestañas tiemblan, un instante de vacilación, y finalmente abre los ojos. Me mira, su mirada es una tormenta, un huracán de emociones. Ya no hay distancia, ya no hay desprecio. Solo hay una tensión pura, cruda, y me doy cuenta de que acabo de destapar algo profundo.

"Estás tan seguro de ti mismo, Hunter" susurra, la voz cargada de una rabia que se mezcla con algo diferente. Algo peligroso. "Crees que lo sabes todo, crees que tienes el control, como si todo el mundo debiera arrodillarse ante ti."

Me acerco aún más, nuestra respiración fusionándose. "¿Y tú, Dakota? ¿No eres acaso la que siempre se ha mantenido a distancia, la que no permite que nadie se acerque de verdad? ¿Crees que no lo he entendido?"

Ella abre los ojos como platos, como si le hubiera revelado una verdad que siempre ha intentado ocultar incluso a sí misma. La veo contener la respiración, y su voz tiembla ligeramente cuando finalmente responde: "No tienes ni idea de quién soy, Hunter. No sabes nada de mí."

"Oh, claro" replico con sarcasmo, una sonrisa venenosa que se ensancha en mis labios. "Porque

tú eres la indecifrable Dakota. Nadie ha logrado entenderte, nadie ha sido lo suficientemente bueno para ti. Y sin embargo, aquí estás, frente a mí, con los ojos que te traicionan."

Las palabras se deslizan sin control, y sé que cada una de ellas es un golpe preciso, una hoja afilada que está desgastando su coraza. Quiero llevarla a ceder, quiero que finalmente deje caer todas las defensas. Y siento que lo estoy logrando.

"Basta, Hunter" susurra, pero ya no hay fuerza en su voz. Es una súmica, una petición desesperada que tiene todo el peso de la vulnerabilidad.

"¿Basta?" Mi voz es un siseo cargado de ironía. "No, Dakota, no quiero parar. Quiero que admitas lo que realmente sientes. Quiero que dejes de fingir, que dejes de esconderte detrás de esa fachada de perfección inalcanzable."

Ella se aparta, retrocede un paso, pero está atrapada contra la pared. Su respiración está acelerada, y veo el conflicto en su mirada, una batalla entre el deseo de dejarse llevar y el de resistirse todavía, de aferrarse a ese último fragmento de autocontrol.

"¿Por qué lo haces?" me pregunta, y su voz es casi un susurro, llena de una desesperación que no puede contener. "¿Por qué tienes esta necesidad de... de hacerme perder el control?"

No puedo evitar sonreír, pero hay algo diferente en esa sonrisa, algo que no puedo esconder. "Quizás porque eres la única persona que me hace sentir... algo. No estoy acostumbrado a esto, cerebrito. No estoy acostumbrado a sentir."

Ella se queda en silencio, pero en sus ojos veo una pregunta, una duda. Es como si estuviera a punto de decir algo, como si estuviera a punto de confesar también un secreto oculto, pero se contiene. Y en ese silencio, en ese momento de vulnerabilidad, no puedo detenerme.

"Estás tan condenadamente asustada" continúa, sin apartar la mirada de la suya. "Y yo? Yo no tengo miedo de ti. No tengo miedo de decir que, por mucho que odie admitirlo, cuando estoy contigo siento algo que va más allá de todo lo que he sentido nunca."

Ella respira hondo, el pecho se le sube y baja casi frenéticamente. Siento que estamos caminando sobre una cuerda fina, a un paso de ceder ambos, a un respiro de perder completamente el control.

"Si crees que tengo miedo de ti, te equivocas" susurra, con un hilo de voz que parece traicionar la verdad detrás de sus palabras. "Eres tú el que no tiene el valor de enfrentar sus propios miedos, Hunter. Eres tú el que huye cada vez que las cosas se vuelven reales."

"¿De verdad?" replico, mi tono feroz, como un rugido contenido. "Porque sigo aquí, Dakota. Estoy aquí, frente a ti, y te estoy diciendo exactamente lo que siento. No soy yo el que se esconde. Y no he olvidado lo que vivimos esa noche, en ese baño, en la fiesta de la fraternidad...".

Ella está conmocionada, y finalmente veo que esa grieta se abre. "¿Y qué sientes, Hunter?" pregunta, la voz temblorosa, como si estuviera luchando contra cada emoción que le hierve dentro. "Dime qué sientes, porque no puedo entenderte. No puedo entender qué quieres realmente de mí."

Me acerco aún más, hasta que mi rostro está a unos pocos centímetros del suyo. El mundo a nuestro alrededor parece desaparecer, y en ese momento ya no hay mentiras, ya no hay juegos. Somos solo ella y yo, dos personas atrapadas en una red de sentimientos que no podemos controlar.

"Tú me haces sentir vivo" le digo, la voz apenas un susurro, pero cargada de una sinceridad que ni siquiera yo esperaba. "Y por muy absurdo que parezca, eres la única que consigue hacerme olvidar quién soy realmente. Cuando estoy contigo, ya no soy solo Hunter Slates, el quarterback

invencible. Soy... soy alguien. Y eso me asusta, Dakota. Me asusta más que cualquier otra cosa."

Ella se queda inmóvil, sorprendida, desconcertada, y por un momento el silencio se hace total. Nuestras palabras están suspendidas en el aire, como una verdad demasiado pesada para sostener, pero demasiado poderosa para ser ignorada.

Luego, lentamente, ella aparta la mirada, como si intentara absorber lo que le acabo de decir. Veo en su expresión una vulnerabilidad que nunca ha mostrado, algo frágil y delicado que la hace diferente, humana.

"Hunter..." susurra, y su voz está llena de emoción, un sonido que vibra con algo que se parece a la comprensión.

Estamos los dos suspendidos en un silencio pesado, como si las palabras que nos hemos dicho hubieran dejado cicatrices invisibles en el aire entre nosotros. Ella me mira como si acabara de ver algo que no pensaba posible, como si hubiera revelado una parte de mí que siempre ha intentado negar. Es vulnerable, y esa vulnerabilidad suya me cala hondo, me hace sentir expuesto de una manera que nunca había experimentado.

"Hunter" susurra de nuevo, como si estuviera intentando encontrar las palabras, pero no lograra dar forma a lo que siente. Está ahí, frente a mí, y puedo casi ver sus pensamientos, sus emociones que le atraviesan el rostro, como olas que luchan por no romperse.

Por un momento, quiero extender la mano y tocarla, sentir que es real, que este momento no es solo una ilusión. Pero me detengo, porque sé que es frágil. Siento que estamos en un límite delgado, y cualquier movimiento podría hacer que todo se derrumbe.

Y luego, sin aviso, Dakota sacude la cabeza, casi como si estuviera intentando liberarse del agarre de las emociones. Su rostro se endurece de nuevo, y veo que su determinación reaparece, una barrera que se eleva, lista para retomar el control. Es como si estuviera construyendo un muro invisible, un último intento de defenderse de lo que acaba de sentir.

"No" dice, la voz temblorosa pero decidida, como si quisiera convencerse a sí misma. "No puedo hacerlo. No puedo... permitirme ceder a algo que no tiene futuro."

Su afirmación es como una ducha fría, y siento una punzada repentina, una rabia sutil que se cuela bajo la piel. "¿Futuro?" replico, la voz cargada de incredulidad y desprecio. "Hablas de futuro como si fuera lo único que importa. Como si las emociones que sentimos ahora no fueran suficientes. Como si necesitáramos una condenada garantía para todo."

"Porque yo pienso en mi futuro, Hunter" replica ella, la voz más segura, como si quisiera retomar el control de la conversación. "No puedo... no puedo ser solo otra de tus conquistas. Otra de tus aventuras sin sentido, un trofeo que dejas en la estantería cuando te aburres."

"¿Un trofeo?" replico, y las palabras me salen con una fuerza que me sorprende. "¿De verdad crees que eres solo eso para mí? ¿De verdad crees que, después de todo esto, podría considerarte como a las demás? ¿Crees que eres solo otro rostro entre las decenas que pasan, que no significan nada?"

Ella no responde de inmediato, pero veo que mis palabras la afectan. Hay algo en sus ojos, una llama que parece apagarse y encenderse al mismo tiempo. Quisiera poder descifrar lo que siente, pero Dakota es un maldito enigma, y aún ahora, mientras los dos estamos suspendidos en este momento, ella logra mantener esa máscara de fuerza.

"No sé qué pensar, Hunter" dice finalmente, con un tono más suave, casi roto. "No sé qué creer, porque contigo nunca sé qué es verdad y qué es solo un juego. Siempre has sido tan bueno en disfrazarlo todo, en esconderte detrás de una sonrisa arrogante, en hacerme dudar de lo que veo. ¿Cómo puedo confiar en ti?"

Su pregunta me golpea, y por un momento me siento perdido, como si yo también necesitara entender lo que realmente siento. Tiene razón. Siempre he jugado, siempre he mantenido esa distancia que me protegía de todo y de todos, como si cada emoción fuera un riesgo, una amenaza. Pero ahora, con ella, siento que cada defensa que he construido está derrumbándose.

"No sé qué quieres que te diga, Dakota" admito, dejando que un velo de sinceridad cruce mi mirada. "Nunca he sido bueno con... con estas cosas. Pero solo sé una cosa: cuando estoy contigo, no me importa nada ni nadie. Me haces sentir... me haces sentir vivo. Y no sé cómo gestionarlo, porque no estoy acostumbrado a sentir algo tan real."

La veo tragar saliva, como si mis palabras la hubieran golpeado profundamente. Por un momento, parece que va a responder, pero luego aparta la mirada, indecisa. Siento que quiere decir algo, pero se contiene, que está atrapada en un limbo de emociones encontradas.

"Hunter..." susurra, la voz cargada de una dulzura que no pensaba que pudiera tener. "Yo... yo también siento algo, pero tengo miedo. Tengo miedo de perderme, de ser una más, de acabar siendo solo otra conquista."

Quisiera tranquilizarla, quisiera decirle que para mí no es así, que ella es diferente, pero las palabras parecen resbalarme entre los dedos, como arena. Y en ese momento, siento que nuestras barreras están a punto de derrumbarse por completo, que estamos a un paso de dejarnos llevar por todo lo que nos retiene.

Pero luego ella retrocede un paso, el rostro de nuevo serio, la determinación que regresa como una llama que no quiere apagarse. "No puedo" dice finalmente, con un hilo de voz. "No puedo permitirme ceder. No puedo arriesgarme a ser solo otra de tus historias, Hunter. Lo siento."

Siento el peso de sus palabras, y por un instante, una punzada de desilusión me oprime el pecho. Pero sé que aún hay algo, algo sin resolver, un hilo invisible que nos mantiene unidos. La miro una última vez, nuestras miradas se cruzan en un silencio denso, cargado de todo lo que no hemos logrado decirnos.

Luego, sin una palabra, ella se gira y se dirige hacia la puerta. La veo salir de la habitación, el ruido de sus pasos se desvanece, dejándome solo, sumido en una sensación de vacío que nunca había sentido antes.

Me quedo ahí, mirando el lugar donde ella estaba, como si en cualquier momento pudiera regresar. Pero sé que no lo hará. Aun así, mientras el silencio me envuelve, siento que esta historia no ha terminado. No puede terminar así.

Estamos unidos, ella y yo, por algo más profundo que un simple juego. Por algo que nos consume, que nos lleva a herirnos, pero que nos mantiene juntos de una manera que ninguno de los dos puede explicar.

Y mientras su perfume se desvanece en el aire, siento que mi corazón no se rinde.

Todavía no.

29

DAKOTA

El techo de mi cuarto se ha convertido en mi mejor confidente en las últimas horas. Lo miro fijamente como si pudiera darme las respuestas que busco, pero todo lo que obtengo es el mismo silencio de siempre y el eco de mis pensamientos rebotando en mi cabeza como una partida de ping-pong desquiciada. Hunter. Elias. Hunter. Elias. Es como estar atrapada en un triángulo amoroso de segunda categoría, de esos que veía en Netflix jurando que nunca me encontraría en una situación así.

Y sin embargo, aquí estoy, despierta a las cinco de la mañana, con los ojos que arden por la falta de sueño y la certeza de que hoy tengo que enfrentar a Elias. Tengo que decirle la verdad. Tengo que admitir que mientras él me hablaba de Kant y de la belleza de la filosofía antigua, yo pensaba en cuánto quería que fuera Hunter quien me tomara de la mano. Qué ironía del destino: yo, la reina del control, la chica que había planeado cada aspecto de su vida, me encuentro perdiendo la cabeza por el quarterback más arrogante del campus.

"Dakota?" la voz de Solana me sobresalta. Está apoyada en el marco de la puerta, con esa expresión de "sé exactamente lo que estás pensando". La odio cuando se pone así.

"Si has venido para darme un sermón, ahórratelo" murmuro, incorporándome.

"Oh, cielo" se ríe ella, entrando y dejándose caer sobre mi cama. "Estoy aquí para decirte que dejes de hacerte la mártir. ¿Sabes esas protagonistas de las novelas young adult que se torturan durante páginas y páginas antes de hacer lo obvio? Pues estás volviéndote peor que ellas."

"Gracias por el apoyo moral" replico sarcástica, pero sé que tiene razón. Como siempre.

"Mira" continua Solana, de repente seria. "Hunter está en el hospital. Elias merece la verdad. ¿Y tú? Tú mereces dejar de esconderte detrás de esa fachada de chica perfecta que nunca se equivoca."

Me muerdo el labio, sintiendo el peso de sus palabras. "No es tan sencillo."

"No, de hecho es simplísimo" replica ella. "Estás enamorada de Hunter. Fin de la historia. Todo lo demás son excusas que te cuentas para no admitir que la señorita 'tengo todo bajo control' ha perdido la cabeza por el chico malo del campus. Es prácticamente un cliché viviente."

"Te odio" susurro, pero una sonrisa se me escapa de los labios.

"No, me amas. Y también amas a ese idiota arrogante que está en el hospital. La diferencia es que conmigo puedes admitirlo sin tener que fingir que es una tragedia griega."

Me levanto de la cama, sintiendo por fin algo de claridad abrirse paso en la niebla de mis pensamientos. Solana tiene razón: es hora de enfrentar la verdad. Tengo que hablar con Elias. Tengo que decirle que mientras él me ofrecía estabilidad y comprensión, yo me estaba enamorando perdidamente del caos que Hunter representa.

"La biblioteca" digo de repente. "Elias estará allí dentro de una hora, como cada mañana."

"Obvio que estará allí" comenta Solana, poniendo los ojos en blanco. "¿Dónde más podría estar el príncipe azul de los nerds?"

La ignoro, dirigiéndome al armario. Tengo un enfrentamiento que afrontar, y por una vez en la vida, no pienso esconderme detrás de excusas o racionalizaciones. Es hora de ser honesta, aunque la honestidad duela como un golpe en el estómago.

"Solo una cosa" me detiene Solana cuando estoy a punto de salir. "¿Estás segura de que estás lista para esto?"

La miro y, por primera vez en días, siento una certeza absoluta en mi respuesta: "No. Pero estoy cansada de fingir que lo estoy."

***

La biblioteca es el refugio de silencio y papel impreso de siempre, pero hoy tiene algo diferente. Quizá soy yo la que soy diferente. Me detengo en la entrada, intentando calmar el ritmo desenfrenado de mi corazón. Elias está sentado en su mesa de siempre, rodeado de libros como un rey en su trono de papel. Por un momento, lo observo: su postura perfecta, las gafas que se le deslizan por la nariz mientras lee, esa aire de intelectual que una vez encontré tan atractivo. Ahora solo me parece... equivocado.

"¿Puedo sentarme?" pregunto, y mi voz suena extrañamente alta en el silencio de la biblioteca.

Elias alza la vista, y la sonrisa que me dirige es la de siempre, amable. Dios, cuánto odio que sea tan perfecto. Sería todo más fácil si fuera un capullo.

"Dakota" dice, y la forma en la que pronuncia mi nombre me hace sentir aún más culpable. "No te esperaba tan temprano."

Me siento frente a él, sintiendo el peso de lo que estoy a punto de decir como una piedra en el estómago. "Tenemos que hablar."

"Las dos palabras más temidas en cualquier relación" comenta él con una sonrisa amarga. "Dejáme adivinar: ¿tiene que ver con Hunter Slates?"

Su tono es calmado, controlado, pero veo un destello de dolor en sus ojos. "¿Cómo...?"

"Por favor, Dakota" me interrumpe, cerrando el libro frente a él. "No soy tonto. He visto cómo lo miras. He visto cómo corriste hacia él en cuanto supiste que estaba en el hospital, dejándome allí solo, como un idiota, con el pene erecto y la boca seca. Es como ver un accidente de tráfico en cámara lenta: sabes que terminará mal, pero no puedes hacer nada para evitarlo."

"Elias, yo..." empiezo, pero las palabras mueren en mi garganta.

"¿Tú qué? ¿Me dirás que no querías que fuera así? ¿Que no era tu intención?" Su voz se eleva ligeramente, llamando la atención de algunos estudiantes cercanos. "¿O quizá me dirás que solo fui un entretenimiento mientras esperabas a que tu quarterback se decidiera a madurar?"

"No es justo" replico, sintiendo la rabia crecer. "Nunca quise hacerte daño."

"¿No?" se quita las gafas, frotándose los ojos. "Entonces, ¿qué querías, Dakota? Porque yo te ofrecí todo: estabilidad, comprensión, un amor que no tiene que gritar para hacerse escuchar. Y tú elegiste a él. A él, que es exactamente lo contrario de todo lo que dices querer en la vida."

"¡Shhhh!" la bibliotecaria nos lanza una mirada asesina.

"Quizá sea mejor continuar esta conversación afuera" susurro, levantándome.

"Oh, claro" replica Elias con un sarcasmo que nunca le había escuchado. "Dios no quiera que arruinemos la sagrada quietud de la biblioteca con nuestros dramas sentimentales."

Recoge sus cosas con movimientos bruscos, y yo lo sigo en silencio. Mientras caminamos hacia

la salida, siento las miradas de los otros estudiantes sobre nosotros. Probablemente mañana habrá un nuevo rumor rondando el campus: "La empollona dejó al profesor por el quarterback". Suena como el comienzo de una mala comedia romántica.

"¿Sabes cuál es lo peor?" dice Elias mientras empujamos las puertas de la biblioteca. "No es que hayas elegido a él. Es que nunca realmente me elegiste a mí."

Sus palabras me golpean como una bofetada. Tiene razón, y eso duele más que cualquier acusación. "Lo siento" murmuro, y por primera vez hoy, soy completamente sincera.

"Sé que lo sientes. Eres Dakota Wexler, la chica que siempre tiene el control de todo. Excepto de su corazón, aparentemente." Hay una nota de amargura en su voz que me hace querer llorar. "Pero ¿sabes qué? Quizá sea mejor así. Mejor descubrirlo ahora que dentro de un año, o cinco, cuando habríamos seguido fingiendo que esta relación era algo más que un compromiso."

"No era un compromiso" protesto débilmente.

"¿No?" Me mira directamente a los ojos. "Entonces mírame y dime que cuando estás conmigo sientes lo mismo que sientes cuando estás con él. Dime que no piensas en él cada vez que te beso. Dime que no es él a quien realmente quieres."

No puedo. No puedo mentir, no más. El silencio entre nosotros se alarga, pesado por todas las cosas no dichas.

"Lo imaginaba" dice finalmente Elias, y en su tono hay una resignación que me rompe el corazón.

Nos movemos hacia el jardín del campus, ese pequeño rincón de verde donde hemos pasado horas discutiendo de literatura y filosofía. Ahora parece un lugar ajeno, como si perteneciera a otra vida. El sol del mediodía es despiadado, ilumina todo con una claridad que lastima los ojos. Igual que esta conversación.

"¿Sabes qué me cabrea más?" Elias se deja caer en un banco, la rabia que finalmente emerge bajo su habitual compostura. "No es que ames a él. Es que me hiciste creer que podrías amarme a mí."

"No es así" respondo, quedándome de pie. No me parece correcto sentarme a su lado ahora. "Nunca te mentí sobre mis sentimientos."

"¿No?" Me lanza una mirada afilada. "¿Y todas esas veces que hablábamos del futuro? Esas conversaciones sobre la vida que podríamos haber tenido juntos? Eran solo charlas para pasar el rato mientras esperabas a que tu quarterback despertara del coma?"

Sus palabras me golpean como una bofetada. "No seas cruel, Elias. No te pega."

"Ah, claro. Yo soy el racional, el maduro. El que debería aceptar todo con una sonrisa y decirte que así está bien." Ríe, pero es una risa amarga. "¿Adivina qué? No está bien una mierda."

"¿Crees que para mí es fácil?" estallo. "¿Crees que me divierte hacerle daño a alguien como tú? Eres... eres perfecto, Elias. Eres todo lo que debería querer."

"Pero no es suficiente, Pero no es suficiente, \u00verdad?" Su voz se suaviza ligeramente. "Nunca seré suficiente, porque no soy él."

Me dejo caer en el banco a su lado, manteniendo una distancia respetuosa. "Lo siento de verdad."

"Lo sé" suspira. "Ese es el problema. Eres tan condenadamente sincera en tu arrepentimiento que ni siquiera puedo odiarte como quisiera."

Nos quedamos en silencio durante unos minutos, observando a los estudiantes que pasan, ajenos al pequeño drama que se está desarrollando en este banco. Es casi irreal.

"¿Sabes una cosa?" dice finalmente Elias, el tono más reflexivo. "Quizá siempre lo supe. Desde

el principio. La forma en que tus ojos lo buscaban cada vez que entraba en una habitación. Cómo se iluminaba tu rostro cuando alguien lo mencionaba, aunque intentaras ocultarlo."

"Hubiera querido que fuera diferente" susurro.

"No, no es cierto" responde él, y hay una nueva comprensión en su voz. "No habrías querido que fuera diferente. Solo habrías querido ser lo suficientemente fuerte como para admitir la verdad antes. Primero a ti misma, y luego a mí."

Me giro para mirarlo, sorprendida por su intuición. "¿Desde cuándo te volviste tan sabio?"

Un indicio de su antigua sonrisa curva sus labios. "Probablemente desde que me di cuenta de que estaba perdiendo la batalla contra un quarterback arrogante que ni siquiera sabe pronunciar correctamente 'Nietzsche'."

Por primera vez desde que comenzó esta conversación, ambos reímos. Es una risa breve, un poco triste, pero es algo.

"Hunter es... es como una fuerza de la naturaleza" admito finalmente. "No puedo controlarla, no puedo racionalizarla. Simplemente está ahí, y yo..."

"Y tú lo amas" concluye Elias por mí. "A pesar de todo, o quizá precisamente por eso."

Me limito a asentir, agradecida por su comprensión inesperada.

"Ve con él, Dakota" dice finalmente, levantándose. "Pero hazme un favor: no desperdicies esta segunda oportunidad. No todos tienen la suerte de encontrar a alguien que los haga sentir vivos de esa manera."

***

Mientras vuelvo al dormitorio, con el corazón todavía pesado por el enfrentamiento con Elias, una escena inesperada llama mi atención. Cassian está allí, de pie bajo nuestro edificio, con lo que parece ser el ramo de flores más ridículo que he visto en mi vida. Parece salido de un supermercado del amor, y lo más divertido es que está literalmente sudando frío.

Me escondo detrás de un árbol - sí, lo sé, muy maduro de mi parte - y observo la escena que se desarrolla como una de esas comedias románticas que Solana me obliga a ver los viernes por la noche.

Y justo ella sale del dormitorio y por un momento se queda quieta, confundida. Cassian parece al borde de desmayarse, y juro que puedo ver su cerebro de atleta cortocircuitarse mientras intenta recordar el discurso que probablemente ha ensayado frente al espejo durante horas.

"Ehm... esto es para ti" tartamudea, extendiendo las flores como si fueran una bomba a punto de explotar. "Las compré en la tienda de la esquina. Solo tenían estas. O margaritas, pero me parecieron demasiado... margaritas."

Dios santo, es un desastre. Es como ver un jarrón chino carísimo cayendo al suelo en cámara lenta, solo que en lugar de porcelana hay corazones y orgullo masculino rompiéndose en pedazos.

Pero Solana... oh, Solana sonríe. Y no es su sonrisa habitual sarcástica, la que usa cuando está a punto de destrozar a alguien verbalmente. Es una sonrisa real, de las que le iluminan los ojos.

"¿Estás intentando decirme algo, Cassian?" le pregunta, y juro que nunca la he escuchado hablar con una voz tan dulce.

"Yo... joder" Cassian se pasa una mano por el pelo, desordenando su habitual peinado perfecto. "Sí. No. Quizá. Es que... eres tú, ¿entiendes? Siempre has sido tú. Y yo soy un idiota que ha tardado demasiado en darse cuenta."

"Eres realmente un idiota" confirma Solana, pero está sonriendo aún más.

"Lo sé" admite él. "Pero soy un idiota que está enamorado de ti."

Y entonces sucede: Solana da un paso adelante, le toma el rostro entre las manos y lo besa. Es un beso dulce, sincero, de esos que te hacen creer que quizá, después de todo, el amor no es tan complicado como lo hacemos nosotros.

Los miro y siento un pinchazo en el corazón. Estoy feliz por ellos, de verdad. Pero no puedo evitar sentir una pizca de envidia por la sencillez de su relación. Sin triángulos amorosos, sin quarterbacks en el hospital, sin filósofos decepcionados. Solo dos personas que se gustan y tienen el valor de admitirlo.

Quizá todos deberíamos aprender algo de ellos. Quizá a veces el amor es solo eso: flores feas compradas en la tienda de la esquina y las ganas de hacer lo correcto, aunque se tenga miedo de parecer estúpido.

Me alejo en silencio, dejándolos en su momento perfecto. Tengo una llamada que hacer, y un quarterback testarudo al que alcanzar.

Mi teléfono suena justo cuando estoy tratando de decidir si pedir una pizza o continuar mi dieta a base de fideos instantáneos y remordimientos. En la pantalla aparece el número del hospital, y mi corazón hace una de esas volteretas de gimnasta olímpica que ultimamente parecen ser su deporte favorito.

"¿Señorita Wexler?" la voz al otro lado es profesional, casi robótica. Apuesto a que es una de esas enfermeras que han visto demasiados dramas hospitalarios para emocionarse aún. "La llamo para informarle que el señor Slates será dado de alta mañana por la mañana."

Me contengo de gritar "Aleluya" como una desquiciada, aunque por dentro estoy haciendo el baile de la victoria. "¿Oh, en serio?" respondo, intentando sonar indiferente como si no hubiera pasado las últimas semanas contando los segundos.

"Sí. ¿Hay alguien que pueda venir a recogerlo?"

"¡Yo!" La palabra me sale como una bala.

Fantástico, Dakota. Muy cool. Muy sofisticada.

"Quiero decir... puedo encargarme yo."

La enfermera hace una pausa que dice más que mil palabras. Probablemente esté pensando "ah, aquí hay otra niña perdida detrás del quarterback". Si supiera que soy más del tipo "prefiero leer un libro que ver un partido de fútbol americano". La vida está llena de ironías.

Después de haber tomado mentalmente nota de horarios y procedimientos, cuelgo la llamada y me dejo caer en la cama, mirando el techo como si contuviera los secretos del universo. Hunter va a volver. Hunter va a estar bien. Hunter será... Hunter. Dios, estoy jodida.

Comienzo a hacer planes mentales como una niña de doce años antes de su primera cita. Podríamos estudiar juntos - ajá, como si con él cerca pudiera concentrarme en algo que no sea su estúpida sonrisa arrogante. Podríamos ver una película - probablemente me toque tragarme algún documental sobre fútbol americano. Podríamos simplemente hablar - si logramos no lanzarnos encima del otro como dos adolescentes en pleno frenesí hormonal.

Me levanto y comienzo a caminar por la habitación, sintiéndome ridícula. Yo, Dakota Wexler, la reina del control, la chica que tiene un plan quinquenal para su carrera académica, aquí estoy fantaseando como una protagonista de una rom-com de segunda categoría. Si mi yo de hace un mes me viera ahora, probablemente me daría una bofetada con una copia de Así habló Zaratustra.

Pero la verdad es que no puedo esperar. No puedo esperar a escuchar su irritante voz, a ver esa sonrisa de capullo, a pelear por alguna tontería solo por el placer de hacer las paces después. ¿Es

patético? Probablemente. ¿Me importa? Absolutamente no.

"Estás jodida, Dakota" murmuro a mi reflejo en el espejo. Y por primera vez, la idea ya no me asusta tanto.

Me precipito al hospital como si estuviera corriendo para las clasificatorias olímpicas, aunque el único deporte que alguna vez practiqué fue evitar las clases de educación física en el instituto. La planta es la misma mezcla de desinfectante y sufrimiento, con esa luz fluorescente que hace que todos parezcan personajes de *The Walking Dead*.

Hunter ya está vestido cuando llego, y joder si no es la vista más hermosa del mundo. Tiene esa sonrisa de siempre de capullo estampada en la cara, esa que me hace querer darle una bofetada o besarlo. Quizá ambas cosas.

"Hola, cerebrito" me saluda, y juro que mi útero hace una voltereta. "¿Has venido a cuidarme?"

"No te subas a la cabeza, Slates" respondo, intentando ocultar la sonrisa. "Solo estoy aquí porque no me fío de dejarte solo. Conociéndote, acabarías haciendo alguna estupidez épica en menos de cinco minutos."

Está a punto de responder - probablemente con alguna broma irritante sobre lo mucho que le gusto cuando me hago la dura - cuando sucede. Es como ver una película a cámara lenta: el color desapareciendo de su rostro, los ojos cerrándose, las piernas cediendo.

"¡Hunter!" Mi grito atrae la atención de todo el piso, pero no me importa una mierda. Me lanzo hacia él mientras se desploma, logrando apenas amortiguar su caída.

En un instante, la habitación se llena de batas blancas. Me apartan como si fuera un accesorio molesto, y quizá eso es lo que soy. Miro impotente mientras lo cargan en una camilla y se lo llevan, las voces urgentes mezclándose en un ruido blanco que me llena la cabeza.

"Señorita, tiene que esperar aquí" me dice una enfermera con un tono que no admite réplica. Como si pudiera ir a alguna otra parte. Como si todo mi universo no acabara de ser cargado en una maldita camilla.

Me quedo paralizada en el pasillo, sintiéndome como una de esas protagonistas melodramáticas de las series médicas que siempre he despreciado. Solo que ahora entiendo por qué son tan patéticas: cuando alguien a quien amas está mal, el melodrama parece la única reacción sensata.

Las horas pasan como una tortura china. Cuento las baldosas del suelo (374), observo a las personas que pasan (27 enfermeras, 12 doctores, 8 pacientes que parecen zombis), mando al diablo mentalmente a cualquiera que intente decirme que me vaya a casa a descansar (perdí la cuenta después del decimoquinto).

"No te atrevas a morir, cabrón" susurro al pasillo vacío. "No te atrevas a dejarme aquí como todos los demás."

El silencio es mi única respuesta, y nunca como ahora he odiado tanto el sonido de la nada.

30

DAKOTA

La doctora me mira con esos ojos – esos ojos que he aprendido a odiar, los que dicen "lo siento" incluso antes de que las palabras salgan de su boca. Los mismos ojos que prometen dolor disfrazado de compasión profesional.

"La hemorragia cerebral es más extensa de lo que pensábamos inicialmente", dice, y cada palabra es como un clavo en mi corazón. "Hay un coágulo que se ha formado en la región temporal derecha. La presión intracraneal está aumentando rápidamente."

Escucho los términos médicos que salen de su boca como si fueran en un idioma extranjero. Yo, que siempre he encontrado consuelo en la precisión del lenguaje técnico, ahora me siento ahogado en este mar de terminología clínica.

"Pero... estaba bien", protesto débilmente, la voz me tiembla. "Estaba listo para volver a casa. Estábamos planeando..."

"Los traumas cerebrales pueden ser engañosos", me interrumpe con suavidad. "A veces la sangre se acumula lentamente, creando lo que llamamos una 'tormenta perfecta'. Los síntomas pueden permanecer ocultos hasta que..."

"¿Hasta que es demasiado tarde?" Mi voz suena ácida, cortante.

"Hasta que se convierte en una emergencia", corrige ella diplomáticamente. "Pero lo hemos detectado a tiempo. El doctor Martinez ya ha sido alertado. Es el mejor neurocirujano de la costa oeste."

"¿Cuán arriesgado es?" Las palabras me salen mecánicamente, como si estuviera recitando un guion. "Y no me dé la versión edulcorada. Quiero números, estadísticas, probabilidades."

La doctora duda, luego se sienta a mi lado. Es un gesto tan humano que casi me rompe. "La intervención en sí tiene una tasa de éxito del 60%. Pero hay variables..."

"¿Complicaciones?" Mi voz es un susurro.

"Posibles déficits neurológicos postoperatorios. Parálisis temporal o permanente en el 25% de los casos. Problemas del lenguaje en el 30%. Alteraciones de la memoria en el 35%." Hace una pausa, luego añade con voz más baja: "Y hay un 15% de probabilidad de que no supere la intervención."

Los números bailan en mi cabeza como demonios. Los organizo, los catalogo, trato de darles sentido como haría con una fórmula matemática especialmente difícil. Pero no hay lógica que valga cuando los números hablan de la posibilidad de perder a la persona que amas.

"¿Cuánto tiempo tenemos?"

"Una hora, como máximo. El coágulo está creciendo."

Una hora. El tiempo de un examen. De una clase. De un cuarto de partido de fútbol.

"¿Han llamado a su padre?"

"El senador Slates ha sido informado. Ha dicho que tomará el primer vuelo disponible."

Claro. El senador. El hombre que ha construido su carrera política sobre la fachada de padre devoto mientras saboteaba sistemáticamente cada sueño de su hijo. Me pregunto si ya estará llamando a su equipo de relaciones públicas para preparar el comunicado perfecto.

"¿Puedo verlo?"

"Diez minutos", dice. "Lo están preparando para la cirugía."

Diez minutos. ¿Cómo se condensa una vida de cosas no dichas en diez minutos?

Cuando entro en su habitación, el olor a desinfectante me golpea como una bofetada. Hunter está rodeado de máquinas que emiten pitidos regulares, tubos que salen de su cuerpo como tentáculos de alguna criatura marina. Pero sus ojos... sus ojos siguen siendo los del quarterback arrogante que me volvió loca.

"Hola, cerebrito", murmura, y su sonrisa es débil pero sigue ahí. "Qué pálida estás."

"Mira quién habla", replico, acercándome a la cama. "Tú pareces un extra de The Walking Dead."

Ríe débilmente, luego se contrae de dolor. "Siempre la misma cabrona."

"Siempre el mismo idiota." Me siento al borde de la cama, tomando su mano en la mía. Está caliente, demasiado caliente, y puedo sentir su pulso latir irregular bajo la piel.

"Dakota..." Su tono cambia, se vuelve serio. "Si algo llegara a..."

"No." Lo interrumpo bruscamente. "No te atrevas a darme el discurso de 'si muero'. No estamos en Grey's Anatomy y tú no eres Derek Shepherd."

"Ni siquiera sé quién es Derek Shepherd", dice, y por un momento vuelve a ser él, mi quarterback ignorante que piensa que Shakespeare es una marca de cerveza.

"Otro médico muerto", respondo seca. "Y tú no vas a morir, ¿entendido? No te lo permito."

"Siempre dando órdenes", murmura, pero su sonrisa se apaga. "Dakota, escúchame. En mi taquilla, la del vestuario... hay una memoria USB escondida detrás de la foto del equipo. Contiene... cosas sobre mi padre. Documentos, correos electrónicos, pruebas."

Mi corazón se acelera. "¿Pruebas de qué?"

"De todo. De cómo saboteó mi carrera en el fútbol. De cómo pagó a scouts y entrenadores para mantenerme fuera del radar. De cómo ha..." Una punzada de dolor atraviesa su rostro, y aprieta mi mano con más fuerza.

"Hunter..."

"Prométeme que la cogerás", insiste, la voz de repente urgente. "Prométeme que no dejarás que gane. No esta vez."

Lo miro, y veo todo el dolor acumulado en años de manipulaciones y traiciones. Veo al niño que solo quería jugar al fútbol y al joven que su padre intentó moldear a su imagen.

"Te lo prometo", digo, y nunca he dicho nada más en serio en mi vida.

Una enfermera entra en la habitación. "Es hora."

Hunter me tira hacia él con una fuerza sorprendente, y sus labios encuentran los míos. Es un beso desesperado, cargado de todas las cosas que nunca nos dijimos, de todos los momentos que podríamos no tener.

"Te quiero, cerebrito", susurra contra mis labios. "Aunque seas la persona más irritante que haya conocido. Aunque probablemente cites a Nietzsche durante el sexo..."

"Nunca lo sabremos si mueres, cabroncito", respondo, las lágrimas que amenazan con ahogarme.

Antes de que pueda decir algo más, ya lo están llevando. La última mirada que me lanza está llena de cosas no dichas, de promesas incumplidas, de un futuro que podría no existir.

Me quedo de pie en la habitación vacía, el sabor de sus labios aún en los míos y el sonido de los monitores alejándose por el pasillo. En la mesita de noche, su teléfono vibra: es un mensaje de su padre.

"En camino. No tomes decisiones hasta mi llegada."

La rabia sube dentro de mí como una ola. Siempre controlando, siempre manipulando, incluso ahora que su hijo podría...

No. No puedo permitirme pensar en eso. No puedo quedarme aquí esperando como una princesa indefensa mientras el destino de Hunter se decide en un quirófano. No puedo permitir que el senador Slates convierta también esta tragedia en una oportunidad para su control obsesivo.

Tomo mi teléfono y llamo a la única persona que sé que podrá ayudarme.

"Cassian? Soy Dakota. Necesito un favor."

"Lo que sea", responde sin dudar. Desde que está con Solana, se ha vuelto sorprendentemente fiable.

"Necesito la llave de la oficina del senador Slates."

Un largo silencio al otro lado. "Dakota..."

"Hunter podría morir", digo brutalmente. "Y su padre tiene pruebas contra él escondidas en su oficina. Pruebas que podrían arruinarlo."

Otro silencio. Luego: "Dame veinte minutos. Sé quién puede ayudarnos."

Cierro la llamada y me acerco a la ventana. La ciudad se extiende bajo mí, ajena al drama que se está desarrollando en el quinto piso del hospital. En algún lugar allá fuera, en una elegante oficina con vista a la bahía, el senador Slates probablemente esté orquestando su próxima jugada.

Pero no esta vez. Esta vez seré yo quien haga jaque mate.

Me seco las lágrimas con el dorso de la mano y respiro hondo. Tengo una hora antes de que el senador llegue. Una hora para encontrar las pruebas que puedan incriminarlo. Una hora para darle a Hunter una razón más para sobrevivir.

Mi teléfono vibra de nuevo: es Cassian. "Tengo la llave. Te espero en el aparcamiento."

Lanzo una última mirada a la habitación vacía, a la huella que el cuerpo de Hunter ha dejado en la cama.

"No te atrevas a morir, quarterback", susurro. "Tengo un plan."

Y con eso, me dirijo al aparcamiento. Es hora de hacer una visita a la oficina del senador Slates.

Después de todo, como decía Nietzsche, cuando miras al abismo, el abismo te devuelve la mirada. Y estoy lista para mirar al abismo a los ojos.

Aunque eso signifique convertirme en el monstruo al que intento combatir.

31

DAKOTA

La oficina del senador Slates huele a poder y privilegios. No es solo el mobiliario caro o los diplomas enmarcados en las paredes, es algo más sutil, esa arrogancia que parece impregnarse en los muebles de caoba y en las alfombras persas.

Me muevo en silencio, sintiéndome como una ladrona, aunque tenga todo el derecho a estar aquí. "Gracias, Cassian, por esa copia de la llave", pienso mientras me dirijo al escritorio principal.

El ordenador está apagado, obviamente el senador no es tan estúpido, pero los cajones son otra historia. El primero está lleno de documentos banales: recibos, notas, nada interesante. El segundo... bingo. Una carpeta etiquetada simplemente como "H.S."

"Veamos qué escondes, cabrón", murmuro, abriendo la carpeta con manos temblorosas.

Lo primero que sale es una serie de correos electrónicos impresos. Paso rápidamente por los remitentes: cazatalentos de la NFL, entrenadores universitarios, agentes deportivos. Todo normal, hasta que leo el contenido. Mi estómago se contrae.

"...como solicitado, hemos minimizado la exposición mediática de su hijo..."

"...podemos asegurarle que Hunter no aparecerá en los rankings nacionales..."

"...la compensación acordada ha sido depositada en la cuenta offshore..."

"Hijo de puta", susurro, sintiendo la rabia crecer. Cada documento es un nuevo golpe en el estómago. El senador no solo no ha apoyado la carrera deportiva de Hunter, la ha saboteado activamente. Ha pagado a personas para mantenerlo fuera de los focos, ha presionado a los cazatalentos para que ignoraran sus actuaciones, ha orquestado todo para mantener a Hunter "en su lugar".

Un documento en particular me hace detener el corazón: una carta de un importante cazatalentos de la NFL, fechada hace dos años.

"Estimado senador Slates:

Como solicitado, personalmente me he asegurado de que el nombre de su hijo no aparezca entre los prospectos para el draft de la NFL de este año, a pesar de sus actuaciones excepcionales. Entiendo perfectamente su preocupación de que una carrera en el fútbol profesional pueda interferir con sus planes políticos para Hunter. La compensación establecida..."

No puedo seguir leyendo.

Las manos me tiemblan de la rabia. Este cabrón literalmente ha comprado el futuro de su hijo, lo ha enterrado bajo una montaña de mentiras y manipulaciones, ¿todo por qué? ¿Por su maldito plan de hacer de Hunter su heredero político?

Tomo rápidamente fotos con el móvil, asegurándome de documentar cada prueba. El corazón

me late tan fuerte que temo que pueda ser escuchado en el pasillo. Vuelvo a colocar todo exactamente como lo encontré, años de estudio metódico me han enseñado al menos eso.

Mientras cierro el cajón, mi mirada cae sobre una foto en el escritorio: Hunter de niño, en uniforme de fútbol, con una sonrisa tan genuina que me rompe el corazón. A su lado, el senador, con esa expresión controlada que ahora reconozco como una máscara.

"Te haremos pagar, cabrón", prometo en voz baja mientras me dirijo hacia la puerta. "Esta vez has ido demasiado lejos."

Al salir de la oficina, reviso nuevamente las fotos en el teléfono. Son la prueba que podría finalmente liberar a Hunter o destruir todo. Pero una cosa es segura: el senador Slates está a punto de descubrir que no todos pueden ser comprados o intimidados.

¿Y yo?

Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para proteger a Hunter. Incluso si eso significa declarar la guerra a uno de los hombres más poderosos del estado.

***

El hospital tiene ese silencio surrealista de las primeras horas de la tarde cuando el doctor Martínez sale del quirófano. Su bata verde está manchada de sangre, la sangre de Hunter, y por un momento, el mundo entero se detiene en la punta de una aguja.

"La operación ha salido bien", dice, y el aire vuelve a mis pulmones como una ola. "Hemos removido completamente el coágulo. No ha habido daños permanentes en el tejido cerebral."

Me apoyo en la silla, las piernas me tiemblan. "Entonces él..."

"Se recuperará completamente", confirma el doctor con una sonrisa cansada. "Tomará algunas semanas de rehabilitación, pero debería volver a ser como antes. Quizá incluso mejor, considerando que ahora el cerebro ya no está bajo presión."

Un sollozo se me escapa de los labios, un sonido entre una risa y un llanto. Hunter lo ha logrado. Ese testarudo, arrogante e insoportable quarterback lo ha logrado.

"¿Cuándo puedo verlo?"

"Todavía está en cuidados intensivos. Despertará en unas horas, pero...", el doctor Martínez duda. "Solo familia cercana por ahora."

"Yo soy su familia", digo con una firmeza que me sorprende. "Más de lo que lo ha sido su padre."

Algo en mi tono debe convencerlo porque asiente lentamente. "Quince minutos, no más. Y señorita Wexler..." Me detengo. "Nada de emociones fuertes. Su cerebro necesita descansar."

Como si fuera posible no emocionarse al ver con vida al hombre que amas cuando pensabas que lo habías perdido.

Hunter está pálido contra las sábanas blancas, rodeado de máquinas que emiten pitidos tranquilizadores. Tiene la cabeza vendada y un tubo de oxígeno en la nariz, pero su pecho sube y baja de manera regular. Está vivo. Está vivo, y es lo más hermoso que he visto.

Me siento junto a la cama, tomando su mano entre las mías. Está caliente, ya no ardiente como antes de la operación, sino cálida. Viva.

"Lo lograste, quarterback", susurro, acariciando sus nudillos con el pulgar. "Sabía que eras demasiado testarudo para morir."

Sus párpados tiemblan ligeramente, y mi corazón da un vuelco. Lentamente, como si le costara un esfuerzo inmenso, abre los ojos.

"Hola, cerebrito", murmura con voz ronca, y juro que es lo más hermoso que he escuchado.

"Hola", respondo, intentando contener las lágrimas. "¿Cómo te sientes?"

"Como si me hubieran abierto la cabeza", murmura, y un atisbo de su habitual sonrisa arrogante curva sus labios. "Oh, espera..."

"No es el momento de hacerte el gracioso, Slates."

"Siempre es el momento de hacerse el gracioso", replica débilmente. Luego su mirada se vuelve seria. "¿Has estado aquí todo el tiempo?"

"¿Dónde más habría estado?", miento.

Me mira con esos ojos, esos ojos que me han vuelto loca desde el primer día, y susurra: "Yo también te amo, ¿sabes?"

Las lágrimas que he intentado contener finalmente caen. "Lo sé. Y eres un cabrón por haberme hecho decirlo solo cuando pensaba que estabas muriendo."

"Bueno, tenía que encontrar una forma dramática", sonríe, luego hace una mueca de dolor. "Joder, reír duele."

"Entonces deja de hacerte el idiota", digo, pero también estoy sonriendo.

Una enfermera se asoma por la puerta. "Se acabó el tiempo, señorita Wexler."

Hunter me aprieta débilmente la mano. "Quédate", murmura.

"No puedo. Pero volveré pronto", prometo. "Y mientras tanto..." saco el teléfono y le muestro las fotos de los documentos de su padre. "Tengo algo que te hará sentir mucho mejor cuando estés más fuerte."

Un destello de comprensión cruza sus ojos. "Dakota... me habías dicho que no te habías movido del hospital...".

"Tranquilo. Ahora solo piensa en descansar", lo interrumpo suavemente. "Tenemos una guerra que librar, ¿recuerdas? Y esta vez la ganaremos juntos."

Lo beso suavemente en los labios, ignorando el "ejem-ejem" desaprobador de la enfermera en la puerta. Cuando me alejo, Hunter tiene de nuevo esa sonrisa suya habitual.

"No veo la hora de hacerte enfadar en persona", murmura mientras salgo.

Río, secándome las lágrimas. "No veo la hora de que lo intentes."

***

El pasillo del hospital parece más luminoso mientras me dirijo a la salida. Hunter está vivo. Está vivo, y juntos estamos a punto de hacer caer el imperio de mentiras de su padre.

Pero primero, tengo una reunión importante que hacer. Y esta vez, soy yo quien tiene todas las cartas.

El pasillo del hospital parece estrecharse cuando lo veo.

El senador Slates avanza hacia mí. Tiene esa apariencia de tiburón en un traje de tres mil dólares, pero hay algo diferente en sus ojos: fría, calculada rabia. Lo sabe.

"Señorita Wexler". La manera en que pronuncia mi nombre es como ácido. "Qué interesante encontrarla aquí."

"Senador". Mantengo la voz firme, aunque el corazón me late como un tambor descontrolado. "Qué sorpresa."

Se acerca, invadiendo deliberadamente mi espacio personal. El olor de su caro aftershave casi me provoca náuseas. "Sabe, es curioso", dice, con un tono que de curioso no tiene nada. "Hoy he notado que alguien ha rebuscado en mi oficina. Alguien... muy cuidadoso al poner todo de

vuelta. Casi."

Mierda. ¿Qué dejé fuera de lugar?

"¿De verdad?", respondo, arqueando una ceja. "Qué desafortunado. Quizá debería invertir en un mejor sistema de seguridad."

Una sonrisa serpenteante curva sus labios. "Oh, pero lo tengo. Incluidas cámaras de vigilancia muy... eficientes."

Doble mierda.

Pero no cedo.

"Interesante. Imagino que habrán captado cosas muy reveladoras." Lo miro directamente a los ojos. "¿Como años de sabotaje y corrupción, tal vez?"

Su sonrisa desaparece. "Está jugando un juego muy peligroso, señorita Wexler."

"No, senador. El que lo está haciendo es usted." Doy un paso adelante, ignorando cada instinto de autoconservación. "¿Sabe qué pasaría si esos correos electrónicos se hicieran públicos? ¿Si se descubriera cómo ha destruido sistemáticamente las oportunidades de su hijo?"

"No tiene idea de lo que soy capaz", sisea, y por primera vez veo su máscara resbalar, revelando algo realmente aterrador debajo.

"Y usted no tiene idea de cuán poco me importan sus amenazas". Pero mi valentía vacila cuando veo su próxima sonrisa.

"¿De verdad? ¿Y su beca? ¿Su carrera académica? ¿Sabe cuán fácil es hacer desaparecer todo con una sola llamada?" Se ajusta la corbata con estudiada despreocupación. "¿O cuán simple es asegurarse de que ninguna universidad seria la acepte nunca más?"

La sangre se me hiela en las venas. Todo por lo que he trabajado, todo mi futuro...

"Es usted igual que su padre", continúa, la voz suave como veneno. "Un hombre débil que huyó de sus responsabilidades. ¿Cuánto tardará usted en huir también, dejando a Hunter solo? Está en su ADN, después de todo."

La rabia explota en mi pecho como una supernova. "No se atreva", gruño. "No se atreva a hablar de mi padre. Usted no sabe nada de mí."

"Sé suficiente." Se inclina hacia adelante, la voz un susurro helado. "Tiene veinticuatro horas para entregarme todos los documentos y borrar cada copia. Después de eso... bueno, será interesante ver cuán rápidamente puede desmoronarse su vida académica."

"¿Y si me niego?"

"Entonces descubrirá que hay formas mucho más creativas de arruinar a una persona." Se endereza, volviendo a su postura impecable. "Veinticuatro horas, señorita Wexler. Ni un minuto más."

Lo miro alejarse, el corazón latiendo con fuerza en mi pecho. Sus amenazas son reales, lo sé. Podría destruir todo por lo que he luchado, con una sola llamada.

Pero mientras regreso hacia la habitación de Hunter, algo se cristaliza dentro de mí. Este cabrón ha controlado y manipulado a su hijo durante años a través del miedo. No le permitiré hacer lo mismo conmigo.

Incluso si significa perderlo todo.

Mi teléfono vibra: es una notificación de la universidad. "Revisión extraordinaria de becas en curso...".

El juego ha comenzado. Y esta vez, no tengo intención de perder.

32

HUNTER

Míralo, el intelectual de mierda que se digna a visitarme.

Elias entra en mi habitación del hospital como si estuviera entrando en una biblioteca, con ese aire de primero de la clase que me dan ganas de arrancarle las gafas de la cara y usarlas como frisbee.

Antes de que decidas estrangularme con el tubo de oxígeno, dice levantando las manos como si estuviera enfrentándose a un animal salvaje (que, vale, tal vez no está tan lejos de la verdad), tengo información sobre tu padre que podrías encontrar... interesante.

¡Oh, fantástico! Ruedo los ojos tan fuerte que podrían quedarse atascados. El profesor empollón viene a darme una lección de historia familiar. ¿Qué harás después, una presentación de PowerPoint sobre mi infancia traumática?

Pero Elias no se inmuta. Saca una carpeta de su bolso -por supuesto tiene un bolso de cuero colgado al hombro, probablemente tan caro como mi primer contrato con el equipo- y la coloca en la mesita junto a la cama.

Tu padre no es exactamente el santo senador que quiere hacer creer a todos, dice, y hay algo en su tono que me hace ponerme alerta. Y tu madre... bueno, digamos que su desaparición tiene más ángulos oscuros de los que crees.

¿Y tú qué mierda sabes de mi madre? siseo, sintiendo cómo la rabia crece.

¿Quién se cree que es este cabrón?

Sé que no huyó con otro hombre como todos creen, responde abriendo la carpeta. Sé que tu padre orquestó su desaparición. Y tengo pruebas.

Quiero mandarlo a la mierda. Quiero decirle que se ocupe de sus asuntos, que vuelva a sus preciosos libros y me deje en paz. Pero luego veo los documentos que está sacando: registros bancarios, fotos borrosas, documentos legales que parecen auténticos. Y, sobre todo, veo algo en sus ojos que no esperaba: sinceridad.

¿Por qué? pregunto, la voz más ronca de lo que me gustaría. ¿Por qué me estás ayudando? ¿No deberíamos odiarnos o algo así? ¿No es eso lo que hacen los rivales en esas jodidas comedias románticas?

Elias hace una media sonrisa, el tipo de sonrisa que me dan ganas de pegarle pero también, maldita sea, de escucharle.

Porque por muy arrogante insoportable que seas, dice ajustándose las gafas en la nariz, nadie merece vivir una mentira. Y además... hace una pausa, como si estuviera sopesando las palabras, Dakota te quiere. Y por alguna razón que escapa a mi comprensión racional, yo también me preocupo por ella.

¿Qué poético! bufo, pero siento algo dentro de mí que se derrite, aunque preferiría que me

dispararan antes que admitirlo. Vale, profesor. Enséñame lo que has encontrado sobre ese cabrón de mi padre.

Y mientras Elias empieza a explicar, pienso que quizás, sólo quizás, esta es la versión más absurda de la historia que podía imaginar. ¿Yo y el empollón formando equipo? Parece el inicio de un chiste de muy mal gusto.

Pero bueno, al parecer la vida tiene un sentido del humor más retorcido que el mío.

Entonces, Sherlock de pacotilla, digo mientras Elias esparce documentos sobre mi cama como si fuera el tablero de un juego de mesa particularmente deprimente, ilumíname sobre esta gran conspiración. Y trata de no usar palabrejas de diccionario, sigo bajo los efectos de los analgésicos.

Elias me lanza una mirada que podría hacer marchitar un cactus. Intentaré usar el lenguaje básico de un quarterback, no te preocupes.

¡Eh, tengo un promedio de 3,8! protesto, aunque no sé por qué me estoy justificando ante este nerd. No soy solo músculos y traumas sin resolver.

Impresionante, replica seco. ¿Quieres una estrella dorada o prefieres escuchar lo que he descubierto sobre tu madre?

Touché, cabroncito.

Me muestra una serie de documentos, transferencias bancarias y -joder- fotos de vigilancia que parecen sacadas de una película de espionaje de serie B. Tu padre hizo desaparecer a tu madre en una clínica privada en Montana, explica. En los papeles es un centro de rehabilitación de lujo, pero en realidad...

En realidad es una prisión dorada, completo yo, sintiendo la bilis subir a mi garganta. Ese cabrón la encerró e hizo creer a todos que había huido. Genial. Un poco psicópata, pero genial.

Y esto es solo el principio, continúa Elias, pasándome más papeles. El senador tiene una red de centros similares. Lugares donde 'esconde' a personas molestas. Esposas problemáticas, socios que saben demasiado...

Cristo, murmuro, mirando los documentos. Mi padre es prácticamente el villano de una película de Marvel, solo que con menos estilo y más problemas de control.

Y más trajes a medida, añade Elias, arrancándome casi una sonrisa. Casi.

Vale, Einstein, ¿cuál es el plan? pregunto, tratando de ignorar el hecho de que estoy considerando formar equipo con el tipo que hasta ayer quería ver muerto (o al menos severamente humillado en público).

Necesitamos reunir más pruebas, responde, ajustándose las gafas con ese tic nervioso de empollón. Tengo acceso a los archivos de la universidad gracias a mi trabajo como asistente, y tú...

Y yo tengo un padre tan seguro de sí mismo que se ha vuelto negligente, concluyo. Además, todavía tengo las llaves de su despacho. Regalo de cumpleaños irónico.

Exacto. Y con la ayuda de Solana y Cassian...

Espera, espera, lo interrumpo. ¿De verdad estás sugiriendo involucrar a Bonnie y Clyde en esta operación? ¿Te has vuelto loco?

¿Tienes una idea mejor? Necesitamos gente de confianza. Y ellos harían cualquier cosa por Dakota.

El nombre me golpea como una bofetada. Dakota. Claro que lo harían. Como yo. Como él.

Por cierto, digo intentando mantener un tono casual y fallando miserablemente, ¿ella lo sabe? ¿De todo esto?

Elias niega con la cabeza. Aún no. Pensé que... bueno, que quizás deberíamos contárselo juntos.

Lo miro como si le hubiera salido una segunda cabeza. ¿Juntos? ¿Tú y yo? ¿Como una pareja de padres divorciados que tiene que darle una mala noticia al hijo?

Es una analogía terrible, suspira, pero veo la sombra de una sonrisa. Pero sí, juntos. Porque por mucho que me mate admitirlo, ella te quiere. Y yo... yo la quiero lo suficiente como para querer hacer lo correcto.

Vaya, exclamo, llevándome una mano al pecho de forma teatral. Este es el momento más romántico de mi vida. ¿Deberíamos intercambiar anillos?

Eres realmente insoportable, resopla, pero esta vez sonríe de verdad.

Lo sé, respondo, luego me pongo serio. Pero tienes razón. En todo. Y si hay aunque sea una posibilidad de que mi madre esté viva...

La encontraremos, dice con una seguridad que, debo admitir, es casi contagiosa. Y haremos que tu padre pague.

Sabes, digo mientras recoge los documentos, quizás no eres tan malo para ser un ratón de biblioteca con un armario de profesor jubilado.

Y tú no eres tan malo para ser un quarterback con problemas de papá, replica prontamente.

Y así, de la manera más absurda posible, nace la alianza más improbable. Shakespeare seguramente se está revolviendo en su tumba.

33

DAKOTA

De todas las escenas surrealistas que me esperaba encontrar al entrar en la habitación del hospital de Hunter, esta se lleva el premio "What the Actual Fuck" del año: Hunter y Elias, sentados uno al lado del otro como dos cómplices en una comedia policiaca de serie B, rodeados de documentos como si estuvieran planeando un atraco a la House of Cards.

"Vale" digo, haciéndoles dar un respingo a ambos. "O estoy bajo los efectos del LSD, o esta es la versión más extraña del multiverso posible".

"¡Dakota!" chilla Elias, que parece un niño pillado con la mano en el tarro de las galletas.

"¿Sorpresa?" hace Hunter con esa sonrisa de cabrón que tiene, aunque por una vez parece casi... ¿avergonzado? Joder, ahora sí que lo he visto todo.

"No, en serio" insisto, cerrando la puerta tras de mí. "Que alguien me explique qué mierda está pasando aquí. Pensaba que vosotros dos os odiabais como Batman y el Joker, solo con menos carisma y más problemas de comunicación".

Los dos se intercambian una mirada que me dan ganas de abofetearles a ambos.

"Es una larga historia" empieza Elias.

"Tengo tiempo" respondo, cruzándome de brazos. "Y considerando que hasta ayer estabais prácticamente planeando el asesinato mutuo, diría que me debéis una explicación épica".

Hunter suspira, pasándose una mano por el pelo de esa manera irritante y sexy que siempre me hace cabrear. "Mi padre es prácticamente Darth Vader, solo que en lugar de la Estrella de la Muerte tiene una red de clínicas donde esconde a la gente incómoda. Incluida mi madre".

"... ¿qué?"

"Y el profesor Cerebrito aquí" continúa Hunter, señalando a Elias, "ha descubierto todo gracias a su acceso a los archivos universitarios y a su tendencia a meter las narices donde no debe".

"Prefiero llamarlo 'investigación académica no convencional'" interviene Elias, empujándose las gafas.

"Entonces" resumo, tratando de procesar la información, "¿vosotros dos estáis colaborando para desenmascarar a un senador corrupto que mantiene a la gente prisionera en clínicas privadas? ¿Hemos pasado del drama romántico al thriller político así, sin aviso previo?"

"La vida está llena de giros inesperados" comenta Hunter. "Como descubrir que tu enemigo jurado tiene más agallas de las que pensabas".

"Y que tu rival en el amor no es tan completamente idiota como parecía" añade Elias con una media sonrisa.

"Aww, qué tiernos" digo sarcástica. "¿Necesitáis una habitación?"

“Muy graciosa” bufan al unísono, para luego mirarse con disgusto por haber hablado al mismo tiempo.

“Entonces” digo, acercándome a los documentos esparcidos sobre la cama. “¿Cuál es el plan? Porque imagino que tenéis un plan, ¿no? ¿O solo estáis jugando a los detectives para impresionarme?”

“En realidad” dice Elias, “estábamos esperando a ti”.

“¿A mí?”

“Sí, porque eres la única con suficiente cerebro como para hacer que esto funcione” admite Hunter, como si las palabras le quemaran en la garganta. “Y porque... bueno, confiamos en ti. Los dos”.

“Oh, Dios mío” exclamo teatralmente. “Es el momento más conmovedor de mi vida. ¿Deberíamos hacer un grupo de WhatsApp? '¡Los tres mosqueteros contra el senador psicópata'?”

“¿Ves por qué me gusta?” dice Hunter a Elias. “Es más cabrona que yo”.

“Lo sé” responde él con una sonrisa resignada. “Es por eso que estamos los dos aquí”.

Me siento en el borde de la cama, mirando los documentos y luego a ellos dos. Es la situación más absurda en la que me he encontrado, y considerando los últimos meses, eso es mucho decir.

“Vale” digo finalmente. “Estoy dentro. Pero tengo algunas condiciones”.

“¿Cuáles?” preguntan juntos, otra vez, haciéndome reír.

“Primero: nada más de guerra fría entre vosotros dos. Segundo: tenemos que poner un nombre en clave a esta operación, preferiblemente algo ridículo. Y tercero...” me detengo, mirándolos a los ojos, “debéis prometerme que pase lo que pase, nos mantenemos unidos en esto”.

“Prometido” dice Elias.

“Como quieras, cerebrito” añade Hunter con una sonrisa ladina.

Y así, en una tarde de mierda en una habitación de hospital, nace la alianza más improbable. Si alguien me hubiera dicho hace un mes que acabaría tramando algo con estos dos idiotas, le habría reído en la cara.

“Vale, hagamos un resumen de esto” digo, sentada en la cama de Hunter mientras estamos prácticamente ahogándonos en una montaña de documentos. “Tu padre es esencialmente el villano de una película de James Bond, solo con menos estilo y más problemas de control. No quería arruinar solo tu vida, sino también la de muchos otros, con tu madre a la cabeza de la lista”.

Hunter asiente, la mandíbula apretada mientras mira una foto desvaída de su madre. “Y tiene una red de clínicas que son prácticamente hoteles California: puedes hacer el check-in pero no el check-out”.

“Técnicamente” interviene Elias, empujándose las gafas sobre la nariz como el nerd profesional que es, “son centros de rehabilitación de lujo. Sobre el papel”.

“Sobre el papel yo también soy una estudiante modelo” bufo. “Y aquí estoy, planeando un crimen federal con Romeo y Julietito”.

“¡Oye!” protestan al unísono, haciéndome sonreír.

Vuelvo a concentrarme en los documentos que Solana y Cassian robaron (todavía no puedo creer que esos dos idiotas lo consiguieran sin acabar en la cárcel). Hay algo que no cuadra, una pieza que falta en el rompecabezas.

“Mirad esto” digo, pescando un recibo. “Transferencias mensuales regulares a Paradise Valley para una 'paciente M.S.' - ¿Margaret Slates?”

Hunter se tensa a mi lado. Sin pensar, le cojo la mano. Él la aprieta tan fuerte que casi duele, pero no la retiro.

"Quince mil dólares al mes" lee Elias. "Para mantener a alguien en silencio, diría que es un precio razonable".

"¿Razonable?" estalla Hunter. "Es el precio que mi padre ha puesto a la libertad de mi madre. Ese hijo de..."

"Hunter" lo interrumpo suavemente, lo cual me sorprende tanto como a él. "La encontraremos".

"Sí, bueno, esperemos que antes de que se convierta en el próximo presidente" murmura él. "Porque al parecer ese es su plan. Construirse una imagen pública perfecta mientras esconde todos sus esqueletos en el armario... o en las clínicas privadas de Montana".

"Un momento" dice Elias, rebuscando entre los papeles. "Aquí hay algo... Las fechas no cuadran".

"¿Cómo que no cuadran?"

"Los pagos comenzaron seis meses antes de la 'huida' de tu madre. Como si..."

"Como si todo hubiera sido planeado" completo yo, sintiendo un escalofrío. "Tu padre ya tenía todo organizado. La clínica, la historia de cobertura..."

"Toda mi puta vida" dice Hunter, y su voz está tan cargada de rabia que duele escucharla. "Cada cosa - la historia de la madre que abandona a la familia, el padre devoto que cría al hijo solo..."

"La perfecta historia lacrimógena para su campaña presidencial" añade Elias.

"Menudo cabrón manipulador" siseo. "Perdona, Hunter, sé que es tu padre, pero..."

"No, tienes razón" me interrumpe él, mirándome con esos ojos que parecen poder leerme el alma. "Es un cabrón manipulador. Y yo he sido tan ciego de no verlo".

"No es tu culpa" digo, apretándole la mano. "Eras un niño".

"¿Y ahora?" pregunta, con una vulnerabilidad que nunca le he visto. "¿Qué hacemos ahora?"

"Ahora" dice Elias con una determinación que casi no le reconozco, "derrumbamos su castillo de naipes".

"Wow, profesor" se burla Hunter, pero hay gratitud en su mirada. "No pensaba que fueras tan badass".

"Tengo mis momentos" responde Elias con una media sonrisa.

Les miro, a estos dos tipos que hasta ayer se odiaban, ahora unidos en esta locura, y siento algo que me aprieta el pecho. Es surrealista, es absurdo, es potencialmente ilegal... y es exactamente donde debo estar.

"Sabéis que si nos pillan estamos jodidos, ¿verdad?" digo, aunque ya sé la respuesta.

"Yep" responde Hunter, haciendo chasquear la 'p'.

"Completamente" confirma Elias.

"Perfecto" sonrío. "Al menos estamos todos en el mismo barco de mierda".

Hunter me mira, y en sus ojos veo algo que me hace temblar el corazón. "No hay nadie más con quien quisiera estar en este barco" dice en voz baja, solo para mí.

Y mientras Elias finge cortésmente estar repentinamente muy interesado en sus documentos, pienso que quizá, solo quizá, de todo este caos pueda salir algo bueno.

O acabaremos todos en la cárcel. Pero oye, al menos será una historia interesante para contar.

"Oh, mierda" susurra Elias, y el hecho de que el señor Vocabulario-Harvard esté usando palabrotas me pone los pelos de punta en la nuca.

"¿Qué pasa?" pregunto, asomándome para ver el documento que está mirando como si fuera

una bomba de relojería. “¿Has encontrado el certificado que acredita que eres divertido?”

Pero Hunter me manda callar con una mirada. No es su habitual mirada de "soy-demasiado-genial-para-esta-conversación", sino algo más... intenso. Casi asustado.

“Es un informe médico” dice Elias, la voz temblando ligeramente. “De hace tres días”.

“¿Tres días?” repito estúpidamente, como un loro particularmente lento. “Pero eso significa...”

“Mi madre está viva” susurra Hunter, y su voz suena como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago. “No solo está viva, sino que está... está...”

“En el Paradise Valley Resort & Spa” lee Elias. “Habitación 237”.

“Como en El Resplandor” comento automáticamente, ganándome dos miradas exasperadas. “Perdón, tiendo a hacer chistes inapropiados cuando entro en pánico”.

Hunter se levanta de la cama tan rápido que casi se arranca el suero. “Tengo que ir. Tengo que...”

“Tienes que mantener el culo en esa cama antes de arrancarte todos los puntos” le interrumpo, empujándole con más fuerza de la que pretendía. “Y tienes que respirar, joder”.

“¿Cómo voy a respirar?” estalla él, los ojos brillando de rabia y dolor. “¡Mi madre está viva! ¡Está viva y ese cabrón la ha tenido encerrada durante quince años! Quince. Putos. Años”.

“Lo sé” digo suavemente, tomándole el rostro entre las manos. “Lo sé, Hunter. Y es algo horrible. Pero si haces alguna estupidez ahora, lo arruinas todo”.

“Dakota tiene razón” interviene Elias, y no puedo evitar notar lo surrealista que es esta situación. “Tenemos que ser inteligentes. Estratégicos”.

“Como unos putos Vengadores” añado, arrancándole casi una sonrisa a Hunter.

“¿Y quién serías tú?” pregunta él, la voz todavía tensa pero un poco más controlada. “¿Viuda Negra?”

“Obviamente. Elias es Bruce Banner - todo cerebro y cero músculo...”

“¡Oye!”

“... y tú eres Thor. Todo músculo y problemas familiares con un padre psicópata”.

“Técnicamente ese sería Loki” puntualiza Elias, porque obviamente no puede evitar ser un nerd incluso en un momento como este.

Pero Hunter está sonriendo ahora, aunque sus ojos siguen llenos de tormenta. Me aprieta la mano, y siento su pulso latir frenéticamente bajo mis dedos.

“La encontraremos” prometo, y esta vez soy yo la que suena segura. “La sacaremos de allí”.

“Y haremos que tu padre pague” añade Elias. “Por cada día”.

Hunter nos mira a ambos, y por un momento parece casi vulnerable. Casi humano. “¿Por qué estáis haciendo todo esto?”

“Porque eres un idiota” respondo yo.

“Y porque es lo correcto” añade Elias.

“Y porque nadie merece vivir una mentira” concluyo, mirándole a los ojos. “Ni siquiera tú, Hunter Slates”.

Él asiente lentamente, luego toma el documento y lo mira como si contuviera los secretos del universo. “Habitación 237, Paradise Valley Resort & Spa” murmura. “Espérame, mamá. Estoy yendo”.

Y mientras la noche cae sobre el hospital St. Vincent y nosotros tres nos quedamos allí, rodeados de pruebas de una conspiración digna de un thriller de John Grisham, me doy cuenta de que acabamos de superar el punto de no retorno.

Game on, senador Slates. Game-fucking-on.

“Estamos prácticamente en Misión Imposible pero sin el presupuesto” susurra Solana mientras se cuela en la oficina del senador Slates. “Y tú no eres exactamente Tom Cruise”.

Cassian la sigue, tratando de no tropezar con sus propios pies. “Gracias por el cumplido. Prefiero pensar en mí como el Jason Bourne del campus... solo con menos amnesia y más músculos”.

“¡Shh!” Solana le tapa la boca con la mano. “¿Quieres hacer saltar nuestra cobertura, Rambo?”

La oficina del senador es exactamente como te la imaginarías: pretenciosa, llena de fotografías autocelebrativas y tan ordenada que parece la portada de "Rich Psychopaths Monthly".

“Vale” dice Solana, encendiendo la linterna del teléfono, “tenemos que encontrar cualquier cosa que relacione al senador con la clínica en Montana. Y posiblemente no nos pillen, porque no tengo intención de acabar en la cárcel con este mono vintage de Zara”.

“Tranquila” responde Cassian, empezando a rebuscar en los cajones. “He visto suficiente Mentes Criminales como para saber qué hacer”.

“Eso no me tranquiliza en absoluto”.

Se mueven por la habitación como una pareja de ladrones particularmente torpes, sobresaltándose ante cualquier ruido. Cassian encuentra una carpeta interesante justo cuando Solana está a punto de rendirse.

“Oye, mira esto” susurra emocionado. “Facturas de la clínica 'Paradise Valley'. Qué nombre de película de terror”.

“Dámela...” Solana tropieza con sus propios tacones y acaba directamente en los brazos de Cassian. “Oh. Eh... gracias por salvarme”.

“Cuando quieras” responde él, sujetándola quizá un poco más de lo necesario. “Aunque preferiría circunstancias menos... criminales”.

“Sois realmente adorables” dice una voz desde la puerta, haciéndoles saltar a ambos. “Pero me temo que estáis violando varias leyes federales”.

Es el guardia nocturno, que les mira con una expresión que oscila entre divertido y exasperado.

“¡Podemos explicarlo!” chilla Solana. “Estábamos... eh...”

“Buscando un lugar tranquilo para estudiar anatomía?” sugiere Cassian, ganándose una patada en la espinilla.

“Respuesta equivocada, genio” sisea Solana. Luego, dirigiéndose al guardia: “La verdad es que... ¡estábamos grabando un TikTok! Ya sabe, ese reto donde te infiltras en oficinas importantes...”

El guardia alza una ceja. “No existe ese reto”.

“¡Aún no!” exclama Solana con un entusiasmo demasiado forzado. “¡Somos pioneros!”

Increíblemente, el guardia se echa a reír. “¿Sabéis qué? No he visto nada. Pero la próxima vez que queráis haceros los James Bond, tal vez evitad hablar tan alto. Se os oía desde el pasillo”.

Solana y Cassian se miran, incrédulos de su suerte.

“Usted es el mejor guardia nocturno de todos los tiempos” dice Cassian mientras se deslizan fuera de la oficina.

“Lo sé” responde él con una sonrisa. “Y vosotros sois la pareja más divertida que he pillado aquí dentro. Normalmente solo encuentro estudiantes haciendo cosas mucho menos... PG-13”.

Una vez a salvo en el aparcamiento, Solana y Cassian se apoyan en el coche, todavía cargados de adrenalina.

“No puedo creer que lo hayamos conseguido” jadea Solana. “Y no puedo creer que realmente hayas propuesto la excusa del 'estudio de anatomía'”.

“Oye, bajo presión no soy exactamente Shakespeare” se defiende él. “Y además...” se acerca peligrosamente, “no era una excusa del todo falsa”.

Solana siente el corazón acelerarse, y ya no es por el miedo a ser pillados. “¿Ah, no?”

“No” susurra él, inclinándose hacia ella. “Siempre he pensado que eras una materia... interesante de estudiar”.

“Este es el peor intento de ligar que he escuchado nunca” se ríe ella, pero no se aleja.

“Lo sé” admite Cassian. “¿Pero está funcionando?”

Como respuesta, Solana le agarra del cuello de la camisa y lo besa, enviando los documentos robados a pasear por el aparcamiento.

“Diría que sí” murmura contra sus labios.

“Fantástico” responde él. “Pero quizá deberíamos recoger esos papeles antes de que el viento se los lleve y nuestro robo se vuelva completamente inutil”.

“Siempre tan romántico” suspira Solana, pero está sonriendo mientras se agacha a recoger los documentos.

Misión Imposible: Edición Campus completada. Aunque probablemente Tom Cruise no habría tirado las pruebas para besar a su compañera de crimen.

34

DAKOTA

Mi apartamento parece el escenario de una comedia oscura de John Hughes que ha salido mal.

Estamos todos aquí, amontonados en mi diminuto salón como la versión wannabe de los Power Rangers: si los Power Rangers fueran un quarterback arrogante con problemas de ira (Hunter), un intelectual que se cree Batman pero con libros (Elias), y dos personajes secundarios que se roban cada escena (Solana y Cassian). ¿Y yo? Soy la que intenta mantener unido este circo ambulante mientras deseo golpear mi cabeza contra la pared.

"Entonces" digo, intentando parecer más segura de lo que me siento, ¿"alguien tiene una idea que no nos haga acabar en la cárcel o peor?"

Hunter, apoyado contra la pared como si estuviera posando para la portada de 'Idiotas Quarterly', resopla. "¿Qué tal entrar y romper todo? Siempre me ha funcionado."

"Sí, se ve lo bien que te ha ido hasta ahora" replica Elias, y juro que puedo sentir su coeficiente intelectual juzgándonos a todos.

Pongo los ojos en blanco. "Si ya habéis terminado de medir vuestros egos, ¿podemos concentrarnos en el hecho de que estamos a punto de infiltrarnos en una instalación de alta seguridad dirigida por un senador psicópata?"

"Técnicamente" interviene Solana desde el sofá, donde está haciendo su mejor impresión de una Kardashian en pausa, "es más como si estuviéramos a punto de hacer un remake de bajo presupuesto de Prison Break."

"Con menos tatuajes y más probabilidades de un fracaso espectacular" añade Cassian, y no puedo evitar preguntarme cuándo estos dos se convirtieron en una pareja cómica.

Me paso una mano por el pelo, frustrada. "Vale, hagamos un recuento para los genios aquí presentes. Hemos descubierto que la madre de Hunter está viva, probablemente retenida por su padre en una clínica privada. Tenemos que entrar, encontrarla y salir sin que nos maten. Parece un plan bastante sencillo, ¿no?"

"Tan sencillo como un episodio de Juego de tronos" murmura Elias, limpiando obsesivamente sus gafas.

Hunter lo mira como si estuviera considerando usarlo como pelota de fútbol americano. "Oye, Einstein, si tienes una mejor idea, estamos todos oídos."

"Oh Dios mío" suelta Solana, "sois como una comedia de situación mal escrita, ¿lo sabéis?"

Me masajeo las sienes, sintiendo llegar un dolor de cabeza épico. "¿Podemos, por favor, concentrarnos? Elias hackea las cámaras, Solana y Cassian crean una distracción, Hunter y yo entraremos disfrazados de personal médico."

"¿Tú y Hunter?" Solana levanta una ceja tan alta que podría tocar el techo. "¿Segura de querer pasar tanto tiempo en espacios reducidos con el señor Ego?"

“Es el único plan que tenemos” respondo, ignorando deliberadamente la mirada de Hunter que me quema la piel. “A menos que alguien tenga una varita mágica escondida en alguna parte.”

“Si esto fuera Harry Potter” dice Cassian, “ya estaríamos muertos como tres veces.”

Observo a este grupo improbable de aliados y me pregunto cómo hemos llegado a este punto. Un quarterback con problemas familiares, su rival intelectual, una pareja de compinches cómicos y yo, intentando mantener unida a esta disfuncional cuadrilla mientras intento no pensar en que podríamos acabar todos muertos o en prisión.

“Entonces” digo, intentando parecer más segura de lo que me siento, “¿todos estamos de acuerdo con el plan?”

“Si por 'de acuerdo' te refieres a 'aterrorizados pero demasiado tercos para admitirlo', entonces sí” responde Solana.

Hunter se separa de la pared, y por un momento su mirada se cruza con la mía. Hay algo en sus ojos, una vulnerabilidad que intenta esconder detrás de su actitud habitual de superioridad, y siento el corazón dolerme por él. Pero no puedo permitirme pensar en eso ahora.

“Bien” concluyo, “entonces está decidido. Mañana comenzamos la operación 'Salvemos a la madre de Hunter y esperemos no morir en el intento'.”

“Qué nombre más original” comenta Elias.

“Cállate, Wikipedia” replica Hunter, y por un momento, solo un momento, veo una sonrisa genuina en su rostro.

Dios, estamos tan jodidos.

***

Me miro en el espejo de la entrada de la clínica y me pregunto cuándo exactamente mi vida se convirtió en un episodio de Anatomía de Grey escrito por Quentin Tarantino.

La bata blanca me queda demasiado grande y estas gafas falsas me hacen parecer una bibliotecaria en crisis existencial. Junto a mí, Hunter parece salido de un anuncio de doctores sexys, lo cual es profundamente injusto considerando que estamos aquí para cometer varios delitos federales.

“Recuérdame por qué no podía hacer la distracción con Solana?” susurro, ajustándome nerviosamente el estetoscopio.

“Porque” responde Hunter, con esa sonrisa irritante suya, ¿“no confías en mí para una misión de rescate solo?”

“Confío en ti tanto como confiaría en una piraña como dentista.”

En nuestro auricular, la voz de Elias crepita: “Si habéis terminado de flirtear, Solana y Cassian están a punto de comenzar su show.”

Y qué show. Veo a Solana entrar por la puerta principal, interpretando perfectamente el papel de la Karen histérica que quiere hablar con el gerente. “¿CÓMO QUE NO PUEDO VER A MI ABUELA? ¿SABE USTED QUIÉN SOY YO?”

Cassian, a su lado, está haciendo su mejor impresión de un marido desesperado. “Cariño, tal vez deberíamos...”

“¡NO ME LLAMES 'CARIÑO'! ¡LLAMARÉ A MI ABOGADO!”

“Las cámaras del tercer piso están en bucle” informa Elias. “Tenéis cuatro minutos antes de que el sistema se reinicie.”

Hunter y yo nos movemos, intentando parecer lo más naturales posible mientras nos dirigimos

al ascensor. Un guardia nos mira con sospecha, y siento el corazón subirme a la garganta.

"La doctora Wilson" me presenta Hunter con una seguridad que desearía tener, "nuevo traslado del General. Yo soy el doctor... Strange."

Contengo apenas una risa histérica. ¿En serio? ¿Doctor Strange?

El guardia asiente distraídamente, demasiado ocupado mirando a Solana, que está amenazando con llamar a todos los periódicos de la costa oeste.

En el ascensor, Hunter se apoya contra la pared con esa actitud de cabrón que me dan ganas de golpearle. "¿Ves? Fácil."

"Shh" siseo, "no tientes a la suerte. Has visto demasiadas películas de espionaje."

"Lo dice la que vio la maratón de Misión Imposible para prepararse."

"¡Era investigación de campo!"

El ascensor se detiene en el tercer piso y salimos al pasillo estéril. Elias nos guía a través del auricular: "Habitación 342. Gira a la derecha, luego la segunda a la izquierda."

Estamos a punto de llegar a la habitación cuando una voz detrás de nosotros nos hace congelarnos. "¡Eh, vosotros!"

Me vuelvo lentamente, intentando no parecer tan culpable como me siento. Un guardia de seguridad particularmente obtuso nos está mirando fijamente.

"¿No deberíais estar en la reunión del personal?"

Hunter, con una cara dura que merecería un Oscar, responde: "Oh, ¿la reunión? Sí, íbamos justo... después de revisar a este paciente."

"¿Qué reunión?" pregunta Elias en el auricular, alarmado.

El guardia parece confundido. "¿Reunión? ¿Qué reunión?"

"La de... ehm..." balbuceo, y entonces tengo una iluminación. "La de los nuevos procedimientos de higiene de manos. Ya sabe, con todas estas bacterias por ahí..."

"¡Oh, cierto!" exclama el guardia, asintiendo sabiamente. "Mi esposa es enfermera, siempre habla de lo importante que es lavarse las manos."

No puedo creer que esté funcionando.

"¡ESTO ES DISCRIMINACIÓN CONTRA LOS ANCIANOS!" grita Solana desde abajo, providencialmente.

El guardia se sobresalta. "Disculpad, tengo que... ehm... atender esa situación."

En cuanto se va, me apoyo contra la pared, el corazón martilleándome en el pecho. "No me lo creo."

"Oye" susurra Hunter, "respira. Lo conseguimos."

"Por ahora" cruje Elias. "Pero os conviene moveros. El sistema de seguridad se reiniciará en dos minutos."

Llegamos a la habitación 342 y Hunter duda un momento antes de abrir la puerta. Lo miro y, por primera vez desde que lo conozco, veo miedo en sus ojos.

"Oye" digo en voz baja, rozando su brazo, "todo irá bien."

Me mira, y por un momento veo caer todas sus defensas. Luego asiente, toma un respiro profundo y abre la puerta.

Ya era hora. La parte difícil empieza ahora.

La habitación huele a desinfectante, como si alguien hubiera intentado esterilizar también los recuerdos. Hay una mujer sentada junto a la ventana, el pelo gris recogido en una trenza desordenada, la mirada perdida como si estuviera viendo una película que solo ella puede ver. Se me encoge el corazón cuando Hunter se detiene a mi lado, el aliento atascándosele en la

garganta.

"¿Mami?" susurra, y en esa única palabra siento todo el peso de años de ausencia, de preguntas sin respuesta, de noches pasadas preguntándose por qué.

Ella se vuelve lentamente, sus ojos parecen atravesarnos como si fuéramos hechos de niebla. "¿Es la hora de la medicina?" pregunta, la voz ronca como si no la usara a menudo.

"Cristo" murmura Hunter, e instintivamente le agarro la mano. Está fría y temblorosa, tan distinta de su habitual seguridad de quarterback arrogante.

"Señora Slates" digo, intentando mantener la voz firme, "estamos aquí para ayudarla."

Ella inclina la cabeza, confundida. "¿Slates? No, no... yo soy..." se detiene, frunciendo el ceño como si intentara atrapar un pensamiento esquivo. "No recuerdo. ¿Por qué no recuerdo?"

"Porque ese bastardo te ha tenido drogada durante años" gruñe Hunter, y tengo que apretar más fuerte su mano para evitar que golpee la pared.

En el auricular, la voz de Elias es tensa: "Chicos, tenéis que daros prisa. He interceptado una llamada a seguridad."

La madre de Hunter se levanta, inestable. Sus ojos vagan por la habitación hasta detenerse en el rostro de su hijo. Hay algo en su mirada, un destello de reconocimiento que aparece y desaparece como una radio mal sintonizada.

"Tú..." murmura, dando un paso adelante. "Tú me recuerdas a... alguien."

"Soy yo, mami" dice Hunter, y su voz se quiebra de una manera que me duele escuchar. "Soy Hunter. Tu hijo."

Ella niega con la cabeza, confundida. "No, no... mi hijo es pequeño. Tiene seis años y le encanta el fútbol y..." Se detiene, llevándose una mano a la cabeza. "Me duelen los recuerdos. ¿Por qué me duelen los recuerdos?"

Me acerco a una mesita y encuentro una fila de frascos de pastillas. Los examino rápidamente. "Benzodiacepinas, antipsicóticos... la han tenido sedada todo este tiempo."

"Ese hijo de puta" sisea Hunter, y veo sus manos temblar de la rabia contenida.

"Hunter" le digo en voz baja, "debemos mantenerla tranquila. El shock podría ser demasiado."

Pero su madre ya está mirando una foto en la mesita: Hunter de niño, sonriente, con una pelota de fútbol entre las manos. La toma, sus dedos temblorosos acarician el cristal.

"Mi niño" susurra, y algo en sus ojos cambia. "Mi Hunter... siempre jugaba en el jardín. Richard odiaba el fútbol, decía que era un deporte de..." se interrumpe, los ojos se abren de par en par. "Richard. Richard me hizo esto."

Hunter da un paso adelante. "Sí, mami. Papá te tuvo aquí todos estos años."

"Decía que estaba enferma" continúa ella, las palabras salen como un torrente. "Que necesitaba ayuda. Las pastillas... tantas pastillas... lo hacían todo confuso, nebuloso. No podía recordar... no podía..."

"Tenemos que movernos" dice Elias en el auricular. "La seguridad está subiendo."

La señora Slates mira a Hunter, y esta vez lo ve de verdad. "Has crecido tanto" susurra, levantando una mano temblorosa hacia su rostro. "Mi niño... mi Hunter..."

Y luego se desploma, sollozando, y Hunter la toma entre sus brazos. Lo veo abrazarla como si tuviera miedo de que pueda desaparecer de nuevo, el rostro oculto en su cabello, y por un momento son solo una madre y un hijo intentando recuperar años perdidos.

"Lo siento" solloza ella. "Lo siento tanto. No quería dejarte. Él... él dijo que si no me iba, te haría daño. Dijo que destruiría tu futuro. Y yo... yo no podía permitirlo."

"Shh" murmura Hunter, y nunca lo he oído tan dulce. "No es tu culpa. Nunca fue tu culpa."

“Chicos” la voz de Elias ahora es urgente, “las guardias están llegando al piso. Tenéis que salir. AHORA.”

“Señora Slates” digo, odiando tener que interrumpir este momento, “debemos irnos. Ya no está segura aquí.”

Ella se separa de Hunter, asintiendo. Sus ojos están más brillantes ahora, más presentes. “Sí” dice. “Sí, tengo... tengo que irme. Pero las piernas... están tan débiles...”

“Te llevo yo” dice Hunter, y sin dudarlo la levanta en brazos como si no pesara nada.

Mientras nos dirigimos hacia la puerta, ella se aferra a su camiseta. “Hunter” susurra, “te he pensado cada día. Cada día.”

Lo veo tragar saliva, los ojos brillantes. “Yo también, mami. Yo también.”

Salimos al pasillo, y sé que esto es solo el comienzo. El senador no nos dejará ir fácilmente, y aún tenemos mil preguntas sin respuesta. Pero mirando a Hunter abrazar a su madre, pienso que quizás, solo quizás, ha valido la pena.

Aunque probablemente acabemos todos en la cárcel.

“Mierda” sisea Elias en el auricular. “El senador acaba de llegar con tres SUV negros. Parece la entrada de Darth Vader, pero con más guardias y menos estilo.”

Fantástico. Justo lo que necesitábamos mientras intentamos escapar de una clínica privada con una mujer drogada durante años. Estamos en el pasillo del tercer piso, Hunter llevando a su madre y yo buscando desesperadamente una vía de escape que no implique lanzarnos por la ventana.

“Dakota” cruje Solana, “han bloqueado todas las salidas. Parecen los Men in Black pero con expresiones aún más estreñidas.”

“Gracias por la actualización poética” respondo seca. “¿Más noticias? ¿Quizás que estamos completamente jodidos?”

El sonido del ascensor abriéndose me congela la sangre. El senador Slates emerge como un jefe final de un videojuego mal programado, rodeado de guardias que parecen salidos de un casting de "Mercenarios Anónimos". Su mirada cuando nos ve es la de un depredador que acaba de encontrar a su presa.

“Hunter” dice, la voz fría como un invierno nuclear. “Qué decepción.”

“¿Decepción?” Hunter ríe, pero es una risa que duele escuchar. “¿Esto de ti, que has tenido a mamá prisionera durante quince años? Qué ironía.”

“¿Prisionera?” El senador avanza, cada paso calculado. “Tu madre estaba enferma. Necesitaba cuidados.”

“El único enfermo aquí eres tú, cabrón” gruñe Hunter, estrechando más a su madre.

La señora Slates alza la cabeza, y en sus ojos veo una chispa de lucidez. “Richard” susurra, “¿qué me has hecho?”

“Claire” el senador suaviza el tono, como una serpiente que intenta encantar a su presa. “Estás confundida. Las medicinas...”

“¿Las medicinas que me diste para borrarme el cerebro?” Su voz es más fuerte ahora. “¿Para hacerme olvidar lo que hiciste?”

El pasillo está tan tenso que podría cortarse el aire con un cuchillo. Los guardias se mueven a los lados, cerrándonos en un círculo cada vez más estrecho.

“Chicos” dice Elias, “estáis a punto de tener compañía por la parte trasera. Otros cuatro hombres están subiendo por las escaleras.”

“Fantástico” murmuro. “Más amigos para la fiesta.”

El senador da otro paso adelante. “Hunter, hijo mío...”

“No te atrevas a llamarme hijo” lo interrumpe Hunter, y el veneno en su voz podría matar a un elefante. “No después de lo que hiciste.”

“¿Lo que hice?” El senador ríe, un sonido que me pone la piel de gallina. “Protegí a esta familia. Construí un imperio. Te di a ti y a tu madre todo.”

“Todo menos la libertad” intervengo, incapaz de contenerme. “Todo menos la verdad.”

Me mira como si fuera un insecto molesto. “Ah, la señorita Wexler. La pequeña intelectual que cree entender cómo funciona el mundo real.”

“Lo entiendo lo suficiente como para saber que eres un monstruo" respondo, dando un paso adelante. "Un manipulador que destruyó a su familia por poder."

"Dakota", advierte Hunter, pero ya estoy lanzada.

"¿Sabes lo que eres realmente, senador? Un cobarde. Un hombre tan asustado de perder el control que ha encarcelado a su esposa y manipulado a su hijo."

El senador sonríe, pero sus ojos están fríos como el hielo. "Guardias, atrapadlos. A todos."

"Oh, mierda", exclama Solana en el auricular. "Dakota, Cassian está creando una distracción en la planta baja. Tenéis que resistir dos minutos."

Los guardias avanzan, y yo me coloco instintivamente frente a Hunter y su madre. "Si los queréis, tendréis que pasar por encima de mí."

"Qué escena tan conmovedora", se burla el senador. "El amor juvenil desafiando al poder. Lástima que en la vida real, el poder siempre gane."

"Hoy no", dice Hunter, y en su voz siento una determinación que nunca antes le había escuchado. "Esta vez no, padre."

Una explosión sacude el edificio, haciendo temblar las paredes. "Ups", dice Cassian en el auricular. "Quizá me pasé un poco con la distracción."

El caos estalla en el pasillo. Los guardias se distraen, el senador grita órdenes, y aprovechamos la oportunidad. Hunter se mueve hacia la escalera de emergencia, mientras yo cubro la retirada.

"No saldréis vivos de aquí", grita el senador tras nosotros.

"Mira y aprende, papá", responde Hunter, y por un momento veo un destello de su antigua sonrisa arrogante.

Corremos por las escaleras, perseguidos por gritos y pasos pesados. La señora Slates se aferra a Hunter, temblorosa pero decidida.

"¡Dakota!", grita Elias, "¡el plan B! ¡AHORA!"

Sonrío, sacando el pequeño detonador del bolsillo de la bata. "Lo siento por el desastre", digo, apretando el botón.

La alarma de incendios estalla, los aspersores se activan, y en el caos que sigue logramos llegar a la planta baja.

"¿Te gusta tu imperio ahora, papá?", grita Hunter hacia arriba, mientras nos deslizamos hacia la salida.

Lo último que escucho es el rugido de rabia del senador, cubierto por el sonido de las sirenas y el caos general.

No ha terminado, lo sé. Pero por ahora, esta pequeña victoria tendrá que ser suficiente.

"La próxima vez", susurro a Hunter mientras corremos hacia la libertad, "hagamos algo más tranquilo. Como robar un banco."

Él ríe, y por un momento, solo por un momento, todo parece posible.

Solana conduce como si el mismo diablo nos estuviera persiguiendo. O peor, el senador Slates

con sus matones de traje negro. El SUV derrapa en la carretera mientras trato de no vomitar el alma, Hunter sostiene a su madre, y Elias... bueno, Elias está teniendo un ataque de nervios en el asiento trasero.

"¿Quién te enseñó a conducir?", grita, agarrándose al asiento como si su vida dependiera de ello. "¿Dominic Toretto?"

"Cariño", responde Solana, girando tan bruscamente que casi terminamos sobre dos ruedas, "esto no es nada. Deberías verme cuando estoy realmente enfadada."

Dos SUV negros nos siguen de cerca, y juro que puedo ver al senador en el primero, probablemente planeando todas las formas más creativas en las que nos hará matar.

"Chicos", la voz de Cassian cruje a través del teléfono en altavoz, "os he preparado una sorpresa en el cruce. Tres, dos, uno..."

¡BOOM!

Una explosión de humo cubre la carretera detrás de nosotros. "¿Pero qué demonios...?", exclamo.

"Bengalas y petardos", responde alegre. "Mi época de vándalo en el instituto finalmente vuelve a ser útil."

"Te amo", suspira Solana, tomando otra curva imposible.

"Lo sé", responde él, y juro que puedo oírle sonreír.

Un SUV se nos pone al lado, y uno de los matones asoma una pistola por la ventanilla. Antes de que pueda siquiera pensar en disparar, Elias - sí, él, el señor "la violencia nunca es la respuesta" - se asoma por la ventanilla y lanza algo que parece sospechosamente una granada.

"¿ERA UNA GRANADA?", grito.

"De humo", responde tranquilo, acomodándose las gafas. "Hice kárate durante diez años y un curso de defensa personal. ¿Sorprendidos?"

"¿Quién demonios eres?", pregunta Hunter, impresionado a su pesar.

"Tu peor pesadilla intelectual", responde con una sonrisa.

La madre de Hunter ríe débilmente. "Me gustáis. Estáis locos, pero me gustáis."

Una bala roza el retrovisor, haciéndonos sobresaltar.

"Vale, basta de juegos", gruñe Solana, pisando el acelerador. "Agarraos."

"Oh, no", gime Elias. "Oh no, no, no..."

Solana gira bruscamente por un callejón tan estrecho que los espejos rozan las paredes. Los SUV detrás de nosotros son demasiado anchos para seguirnos.

"¡JA! ¡Comed mi polvo, idiotas!", grita triunfante.

"No cantes victoria", advierte Cassian al teléfono. "Están tomando un desvío. Os alcanzarán a la salida del callejón."

"¿Alguna otra idea brillante?", pregunto, mientras intento no pensar en lo cerca que está la muerte.

"Tengo una", dice Hunter, "pero es completamente loca."

"¿Más loca de lo que ya estamos haciendo?", pregunto escéptica.

"Mucho más", confirma. "Solana, ¿qué tan buena eres con los saltos?"

"Oh Dios", gime Elias, "vamos a morir."

"La rampa del aparcamiento", indica Hunter. "Si tomamos suficiente velocidad..."

"¡Podríamos aterrizar en el techo del almacén!", concluye Solana, emocionada. "¡Me gusta cómo piensas, quarterback!"

"Estáis completamente locos", digo, pero ya estoy sonriendo.

"Bienvenida al club", responde Hunter, apretándome la mano.

Solana acelera hacia la rampa, mientras los SUV nos alcanzan por ambos lados. El senador es visible en la ventanilla, su rostro una máscara de furia.

"¡Hey, papá!", grita Hunter. "¡Mira y aprende!"

El coche despega de la rampa como si tuviera alas. Por un momento, estamos suspendidos en el aire, y juro que el tiempo se detiene. Luego aterrizamos en el techo del almacén con un golpe que activa todas las alarmas de los coches aparcados alrededor.

"¡WOOHOO!", grita Solana. "¿Quién es la reina de la carretera ahora?"

Los SUV frenan bruscamente, incapaces de seguirnos. Veo al senador salir del coche, furioso, mientras nosotros nos alejamos a toda velocidad por el techo.

"¡Esto no ha terminado!", lo oímos gritar.

"¡Lo sabemos!", responde Hunter. "¡Pero por ahora, vete a la mierda!"

Seguimos corriendo por los tejados, saltando de un edificio a otro como en una película de acción de serie B, hasta que estamos seguros de haberlos perdido.

"Vale", jadea Elias, "esto es oficialmente lo más estúpido que he hecho."

"¿Peor que cuando hackeaste el Pentágono por una apuesta?", pregunta Solana.

"¿TÚ HICISTE QUÉ?", gritamos todos al unísono.

"¿Era por una buena causa?", responde él, sonrojándose.

La madre de Hunter estalla en una risa, una risa verdadera, libre, que nos hace a todos sonreír. "No sé si sois héroes o locos", dice, "pero gracias."

"Probablemente ambas cosas", respondo, apoyándome exhausta en el asiento.

"Bueno", dice Hunter, "al menos no nos hemos aburrido."

Lo miro mal, pero no puedo evitar sonreír. "La próxima vez que quieras hacer algo emocionante, ¿qué tal si vamos al cine?"

"Aburrido", responde Solana, conduciendo hacia el atardecer como una verdadera profesional de Fast & Furious. "Pero primero, ¿alguien quiere un helado? Escapar de la muerte siempre me da hambre."

Y así, riendo como locos, nos dirigimos hacia la heladería más cercana, mientras el sol se pone sobre este día absurdo. El senador nos encontrará, lo sabemos todos. Pero por ahora, este momento de locura compartida es todo lo que importa.

"¡Hey!", susurra Hunter, tomando mi mano, "gracias."

Lo miro y sonrío. "Siempre."

Nos refugiamos en un motel fuera de la ciudad, de esos que parecen sacados de una película de terror de serie B. El letrero de neón parpadea como un SOS en código morse, y la recepcionista nos mira como si fuéramos o asesinos en serie huyendo o una boyband fracasada. Considerando nuestro aspecto después de la fuga rocambolesca, probablemente ambas cosas.

"¿En serio?", pregunto a Solana mientras nos arrastramos hacia las habitaciones. "¿El Sleepy Hollow Motel? ¿Por qué no directamente el Bates Motel?"

"Oye, le dieron cinco estrellas en Yelp", responde ella. "Vale, quizá fue una reseña de 1985, pero..."

La madre de Hunter está sentada en la cama de matrimonio, envuelta en una manta que ha visto días mejores. El temblor de sus manos ha disminuido, y en sus ojos hay una lucidez que da casi miedo.

"Tengo que deciros algo", dice de repente, y su tono nos hace congelarnos a todos. "Algo que Richard no quería que recordara."

Hunter se sienta a su lado, tomándole la mano. Nunca le he visto tan vulnerable, tan... humano. "Mami, no tienes que..."

"Sí, sí tengo que hacerlo", lo interrumpe. "Porque lo que descubrí hace quince años es la razón por la que acabé en esa clínica."

Elias saca su portátil. "¿Debería grabar?"

Ella asiente. "Richard no es solo un senador corrupto. Es el jefe de una organización que controla la mitad de la costa oeste. Drogas, armas, lavado de dinero... todo pasa por sus 'clínicas privadas'."

"Dios", murmura Cassian.

"Lo descubrí por casualidad", continúa ella, con la voz temblando. "Documentos que no debería haber visto, conversaciones que no debería haber escuchado. Y cuando él lo supo..." Se detiene, tragando saliva.

"Te internó", concluye Hunter, con la rabia vibrando en su voz.

"No solo eso", dice ella, mirando a su alrededor como si temiera ser escuchada. "Me amenazó. Dijo que si hablaba, si intentaba escapar, te arruinaría la vida. Destruiría tu futuro en el fútbol, te haría acabar en la cárcel con cargos falsos."

"Hijo de puta", siseo.

"Pero hay más", continúa, y su mirada se pierde en la distancia. "Vi... vi cosas que no deberían existir. Experimentos en las clínicas. Personas que desaparecían. Y un nombre que se repetía constantemente: Proyecto Quimera."

Elias escribe frenéticamente en su portátil. "Proyecto Quimera... esperad, estoy encontrando algo en los archivos que hackeé."

"Cuidado", advierte Solana. "La última vez que alguien descubrió demasiado acabó drogado durante quince años."

"Aquí está", dice Elias, girando la pantalla hacia nosotros. "Es un proyecto de investigación genética. Están... oh, mierda."

"¿Qué?", pregunto, el corazón latiéndome en el pecho.

"Están creando soldados. Super soldados. Usando las clínicas como cobertura para los experimentos."

"¿Como en Captain America?", pregunta Cassian, intentando aligerar el ambiente.

"Como en una pesadilla", responde la madre de Hunter. "Y Richard es solo una pieza del rompecabezas. Hay alguien por encima de él, alguien que tira de los hilos."

Hunter se levanta de golpe, caminando de un lado a otro como un tigre enjaulado. "Tenemos que detenerlos. Tenemos que..."

Su teléfono suena, interrumpiéndolo. Mira la pantalla y palidece.

"¿Quién es?", pregunto.

"Un mensaje. De un número desconocido." Lee en voz alta: "Buena fuga. Lástima que sepamos exactamente dónde estáis. Saludos del Proyecto Quimera."

"Es imposible", dice Elias, tecleando frenéticamente. "He cubierto nuestras huellas, he..."

"A menos que", interrumpe Solana, "alguien nos haya traicionado."

Nos miramos todos, la sospecha serpenteando en la habitación como un gas venenoso.

"¿Quién sabía adónde iríamos?", pregunta Cassian.

"Solo nosotros", respondo. "Y..."

Un ruido de helicóptero hace temblar las ventanas. Potentes focos iluminan la habitación a través de las cortinas finas.

"¡SALID CON LAS MANOS EN ALTO!", truena una voz desde el exterior. "¡ESTÁIS RODEADOS!"

"Joder", sisea Hunter, "¿cómo nos encontraron?"

El teléfono de Hunter vibra. Un mensaje, nuevamente número desconocido: "Lo siento. No tenía elección."

"¿Qué significa?", pregunto a Hunter. "¿Qué pasa?" Alzo la mirada, el corazón rompiéndose en mi pecho.

Las sirenas de la policía se unen al ruido del helicóptero. Estamos atrapados, rodeados.

"Dakota... tú... ¿pero qué carajo...?", me pregunta Hunter, aunque por su mirada entiendo que una parte de él ya sabe la respuesta.

Pero antes de que pueda responder, las ventanas explotan en una lluvia de cristales, y el caos se desata.

Lo último que veo antes de que el gas lacrimógeno llene la habitación es el rostro de Hunter, una máscara de shock. Porque ambos ahora lo sabemos.

Y esto es solo el comienzo.

35

HUNTER

El gas lacrimógeno me quema como el infierno en los pulmones.

A través de la niebla blanca que llena la habitación, veo siluetas negras descender por las ventanas como arañas mecánicas. Todo parece en cámara lenta, como esas jugadas en repetición que he visto miles de veces en los vestuarios antes de los partidos.

Solo que esta vez no es fútbol. Esta vez es vida o muerte.

"¡Mami!", mi voz es ronca, ahogada por el gas. La veo acurrucada en la esquina, los ojos abiertos de par en par por el terror. Quince años en una clínica, y ahora esto. Me lanzo hacia ella, ignorando el ardor en los ojos y el sabor metálico en la boca.

Los cristales explotan en una lluvia letal. Figuras de negro se deslizan dentro con la precisión de máquinas bien engrasadas. No son SWAT. No son policía. Estos cabrones se mueven de forma diferente, como depredadores.

"¡Hunter!", la voz de Solana es un grito ahogado desde algún lugar a mi izquierda. Escucho el golpe pesado de Cassian intentando resistirse, seguido por el sonido sordo de los golpes y un gemido.

"No mires", susurro a mi madre, cubriéndole el rostro con mi chaqueta mientras la abrazo. "Todo va a estar bien". La misma mentira que ella me decía cuando era pequeño y le tenía miedo a las tormentas.

Las luces tácticas me ciegan, transformando la habitación en un teatro de sombras distorsionadas. A través del caos, veo a Elias intentando frenéticamente hacer algo con su portátil, probablemente borrar pruebas que podrían hacernos matar a todos.

Pero es el mensaje en el móvil de Dakota el que sigue parpadeando en mi mente como un cartel de neón roto: "Lo siento, Dakota. No tenía otra elección".

Dakota.

El nombre me quema más que el gas lacrimógeno. Dakota, que lo planeó todo con nosotros. Dakota, que arriesgó todo para salvar a mi madre. Dakota, que...

"¡De rodillas! ¡Todos de rodillas!", la voz a través del respirador suena inhumana.

"Vete a la mierda", gruño, empujando a mi madre detrás de mí. Quince años la han tenido prisionera. No permitiré que la tomen de nuevo.

Pero mientras me preparo para pelear -inútilmente, lo sé, pero nunca he tenido el sentido común de rendirme- un pensamiento me atraviesa más dolorosamente que cualquier bala:

Dakota lo sabía.

Dakota nos traicionó.

Dakota, la chica que me hizo creer que tal vez, por una vez en mi jodida vida, alguien estaba realmente de mi lado.

Lo último que veo antes de que algo duro me golpee en la nuca es su rostro en mi mente: esos

ojos inteligentes, esa sonrisa sarcástica, esa máscara de perfección que escondía... ¿qué? ¿Una espía? ¿Una traidora?

¿O alguien atrapado en un juego más grande que todos nosotros?

El mundo se vuelve negro, pero el dolor de la traición quema más que cualquier gas lacrimógeno.

El dolor en la nuca late como un corazón descontrolado mientras recupero la conciencia. Lo primero que veo es a Solana tratando de mantener a raya a dos agentes con movimientos de kickboxing que serían letales contra personas normales. Pero estos cabrones... estos cabrones ni parpadean.

"¡Quédense quietos!", grita uno de ellos, y su voz tiene algo que no está bien. Demasiado profunda, demasiado metálica. Como si sus cuerdas vocales hubieran sido reemplazadas por alambres de acero.

Cassian se lanza contra él como una bola de demolición humana -lo he visto derribar linebackers como si fueran bolos, pero este tipo... este tipo lo bloquea con una mano. Una jodida mano. Como si Cassian fuera un niño de parvulario.

"¿Qué coño sois?", gruño, intentando ponerme de pie. La respuesta es una risa mecánica que me hiela la sangre.

Al otro lado de la habitación, Elias está haciendo algo con su portátil, los dedos volando sobre el teclado como si estuvieran poseídos. "Casi listo", lo oigo murmurar. "Casi..."

Uno de los agentes se gira hacia él con una velocidad antinatural. La luz de las linternas tácticas se refleja en su máscara, y por un momento veo algo debajo -algo que no debería estar ahí. Venas azules pulsantes, como circuitos eléctricos bajo la piel.

"¡NO!", mi grito se pierde en el ruido de un golpe seco. El portátil de Elias explota en una lluvia de chispas.

Pero es cuando se giran hacia mi madre que el mundo se derrumba definitivamente.

"Claire Slates", dice uno de ellos, y ahora reconozco la voz. Anderson. El viejo guardabosques de la finca de mi padre. Solo que ya no es él. No del todo. "Es hora de su medicina".

"No", susurro, arrastrándome hacia ella. "No, no, no..."

Ella me mira, y en sus ojos veo el mismo miedo de hace quince años. "Hunter", susurra, "recuerda... recuerda que no es su culpa. Dakota..."

La jeringa se clava en su cuello antes de que pueda terminar la frase.

Y mientras la veo deslizarse de nuevo en el olvido, algo se rompe dentro de mí. Porque ahora reconozco otros rostros detrás de esas máscaras. Thompson, el exentrenador. Marsden, el jardinero. Todos hombres que conocía.

Todos transformados en algo... más.

"Bienvenido al Proyecto Quimera, hijo", dice Anderson, y su sonrisa es como una herida abierta en el rostro. "Es hora de volver a casa".

Lo último que veo antes de que el sedante me alcance es el reflejo de mi rostro en una de sus máscaras. Y en mis ojos, por un momento, veo palpitar las mismas venas azules.

El sedante no funciona como debería. Estoy consciente, aunque cada músculo de mi cuerpo parece hecho de plomo fundido. A través de los párpados entrecerrados, observo mientras nos separan: Solana y Cassian en una furgoneta negra, Elias en otra, mi madre... Dios, ni siquiera puedo ver a dónde la están llevando.

Me cargan en un vehículo blindado como un saco de fútbol usado. El interior es estéril, metálico, con luces LED que pulsan a un ritmo que me provoca náuseas. O tal vez es el sedante.

O tal vez es el miedo.

"El sujeto es reactivo al sedante de clase B", dice uno de ellos -¿Anderson?- hablando en un comunicador integrado en su muñeca. Su voz suena diferente ahora, como si estuviera pasando a través de capas de metal. "Protocolo para la fase dos".

Mis ojos se fijan en sus movimientos mientras revisan los monitores. Hay algo profundamente mal en la forma en que se mueven. Es como ver un video ligeramente acelerado: demasiado rápidos, demasiado precisos. Uno de ellos dobla una barra de metal del grosor de un pulgar como si fuera un colín, solo para probar alguna lectura en una pantalla de su antebrazo.

"Parámetros vitales en la norma", dice otro, y reconozco la voz de Thompson. Su cuello... joder, las venas en su cuello laten de un azul eléctrico bajo la piel. "La respuesta genética es más fuerte de lo previsto. Como predijo su padre".

Mi padre. Claro. Siempre él detrás de todo esto.

Pero mientras el vehículo atraviesa la noche a toda velocidad, comienzo a notar otros detalles. Sus reflejos cuando el blindado da un bote -ningún humano debería ser tan estable. La temperatura de sus cuerpos, visible a través de los espacios en sus uniformes tácticos: demasiado alta, como motores sobrecalentados.

"Es como tú", susurra una voz en mi cabeza. "Siempre ha sido como ellos. ¿Por qué crees que tu padre estaba tan interesado en tus... habilidades?"

Un recuerdo repentino: yo a los doce años, levantando un Jeep para recuperar una pelota. Mi padre sonriendo, tomando notas.

"El proceso está casi completo", dice Anderson, y ahora veo claramente los circuitos bajo su piel, pulsando como venas artificiales. "Pronto serás uno de nosotros, Hunter. Un verdadero soldado del Proyecto Quimera".

¿Y lo más aterrador? Una parte de mí no puede esperar.

El blindado se detiene con un frenazo brusco. Cuando las puertas se abren, no estamos en una prisión, no en una base militar. Estamos... bajo un estadio de fútbol americano.

La ironía me haría reír, si no estuviera demasiado ocupado tratando de no vomitar mientras me arrastran fuera. El aire es denso, artificial, cargado de ozono y algo más -algo químico que hace que la piel me hormiguee.

"Bienvenido a casa", dice Anderson, mientras un panel en el suelo se abre revelando un ascensor industrial. Casa. Claro. Porque toda casa tiene un búnker secreto bajo un campo de fútbol.

Descendemos. 10 pisos. 20 pisos. 30... pierdo la cuenta. Las paredes del ascensor son de cristal reforzado, y mientras descendemos veo... Cristo. Veo lo imposible.

Laboratorios se extienden en todas direcciones como un panal futurista. Técnicos con batas blancas se mueven entre filas de... ¿son bidones? No. Incubadoras. Y dentro...

"Bonitos recuerdos, ¿verdad?", la voz de mi padre me hace girar bruscamente. El senador Richard Slates, el hombre que ha orquestado toda mi vida, está de pie con su traje perfecto de siempre. Pero hay algo diferente en él ahora. Parece... más pequeño. Menos imponente.

"¿Dónde están los demás?", gruño.

"A salvo", responde con un gesto vago de la mano. "Por ahora".

"¿Dónde está mi madre?"

Una sombra atraviesa su rostro. "Claire está... de vuelta en su tratamiento".

Me lanzo hacia él -o lo intento. Los agentes me detienen sin esfuerzo, y su agarre es como acero reforzado.

“No seas melodramático, Hunter”, dice mi padre, pero su voz tiembla ligeramente. “Todo lo que hice... lo que hicimos... fue para prepararte para este momento”.

“¿Para qué? ¿Para convertirme en uno de tus monstruos de Frankenstein?”

Ríe, pero es una risa vacía. “Oh, hijo. ¿Realmente crees que yo soy el cerebro detrás de todo esto?”

El ascensor se detiene en el piso 50 subteráneo. Las puertas se abren a un laboratorio enorme, una catedral de acero y cristal. Y lo que veo me hiela la sangre.

Filas de cápsulas criogénicas alineadas como ataúdes de cristal. Dentro, figuras humanas -o casi humanas. Algunos tienen la piel atravesada por esos circuitos azules que he visto en los agentes. Otros parecen... evolucionados. Mutados.

“Estos son los fracasos”, explica mi padre, guiándome por el pasillo mientras los agentes me empujan hacia adelante. “Aquellos que no tenían el... potencial genético necesario”.

Me detiene frente a una cápsula vacía. En el cristal, una placa: “Sujeto H.S. - Fase Final”.

“Tus habilidades atléticas no eran un don natural, Hunter. Fueron el resultado de generaciones de... perfeccionamiento genético. Tu madre lo descubrió. Por eso tuvimos que...”

“¿Drogarla y encerrarla?”, la rabia hace vibrar mi voz. “¿Destruir mi carrera en el fútbol?”

“¿El fútbol?”, niega con la cabeza, casi decepcionado. “Era solo una prueba de campo. Una forma de monitorear tu desarrollo en un ambiente controlado. Cada placaje, cada carrera... estábamos midiendo tu potencial”.

Un ruido de tacones en el suelo metálico nos hace girar a ambos. Una figura se acerca, y veo a mi padre ponerse tieso como un cadete ante su superior.

“Basta de charla, Senador”, dice una voz femenina, fría como el nitrógeno líquido en las cápsulas. “Es hora de iniciar la fase final”.

Y mientras la mujer emerge de la sombra, entiendo que mi padre nunca fue el verdadero monstruo de esta historia.

Solo era otro títere, igual que yo.

La mujer con tacones está a punto de hablar cuando una figura familiar sale de uno de los laboratorios laterales. Dakota. Mi corazón hace algo estúpido: se detiene, luego arranca a doble velocidad. Está vestida con una bata de laboratorio, el pelo recogido en una coleta desordenada, las gafas reflejan las luces azules de las cápsulas. No parece una traidora. Parece... destrozada.

“Lo siento”, dice, y su voz es ronca, como si hubiera estado gritando durante horas. “No tenía otra elección, Hunter”.

“Siempre hay una elección”, gruño, pero suena falso incluso para mis oídos.

Se acerca, ignorando la mirada glacial de la mujer con tacones. “Tu padre vino a verme hace dos días. Me mostró... me mostró a tu madre. El dispositivo que han implantado en su cerebro. Un botón, dijo. Un solo botón y...”. Su voz se quiebra.

Mi padre tiene el buen gusto de parecer incómodo. “Era necesario...”

“¡CÁLLATE!”, la furia en la voz de Dakota me sobresalta. “Tú, con tus juegos de poder, tus manipulaciones... ni siquiera eres el verdadero monstruo aquí. Solo eres otro títere más”.

“Señorita Wexler”, interviene la mujer con tacones, “recuerde los términos de nuestro acuerdo”.

Dakota la ignora, sus ojos fijos en los míos. “Hice un trato. La vida de tu madre... las vidas de todos nosotros... a cambio de mi cooperación. Soy la única que puede descifrar los datos del Proyecto Quimera. Los códigos genéticos, las secuencias...”

“Siempre la misma empollona”, murmuro, y un fantasma de su vieja sonrisa ilumina su rostro por un segundo.

“Tuve que hacer que los capturaran”, continua. “Era la única manera de infiltrarme aquí dentro. De descubrir la verdad. Y Hunter...”. Se acerca más, hasta que puedo ver las lágrimas contenidas en sus ojos. “La verdad es mucho peor de lo que pensábamos”.

“Oh, por favor”, la mujer con tacones parece aburrida. “Ahórranos el melodrama adolescente. Ambos son parte de algo mucho más grande”.

Pero mientras habla, veo a Dakota hacer algo con la mano. Un movimiento casi imperceptible. ¿Está... escribiendo algo en la tableta que sostiene contra su pecho?

“Siempre has sido más inteligente que yo”, digo, finalmente entendiendo. No es una traición.

Es un caballo de Troya.

Y nosotros acabamos de entrar dentro de las murallas.

Quizá deberíamos mostrarles” dice la mujer de los tacones - todavía no sé su nombre, pero la forma en la que todos la miran, como si fuera una reina víbora lista para morder, me dice todo lo que necesito saber. “Mostrarles lo que significa realmente ser parte del Proyecto Quimera.”

Una pared de pantallas se ilumina detrás de ella. Imágenes, datos, gráficos. La historia de mi vida, reducida a números y diagramas.

“¿Ves esto?” Dakota señala una secuencia de ADN que gira en la pantalla. Su mano tiembla ligeramente. “No es ADN humano normal. Es... evolucionado. Modificado. Empezaron antes de que nacieras, Hunter. En la fase embrionaria.”

Mi estómago se retuerce. “¿Están diciendo que soy...?”

“Un milagro de la ciencia” interviene la mujer. “El primer éxito después de generaciones de fracasos. Tu padre no era el creador del proyecto, era el custodio. El guardián de nuestra mayor realización.”

Mi padre - no, el senador Slates, porque ya no puedo pensar en él como mi padre - baja la mirada. “Fue un honor ser elegido...”

“Fue una orden” lo corrijo, y la forma en la que se tensa me dice que tengo razón. “¿Y mi madre? ¿Qué tiene que ver ella en todo esto?”

Dakota desliza algo en la tableta. Nuevas imágenes aparecen en las pantallas. “Era genetista. Una de las mejores. Trabajaba en el proyecto original, hace años. Cuando descubrió que estaban usando su trabajo para... esto...” hace un gesto hacia las cápsulas criogénicas. “Intentó detenerlos.”

“Y en cambio la encerraron y drogaron durante quince años” gruño. “Mientras usaban a su hijo como... como...”

“Como el primer prototipo exitoso de un super soldado” completa la mujer, con una sonrisa que no alcanza sus ojos. “Cada partido de fútbol, cada entrenamiento, cada aparente talento natural... todo estaba programado, monitoreado, analizado. Estábamos perfeccionando nuestra obra maestra.”

Las imágenes siguen pasando. Yo con seis años, levantando un coche. Con diez, corriendo más rápido de lo que debería ser posible. A los dieciséis, curándome de una fractura en días en lugar de semanas.

“El fútbol nunca fue tu destino” continúa la mujer. “Era solo un campo de prueba. Una forma de poner a prueba tus límites en público sin despertar sospechas. ¿Quién haría preguntas sobre un quarterback excepcionalmente dotado?”

“Pero mi madre hizo preguntas” digo en voz baja. “¿Verdad?”

El senador se mueve incómodo. “Claire... era demasiado curiosa para su propio bien. Cuando encontró los archivos originales del proyecto...”

“Dejaste que la encerraran” lo interrumpo. “La mujer que amabas. La madre de tu hijo.”

“No entiendes” susurra, y por primera vez veo miedo en sus ojos. “Nadie les dice que no. Nadie.”

La mujer se ríe, un sonido frío como hielo seco. “Oh, Richard. Siempre tan melodramático. ¿Prefieres que le cuente a tu hijo la verdadera razón? ¿Tu... contribución genética al proyecto?”

Y mientras habla, noto algo. Sus venas... laten con el mismo azul eléctrico que he visto en los agentes.

La primera generación, me doy cuenta con horror. Ella fue la primera.

Y yo... yo soy su legado.

Mientras la mujer habla, empiezo a notar cosas. Detalles. La forma en la que los agentes se mueven - hay un patrón, un ritmo. Como un reloj perfectamente sincronizado. Demasiado perfecto.

Y luego los recuerdos empiezan a golpearme como flashbacks de un partido particularmente violento.

Yo con ocho años, rompiendo accidentalmente la puerta de acero del vestuario.

No fue un accidente.

A los doce, escuchando las conversaciones de los entrenadores a tres campos de distancia.

No fue imaginación.

La vez que me fracturé tres costillas durante un partido y volví al campo después de diez minutos.

No fue adrenalina.

“Los sujetos siempre muestran signos de despertar cognitivo en este punto” dice la mujer, notando mi mirada. “Es fascinante, ¿verdad? El momento en que se dan cuenta de lo que realmente son.”

Pero hay algo más que estoy notando. La forma en la que los agentes evitan ciertos ángulos de la habitación. Como si... como si hubiera algo que no pueden ver. O no quieren ver.

Dakota cruza mi mirada por un milisegundo. Sus dedos se mueven sobre la tableta en un patrón que reconozco - es código Morse. Lo aprendí para señales en el campo.

P-U-N-T-O-C-I-E-G-O

“Es interesante” digo en voz alta, dando un paso hacia uno de esos ángulos "muertos". “¿Cómo funciona exactamente vuestro... control?”

La mujer sonríe, complacida. “Los sujetos Quimera están ligados a un protocolo básico. No pueden ver ciertas cosas, no pueden hacer ciertas acciones. Para su seguridad, naturalmente.”

“Naturalmente” repito, y doy otro paso. El agente más cercano se mueve imperceptiblemente, como rechazado por un imán invisible.

Y en ese momento lo entiendo.

Yo no soy como ellos. Aún no. No estoy... programado.

“Es una pena” continúo, moviéndome con casualidad hacia otro punto ciego, “que hayáis tenido que esperar tanto para la 'fase final'.”

“Era necesario” responde la mujer. “Tu código genético tenía que madurar naturalmente antes de...”

Se interrumpe. Ha visto algo en mi mirada. Pero es demasiado tarde.

Porque ahora sé lo que soy. Y lo más importante, sé lo que no soy.

No soy un soldado Quimera.

Soy algo mucho más peligroso: soy un experimento que salió demasiado bien.

Es como si alguien hubiera encendido un interruptor dentro de mí. Cada músculo vibra con una energía que nunca he sentido antes, ni siquiera durante los partidos más intensos. Las luces del laboratorio se vuelven de repente demasiado brillantes, los sonidos demasiado nítidos. Puedo escuchar el latido del corazón de todos en la habitación - algunos normales, otros... mecánicos.

Dakota está haciendo algo en su tableta, los dedos danzando sobre la superficie como si estuviera componiendo una sinfonía de código. Me lanza una mirada que conozco bien: es la misma que tenía cuando me explicaba Nietzsche, esperando que entendiera el punto oculto.

"Interesante" la mujer de los tacones se acerca, estudiándome como un insecto bajo un microscopio. "Tu cuerpo ya está reaccionando. Mucho más rápido de lo previsto."

"Sí" respondo con mi mejor sonrisa de quarterback imbécil. "Siempre he sido un alumno precoz."

Una alarma silenciosa parpadea en una de las pantallas. Dakota hace un pequeño gesto con la cabeza - tres segundos, dice el movimiento de sus labios.

La puerta del laboratorio se abre y una nueva figura entra. El aire mismo parece congelarse. Es una mujer mayor en silla de ruedas, pero sus ojos... sus ojos son completamente azul eléctrico.

"Por fin" dice, y su voz suena como mil voces superpuestas. "Mi nieto favorito."

¿Nieto?

La mujer de los tacones se inclina. "Madre."

Mi padre - el senador - cae de rodillas.

Y justo cuando mi cerebro intenta procesar esta bomba, todo ocurre al mismo tiempo:

Las luces se apagan.

Las cápsulas criogénicas comienzan a abrirse.

Dakota pulsa una última tecla en su tableta.

Y yo...

Siento algo despertarse dentro de mí, algo que va mucho más allá del fútbol, más allá de los super soldados, más allá de todo lo que creía posible.

Lo último que veo antes de que el caos estalle es la sonrisa de la mujer en la silla de ruedas.

"Bienvenido a la familia, Hunter" dice. "Es hora de conocer a tus verdaderos hermanos."

Y el laboratorio explota en una luz azul cegadora.

36

DAKOTA

"A veces me pregunto si todo esto no es solo un episodio particularmente absurdo de Black Mirror" murmuro mientras mis dedos vuelan sobre el teclado de la tableta. El virus que he ocultado en el sistema empieza a hacer efecto: uno tras otro, los sistemas de seguridad del recinto caen como fichas de dominó.

"¿En serio?" Hunter está a mi lado, las venas azules palpitando bajo su piel como circuitos eléctricos. "Yo estaba pensando más en X-Men. Ya sabes, la parte en la que descubres que tu abuela es como Magneto, pero en versión femenina."

"No es momento para hacer bromas sobre superhéroes" silbo, aunque una parte de mí aprecia su intento de mantener la calma a través del sarcasmo. Es una de las cosas que tenemos en común.

Las alarmas empiezan a sonar mientras las puertas de las cápsulas criogénicas se abren una tras otra. Los "sujetos" del Proyecto Quimera emergen como espectros de la niebla de la hibernación. Algunos parecen desorientados, otros asustados, y otros... enfadados.

"¿Hunter?" La voz de Claire Slates es más fuerte ahora, más clara. La interrupción de los medicamentos ya está haciendo efecto. "¿Qué está pasando?"

"Nos estamos escapando, mamá" responde él, y su voz tiembla ligeramente. "Y esta vez, nadie te encerrará nunca más."

Un ruido de tacones sobre el suelo metálico hace que la sangre se me congele en las venas. La mujer mayor —la abuela de Hunter, aún no logro procesar esta locura— emerge de las sombras como una reina de las tinieblas en una película de Disney que salió mal.

"Oh, querido" dice, y su voz suena como el hielo que se resquebraja. "¿De verdad crees que voy a dejar que arruines el trabajo de generaciones? ¿Tu potencial?"

Hunter da un paso adelante, colocándose entre ella y su madre. "¿Mi potencial?" ríe, pero es una risa amarga. "¿Eso llamas convertir a las personas en experimentos de laboratorio?"

"Mira" dice ella, señalando sus brazos donde las venas azules palpitan cada vez más luminosas. "Siente el poder que fluye en ti. Estás destinado a la grandeza, Hunter."

"Lo único a lo que estoy destinado" gruñe él, "es a tomar mis propias decisiones."

Y entonces ocurre: Hunter se mueve tan rápido que mis ojos no pueden seguirlo. En un instante está frente a su abuela, levantándola del suelo con una sola mano.

"¡Hunter, no!" grito, viendo el azul en sus ojos intensificarse. "¡No dejes que te controle!"

Él duda, y en ese momento de vacilación veo una lucha en sus ojos: el hombre contra el

monstruo, la humanidad contra el poder.

"Tienes razón" dice finalmente, bajando a la mujer pero manteniendo el agarre. "No soy como tú. Nunca seré como tú."

Los demás sujetos se están reuniendo a nuestro alrededor, algunos muestran los mismos signos de poder que Hunter, otros parecen más... humanos.

"Dakota" me llama Hunter, y en su tono hay urgencia. "¿Cuánto tiempo tenemos?"

"Dos minutos antes de que el sistema se reinicie" respondo, sin dejar de teclear. "Y algo me dice que la abuela psicópata aquí tiene un plan B."

"Oh, querido" sonríe la mujer mayor, y su sonrisa es como una herida abierta. "Siempre tengo un plan B."

Las luces del laboratorio parpadean, y sé que estamos a punto de descubrir exactamente a qué se refiere.

Las luces siguen parpadeando, creando un efecto estroboscópico que hace que todo parezca irreal. Pero es la voz de Claire Slates la que capta la atención de todos: fuerte, clara, tan diferente del susurro confuso de hace un momento.

"Lo recuerdo todo" dice, y su tono es como acero templado. "Cada detalle que intentaste borrar de mi mente, Margaret."

La mujer mayor —Margaret— se endurece de la manera en que solo una matriarca descubierta puede hacerlo. "Claire, querida, los medicamentos aún..."

"No" la interrumpe Claire, dando un paso adelante. "No más mentiras. Era una de tus mejores científicas, ¿recuerdas? Antes de que descubriera lo que estabas haciendo realmente con mi trabajo. Con mi ADN."

Hunter se vuelve hacia su madre, los ojos azules eléctricos muy abiertos. "¿Tu ADN?"

"¿Por qué crees que fuiste un 'éxito' tan grande, querido?" Claire sonríe amargamente. "No era solo el código genético de tu padre. Yo era el elemento faltante. La clave que buscaban durante generaciones."

Miro mi tableta, donde los datos del proyecto fluyen como un río de secretos. "El Proyecto Quimera buscaba una compatibilidad genética específica" realizo. "Un equilibrio perfecto entre..."

"Fuerza y estabilidad" completa Claire. "El ADN de Richard tenía el potencial para la fuerza física, pero era inestable. El mío... el mío tenía la clave para la estabilidad mental."

"¿Y cuándo lo descubriste?" pregunto, aunque una parte de mí teme la respuesta.

"Cuando estaba embarazada de Hunter" responde, y su voz tiembla ligeramente. "Encontré los archivos. Vi lo que estaban haciendo. No solo estaban creando soldados potenciados... estaban intentando crear una nueva especie. Y mi hijo... mi hijo iba a ser su prototipo perfecto."

"Pero Richard..." Hunter aprieta los puños, las venas azules palpitan más intensamente. "¿Papá lo sabía?"

"¡Oh, tu padre?" Claire se ríe, pero es un sonido hueco. "Richard era ambicioso. Cuando su madre le ofreció poder, posición, control... no lo pensó dos veces antes de traicionarme."

"Era necesario" interviene Margaret, y por primera vez su voz delata emoción. "Por el bien mayor..."

"¿El bien mayor?" Claire se vuelve hacia ella, y la rabia en su voz es palpable. "Manipulaste a tu hijo, encarcelaste a tu nuera, convertiste a tu nieto en un experimento... todo por tu 'bien mayor'?"

"¡He creado el futuro!" exclama Margaret. "¡He tomado a la humanidad débil y la he hecho

fuerte! Yo...”

“Has creado monstruos” la interrumpe Claire. “Y has convertido a nuestra familia en un experimento fallido.”

“No entiendes” Margaret sacude la cabeza. “Todo lo que he hecho... lo he hecho por nosotros. Por la familia Slates. Para crear una dinastía que cambiaría el mundo.”

“No” interviene Hunter, y su voz es extrañamente calma. “Lo hiciste por ti misma. Por tu ego. Por tu delirio de omnipotencia.”

Me acerco a él, notando cómo las venas azules palpitan más intensamente. “Hunter...”

“Estoy bien” me tranquiliza, aunque puedo ver el esfuerzo en sus ojos. “Es solo que... finalmente todo tiene sentido. Por qué siempre me sentí diferente. Por qué papá estaba tan obsesionado con mis desempeños. Por qué...”

“¿Por qué tu abuela es una psicópata con complejo de dios?” sugiero, ganándome una leve sonrisa de su parte.

“Exactamente.”

Claire da otro paso hacia Margaret, y en sus ojos hay una determinación que quince años de medicamentos no han logrado borrar.

“¿Sabes cuál es la parte más triste, Margaret? Nunca entendiste que la verdadera fuerza no está en los genes potenciados o en los super soldados. Está en la humanidad que intentaste eliminar desesperadamente.”

Y mientras las palabras de Claire resuenan en el laboratorio, las alarmas empiezan a sonar más fuerte. El tiempo se está acabando.

El senador Richard Slates entra en el laboratorio como un rey que está a punto de perder su reino. Su habitual traje impecable está arrugado, la corbata deshecha, y por primera vez veo la verdad: no es un monstruo, es solo un hombre asustado.

“Madre” dice, y su voz tiembla ligeramente. “Se acabó.”

“¿Acabó?” Margaret se ríe, un sonido que hiela la sangre. “Nada ha terminado. Mira a tu hijo, Richard. Mira lo que hemos conseguido crear.”

“Lo que habéis creado” interviene Hunter, las venas azules palpitando como un latido de corazón descontrolado, “es un abominación. Igual que hiciste con papá, ¿verdad?”

Richard se sobresalta, como golpeado por un puñetazo invisible. “Hunter...”

“Di la verdad” lo desafía Claire. “Por una vez en tu vida, Richard, di la verdad a tu hijo.”

El senador se pasa una mano por el rostro, de repente pareciendo mucho más viejo. “Yo era... era el primer intento. El prototipo cero. Pero no era lo suficientemente estable, no era...”

“No eras perfecto” completa Margaret con disgusto. “Eras débil. Pero nos diste a Hunter. Y él...”

“¿Fue tu mayor éxito?” la interrumpo, incapaz de contenerme. “¿El nieto perfecto que podías moldear a tu imagen?”

“Dakota” me advierte Hunter, pero puedo ver en sus ojos que aprecia mi intervención.

“No, tiene razón” dice Richard, sorprendiéndonos a todos. “Yo... sacrifiqué todo. Mi humanidad, mi familia, el amor de mi esposa... todo por el poder que me prometías, madre. Por ser el hijo que querías.”

“Y mira lo que obtuviste” sisea Claire. “Un escaño en el Senado y un hijo que te odia.”

“No te odio, papá” dice Hunter, y su voz es extrañamente gentil. “Te compadezco. Fuiste su primera víctima.”

Richard mira a su hijo, y veo algo romperse en sus ojos. “Lo siento” susurra. “Lo siento tanto.

Cuando... cuando tu madre descubrió la verdad, cuando amenazó con revelarlo todo... dejé que la encerraran. Permití que te convirtieran en... esto."

"¿En un monstruo?" sugiere Hunter, las venas azules palpitan más intensamente.

"No" Richard sacude la cabeza. "En algo más fuerte de lo que yo jamás podría ser. Lo suficientemente fuerte como para resistirla a ella."

Margaret da un paso adelante, furiosa. "¿Cómo te atreves? Todo lo que he hecho..."

"¡Era por ti!" grita Richard, volteándose hacia su madre. "¡Siempre y solo por ti! Por tu sueño enfermizo de crear una raza superior. ¡Por tu delirio de grandeza!"

"No entiendes" insiste Margaret. "La humanidad es débil. Nosotros podemos hacerla fuerte. Hunter es la prueba de que..."

"¿De que arruinaste tres generaciones de tu familia?" sugiero dulcemente.

"Tú" me apunta con un dedo acusador, "no tienes idea de lo que..."

"Sé suficiente" la interrumpo. "Sé que convertiste a tu hijo en un experimento fallido. Encerraste a tu nuera porque era lo suficientemente inteligente como para descubrir la verdad. Y trataste de convertir a tu nieto en un arma."

"Dakota tiene razón" dice Richard, y hay una nueva determinación en su voz. "Se acabó, madre. El proyecto, los experimentos, todo."

"No" Margaret sonríe, una sonrisa que promete dolor. "No se ha acabado mientras yo..."

Pero antes de que pueda terminar la frase, Richard hace algo inesperado: presiona un botón en su reloj.

Las alarmas del laboratorio cambian de tono.

"Protocolo de autodestrucción activado" anuncia una voz mecánica. "Se requiere evacuación inmediata."

"¿Qué has hecho?" sisea Margaret.

"Lo que debí haber hecho hace quince años" responde Richard. "He elegido a mi familia."

Y mientras el caos explota a nuestro alrededor, veo finalmente al verdadero Richard Slates: no el poderoso senador, no el experimento fallido, sino simplemente un padre que intenta hacer lo correcto.

Aunque quizás ya sea demasiado tarde.

El caos estalla como una onda expansiva. Los sujetos liberados de las cápsulas criogénicas se mueven como una marea viviente, sus venas azules palpitan al unísono como un coro de luces espectrales. Algunos gritan, otros corren, pero todos tienen la misma mirada: la de animales enjaulados que acaban de probar la libertad.

"¡No podéis detenerme!" grita Margaret, sus venas azules brillan como neones bajo la piel arrugada. "¡Soy vuestra creadora! ¡Os he dado poder!"

"Nos diste una prisión" gruñe uno de los sujetos, un hombre con cicatrices por todo el cuerpo. "¡Nos convertiste en monstruos!"

Mis dedos vuelan sobre el teclado de la tableta. "¡Hunter!" grito por encima del ruido ensordecedor de las alarmas. "Casi he completado el acceso a los protocolos de seguridad, pero necesito tiempo."

Lo veo luchar internamente, las venas azules palpitan cada vez más fuerte. Es como ver una batalla entre dos naturalezas opuestas que se pelean bajo su piel.

"No resistas al poder" lo incita Margaret. "¡Abrázalo! ¡Eres mi obra maestra, Hunter! ¡El culmen de generaciones de investigación!"

"No" jadea él, cayendo de rodillas. "No soy... no soy un experimento. Soy..."

“Eres mi hijo” interviene Claire, arrodillándose a su lado. “Eres Hunter Slates, el chico testarudo que siempre hizo las cosas a su manera. No su soldado perfecto.”

El laboratorio tiembla, pedazos de techo empiezan a caer. El protocolo de autodestrucción está acelerando.

“Casi estamos” murmuro, tecleando frenéticamente. “Solo un cortafuegos más...”

Margaret se mueve con una velocidad antinatural, arrancándome la tableta de las manos. “¡Basta de juegos, niñata!”

Pero ha cometido el error de subestimarme. Otra vez.

“¡Ahora, zorra!” grito.

El virus que he ocultado en el sistema se activa, cortocircuitando todos los sistemas de control. Las luces enloquecen, las máquinas empiezan a explotar.

Y Hunter... Hunter se levanta.

“¿Sabes cuál es la parte divertida, abuela?” dice, y su voz es extrañamente calma. “Pensabas que me habías creado para ser un arma. Pero me diste algo que no habías previsto.”

“¿Qué?” sisea ella.

“La capacidad de elegir” responde, y en ese momento, sus venas azules empiezan a palpitar de manera diferente: ya no caóticas, sino controladas.

Margaret retrocede, viendo algo en sus ojos que la asusta. “Esto es imposible. El suero... el control...”

“Oh, cállate” la interrumpo. “¿Aún no lo entiendes? Hunter no es tu soldado perfecto porque tiene algo que tú nunca podrás entender: un corazón.”

El laboratorio sigue derrumbándose a nuestro alrededor, pero en este momento, mientras veo a Hunter tomar finalmente el control de sus poderes, mientras veo a los sujetos liberados unirse contra sus creadores, sé que hemos ganado.

Aunque el precio podría ser alto.

“Dakota” me llama Hunter, la voz tensa por el esfuerzo. “Cuando diga ‘ahora’, activa el protocolo final.”

Asiento, los dedos listos sobre la tableta de respaldo.

Es hora de derribar el imperio de Margaret Slates.

Literalmente.

El laboratorio se está derrumbando como un castillo de naipes en un huracán. Margaret grita órdenes que ya nadie escucha, mientras sus “experimentos” se vuelven contra ella como una marea vengativa de venas azules palpitantes.

“¡No lo entendéis!” grita, retrocediendo. “Todo lo que he hecho...”

“¡Era por ti misma!” la interrumpe Richard, colocándose entre ella y nosotros. “Y ahora se acabó, madre.”

“Richard” su tono es el de una madre decepcionada, “te di poder, posición...”

“Me quitaste mi humanidad” la corrige él. Luego se vuelve hacia Hunter y Claire. “Idos. Ahora.”

“Papá...” empieza Hunter, pero Richard lo interrumpe.

“Por una vez en mi vida” dice, y su sonrisa es triste pero decidida, “déjame ser el padre que deberías haber tenido.”

Una explosión sacude toda la estructura. El techo empieza a ceder.

“¡Hunter!” grito. “Los datos. Debo...”

“No” Margaret se lanza hacia los servidores centrales, “no permitiré que...”

Pero los sujetos liberados la rodean, sus venas azules palpitan al unísono. “No más” dicen al unísono.

Hunter me agarra, usando sus poderes para protegerme mientras corro hacia los servidores. Mis dedos vuelan sobre el teclado, descargando todo lo que puede incriminar a la organización.

“Claire” dice Richard, “lo siento. Por todo.”

“Lo sé” responde ella, y por un momento vuelven a ser jóvenes, enamorados, antes de que la locura de Margaret lo arruinara todo.

Otra explosión, más cercana.

“¡Hecho!” grito, el disco lleno de pruebas en mis manos.

Hunter toma a su madre con un brazo y a mí con el otro. “Papá..."

Ve, ordena Richard. Luego se gira hacia su madre, que está luchando contra los sujetos rebeldes. Es hora de poner fin a todo esto.

Mientras corremos hacia la salida, escucho la última conversación entre madre e hijo.

“¿Qué estás haciendo?” sisea Margaret.

“Lo que deberías haber hecho tú” responde Richard. “Proteger a mi familia.”

Lo último que veo, antes de que Hunter nos ponga a salvo con una velocidad sobrehumana, es a Richard Slates activando algo en su muñeca: probablemente el protocolo final de autodestrucción.

Salimos de la instalación justo cuando colapsa sobre sí misma, sepultando dos generaciones de locura Slates bajo toneladas de cemento y acero.

Hunter se detiene solo cuando estamos a una distancia segura. Sus venas azules aún palpitan, pero ahora están bajo control. Su poder ya no lo posee a él: él posee el poder.

“Lo logramos” susurro, apretando la unidad con las pruebas. “Se acabó.”

“No” responde él, mirando las ruinas del laboratorio. “Esto es solo el comienzo.”

Claire toma la mano de su hijo, y por primera vez en quince años, son realmente una familia.

Aunque el precio haya sido terrible.

***

El motel en las afueras de la ciudad es uno de esos lugares que parecen sacados de una película de los hermanos Coen, de esos donde los protagonistas se esconden antes del gran final. Solo que nosotros ya tuvimos nuestro final, y ahora tenemos que entender cómo vivir con las consecuencias.

“Entonces” digo, sentada en la cama mientras examino los datos de la unidad, “noticias buenas y malas. La buena es que tenemos suficientes pruebas para hacer caer no solo el Proyecto Quimera, sino toda la red de corrupción que lo apoyaba.”

“¿Y la mala?” pregunta Hunter. Está en la ventana, con las venas azules palpitando débilmente bajo su piel, como un recordatorio constante de lo que se ha convertido.

“La mala es que hay otros laboratorios. Otros... experimentos.”

Claire, sentada en el sillón desgastado, asiente lentamente. Sus ojos están más brillantes ahora, sus manos más firmes. Cada hora que pasa sin los medicamentos de control la devuelve un poco más a la mujer brillante que era.

“Margaret nunca habría puesto todos los huevos en una sola cesta” dice. “Era demasiado metódica para eso.”

“Sí, metódica” resoplo. “Una manera amable de decir 'psicópata con manías de control'.”

Hunter ríe, un sonido que me encoge el corazón. Es la primera vez que lo escucho reír desde que... bueno, desde que descubrió que era un experimento genético que había salido demasiado bien.

"Sabes" dice, volteándose hacia mí, "por primera vez desde que todo esto comenzó, no odio lo que soy."

Lo miro, interrogativa.

"Estos poderes" continúa, haciendo brillar intencionadamente las venas azules, "se pueden usar para algo bueno. Podemos encontrar los otros laboratorios. Podemos liberar a las otras personas que mi abuela convirtió en experimentos."

"Hunter" Claire se levanta, acercándose a su hijo, "no tienes que..."

"Sí, sí tengo que hacerlo" la interrumpe suavemente. "Papá... papá dio su vida para darnos esta oportunidad. No puedo desperdiciarla."

Me levanto también, alcanzándolos. "No estás solo en esto, ¿sabes?"

Me mira, y en sus ojos veo algo nuevo: ya no la arrogancia del quarterback, ni el miedo del experimento, sino la determinación del hombre que ha elegido su destino.

"Lo sé" dice en voz baja. Luego sonríe, esa sonrisa que siempre me hace querer besarlo y abofetearlo al mismo tiempo. "Estás atrapada conmigo, cerebrito."

"Como si pudiera dejarte manejar todo esto solo" ruedo los ojos. "Probablemente terminarías usando tus superpoderes para ganar al fútbol americano."

"¡Eh! No es una mala..."

"No" lo interrumpo. "Absolutamente no."

Claire nos mira, y por primera vez desde que la liberamos, sonríe de verdad. "Sois... sois exactamente lo que él necesita" me dice. "Alguien que lo mantenga con los pies en la tierra."

"Oh, créeme" respondo, "mantener a raya su ego es un trabajo a tiempo completo."

Hunter me atrae hacia él, y sus brazos están cálidos a pesar de las venas azules palpitantes. "Y tú eres perfecta para ese trabajo."

Apoyo la cabeza contra su pecho, sintiendo el latido de su corazón, más rápido de lo normal gracias a los experimentos, pero aún asombrosamente suyo.

"Lo sé" susurro. "Alguien tiene que hacerlo."

Y mientras el sol se pone fuera de la ventana del motel, todos sabemos que esto no es un final, sino un nuevo comienzo.

Uno que enfrentaremos juntos.

El sol se alza sobre el motel mientras hacemos planes para el futuro. He creado un mapa digital de todos los posibles laboratorios del Proyecto Quimera, mientras Claire anota fórmulas y secuencias genéticas que podrían ayudar a los otros sujetos a estabilizarse.

"Si liberamos la información gradualmente" digo, señalando mi portátil, "podemos evitar que la organización tenga tiempo de encubrir todo. Un laboratorio a la vez, una revelación a la vez."

"Como una serie de Netflix" comenta Hunter, y no puedo evitar sonreír ante su intento de aligerar la situación.

"Más como una operación quirúrgica" corrige Claire, y por un momento vuelvo a ver a la brillante científica que era. "Precisa, metódica, letal."

"Los sujetos que hemos liberado están a salvo" añado. "Solana y Cassian están gestionando el refugio, y Elias ha creado identidades digitales completamente nuevas para todos ellos."

Hunter se acerca a la ventana, con las venas azules palpitando débilmente a la luz del amanecer. "Es extraño" dice. "Por primera vez en mi vida, sé exactamente quién soy y qué debo hacer."

Claire se levanta, alcanzando a su hijo. “Hunter...”

“Está bien, mamá” la interrumpe dulcemente. “Ya no estoy enfadado. No contigo, no con papá... ni siquiera conmigo mismo.”

Los miro interactuar, madre e hijo tratando de recuperar quince años de distancia, y siento algo calentarse en mi pecho. Es esperanza, me doy cuenta. Esperanza para el futuro.

“¿Dakota?” La voz de Hunter me trae de vuelta al presente. Se ha girado hacia mí, y hay algo en su mirada que nunca antes había visto.

“Si estás a punto de decir algo cursi, te advierto...”

“Cásate conmigo.”

El mundo se detiene. Claire contiene la respiración. Yo...

“¿Qué?” chillo de manera poco digna.

“Sé que es una locura” continúa él, acercándose. “Sé que hay otros laboratorios por encontrar, otras personas por salvar, toda una organización por desmantelar. Pero... pero quiero hacerlo contigo. Todo esto. Quiero...”

“¿En serio me estás pidiendo matrimonio en un motel de cuarta categoría mientras planeamos derribar una organización secreta?” lo interrumpo.

“Es... ¿es un no?”

Lo miro: este estúpido, arrogante, maravilloso hombre con las venas azules palpitantes y el corazón más grande de lo que cualquiera pueda imaginar, y sé que solo hay una respuesta posible.

“Te daré mi respuesta” digo, “cuando hayamos terminado esta misión. Y si sobrevives a mi sarcasmo hasta entonces...”

Su sonrisa podría iluminar todo el motel. “Es prácticamente un sí.”

“Es un 'ya veremos', quarterback.”

Pero mientras el sol sigue saliendo, mientras Claire ríe suavemente de nuestras tonterías, mientras el futuro se abre ante nosotros lleno de peligros y promesas... bueno, quizá tenga razón.

Quizá sea realmente un sí.

Pero no se lo diré. Aún no.

Después de todo, alguien tiene que mantener su ego bajo control.

37

DAKOTA

Varias semanas después

Me detengo frente a la ventana de la oficina de Hunter, observándolo mientras habla con su madre. Claire Slates ha cambiado en los últimos meses: su mirada es más clara, sus movimientos más seguros. La libertad le sienta bien.

"¿Estás seguro de esto, cielo?" la escucho preguntar, mientras juguetea con algo pequeño y brillante entre las manos: el anillo, me doy cuenta con un vuelco en el corazón.

"Nunca he estado más seguro de nada en mi vida" responde Hunter, y sus venas azules palpitan ligeramente bajo la piel. "Dakota... ella me ha salvado en todos los sentidos posibles, mamá. No solo del Proyecto Quimera. Me ha salvado de mí mismo."

Claire sonríe, una sonrisa que tiene el mismo calor que el sol después de una larga tormenta. "Sabes que tus poderes... que lo que eres..."

"No cambiará nada" la interrumpe Hunter. "Dakota me aceptó cuando solo era un quarterback arrogante. Me aceptó cuando descubrió que era un experimento genético. Me aceptó incluso cuando casi destruí medio campus intentando controlar estos... cambios."

"Te mantuvo humano" dice Claire dulcemente.

"Me mantuvo siendo yo mismo" corrige él. "Con todo su sarcasmo y sus comentarios mordaces... nunca me hizo sentir un monstruo. Ni siquiera cuando mis venas brillaban como un árbol de Navidad enloquecido." Luego Hunter toma el anillo de las manos de su madre. "Mamá, esto es un nuevo comienzo para mí. Y quiero vivirlo con ella. Aunque probablemente un día me mate mientras duermo usando alguna copia particularmente pesada de algún texto antiguo."

"Sería apropiado" ríe Claire. "La nerd y el super soldado."

"No se lo digas a Dakota" sonríe él. "Odia los clichés casi tanto como le encanta burlarse de mí."

Me alejo de la ventana antes de que puedan verme, el corazón latiendo más fuerte de lo habitual. Unas horas después, cuando Hunter se arrodille frente a mí con ese anillo, fingiré estar sorprendida. Fingiré que mi sarcasmo es mi única defensa.

Pero la verdad es que ya he decidido. Lo decidí cuando lo vi luchar contra sus poderes para seguir siendo él mismo. Lo decidí cuando eligió usar su "condición" para ayudar a los demás en lugar de buscar poder. Lo he decidido cada día, viéndolo luchar por ser mejor, por ser humano, por ser... Hunter.

Mi quarterback genéticamente modificado. Mi idiota personal.

Mi para siempre.

***

Vale, esto tiene que ser una broma.

Hunter-maldito-Slates está de rodillas delante de mí con ese anillo en la mano. Parece la escena final de una de esas comedias románticas empalagosas que Solana ve cuando está deprimida, solo que en vez de un Patrick Dempsey cualquiera tengo delante al quarterback más arrogante del planeta intentando parecer vulnerable. Spoiler: está fallando miserablemente.

"Dakota..." empieza, y ya tengo que contener una carcajada histérica. Su voz está más ronca de lo habitual, como si alguien le hubiera hecho tragar arena. Él, que normalmente lanza comentarios sarcásticos como si respirara, ahora parece un personaje de Grey's Anatomy en plena crisis existencial.

"¿En serio, Hunter?" lo interrumpo, cruzando los brazos. "¿Te has visto? Pareces salido de un episodio de The Bachelor. Por favor, dime que hay una cámara oculta en alguna parte."

Me mira con esos ojos que normalmente usaba para hacer desmayar a las cheerleaders, pero hay algo diferente. Parece... ¿asustado? ¿Hunter Slates, asustado? Esto sí que es material para la posteridad.

"¿Podrías, por una vez en tu vida, no ser sarcástica?" sisea, pero sus manos tiemblan ligeramente mientras sostiene el anillo. Cristo, realmente va en serio.

Me vienen a la mente todos nuestros momentos juntos, como un montaje de serie de televisión de cuarta categoría. La primera vez que nos encontramos en la biblioteca, cuando pensé que solo era otro idiota musculoso (bueno, lo pensé hasta hace como cinco minutos). Aquella fiesta donde hizo el idiota para atraer mi atención (como si no la tuviera ya). Nuestro primer beso, que parecía más una declaración de guerra que un momento romántico.

"Sabes que esto es absurdo, ¿verdad?" digo, intentando mantener un tono cáustico. "El quarterback del equipo pidiéndole matrimonio a la nerd antisocial. Es como la trama de todas las películas adolescentes jamás hechas, solo que ya no somos adolescentes y esto no es una comedia romántica de Netflix."

Hunter pone los ojos en blanco, pero veo un atisbo de sonrisa. "¿De verdad? ¿En serio estás citando los clichés del cine mientras intento proponerte matrimonio?"

"Perdón por no seguir el guion estándar de 'Oh Dios mío, ¡sí!'" replico, imitando una voz chillona. "¿Quieres que me ponga a llorar como en El diario de Noa? ¿O prefieres el estilo Pretty Woman, con yo casi cayéndome por la escalera de incendios de la emoción?"

"Dakota..." su tono está exasperado, pero también hay algo más. ¿Vulnerabilidad? ¿De Hunter? Esto tiene que ser un universo paralelo.

"No, espera, déjame adivinar: ¿has orquestado todo esto porque has visto demasiadas reposiciones de Cuatro bodas y un funeral?" continújo, porque el sarcasmo es mi mecanismo de defensa favorito y ahora lo necesito desesperadamente.

"¿Podrías...?" se pasa una mano por el cabello, frustrado, "¿podrías dejar de ser una cabrona por tipo treinta segundos y escucharme?"

Lo miro, aún de rodillas, con esa expresión que nunca le había visto antes. Hunter Slates, el rey de la arrogancia, el hombre que pensaba que el mundo giraba en torno a su ego, ahora parece casi... humano.

"Vale, vale" levanto las manos en señal de rendición. "Tienes toda mi atención. Pero si sacas una cita de Notting Hill, te juro que me voy."

"No preparé ningún discurso" dice, y por primera vez desde que lo conozco, parece

sinceramente sin palabras sarcásticas. “No soy bueno en estas cosas. No soy... no soy como en las películas de las que te burlas.”

“Gracias a Dios” murmuro, pero mi corazón está dando extrañas volteretas en el pecho.

“Solo soy yo, el idiota que te volvió loca durante meses, que arruinó cada uno de tus intentos de tener una vida normal, que te hizo odiar y...” se detiene, traga saliva, “y amar al mismo tiempo. Y sé que probablemente este es el peor momento para pedirlo, que somos un desastre, que yo soy un desastre, pero...”

“Hunter...” susurro, y por una vez no hay rastro de sarcasmo en mi voz.

“Dakota Wexler” continúa, con esa estúpida sonrisa arrogante que intenta ocultar los nervios, “¿quieres arruinar tu vida conmigo? Oficialmente, quiero decir. Con papeleo oficial y todo eso.”

Lo miro fijamente, buscando desesperadamente un comentario sarcástico, una observación ácida, cualquier cosa para protegerme de este momento que parece demasiado real, demasiado importante. Pero por primera vez en mi vida, el sarcasmo me abandona.

Y lo más absurdo es que ya no me importa.

Camino por el campus como una protagonista de un drama adolescente de tercera categoría, de esos que Netflix cancela después de una temporada. Ya sabes, el tipo de personaje que vaga pensativo mientras suena una canción indie de fondo y la cámara hace tomas artísticas. Solo que en mi cabeza hay un bucle molesto de "¿Qué carajos?" repitiéndose infinitamente.

“¿Y bien, princesa del drama, has terminado de hacer de Meredith Grey en crisis existencial?”

Solana. Obviamente. Mi compañera de cuarto/consciencia sarcástica personal me alcanza con dos cafés en la mano. Cómo logra aparecer siempre en los momentos adecuados es un misterio. Debe tener un radar para el drama incorporado.

“Por favor, no soy tan melodramática” respondo, aunque probablemente lo sea. “Y de todos modos, Meredith Grey al menos tenía excusas válidas para sus crisis.”

“Oh, claro. Porque el quarterback más sexy del campus pidiéndote matrimonio no es suficientemente dramático” pone los ojos en blanco tan fuerte que temo que se le queden así. “Perdona, olvidaba que en tu vida cosas como esta pasan todos los días.”

Me dejo caer en un banco, tomando el café que me entrega. “Mi vida se ha vuelto literalmente una comedia romántica de serie B. De esas que ponen en el Hallmark Channel, solo que con más sarcasmo y menos decoraciones navideñas.”

“Bueno, al menos no eres la protagonista de Emily en París” dice Solana, sentándose a mi lado. “Aunque debo admitir que tu historia de amor con Hunter tiene la misma credibilidad que esa serie.”

El recuerdo de nuestro primer encuentro me golpea como un flashback particularmente irritante. Yo, la nerd ácida con pasión por los libros polvorientos y el sarcasmo como lengua madre. Él, el quarterback arrogante que pensaba que su ego era visible desde el espacio. Una comedia romántica escrita por alguien que odia las comedias románticas.

“¿Te acuerdas cuando lo conocí por primera vez?” río amargamente. “Pensaba que era el típico atleta con más músculos que neuronas. Y sin embargo...”

“Y sin embargo, era el típico atleta con más músculos que neuronas, pero con un talento especial para hacerte enojar?” completa Solana, sonriendo. “Sí, recuerdo. Estabas tan ácida que podrías haber derretido metal.”

“Como en Orgullo y prejuicio, solo que en vez de Mr. Darcy tenía un quarterback con complejo de superioridad” suspiro. “Y en lugar de bailes elegantes, teníamos fiestas del campus con cerveza rancia.”

"¡Oh, Dios mío, estás comparando a Hunter Slates con Mr. Darcy?" Solana se echa a reír. "Esto es material para chantajearte los próximos diez años."

"Cállate" murmuro, pero no puedo evitar sonreír. "Es solo que... joder, ¿cómo llegamos a este punto? Parecía ayer que lo odiaba con la pasión de mil soles."

"Y ahora lo amas con la pasión de mil soles" se burla. "Es como la trama de cada película con Katherine Heigl, solo que tú tienes más personalidad y menos guardarropa de blogger de moda."

Me paso una mano por el cabello, frustrada. "El amor está sobrevalorado. Es como Netflix: te promete contenido de calidad y en cambio te encuentras viendo otro reality show de bodas."

"Pero" Solana adopta una expresión pensativa que no promete nada bueno, "debes admitir que vuestra historia tiene todos los elementos correctos. El odio inicial, la tensión sexual no resuelta, los momentos de vulnerabilidad escondidos bajo capas de sarcasmo... Sois prácticamente una serie de HBO, solo que con menos muertes y más comentarios mordaces."

"Fantástico" murmuro. "Mi vida amorosa se ha convertido en material para guionistas desesperados."

Pero mientras lo digo, no puedo evitar pensar en todos los momentos con Hunter. Nuestras peleas épicas en la biblioteca, los comentarios sarcásticos intercambiados como balas, esos raros momentos en los que dejaba caer la máscara de idiota y mostraba algo real. Y ahora... ahora me está pidiendo que me case con él.

"¿Sabes cuál es la parte más absurda?" le digo a Solana. "No es el hecho de que me haya pedido matrimonio. Es el hecho de que una parte de mí, una parte muy grande y muy ruidosa, quiere decir que sí."

"Ay, cariño" Solana me da una palmada en el hombro, "esto se llama amor. Es como una enfermedad mental, solo que en lugar de medicamentos tomas decisiones cuestionables y terminas casándote con un quarterback con un ego más grande que el campo de fútbol."

"Eres la peor mejor amiga de la historia" suspiro.

"Lo sé" sonríe. "Es mi superpoder. Eso y siempre encontrar estacionamiento cerca del campus."

Miro al cielo, preguntándome cuándo exactamente mi vida se convirtió en esta mezcla de comedia romántica y drama existencial. Quizás cuando permití que Hunter entrara en mi vida como un huracán arrogante. O quizás siempre estuvo destinado a ser así, como en una de esas películas empalagosas que secretamente adoro pero que nunca admitiré ver.

"¿Entonces?" pregunta Solana. "¿Qué piensas hacer?"

"No tengo ni la más remota idea" admito. "Pero una cosa es segura: cualquiera que sea mi respuesta, hará que Grey's Anatomy parezca una comedia ligera en comparación."

***

Aquí estoy, sentada frente a Elias en la cafetería del campus, como una de esas escenas de drama adolescente donde el ex comprensivo ofrece sabiduría a la protagonista confundida. Si mi vida fuera una serie de televisión, este sería el momento en el que una canción indie melancólica sonaría de fondo mientras intento explicar lo inexplicable.

"Entonces..." Elias me mira con esa expresión de bibliotecario comprensivo que una vez encontré adorable y ahora solo me hace querer lanzarle el café en la cara. "¿Hunter te pidió que te casaras con él?"

"Sí" respondo, jugueteando con la taza. "Aparentemente mi vida se ha vuelto un episodio particularmente absurdo. Solo me falta que aparezca un avión estrellándose o un tiroteo

aleatorio."

Elias sonríe, y el hecho de que pueda ser tan... maduro casi me enfurece. Debería estar enojado, herido, celoso. En cambio, está aquí mirándome como si fuera un interesante caso de estudio sociológico.

"Sabes" dice, ajustándose las gafas como un terapeuta de serie de televisión, "esta situación tiene algo irónicamente perfecto. El quarterback y la nerd, el atleta y la intelectual..."

"Por favor" lo interrumpo, "réspártiame el análisis de crítico de cine. Ya me siento suficiente como una protagonista de Netflix."

"Es solo que..." se detiene, buscando las palabras adecuadas, "es interesante cómo la vida imita al arte. O quizás sea el arte el que imita la vida. En cualquier caso, sois como una versión más sarcástica de cualquier romance juvenil jamás escrito."

"Fantástico" murmuro. "Soy un cliché andante. Lo siguiente que me dirás es que deberíamos hacer un musical sobre mi vida amorosa."

"Bueno, seguramente sería más interesante que High School Musical" ríe Elias, y no puedo evitar sonreír. ¿Cómo puede ser tan... normal?

"¿No deberías odiarme?" pregunto finalmente. "Quiero decir, esta es la parte donde el exnovio debería hacer una escena dramática o al menos lanzarme indirectas pasivo-agresivas."

"Dakota" Elias se inclina hacia adelante, "no todo tiene que ser un drama adolescente."

"Dice quien habla como un personaje de Dawson's Creek" replico, pero sin malicia.

"¿Ves?" sonríe. "Este es exactamente el motivo por el cual tú y Hunter funcionáis. Él es el único que puede seguirte el ritmo con el sarcasmo."

Esto no me lo esperaba. Es como si estuviera en un episodio de This Is Us donde todos son sorprendentemente sabios y comprensivos.

"Pero es Hunter" digo, como si eso lo explicara todo. "Hunter-maldito-Slates. El rey de los idiotas, el emperador de la arrogancia. ¿Cómo puedo...?"

"¿Confiar en él?" completa Elias. "Quizás porque debajo de todas esas capas de ego y comentarios sarcásticos, es el único que realmente te ha visto. El único que no ha intentado cambiarte."

"Cristo" suspiro, "ahora pareces uno de esos psicoterapeutas que siempre tienen la respuesta correcta."

"¿Preferirías que hiciera el papel del ex celoso? Podría empezar a citar a Shakespeare y hacer discursos melodramáticos sobre el amor perdido" bromea.

"Por favor, no" río. "Mi vida ya es lo suficientemente telenovela."

Elias se pone serio por un momento. "¿Sabes cuál es la verdad? Tú y Hunter sois como esos personajes antagonistas en las series que acaban enamorándose. Todos saben que sucederá, pero nadie sabe exactamente cómo ni por qué. Es simplemente... inevitable."

"¿De verdad estás usando los tropos de las series de televisión para analizar mi vida sentimental?"

"Bueno, funciona, ¿no?" sonríe. "Mírate: la chica inteligente y sarcástica que se enamora del quarterback arrogante. Es prácticamente la trama de cualquier drama adolescente de los últimos veinte años."

"Solo que en vez de terminar con un beso bajo la lluvia, podría terminar casada con él" murmuro.

"¿Y sería tan terrible?" pregunta Elias, con esa comprensión maldita que me hace querer gritar.

"Ese es el problema" admito. "No lo sería. Y eso es absolutamente aterrador."

Elias se recuesta en la silla, mirándome con una mezcla de diversión y afecto. “¿Sabes qué pienso? Creo que ya has tomado tu decisión. Solo estás buscando a alguien que te diga que estás cometiendo un error monumental.”

“Y tú no lo harás, ¿verdad?”

“No” sonríe. “Porque a pesar de todo, a pesar de ser la trama más trillada de la historia... funciona. Ustedes dos funcionan, de esa manera absurda y disfuncional que le da dolor de cabeza a todos pero que tiene perfecto sentido.”

Me paso una mano por la cara, exhausta. “Mi vida se ha convertido oficialmente en una comedia romántica escrita por alguien que odia las comedias románticas.”

“Exactamente” confirma Elias. “Y es por eso que es perfecta.”

Me encuentro frente a la puerta de Hunter como una protagonista de una comedia romántica en el momento crucial. Ya sabes, esa escena donde la música sube, la cámara hace un primer plano dramático y el público contiene el aliento. Solo que en lugar de una banda sonora emotiva, en mi cabeza hay una mezcla de maldiciones y comentarios sarcásticos.

“Vamos, muévete” me sisea Solana desde atrás. “Esta escena está durando más que la última temporada de Juego de tronos.”

“¿Podrías, no sé, ir a meterte donde no te llaman a otra parte?” replico, pero ella simplemente sonríe como el gato de Cheshire después de una dosis de crack.

“¿Y perderme el gran final? Ni loca. Esto es mejor que cualquier reality show.”

***

Toco a la puerta, sintiendo que estoy a punto de entrar en la guarida del león. Un león particularmente arrogante con un ego más grande que Texas.

Hunter abre la puerta y, por supuesto, tiene esa expresión de "sé que soy irresistible". Típico. Incluso en un momento como este no puede evitar ser... él.

"Sabía que volverías", dice con esa sonrisita irritante. "Nadie resiste el encanto de Hunter Slates."

"Oh, cierra la boca", suelto. "Estás arruinando el momento que había preparado mentalmente."

"¿Prefieres algo en particular? Puedo improvisar una pelea con un rival imaginario si quieres."

Solana resopla detrás de mí. "Por favor, consíganse una habitación. O mejor aún, cásense de una vez, que esta tensión sexual se está volviendo embarazosa."

"No ayudas", le digo, pero Hunter se ríe.

"Entonces", dice, apoyándose en el marco de la puerta con esa actitud de "soy demasiado cool para mostrar emociones", aunque veo que está tratando de ocultar el nerviosismo. "¿Estás aquí para romperme el corazón o para hacer de mí el hombre más afortunado del campus?"

"Dios, eres tan cliché", pongo los ojos en blanco. "¿Has tomado clases de actuación viendo una maratón de películas de Hallmark?"

"Oye, estoy tratando de ser romántico aquí", protesta. "No es fácil cuando tu futura esposa tiene el coeficiente emocional de un cactus sarcástico."

"¿Futura esposa?", levanto una ceja. "Un poco presuntuoso por tu parte, ¿no crees?"

Él da un paso hacia adelante, y por un momento su máscara de imbécil seguro de sí mismo se desliza. "Dakota", dice, y su voz es más baja, más sincera. "Estoy literalmente muriendo por dentro. ¿Podrías, por favor, dejar de torturarme?"

"No lo sé", respondo, fingiendo pensarlo. "La tortura es bastante divertida. ¿Deberíamos

incluirla en los votos matrimoniales?"

Se queda congelado, sus ojos se agrandan. "¿Espera... eso es un sí?"

"No, idiota", respondo, disfrutando cómo su rostro se desmorona por un milisegundo. "Esto es un 'eres el mayor imbécil que he conocido, me vuelves loca de todas las formas posibles, y aparentemente estoy lo suficientemente loca como para querer pasar el resto de mi vida contigo'."

"Esa es la declaración de amor más ofensiva que he escuchado", comenta Solana. "Es perfecta."

Hunter me mira como si no supiera si besarme o estrangularme. Probablemente ambas cosas.

"Entonces...", dice, y por primera vez desde que lo conozco, parece casi vulnerable. "¿Estás diciendo sí?"

"Estoy diciendo que eres un idiota arrogante con un ego más grande que el Gran Cañón", respondo, dando un paso hacia él. "Estoy diciendo que me haces querer gritar el noventa por ciento del tiempo. Estoy diciendo que eres la última persona en el mundo con la que hubiera imaginado terminar."

"¿Estás realmente haciendo un monólogo a lo Meg Ryan en este momento?", interrumpe Solana.

"Cállense todos", la fulmino con la mirada. "Estoy tratando de tener un momento aquí."

Hunter sonríe, esa sonrisa sincera que muestra tan raramente. "Continúa. Me estabas insultando de manera muy creativa."

"El punto es", continúo, "que a pesar de todo esto, a pesar de que seas la persona más irritante que he conocido... también eres el único que me hace sentir viva. El único que nunca ha intentado cambiarme. El único que..."

"Oh, Dios mío", gime Solana. "Sois peores que un episodio de This Is Us."

"El único", alzo la voz, ignorándola, "que realmente quiero en mi vida. Aunque seas un cabrón. Aunque me vayas a volver loca. Aunque probablemente terminemos siendo la pareja más disfuncional desde Ross y Rachel."

"Entonces...", Hunter da otro paso hacia mí, y está tan cerca que puedo sentir su perfume. "¿Esto es un sí?"

"Esto es un 'Dios me ayude, pero sí'", respondo. "Sí, me casaré con tu estúpido trasero arrogante."

Su sonrisa es deslumbrante. "Sabía que no podías resistirte a mi encanto."

"No arruines el momento", lo advierto, pero también estoy sonriendo.

"Es demasiado tarde", dice, sacando el anillo. "Estás oficialmente atrapada conmigo. Sin devoluciones, sin reembolsos."

"Como una compra en Wish", comenta Solana. "Solo que mucho más costosa y potencialmente más decepcionante."

Hunter me toma de la mano, y mientras desliza el anillo en mi dedo, todo parece irreal. Como si hubiéramos terminado en una de esas comedias románticas que siempre he fingido odiar.

"Sabes", dice, "este es el momento en el que deberíamos besarnos apasionadamente bajo la lluvia."

"Es un día soleado", señalo.

"Y yo no tengo un sistema de riego que activar dramáticamente", añade Solana.

"Tendremos que conformarnos", dice Hunter, y luego me está besando, y por una vez no tengo una respuesta sarcástica lista.

"Aww", suspira Solana. "Es como ver el final de una comedia romántica, solo que con más

insultos y menos música de fondo."

"Solana", murmuro contra los labios de Hunter.

"¿Sí?"

"Cierra la boca."

"Jamás", sonríe. "Alguien tiene que documentar este momento para la posteridad. Y para su álbum de bodas. Que, conociéndolos, estará lleno de fotos en las que se miran mal y tratan de no sonreír."

Hunter me aprieta más fuerte, y a pesar de todo, a pesar del sarcasmo y las bromas y Solana actuando como comentarista no solicitada, siento que esto es perfecto. Es perfectamente nosotros.

"Te amo", susurra Hunter, tan bajo que casi no lo escucho. "Aunque seas la persona más irritante que he conocido."

"Yo también te amo", respondo. "Aunque seas un cabrón presuntuoso con un ego más grande que tu coeficiente intelectual."

"Aww", dice Solana. "Es la cosa más románticamente disfuncional que he escuchado."

Y quizá tenga razón. Quizá seamos disfuncionales. Quizá seamos un desastre. Pero somos nuestro desastre, y de alguna manera, tiene todo el sentido del mundo.

Aunque probablemente terminemos siendo la pareja que hace que los consejeros matrimoniales se peleen.

"Espera", digo de repente, separándome de Hunter como si acabara de darme cuenta de algo terrible. Como en esas escenas de películas donde la protagonista tiene una revelación dramática en el momento menos oportuno.

Hunter se tensa de inmediato, su sonrisa segura vacila por primera vez desde que lo conozco. Es como ver a Superman perder sus poderes: surrealista y vagamente perturbador.

"Dakota...", su voz es incierta, y joder, nunca lo había escuchado tan vulnerable. Es como si alguien hubiera tomado el manual "Cómo Ser Hunter Slates" y lo hubiera tirado por la ventana.

"No puedo casarme contigo", digo, y mi voz suena extrañamente tranquila para alguien que potencialmente está arruinando el momento más importante de su vida.

Solana, que hasta hace un segundo estaba documentando todo como una directora de reality show demasiado entusiasta, se queda congelada con el teléfono en el aire. "¿Qué carajo...?"

"No puedo casarme contigo", repito, esta vez mirando a Hunter directamente a los ojos, "porque ni siquiera has considerado una cosa fundamental."

Hunter parece a punto de tener un infarto. Su rostro pasa por tantas emociones que podría dar un taller sobre cómo interpretar a un personaje de Shakespeare en crisis existencial.

"¿Qué... qué cosa?", pregunta, y su voz es tan baja que casi no la escucho.

"No has pensado en el hecho de que si nos casamos", hago una pausa dramática, "tendré que compartir el mismo apellido con tu ego. Y no estoy segura de que haya suficiente espacio para ambos."

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Luego...

"Tú...", Hunter me mira incrédulo, "¿me estás tomando el pelo?"

"Bueno", sonrío inocentemente, "considerando que estoy a punto de casarme con el rey de los imbéciles, diría que es un talento que tendré que perfeccionar."

"Dakota-jodida-Wexler", gruñe, dando un paso hacia mí, "¿tienes idea de cuánto me acabas de asustar?"

"Oh, lo sé", respondo, disfrutando cada segundo. "¿El gran Hunter Slates perdiendo su

seguridad? Es como ver a Voldemort haciendo voluntariado en un refugio de gatos."

"Eres...", niega con la cabeza, "eres la persona más irritante que he conocido."

"Lo sé", sonrío. "Por eso me pediste que me casara contigo."

Solana, que mientras tanto se ha recuperado del shock, estalla en carcajadas. "Esta escena la pondré en el video de su boda. Justo después del montaje de todos los momentos en los que se insultaron mutuamente."

"Será un video muy largo", comenta Hunter, que está tratando de mantener una expresión enojada pero está fallando miserablemente.

"Podemos poner también todas las veces que actuaste como un imbécil pensando que eras irresistible", sugiero.

"O todas las veces que fingiste odiarme mientras en realidad me deseabas", replica él.

"Oh, miren", interviene Solana, "ya están peleando como una vieja pareja casada. Es tan... asquerosamente adorable."

Pero hay algo que me ronda en la cabeza, algo que debo decir antes de que este momento se vuelva demasiado empalagoso. Me vuelvo hacia Hunter, poniendo mi mejor expresión seria.

"¿Hunter?"

"¿Sí?", responde, mirándome con sospecha, probablemente esperando otra broma sarcástica.

"Hay algo que debes saber", digo, manteniendo un tono grave. "Si realmente hacemos esto... si realmente nos casamos..."

"Dakota", me interrumpe, "si estás a punto de hacer otra broma sobre mi ego, te juro que..."

"No", niego con la cabeza. "Es que... no será fácil. Siempre seré sarcástica. Seguiré burlándome de ti. Probablemente te vuelva loco al menos tres veces al día."

"¿Solo tres?", sonríe. "Estás perdiendo tu toque."

"El punto es", continúo, ignorando su interrupción, "que no cambiaré. No me convertiré de repente en la esposa perfecta solo porque me hayas puesto un anillo en el dedo. Seguiré siendo... yo."

Hunter me mira por un largo momento, luego hace algo completamente inesperado: se ríe. No su risa habitual arrogante, sino una risa verdadera, profunda.

"Dakota", dice, tomando mi rostro entre sus manos, "si quisiera una esposa perfecta, no te habría pedido a ti que te casaras conmigo."

"Wow, qué romántico", comento, pero siento algo cálido expandiéndose en mi pecho.

"Te estoy pidiendo que te cases conmigo precisamente porque eres tú", continúa. "Sarcástica, irritante, imposible... y absolutamente perfecta en tu imperfección."

"Cristo", murmura Solana, "esto es material de Oscar."

"Estás arruinando el momento", la fulmino con la mirada.

"Es mi trabajo", sonríe. "Alguien tiene que evitar que se pongan demasiado empalagosos."

Me vuelvo de nuevo hacia Hunter, que me está mirando con esa expresión que me hace querer besarlo y abofetearlo al mismo tiempo.

"Entonces", dice, "¿esta vez es un sí definitivo? ¿O tienes preparadas más bromas sobre mi ego?"

"Oh, siempre tengo bromas guardadas sobre tu ego", respondo. "Pero sí, es un sí definitivo. Dios me ayude, pero quiero pasar el resto de mi vida burlándome de ti."

"Es lo más romántico que me has dicho", sonríe.

"No te acostumbres demasiado", lo advierto. "Tengo una reputación que mantener."

Pero mientras lo digo, mientras lo miro sonreír de esa manera que hace que algo dentro de mí se

derrita, mientras siento a Solana que sigue comentando como si estuviera narrando un documental del National Geographic, pienso que quizá, solo quizá, esta es la decisión más loca y más correcta que he tomado.

Aunque probablemente terminemos siendo vetados por todos los consejeros matrimoniales en un radio de cien millas.

Pero bueno, ¿quién quiere una vida normal cuando puede tener una comedia romántica escrita por alguien con un evidente problema con los finales felices convencionales?

"Te amo, idiota", susurro contra sus labios.

"Yo también te amo, insoportable", responde.

Y esta, supongo, es nuestra versión de "y vivieron felices para siempre".

Que Dios nos ayude a todos.

38

HUNTER

El sol está poniéndose sobre el campo y proyecta sombras largas que parecen casi querer burlarse de mí. Estoy en el centro exacto del campo, el mismo punto desde el cual he lanzado cientos de touchdowns, pero nunca me había sentido tan nervioso. La ironía de la situación no se me escapa: yo, Hunter Slates, el quarterback que nunca ha temblado ante nada, con las manos sudando como un adolescente en su primera cita.

El anillo en el bolsillo pesa como una losa. Es ridículo cómo una pequeña caja de terciopelo puede parecer una bomba de relojería. Se me pasa por la cabeza que probablemente parecía un anuncio de Nike cuando lo compré: el gran Hunter Slates entrando en una joyería como si fuera el dueño del lugar. Ahora me siento más como un personaje de una de esas sitcoms que Dakota tanto odia.

Miro la hora por milésima vez. Cristo, me he convertido en uno de esos tipos patéticos que esperan nerviosamente a su chica. Si Cassian me viera ahora, nunca dejaría de burlarse de mí. "El rey del campus reducido a un cachorro ansioso", diría, y tendría toda la razón.

La veo venir desde lejos y mi corazón hace algo estúpido, como saltarse un latido. Dakota camina hacia mí con esa forma segura de andar, los libros apretados contra su pecho como un escudo. Clásico. Incluso en un momento como este no puede evitar llevar su armadura de empollona.

"¿En serio, Slates? ¿Me has hecho venir aquí para otra de tus escenas de drama queen?" Su tono es tan mordaz como siempre, pero hay ese brillo en sus ojos que he aprendido a reconocer. Es su manera de esconder que está curiosa, tal vez incluso un poco nerviosa.

"Pensé que el campo era apropiado" respondo, tratando de mantener mi habitual tono seguro. "Sabes, el lugar donde empezaste a odiarme."

"Oh, te equivocas" replica con esa sonrisa sarcástica suya. "Empecé a odiarte en la biblioteca. El campo fue solo... una confirmación."

Se me escapa una risa. Es tan... Dakota. Y es precisamente por eso que estoy aquí, con un anillo en el bolsillo y el corazón dando volteretas como un gimnasta olímpico.

"Sabes que me has arruinado la vida, ¿verdad?" Las palabras me salen antes de poder detenerlas. Al diablo con el discurso romántico que había preparado. "Antes de ti, yo era el rey indiscutible de este lugar. Lo tenía todo bajo control. Ahora soy solo un idiota que no puede dejar de pensar en una empollona sarcástica que me trata como a un niño de primaria."

Dakota levanta una ceja, de esa manera que me hace querer besarla y estrangularla al mismo tiempo. "¿Estás intentando hacerme sentir culpable? Porque está funcionando al revés."

"No, estoy intentando decirte que has mandado al carajo cada una de las certezas que tenía" continúo, dando un paso hacia ella. "Me has hecho cuestionarme todo. Me has hecho ser...

vulnerable.” Pronuncio la última palabra como si fuera una palabrota.

“Oh, pobre pequeño quarterback” se burla de mí, pero veo que mis palabras la han tocado. “¿Te hice descubrir que eres humano? Qué tragedia.”

“La verdadera tragedia es que ya no puedo imaginar mi vida sin ti” digo, y esta vez mi voz es seria. “Y créeme, lo he intentado. He intentado volver a ser el de antes, pero no funciona. Te has metido en mi cabeza como un virus y no hay antídoto.”

“¿Un virus? Muy romántico, Slates. ¿Has tomado lecciones de un manual de patología?” Dakota cruza los brazos, pero veo que está luchando por no sonreír. “Y de todos modos, si estamos aquí para intercambiar insultos disfrazados de declaraciones de amor, podríamos haberlo hecho en la biblioteca. Al menos allí hay aire acondicionado.”

Me paso una mano por el pelo, frustrado. Joder, ¿por qué tiene que hacer todo tan difícil? Pero luego, ¿no es precisamente eso lo que amo de ella? Su capacidad de volverme loco con una sola frase.

“¿Sabes una cosa? Había preparado un discurso. Uno de esos cursis, tipo película romántica que tanto odias” digo, sintiendo el anillo quemar en el bolsillo. “Pero luego pensé que sería ridículo. Nosotros no somos así.”

“Oh, gracias a Dios” suspira teatralmente. “Si hubieras empezado con un monólogo estilo Grey's Anatomy, habría salido corriendo.”

“Lo sé. Por eso decidí ser directo” respiro hondo. “Dakota Wexler, me has convertido en un completo idiota. Antes de ti, yo era Hunter Slates, el quarterback perfecto. Ahora soy... bueno, sigo siendo un quarterback perfecto, pero también soy un desastre. Un desastre que no puede imaginarse pasar un solo día sin tus comentarios sarcásticos y tus miradas de 'eres un idiota'.”

Ella parpadea, sorprendida. “Hunter...”

“No, déjame terminar” la interrumpo, sacando la caja. Sus ojos se agrandan cuando la ve. “Sé que probablemente ya estás pensando en mil formas de burlarte de este momento. Probablemente ya has preparado al menos diez comentarios sobre lo cliché que es todo esto. Pero ¿sabes qué? No me importa.”

Me arrodillo, y juro que la siento contener la respiración. “Dakota Wexler, ¿quieres arruinar el resto de mi vida como has arruinado los últimos dos años?”

Ella me mira, completamente inmóvil. Por un momento terrible, pienso que va a darse la vuelta e irse. Luego veo una lágrima deslizarse por su mejilla, y la seca rápidamente, como si estuviera ofendida por su propio momento de debilidad.

“Eres el mayor idiota que he conocido” dice, la voz temblando ligeramente.

“¿Lo tomo como un sí?”

“No, lo tomo como un 'eres un idiota arrogante que ha elegido la manera más absurda posible para pedirme que me case con él'” responde, pero está sonriendo. “Pero supongo que es apropiado. Al fin y al cabo, aquí fue donde nos odiamos por primera vez.”

“Entonces...”

“Entonces sí, Slates. Sí, acepto arruinar el resto de tu vida” dice, y finalmente deja caer los libros que todavía apretaba contra su pecho. “Pero te advierto: si tienes en mente alguna estúpida ceremonia estilo película americana...”

La interrumpo tirándola hacia mí y besándola. Ella responde al beso, y por un momento perfecto, todo parece en su lugar.

“Solana no se lo creerá nunca” murmura contra mis labios.

“Oh, ella ya lo sabe” confieso. “¿Quién crees que me ayudó a elegir el anillo?”

Dakota se aparta, fingiendo estar ofendida. “¿Estás diciendo que mi mejor amiga sabía que ibas a hacerme la propuesta definitiva y no me dijo nada?”

“Bueno, técnicamente también me sugirió hacerlo en la biblioteca” admito. “Pero pensé que el campo era más...”

“¿Pretencioso? ¿Teatral? ¿Típico de ti?”

“Iba a decir 'simbólico', pero sí, también eso.”

Ella niega con la cabeza, pero está sonriendo. “Dios, no puedo creer que voy a casarme con el quarterback más arrogante de la historia del college.”

“Y yo no puedo creer que la empollona más sarcástica del campus haya dicho que sí.”

“Aún no me he puesto el anillo” me recuerda.

“Oh, cierto.” Le tomo la mano y deslizo el anillo en su dedo. Se ajusta perfectamente, por supuesto. “Solana insistió en que debía ser...”

“Perfecto” completa ella. “Sí, lo sé. La conozco.”

El sol casi ha desaparecido por completo ahora, proyectando las últimas luces sobre el campo. Dakota mira el anillo en su dedo, luego a mí, y por una vez no hay rastro de sarcasmo en su mirada.

“Sabes que esto significa que tendrás que soportarme para siempre, s que soportarme para siempre, \u00verdad?” le digo.

“Como si tuviera otra opción” responde, pero su sonrisa lo dice todo. “Tú también has arruinado mi vida, Hunter Slates.”

Y mientras la beso de nuevo, pienso que no está tan mal ser arruinados, si lo somos juntos.

***

El *Rogue's Den* está tan lleno como siempre, el aire cargado de cerveza y risas. Dakota está sentada a mi lado, el anillo brillando en su dedo cada vez que mueve la mano - algo que hace continuamente, como si no pudiera creer que sea real. No es que la culpe: yo tampoco me creo todavía que haya dicho sí.

Cassian y Solana están sentados frente a nosotros, y hay algo raro en la forma en que se miran. Los conozco lo suficientemente bien como para saber cuando están tramando algo. Cassian tiene esa sonrisa de idiota que pone cuando cree que es más listo que todos, y Solana... bueno, Solana parece un gato que acaba de comerse un canario.

“Bueno” dice Solana, mirando el anillo de Dakota por milésima vez, “debo admitir que no hiciste un desastre total, Slates. Al menos seguiste mis consejos sobre el anillo.”

“Como si hubiera tenido elección” murmuro. “Prácticamente me amenazaste de muerte si elegía el equivocado.”

“Era por tu bien” responde ella con un encogimiento de hombros. “Dakota se merece lo mejor, aunque haya decidido conformarse contigo.”

Dakota ríe, la traidora. “No seas demasiado dura con él, Sol. Hizo un trabajo decente con la propuesta.”

“¿Oh, en serio?” Cassian se inclina hacia adelante, interesado. “¿Cómo fue exactamente? ¿Te hizo el discurso cursi que había preparado?”

“No” respondo antes de que Dakota pueda hablar. “Improvisé.”

“Dijo que le arruiné la vida” interviene Dakota con una sonrisa. “Fue sorprendentemente romántico, siendo él.”

“Aww” Solana pone cara de disgusto. “Son asquerosamente adorables. Me están dando diabetes.”

Cassian la mira con una sonrisa que nunca le había visto antes. “Bueno, hablando de cosas asquerosamente adorables...” Se vuelve hacia nosotros, y de repente entiendo lo que está a punto de suceder.

“No” digo, mirándolos fijamente. “No os atreváis.”

“¿Qué?” pregunta Dakota, confundida.

“Ya que vosotros dos os habéis tardado una vida entera en entender lo obvio” dice Solana con su habitual sonrisa, “decidimos adelantaros.”

Dakota parpadea, luego abre mucho los ojos. “No. Joder, no. No me lo creo.”

“Oh, sí” Cassian sonríe como un idiota. “Le pedí que se casara conmigo la semana pasada.”

“Y yo, a diferencia de alguien” Solana lanza una mirada divertida a Dakota, “dije sí inmediatamente, sin todo el drama.”

“Espera” Dakota se endereza en la silla. “¿Sabías que Hunter iba a hacerme la propuesta, y no me dijiste nada de la tuya?”

“Por supuesto” Solana parece tremendamente satisfecha consigo misma. “Quise ver vuestras caras cuando os diéramos la noticia. Y ha valido absolutamente la pena.”

Me giro hacia Cassian. “Hermano, ¿en serio? ¿No podías esperar al menos un día?”

“Hey” levanta las manos en señal de rendición, “fue idea de ella. Yo quería esperar, pero dijo que sería más divertido así.”

“Clásico” murmura Dakota. “Típico de Solana robarse la escena.”

“Oh, vamos” Solana ríe. “Como si no esperárais que hiciera algo así. Me conocéis.”

Tiene razón, por supuesto. Es exactamente el tipo de cosa que Solana haría. Y mirando a Cassian, mi mejor amigo que sonríe como un idiota enamorado, no puedo evitar estar feliz por ellos. Aunque sean unos idiotas por haber elegido este momento.

“Entonces” digo, levantando mi jarra de cerveza, “supongo que tendremos que hacer una boda doble. Podríamos ahorrar en el catering.”

Dakota me da un codazo en las costillas. “Ni lo sueñes, Slates. No voy a compartir mi día con estos dos dramáticos.”

“¿Dramáticos nosotros?” Solana finge estar ofendida. “¿Quién es el que ha pasado dos años en una guerra de nervios con el quarterback más arrogante del campus?”

“¿Y quién es el que organizó todo esto en secreto?” replica Dakota. “Apuesto a que también has orquestado la propuesta de Cassian al detalle.”

“Bueno...” Cassian se rasca la nuca, avergonzado. “En realidad, sí lo hizo. Me dio un guion y todo.”

Suelto una carcajada. “¿En serio, hermano? ¿Te dejaste dar un guion por Solana?”

“Hey, al menos yo no tuve que hacer tres intentos antes de encontrar el anillo correcto” se defiende Cassian.

“Espera, ¿qué?” Dakota se gira hacia mí. “¿Tres intentos?”

“Muchas gracias, hermano” murmuro. “¿Era realmente necesario?”

“Oh, tienes que contármelo” insiste Dakota, los ojos brillando de diversión maliciosa.

Solana se inclina hacia adelante, demasiado feliz de poder chismorrear. “Oh, fue hilarante. El primer anillo que eligió parecía salido de una máquina de feria.”

“No era tan malo” protesto débilmente.

“Hunter, era verde fluorescente” dice Solana, poniendo los ojos en blanco. “Y el segundo...

dios, el segundo era peor. Parecía algo que llevaría una Reina del Baile de los años 80."

Dakota está riendo tan fuerte que casi se ahoga con la cerveza. "No me lo puedo creer. El gran Hunter Slates que no sabe elegir un anillo."

"Oye, al final acerté con el correcto, ¿eo no?" me defiendo, señalando el anillo en su dedo.

"Solo porque Solana prácticamente te arrastró al joyero correcto" interviene Cassian, el traidor.

"Oh, como si tú hubieras sido mejor" replico. "Al menos yo no necesite un guion."

"No, tú solo hiciste tres propuestas de prueba frente al espejo" dice Solana con una sonrisa maléfica.

Dakota se gira hacia mí, encantada. "¿Oh, dios mío, lo hiciste de verdad?"

"Yo..." comienzo, pero luego me rindo. "Sí, ¼ede acuerdo? Quise que fuera perfecto."

Su mirada se suaviza un poco. "Aww, ¿te estás volviendo sentimental, Slates?"

"Nunca tanto como Cassian" digo rápidamente, tratando de desviar la atención. "Él lloró cuando Solana dijo que sí."

"¡No lloré!" protesta Cassian. "Me entró algo en el ojo."

"Sí, se llaman lágrimas" se burla de él Solana, pero hay cariño en su voz.

"Nos hemos vuelto todos unos malditos sentimentales" observo, negando con la cabeza. "¿Quién lo hubiera dicho?"

"Habla por ti" dice Dakota. "Yo sigo siendo tan cínica y sarcástica como siempre."

"Lo dice la que lloró cuando le puse el anillo en el dedo" la pincho.

"¡No lloré!" protesta. "Era... el viento."

"Estábamos en el campo" le recuerdo. "No había viento."

"Oh, cierra esa boca, Slates" dice, pero está sonriendo.

"¿Veis?" Solana nos señala. "Por eso tuvimos que robaros la escena. Sois demasiado empalagosos. Alguien tenía que traer algo de drama a la situación."

"Como si vosotros dos no fuerais igual de patéticos" replica Dakota.

"Nosotros somos patéticos con estilo" dice Solana con un encogimiento de hombros.

Cassian levanta su vaso. "Entonces, un brindis" propone. "Por los cuatro idiotas más patéticos del campus."

"Por las dos bodas más absurdas de la historia" añado.

"Y por el hecho de que, de alguna manera, todos terminamos exactamente donde teníamos que estar" concluye Dakota, sorprendiéndonos a todos con un momento de sinceridad.

"Aunque nos haya llevado una vida" añade Solana con una sonrisa.

Chocamos los vasos, y por un momento, todo parece perfecto. Solo somos cuatro idiotas enamorados en un bar, celebrando el hecho de que, a pesar de todo, encontramos nuestro camino hacia la felicidad.

"Entonces" dice Solana después de un momento, "¿quién quiere apostar a quién se casará primero?"

Y así, el momento se rompe, y volvemos a ser nosotros: caóticos, competitivos y completamente, absurdamente felices.

El campus está casi desierto a estas horas. Las luces tenues crean sombras largas en los paseos, y hay algo surrealista en estar sentados aquí, en los escalones de la biblioteca, donde todo empezó. Dakota está a mi lado, su cabeza apoyada en mi hombro, el anillo brillando débilmente bajo las luces nocturnas.

"¿Sabes qué es irónico?" dice, rompiendo el silencio. "Este lugar. La biblioteca. Aquí fue donde empecé a odiarte."

Oh, ¿en serio? Sonrío en la oscuridad. "Yo pensaba que me odiabas desde el primer momento en que me viste en el campo."

"No, eso era solo molestia general por tu ego desmesurado", responde con su habitual sarcasmo. "El odio verdadero empezó aquí, cuando decidiste sentarte en mi mesa como si fueras el dueño del lugar."

"Técnicamente, considerando cuánto ha donado mi padre a la universidad..."

Me da un codazo en las costillas. "No arruines el momento, Slates."

Río, atrayéndola más cerca. "¿Quién hubiera dicho que acabaríamos así? Si alguien me hubiera dicho que me enamoraría de la empollona más sarcástica del campus..."

"Si alguien me hubiera dicho que acabaría enamorándome del super quarterback genéricamente modificado más arrogante de la historia", me interrumpe, "le habría recomendado un buen psiquiatra."

"Y sin embargo, aquí estamos."

"Sí", suspira. "Parece la trama de una de esas series adolescentes que odio tanto. La nerd y el quarterback. Tan cliché."

"Bueno, al menos no estamos en Grey's Anatomy", digo. "Allí uno de nosotros debería tener una enfermedad terminal o un gemelo malvado."

Ella ríe contra mi hombro. "No le des ideas al universo. Con nuestra suerte, descubriremos que tienes un hermano secreto que quiere quitarte el puesto en el equipo."

"O que tú tienes una hermana gemela mucho más simpática."

"¡Eh!" Me da otro codazo, pero está riendo.

El silencio cae de nuevo, cómodo esta vez. Las luces del campus se reflejan en los charcos que ha dejado la lluvia de la tarde, creando pequeños universos a nuestros pies.

"Es raro", dice después de un rato. "Cómo todo parece... correcto. Aunque sea completamente absurdo."

"Lo sé", concuerdo. "¿Quién hubiera pensado que yo, Hunter-maldito-Slates, acabaría haciendo una propuesta en el campo de fútbol como en una película de serie B?"

"Y ¿quién hubiera pensado que yo diría que sí?" Levanta la cabeza para mirarme. "Dios, nos hemos convertido en uno de esos clichés que siempre he odiado."

"Pero somos un cliché interesante", replico. "Tú eres mucho más cabrona que la típica nerd, y yo soy mucho más encantador que el típico quarterback."

"Veo que la modestia no ha mejorado con el compromiso."

"Eh, me elegiste así", le recuerdo. "Demasiado tarde para arrepentirse."

Ella mira el anillo en su dedo. "Sabes que Solana no dejará nunca de burlarse de nosotros por esto, nunca de burlarse de nosotros por esto, \u00verdad?"

"Lo sé", suspiro dramáticamente. "Y Cassian será peor. Nunca me dejará olvidar que hice tres intentos para elegir el anillo."

"Tres intentos realmente malos, por lo que he escuchado."

"¡No eran tan malos!"

"Hunter, uno era verde fluorescente."

"Era... particular."

Ella niega con la cabeza, riendo. "Eres imposible."

"Es por eso que me amas."

"No, te amo a pesar de que seas imposible. Hay una diferencia."

La miro en la oscuridad, y de repente me golpea la realidad de todo esto. De nosotros. De cuán

absurdamente perfecto es que hayamos terminado aquí, donde todo comenzó.

"Te amo", digo, y por una vez no hay rastro de sarcasmo en mi voz.

Ella me mira, sorprendida por mi repentina seriedad. "Lo sé", responde suavemente. Luego, porque es Dakota y no puede evitar ser ella misma, añade: "Aunque sigues siendo el idiota más arrogante que he conocido."

"Y tú sigues siendo la nerd más insoportable del campus", replico con una sonrisa. "Somos perfectos el uno para el otro."

"De una manera completamente disfuncional."

"No querría que fuera de otra manera."

Y mientras estamos sentados allí, mirando el campus dormido, pienso que quizá los clichés no son tan malos. No cuando los vives con la persona adecuada.

***

El amanecer está apenas comenzando a teñir el cielo, y el campo de fútbol parece casi irreal bajo esta luz. Dakota está sentada a mi lado en las gradas, llevando mi chaqueta del equipo, algo que hasta hace unos meses habría llamado "una chorrada de película adolescente americana de mierda". El hecho de que la lleve ahora, sin protestar, me dice todo lo que necesito saber sobre lo mucho que hemos cambiado.

"Estás sonriendo como un idiota", me dice sin mirarme.

"Es porque soy un idiota", respondo. "Un idiota afortunado."

"Vaya, Hunter Slates admitiendo que es un idiota. Debería grabar este momento histórico."

"No te acostumbres demasiado. Mi arrogancia es parte del paquete que aceptaste casar."

Ella ríe, ese sonido que todavía me vuelve loco. "Como si pudiera olvidarlo. Tu ego ocupa más espacio que este estadio."

"Y tú amas cada centímetro de ese ego", la provoco.

"No tientes demasiado a la suerte, Slates", dice, pero está sonriendo. "Todavía puedo cambiar de idea."

"No, no puedes. Ya dijiste que sí. Y había testigos."

"Sí, testigos demasiado entusiastas", suspira, probablemente pensando en Solana y Cassian. "Sabes que Solana ya está planeando convertir todo esto en una serie de Netflix, planeando convertir todo esto en una serie de Netflix, \u00verdad?"

"No me sorprende. ¿Ya tiene el título?"

"'La Nerd y el Quarterback: Una Historia de Amor Asquerosamente Cliché'."

"Suena terrible", digo. "Me gusta."

Dakota se envuelve en mi chaqueta, y no puedo evitar pensar en cuánto ha cambiado todo. "Sabes que esto significa que tendrás que soportarme para siempre, s que soportarme para siempre, \u00verdad?" le digo, medio en serio.

"Como si tuviera elección", responde ella, pero su sonrisa lo dice todo. "Alguien tiene que mantenerte con los pies en la tierra."

"¿Y quién mejor que la chica que ha pasado dos años demoliendo sistemáticamente mi ego?"

"No lo he demolido", protesta. "Solo lo he... redimensionado. Un poco. Era necesario."

"Lo era", admito, sorprendiéndola. "Era realmente insoportable."

"¿Era?" Levanta una ceja. "Tiempo verbal equivocado, Slates."

"¿Ves? Es eso lo que quiero decir. ¿Quién más se atrevería a hablarme así?"

"Oh, pobre quarterback", se burla. "¿Es duro ser el único que recibe un poco de honestidad brutal?"

"Es duro ser el único que se ha enamorado de la persona más sarcástica del campus."

Ella apoya la cabeza en mi hombro, un gesto que se ha vuelto tan natural que casi no lo pienso. "Sabes", dice después de un momento, "mi padre me llamó ayer."

Esto me sorprende. "¿De verdad?"

"Sí. Queriía saber si estaba haciendo lo correcto. Si estaba segura de querer casarme con 'ese quarterback arrogante'."

"¿Y qué le respondiste?"

"Le dije que eres el idiota más insoportable que he conocido", dice con una sonrisa. "Pero también la única persona que me ha hecho sentir completamente yo misma."

"Vaya", finjo sorpresa. "Dakota Wexler diciendo algo dulce? Debería ser yo quien grabara este momento."

"No lo arruines", me advierte.

"Nunca lo haría", digo, y por una vez estoy completamente serio. "Sabes, mi padre también está... intentando. A su manera."

"Lo sé. Me ha invitado a cenar."

"¿Qué?" Me vuelvo a mirarla. "¿Cuándo?"

"Ayer. Me llamó directamente. Fue... interesante."

"¿Y no me lo dijiste?"

Ella sonríe. "Quise ver tu cara cuando te enteraras. Ha valido la pena."

"Eres terrible", le digo, pero también estoy sonriendo.

"Lo sé. Pero me amas de todos modos."

"Contra toda lógica."

El sol está subiendo cada vez más, iluminando el campo donde todo cambió. Donde pasé de ser el rey indiscutible a ser simplemente... yo mismo. Y es suficiente. Es más que suficiente.

"Es absurdo", dice Dakota después de un rato. "Cuánto todo esto parece... correcto. Aunque en el papel sea lo más ridículo del mundo."

"Lo sé", concuerdo. "El quarterback arrogante y la nerd sarcástica. Somos prácticamente un cliché andante."

"Pero somos nuestro cliché", dice ella. "Y de alguna manera, funciona."

Me vuelvo a mirarla, a esta chica que ha destrozado todas mis certezas, que me ha hecho ser una versión mejor de mí mismo simplemente negándose a aceptar menos.

"Te amo", digo, porque a veces las cosas más simples son las más verdaderas.

"Lo sé", responde, citando Star Wars porque es Dakota y no puede evitar ser una nerd incluso en los momentos serios. "Yo también te amo, idiota."

Y mientras el sol se eleva por completo sobre el campo, pienso que tal vez este sea el verdadero final de nuestra historia. No es perfecto, ni siquiera remotamente convencional. Pero es nuestro. Y es real.

Es el comienzo de algo nuevo, algo que hemos construido desde cero, rompiendo todas las reglas y expectativas. Y no querría que fuera de otra manera.

"¡Eh!", digo, "¿Crees que Solana ya ha llamado a Netflix?"

Dakota ríe, y el sonido resuena en el campo vacío. "Probablemente ya esté escribiendo el guion."

"¿Deberíamos estar preocupados?"

"Absolutamente", dice. "Pero ¿cuándo no lo hemos estado?"

Y tiene razón. Nuestra historia nunca ha sido la segura, la predecible. Siempre ha sido un desastre, un hermoso, perfecto desastre.

Y esto es solo el comienzo.

EPÍLOGO

DAKOTA

Diez meses después

Me miro al espejo y casi no me reconozco.

Yo, Dakota Wexler, la reina del sarcasmo, estoy a punto de casarme con Hunter-maldito-Slates. El universo debe tener un pésimo sentido del humor, como el de una comedia de situación de serie B donde la nerd y el quarterback terminan juntos.

Solana, con su barrigota de ocho meses que la hace parecer una versión texana de Buda, me arregla el velo por enésima vez. Sus manos tiemblan más que las mías, y considerando que soy yo la que está a punto de cometer esta locura, eso ya es mucho decir.

"¿Quién lo hubiera dicho? Nuestra nerd ácida terminando por casarse con el quarterback", se ríe, con esa sonrisa de 'te lo dije' que me dan ganas de estrangularla con el ramo.

"Por favor, ya suena lo suficientemente cliché sin que lo recalques", respondo, pero no puedo evitar sonreír. "Solo falta que alguien ponga 'Time of Your Life' de Green Day de fondo y estamos en plena peli adolescente de los años 90".

"¡Oh, espera a que se lo diga a Cassian! Ya tiene preparada la lista de reproducción más empalagosa de la historia". Solana se acaricia la barriga mientras habla, como si su bebé aún no nacido pudiera apreciar la ironía de la situación.

"Si escucho una sola nota de Ed Sheeran, te juro que me escapo", amenazo, pero ambas sabemos que no lo haré. No después de todo lo que Hunter y yo hemos pasado para llegar hasta aquí.

Me miro de nuevo en el espejo, tratando de entender cómo demonios acabé en este vestido blanco que parece salido de "El Diablo Viste a la Moda" (si el diablo tuviera un presupuesto limitado y un gusto discutible por los cristales). Nunca he sido el tipo de persona que sueña con la boda perfecta. Dios, hasta el año pasado, lo único que soñaba era ver a Hunter Slates tropezar con sus propios pies durante un partido.

"Sabes que ya es demasiado tarde para arrepentirse, ¿verdad?", dice Solana, interpretando mi silencio como un momento de pánico. "Y además, ¿quién más soportaría tu sentido del humor de asesina en serie?"

"Muy graciosa", murmuro, pero tiene razón. Hunter es el único que no solo soporta mi sarcasmo, sino que lo alimenta, lo desafía, lo transforma en algo... nuestro. Es como si hubiéramos creado nuestro propio lenguaje hecho de bromas punzantes y miradas sarcásticas.

Un ligero golpeteo en la puerta interrumpe mis pensamientos. Es mi madre, que entra con los ojos ya brillantes. Fantástico, ahora tendré que lidiar también con el momento emocional. Como si no fuera suficiente con todo lo demás.

"Ay, cielo...", empieza, y yo pongo los ojos en blanco.

“Mami, por favor, no empieces con el discurso de 'mi niña ha crecido'. Ya tengo suficiente material para una sesión de terapia”, la interrumpo, pero la abrazo de todas formas, cuidando de no arruinar el maquillaje que me costó dos horas de tortura.

“No puedo creer que vayas a casarte con ese chico del que siempre te quejabas”, dice ella, y Solana suelta una carcajada.

“¿Se quejaba? Dakota literalmente pasaba horas insultándolo. Era prácticamente su pasatiempo favorito después de la lectura compulsiva de textos antiguos”, interviene mi 'adorable' amiga.

“Como si tú hubieras sido mejor con Cassian”, replico. “Les hizo falta una prueba de embarazo para admitir que se gustaban”.

Solana se sonroja, pero no pierde su sonrisita. “Al menos yo no fingí odiarlo durante años”.

“No fingía”, aclaro. “Lo odiaba de verdad. Es solo que luego... no sé, pasó. Como un accidente de tráfico a cámara lenta, solo que en lugar de llamar a la ambulancia, acabé enamorándome del idiota que me chocó”.

Mi madre niega con la cabeza, sonriendo. “El amor es raro”.

“No, el amor es una mierda”, corrijo. “Pero Hunter... Hunter es mi mierda favorita”.

Otro golpeteo en la puerta. Esta vez es el organizador de bodas, que parece al borde de un colapso nervioso. Probablemente porque Hunter y yo hemos saboteado todos sus intentos de hacer de esta ceremonia algo "tradicional".

“Es la hora”, anuncia, y mi estómago da una voltereta.

Me miro una última vez en el espejo. No soy la clásica novia radiante y emocionada. Sigo siendo yo, Dakota Wexler, con mi sarcasmo y mis inseguridades, solo que ahora estoy a punto de casarme con el único hombre lo suficientemente loco como para querer pasar el resto de su vida enfrentándose verbalmente conmigo.

“¿Lista para convertirte en la señora Slates?”, pregunta Solana, y yo hago una mueca.

“Primero que nada, mantendré mi apellido, gracias. Y segundo... sí, estoy lista. Dios me ayude, pero estoy lista”.

Mientras me dirijo hacia la puerta, pienso en Hunter, que me espera afuera. Probablemente está aterrorizando a los invitados con su ego desmesurado, o quizás está volviendo loco a Cassian con sus paranoias prematrimoniales. Y extrañamente, ese pensamiento me hace sonreír.

Porque al final, en todo este absurdo caos que es nuestra historia, hay una verdad innegable: Hunter y yo somos perfectos en nuestra imperfección. Dos desastres que, juntos, de alguna manera, funcionan.

“Vamos”, digo, agarrando el ramo. “Tengo un quarterback que casar”.

Y mientras salgo de la habitación, no puedo evitar pensar que tal vez, sólo tal vez, el universo no tenga un mal sentido del humor. Quizás solo tenga un gusto peculiar por la ironía. Y Hunter y yo somos su chiste favorito.

El altar es un circo de elegancia forzada y referencias al fútbol americano que harían estremecer a cualquier organizador de bodas con un mínimo de buen gusto. Pero bueno, cuando te casas con Hunter Slates, debes esperar que su ego requiera espacio incluso en la decoración. Hay balones de fútbol entrelazados con rosas blancas (¿en serio?), y juro que he visto un centro de mesa hecho con un casco cromado. Es tan kitsch que casi se vuelve artístico.

Aquí estoy, de pie frente a quien una vez llamé "el rey de los idiotas", mientras un oficiante que parece salido de una comedia de los años 90 intenta mantener una apariencia solemne. Detrás de mí, Solana probablemente está conteniendo la risa, y puedo oír a Cassian susurrando algo tipo "quién lo hubiera dicho" a cualquiera que esté cerca.

Hunter me mira con esa sonrisa de cabrón que, hace unos meses, me hacía querer abofetearlo y que ahora... bueno, todavía me hace querer abofetearlo, pero de una forma más cariñosa.

"Estamos aquí reunidos...", comienza el oficiante, pero Hunter lo interrumpe.

"¿Podemos saltarnos la parte aburrida? Dakota podría quedarse dormida y arruinar su maquillaje perfecto", dice, haciéndome poner los ojos en blanco.

"¿Ya preocupado de que pueda huir, Slates?", respondo, y algunos invitados contienen la respiración. No están acostumbrados a nuestra forma de comunicarnos, hecha de pullas y sonrisas sarcásticas.

El oficiante se aclara la garganta, claramente incómodo. "Quizá podríamos pasar directamente a los votos".

Hunter asiente, y por un momento su sonrisa arrogante da paso a algo más sincero. "Dakota", comienza, y mi corazón hace algo estúpido, como saltarse un latido, "prometo ser siempre el bastardo arrogante que aprendiste a soportar. Prometo seguir provocándote, desafiándote, haciéndote enfadar al menos una vez al día. Porque así es como funcionamos nosotros. Nunca hemos sido una de esas parejas empalagosas que se intercambian poesías de amor. Somos más del tipo que se insulta como forma de afecto".

Hace una pausa, y veo en sus ojos esa vulnerabilidad que solo me muestra a mí. "Prometo ser siempre tu enemigo favorito, tu antagonista personal, el idiota que arruinó todos tus planes de vida perfectamente organizados. Pero sobre todo, prometo amarte tal y como eres: sarcástica, imposible, brillante y terriblemente testaruda".

Escucho algunos "aww" entre el público, y tengo que contener el impulso de hacer una broma ácida. En su lugar, tomo una respiración profunda y empiezo mis votos.

"Hunter Slates", digo, saboreando la expresión tensa en su rostro, "prometo seguir desmontando tu ego cada vez que se haga demasiado grande como para pasar por una puerta. Prometo ser siempre quien te devuelva a la tierra cuando tu cabeza sea demasiado grande para tu cuerpo. Y sí, prometo amarte, aunque seas el mayor 'pain in the ass' que he conocido".

Me detengo un momento, disfrutando de su sonrisa que se ensancha. "Prometo ser siempre tu némesis intelectual, la que te desafía, la que te empuja más allá de tus límites. Porque aunque seas un idiota arrogante con un complejo de superioridad tan grande como el Gran Cañón, eres mi idiota arrogante".

La multitud ríe, pero veo en los ojos de Hunter que lo ha entendido. Ha entendido que detrás del sarcasmo, detrás de las pullas, hay una verdad que no logramos expresar de otra forma. Que esta es nuestra manera de decir "te amo".

"Y prometo", continúo, la voz suavizándose un poco, "no cambiar nunca. Ser siempre esa cabrona sarcástica que te volvió loco. Porque, de alguna manera absurda, es eso precisamente lo que ha hecho que todo funcione".

"Como si pudieras cambiar", murmura él, haciéndome sonreír.

El oficiante, que parece haber entendido que esta no es una ceremonia tradicional, procede con el intercambio de anillos. Hunter toma el mío con una delicadeza que contrasta con su habitual actitud de macho.

"Con este anillo", dice, "prometo seguir siendo tu mayor problema".

"Con este anillo", respondo mientras le pongo el anillo, "prometo ser siempre tu solución más complicada".

Cuando el oficiante nos declara marido y mujer, Hunter me mira con esa sonrisa de cabrón que ya amo más de lo que quisiera admitir.

“¿Puedo besar a la novia?”, pregunta, pero no espera la respuesta. Me tira hacia él y me besa como si todavía estuviéramos en esa maldita biblioteca, como si todavía intentara provocarme, hacerme perder el control.

Escucho a Solana silbar y a Cassian gritar algo inapropiado. La multitud aplaude, probablemente pensando que somos la pareja más extraña que han visto. Y tal vez lo seamos.

Pero mientras nos separamos, veo en sus ojos todo lo que nunca decimos en voz alta. Todo el amor que escondemos tras bromas sarcásticas y provocaciones constantes.

“Te amo, cerebrito”, susurra, solo para mis oídos.

“Yo también te amo, idiota”, respondo, y por una vez, no hay ni rastro de sarcasmo en mi voz.

Porque al final, en medio de todo este circo de balones de fútbol y rosas blancas, en medio de las risas de los invitados y las miradas perplejas, hay una verdad simple: Hunter y yo nos amamos exactamente como somos. Dos personas imposibles que han encontrado su manera única y retorcida de ser felices juntos.

Y mientras nos dirigimos hacia la nave central, mano a mano, pienso que quizás este es justo el tipo de amor que necesitaba. No el de los cuentos de hadas, no el de las películas románticas, sino este: real, imperfecto, sarcástico y absolutamente nuestro.

***

El jardín parece sacado de una de esas revistas de bodas con las que Solana me ha torturado durante meses, solo que alguien decidió añadir detalles "deportivos" por todas partes. Incluso hay mini zonas de touchdown como marcadores de sitio, porque aparentemente casarse con Hunter Slates significa aceptar que el fútbol se infiltre en cada aspecto de tu vida. Es como si ESPN hubiera vomitado sobre Martha Stewart Living.

Cassian se levanta para dar su discurso como padrino, y yo ya me preparo para lo peor. Su sonrisa de gato de Cheshire me dice que está a punto de arruinar completamente mi reputación de cínica impenetrable.

“Saben”, comienza, levantando la copa, “he pasado los últimos meses viendo a mi mejor amigo transformarse de 'rey del campus' a... bueno, completo idiota enamorado”. Hace una pausa dramática, y juro que podría estrangularlo. “¿Y creen que ha sido divertido? ¡Ha sido divertidísimo!”

La multitud se ríe, y Hunter me aprieta la mano bajo la mesa, probablemente sabiendo que estoy contemplando el asesinato de su padrino.

“Hunter pasaba horas - y me refiero literalmente a horas - quejándose de 'esa maldita nerd que no caía a sus pies'. Al principio pensamos que era solo su ego herido, ya saben cómo es...”, Cassian me guiña un ojo. “Pero luego empecé a notar algo raro. Como el hecho de que siempre supiera qué libro estaba leyendo Dakota, o que 'casualmente' se encontrara en la biblioteca a la misma hora”.

“Era acoso”, intervengo, haciendo reír a los invitados.

“Era amor”, corrige Cassian, y dios mío, realmente se va a poner empalagoso. “Un amor tan obvio que todo el campus empezó a hacer apuestas sobre cuánto tardarían en juntarse. En fin, tengo que agradecerle a Dakota por haberse tardado tanto: gané una buena suma”.

Hunter pone los ojos en blanco. “Vaya forma de apoyar a tu mejor amigo”.

“¡Hey, si no podía ayudarte a conquistarla, al menos gané algo!”, Cassian da otro sorbo. “Pero en serio, nunca había visto a Hunter tan... vivo como cuando discutía contigo, Dakota. Era como

si finalmente hubiera encontrado a alguien que no tenía miedo de decirle lo idiota que era. Y créanme, lo necesitaba".

Solana se levanta, su barriga casi volcando la mesa. "¡Oh, pero esa es solo la mitad de la historia!", anuncia, y yo quisiera desaparecer bajo la mesa. "Permítanme contarles sobre la otra protagonista de esta comedia romántica".

"Por favor, no", murmuro, pero ella me ignora completamente.

"Nuestra Dakota, reina del sarcasmo y princesa de los libros polvorientos, pasaba sus noches en la biblioteca. Al principio pensé que era solo su rutina habitual de nerd...", Solana me dedica una sonrisa diabólica. "Luego noté que esos 'estudios nocturnos' coincidían extrañamente con los horarios en los que cierto quarterback terminaba sus entrenamientos".

"¡Estaba estudiando!", protesto, pero nadie me cree ya.

"Oh sí, estudiabas anatomía muy atentamente", replica Solana, haciéndome ruborizar. "Especialmente cuando Hunter se entrenaba sin camiseta".

Hunter me mira con una sonrisa insoportable. "Sabía que me espiabas".

"Estaba buscando pruebas para denunciarte por acoso", replico, pero él simplemente me besa en la sien, ese cabrón.

"Lo mejor es que ambos estaban tan empeñados en negar sus sentimientos que se convirtió en un espectáculo para todo el campus", continúa Solana. "Ella fingiendo odiarlo mientras memorizaba sus horarios, él fingiendo estar allí por casualidad cuando sabía exactamente dónde encontrarla".

"Éramos patéticos", admito, y Hunter asiente.

"El más patético era yo", dice, sorprendiéndome. "Literalmente fingí tener problemas con los estudios solo para tener una excusa para pasar más tiempo contigo".

"Espera, ¿qué?". Lo miro incrédula. "¿Tú no necesitabas realmente ayuda?"

"Cariño, siempre he sido un estudiante decente. No brillante como tú, claro, pero me las arreglaba". Se rasca la nuca, casi avergonzado. "Es solo que no sabía cómo acercarme a la chica que parecía odiarme con cada fibra de su ser".

"Eso es...", empiezo.

"¿Adorable?", sugiere Solana.

"Patético", concluyo, pero no puedo evitar sonreír.

"Como aquella vez que Dakota 'accidentalmente' derramó café sobre sus apuntes solo para tener una excusa para pedirte los tuyos", añade Solana, y ahora es mi turno de ruborizarme.

"¡No lo hiciste!", Hunter me mira sorprendido.

"Lo hizo", confirma Solana. "Y pasó como una hora decidiendo qué café derramar para causar el mayor daño posible sin parecer demasiado obvio".

"Era un plan perfectamente calculado", me defiendo, pero ya estoy riéndome también.

Cassian levanta de nuevo la copa. "Al quarterback más terco y a la nerd más sarcástica que he conocido. Nos volvieron locos con sus juegos, pero al final... al final demostraron que incluso las historias más improbables pueden funcionar".

"Al amor que nace del odio", añade Solana.

"Al amor que nace del sarcasmo", corrijo yo.

"Al amor y ya", concluye Hunter, y por una vez no tengo ganas de hacer una broma sarcástica.

Mientras los invitados brindan, me acerco a él. "Sabes que sigues siendo un idiota, ¿verdad?"

"Y tú sigues siendo una snob insoportable", responde, besándome suavemente.

"Perfect match", murmuro contra sus labios.

Y mientras la fiesta sigue a nuestro alrededor, con Cassian contando más historias embarazosas y Solana revelando todos mis secretos, pienso que quizá esta sea exactamente la historia de amor que nos merecemos. No la de los cuentos de hadas, no la de las películas románticas, sino esta: imperfecta, sarcástica, llena de pullas y momentos de vulnerabilidad oculta.

Una historia que empieza con odio y termina en amor, pero que nunca pierde ese toque de ironía que nos hizo enamorarnos en primer lugar.

***

Me despierto al sonido de Hunter gritando jugadas de fútbol americano mientras duerme.

Cinco años de matrimonio y aún no me he acostumbrado al hecho de que mi marido hable en sueños como si estuviera comentando el Super Bowl. "¡Blue 42! ¡Blue 42! ¡Hut!" Le golpeo con una almohada. "Coach Slates, estamos en casa, no en el campo."

Nuestra casa es una mezcla absurda de nuestras personalidades: mis libros antiguos se mezclan con sus trofeos, pósteres de filósofos comparten las paredes con estrategias de juego. Es como si una biblioteca universitaria hubiera tenido sexo con un vestuario y este fuera el resultado.

Hunter se despierta con esa sonrisa suya de siempre, la que incluso después de cinco años me hace querer besarlo y darle una bofetada al mismo tiempo. "Buenos días, profesora Wexler. ¿Aún enfadada porque tus estudiantes piensan que la Filología de las Civilizaciones Especulativas es un curso sobre Star Trek?"

"Al menos mis estudiantes saben leer" replico. "Tus jugadores siguen comunicándose principalmente a gruñidos."

"¡Hey, ganaron el campeonato!"

"Sí, y estoy segura de que sus gruñidos victoriosos fueron muy elocuentes."

La verdad es que ambos estamos ridículamente orgullosos el uno del otro. Hunter ha convertido a los Santa Clara Wrath de un equipo mediocre en una potencia nacional, y yo... bueno, yo he logrado que la Filología de las Civilizaciones Especulativas sea reconocida como una disciplina seria. Más o menos. Al menos ya no se ríen cuando explico de qué se trata. Ahora solo me miran confundidos.

El timbre suena, y ya sé quién es antes de abrir la puerta. Solo una persona sería tan maleducada como para presentarse a las siete de la mañana de un domingo.

"¡Tíos favoritos!" La voz de Solana resuena mientras su pequeño tornado de cinco años, oficialmente llamado James pero universalmente conocido como "Mini Coach", se lanza entre mis piernas.

"Somos sus únicos tíos" le recuerdo a Hunter, que ya está levantando al niño para enseñarle alguna jugada de fútbol. Porque, obviamente.

"¡Mini Coach, muéstrale a la tía Dakota ese movimiento que te enseñé!" dice Cassian, y yo pongo los ojos en blanco mientras el niño hace una perfecta imitación del famoso "Baile de la Victoria de Slates" de Hunter.

"Lo estáis criando para que sea tan insoportable como vosotros, ¿¼overdad?" pregunto, pero no puedo evitar sonreír cuando el pequeño me mira con los mismos ojos astutos de su madre.

"Como si tú no le estuvieras enseñando sarcasmo" replica Solana, acomodándose en nuestro sofá como si fuera su casa. "El otro día le dijo a su maestra de preescolar que su método de enseñanza era 'estructuralmente carente de lógica básica'."

"¡Ese es mi sobrino!" exclamo orgullosa, mientras Hunter niega con la cabeza.

“Dios nos ayude, espero que no salga a la tía Dakota.”

“Mejor que un mini tú” respondo. “El mundo no está preparado para otro Hunter Slates.”

Como para confirmar mis palabras, Mini Coach empieza a flexionar sus microscópicos músculos igual que su tío. “¡Mira, mamá, soy fuerte como el tío Hunter!”

“Y modesto como él” añado en voz baja, haciendo reír a Solana.

Hunter se sienta a mi lado, pasándome una taza de café. Sabe exactamente cómo lo tomo: negro como mi alma, como él dice. “Sabes” murmura mientras observamos a Cassian enseñar a su hijo cómo poner cara de quarterback enfadado, “no está mal esta vida.”

“¿Te estás volviendo sentimental, coach?” lo tomo el pelo, pero me apoyo en él de todos modos.

“Nunca tanto como tú, profe” replica. “He visto que has enmarcado el artículo sobre tu último libro.”

“¡Era por motivos puramente académicos!”

“Sí, como cuando yo guardé el primer balón que me lanzaste ‘por motivos puramente deportivos’.”

Solana nos mira e imita un gesto de asco. “Seguís siendo terriblemente adorables incluso después de cinco años. Es inquietante.”

“No somos adorables” protestamos al unísono, lo que obviamente solo empeora la situación.

Mini Coach se sube a mis rodillas, mirándome con esos ojos que son una copia exacta de los de Solana. “Tía Dakota, ¡cuéntame otra vez la historia de cómo hiciste que el tío Hunter se enamorara de ti!”

“Oh, no” gime Hunter. “No esa historia.”

“Oh, sí” sonrío malignamente. “Mira, pequeño, todo empezó cuando tu tío era el mayor idiota del campus...”

“¡Era el rey del campus!” protesta Hunter.

“Era el rey de los idiotas” continúo, ignorándolo. “Y yo era la única lo suficientemente inteligente como para decirle cuán idiota era.”

“¿Y luego se enamoraron?” pregunta Mini Coach, aunque ha escuchado esta historia al menos mil veces.

“No, primero le tiré un libro a la cabeza” respondo. “Luego nos enamoramos.”

“Era un diccionario” añade Hunter, masajeándose la cabeza como si aún pudiera sentir el dolor. “Un maldito diccionario de latín.”

“Te hacía falta un poco de cultura” replico.

“¡Me hacía falta una tomografía!”

Cassian se ríe. “Recuerdo ese día. Nunca había visto a Hunter tan... feliz de haber sido agredido con material didáctico.”

“Porque finalmente alguien había puesto a Hunter en su lugar” explica Solana. “Era como su kink.”

“¡Hay niños presentes!” protesto, tapando los oídos de Mini Coach.

“Como si no supiera ya todo” replica Solana. “El otro día dijo que la nueva niña en el preescolar era su ‘interés romántico’.”

“Eso es... preocupante” comento.

“Es un Slates-Martínez” dice Cassian con orgullo. “El romanticismo lo lleva en la sangre.”

“Como el sarcasmo” añade Hunter, mirándome.

“Y el ego desproporcionado” concluyo yo.

Mini Coach nos mira confundido. "¿Qué es un ego?"

"Es lo que tu tío Hunter tiene en exceso" explico. "Como los músculos, pero en la cabeza."

"Y tu tía Dakota tiene en exceso sarcasmo" añade Hunter. "Como el café, pero en las palabras."

"Sois raros" decide Mini Coach, volviendo a jugar con su mini balón de fútbol.

"No tienes idea, pequeño" murmuro, mirando a nuestra extraña familia reunida en nuestro aún más extraño salón.

Y mientras observo a Hunter intentando enseñar a Mini Coach cómo hacer su famosa "cara de touchdown" (que es prácticamente la misma cara que hace cuando gana una discusión conmigo), pienso que quizá esta vida, por absurda que parezca, es exactamente lo que necesitábamos. Una mezcla perfectamente imperfecta de fútbol y filosofía, de sarcasmo y dulzura, de competencia y amor.

"Te amo" susurra Hunter, como si me hubiera leído la mente.

"Lo sé" respondo.

"Empollona" dice él.

"Jock" replico.

Y ese, al final, es nuestro "para siempre".

***

La conferencia académica es exactamente el tipo de evento que Hunter definiría como "un encuentro de nerds profesionales", y probablemente tendría razón. El aire está tan denso de intelectualismo que casi se puede cortar con un cuchillo, y juro haber escuchado a alguien citar a Foucault mientras hacía fila para el café.

Es aquí donde lo veo: Elias.

Sigue siendo el mismo chico de aspecto amable, aunque ahora lleva las gafas con más seguridad y tiene esa serenidad típica de quien ha encontrado su lugar en el mundo. Está hablando con una mujer que reconozco de las revistas arqueológicas (sí, existen, y sí, las leo - acostúbrense): la famosa Dra. Sophie Levin, su esposa.

"Dakota Wexler" me saluda, y su sonrisa es genuina. "¿O debería decir Prof. Wexler?"

"Por favor, deja los títulos para los pomposos de Harvard" respondo, haciéndolo reír. "¿Cómo estás, Elias?"

"Bien" dice, y puedo ver que es verdad. "He seguido tu trabajo sobre la filología de las civilizaciones especulativas. Es... revolucionario."

"Sigue siendo incomprensible para el 99% de la gente" admito. "Pero bueno, al menos ahora tengo una cátedra para ser incomprensible profesionalmente."

Sophie se acerca, y hay algo en la forma en que Elias la mira que me hace entender cuán correcto es todo esto. Es la misma mirada que Hunter me dedica cuando piensa que no lo noto.

"¡Dakota!" Sophie me abraza como si fuéramos viejas amigas. "Elias me ha hablado mucho de ti."

"Todo mentiras, espero" respondo automáticamente, y luego me doy cuenta de que estoy imitando a mi Hunter interior. Dios, ese idiota realmente me ha cambiado.

"Me dijo que eres la chica más inteligente que jamás ha conocido" dice Sophie.

"Y tú sigues siendo demasiado amable para tu bien" respondo a Elias, pero esta vez sin amargura. Es extraño cómo el tiempo transforma incluso los recuerdos más complicados en algo dulce.

"¿Cómo está Hunter?" pregunta Elias, y el hecho de que lo pregunte sinceramente, sin rastro de resentimiento, me hace entender cuánto hemos crecido todos.

"Es... Hunter" respondo, y ellos se ríen porque entienden exactamente lo que quiero decir. "Ha convertido a los Wrath en una potencia nacional y su ego ha crecido proporcionalmente. A veces tengo que ensanchar las puertas para que pase."

"Os hemos visto en las noticias deportivas" dice Sophie. "Parecéis felices."

"Lo estamos" admito. "De una manera completamente disfuncional y probablemente preocupante para cualquier terapeuta, pero lo estamos."

"Nunca ha sido una historia convencional la vuestra" comenta Elias.

"Gracias a Dios" respondo. "Lo convencional me aburre hasta la muerte."

Nos sentamos en una mesa apartada, lejos de la multitud de académicos que debaten sobre algún oscuro aspecto de la sintaxis comparada. Es surrealista lo fácil que es hablar con ellos, lo natural que resulta esta nueva dinámica.

"Sabes" dice Elias después de un rato, "durante un tiempo pensé que tú eras la persona correcta para mí."

"Lo sé" respondo honestamente. "Y en otro universo, tal vez lo hubiera sido. Pero en este..."

"En este necesitabas a alguien que te desafiara" completa él. "No a alguien que simplemente te entendiera."

"Y tú necesitabas a alguien que apreciara tu bondad en lugar de encontrarla frustrante" añado, mirando a Sophie, que sonríe.

"Es extraño cómo la vida te lleva exactamente donde debes estar" reflexiona Sophie. "Incluso cuando piensas que has tomado el camino equivocado."

"¿Como cuando piensas que odiar al quarterback arrogante es una estrategia de vida sólida y al final terminas casándote con él?" sugiero, haciéndolos reír.

"¿O cuando piensas que la chica brillante y sarcástica es tu destino y luego conoces a una arqueóloga que pasa los días excavando en la tierra?" añade Elias, mirando a su esposa con adoración.

"Todos somos clichés" concluye Sophie. "Solo que no los que pensábamos ser."

"Hunter me mataría si me escuchara hacer discursos tan profundos" digo. "Me acusaría de ser una de esas intelectuales snob que tanto criticaba."

"¿Y tú qué le responderías?" pregunta Elias, curioso.

"Que al menos yo sé escribir mi nombre sin cometer errores ortográficos" respondo rápidamente, haciéndolos estallar en carcajadas.

"No has cambiado tanto" observa Elias.

"No" admito. "Solo soy... una versión mejor de mí misma. Con más sarcasmo y menos miedo a usarlo."

"¿Hunter te ha hecho ese efecto?"

"Hunter me hizo entender que no tenía que cambiar. Solo aceptar quién era realmente."

"Eso es lo que hace el amor correcto" dice Sophie, apretando la mano de Elias.

"Oh Dios, nos estamos volviendo empalagosos" protesto. "Vamos, que alguien diga algo cínico antes de que me dé diabetes."

"¿La vida es un vacío existencial lleno de café y decepciones?" sugiere Elias.

"Mejor" apruebo. "Mucho mejor."

Mi teléfono vibra. Es un mensaje de Hunter: "Espero que estés aterrorizando apropiadamente a tus colegas nerds con tu brillantez cáustica. Te amo."

"¿Hunter?" pregunta Elias, viendo mi sonrisa.

"Le preocupa que me vuelva demasiado académica" explico. "Dice que existe el riesgo de que pierda mi 'edge'."

"Como si fuera posible" comenta Sophie.

"Lo sé, ¿verdad? Es como si no me conociera en absoluto" respondo, pero ya estoy escribiendo una respuesta sarcástica a mi marido.

"¿Sabes algo?" dice Elias de repente. "Me alegra que haya sido así."

Lo miro, sorprendida por su sinceridad. "Yo también" respondo, y realmente lo pienso.

"¿Por la vida que nos sorprende?" propone Sophie, alzando su taza de café.

"¿Por cómo a veces tenemos que tomar el camino equivocado para encontrar el correcto?" añade Elias.

"¿Por el sarcasmo que salva relaciones?" concluyo yo, y brindamos todos riendo.

Mientras me despido de ellos, prometiendo mantener el contacto (y sabiendo que realmente lo haremos, porque ahora podemos), pienso en lo extraño que es el destino. Cómo te lleva exactamente donde debes estar, incluso cuando piensas que vas en la dirección opuesta.

Mi teléfono vibra de nuevo. Hunter: "¿Ya te has convertido al lado oscuro de la academia?"

"Nunca" respondo. "Sigo siendo la misma imbécil sarcástica de la que te enamoraste."

"Gracias a Dios" es su respuesta inmediata. "Te espero en casa con una botella de vino y cero citas filosóficas."

Y mientras me dirijo a la salida, pienso que quizá esta sea la verdadera magia: encontrar a alguien que ame exactamente quién eres, sarcasmo incluido.

***

El sol está poniéndose sobre el campo de fútbol, y yo estoy sentada en las gradas como una acosadora profesional que finge ser intelectual. La escena tiene algo de surrealista, como una de esas series de televisión americanas donde la nerd acaba con el quarterback, solo que en la vida real hay mucho más sarcasmo y muchas menos declaraciones de amor bajo la lluvia.

Hunter está entrenando a los Wrath con esa su actitud de "soy el dios del fútbol descendido a la tierra para iluminaros con mi presencia". Su ego sigue siendo muy grande, pero tengo que admitir que hay algo diferente en la forma en que se mueve ahora. Una seguridad que ya no nace de la necesidad de demostrar algo, sino de la conciencia de estar exactamente donde debe estar.

"¡Blue 42! ¡Hut!" Su voz resuena en el campo, y no puedo evitar sonreír pensando en cuántas veces le he escuchado gritar esas mismas palabras en sueños. Sí, alerta de spoiler: el gran Hunter Slates habla de fútbol en sueños. Y yo, como la esposa devota que soy, lo grabo regularmente para chantajearlo.

Me ve en las gradas y su sonrisa se ensancha de esa manera irritante que aún me hace querer lanzarle algo. Preferiblemente un libro. Posiblemente pesado.

"¡Hey, cerebrito!" me grita desde el campo. "¿Aún aquí estudiando mis movimientos?"

"Alguien tiene que controlar tu ego" respondo. "Considéralo un servicio público."

Se acerca a las gradas, ignorando completamente a sus jugadores que ahora nos miran como si fuéramos una telenovela en vivo. Y tal vez lo somos. "Los audaces y los sarcásticos", próximamente en sus pantallas.

"Admítelo" dice, apoyándose en la reja con esa actitud de modelo de Calvin Klein que me hace poner los ojos en blanco. "No puedes estar lejos de mí."

“Es más una forma de monitoreo preventivo” respondo. “Como cuando se vigila a un niño particularmente problemático.”

“Un niño problemático con el que te casaste.”

“Claramente un momento de debilidad mental. Aún espero que los medicamentos hagan efecto.”

Él se ríe, y el sonido me golpea directo al corazón, aunque preferiría morir antes que admitirlo en voz alta. Sigue siendo el mismo idiota arrogante del que me enamoré, pero ahora hay una dulzura en su mirada que reserva solo para mí. Como si detrás de todo ese machismo de quarterback hubiera un secreto que solo yo conozco.

“Sabes” dice, bajando la voz para que solo yo pueda oírlo, “a veces todavía me pregunto cómo diablos acabamos aquí.”

Trauma craneal, sugiero. "Todos esos golpes en el campo deben haberte dañado el cerebro hasta el punto de pensar que casarte conmigo era una buena idea.

No, responde, y su tono es serio a pesar de la sonrisa. Creo que fue la forma en que me lanzaste ese diccionario de latín a la cabeza. Nadie había intentado matarme de una manera tan... académica.

Era un intento de transferirte conocimiento por ósmosis, replico. Claramente fallido.

Un jugador grita algo desde el campo, probablemente preguntándose si el entrenamiento continuará alguna vez o si tendrá que asistir para siempre a este nuestro extraño ritual de cortejo postmatrimonial.

El deber me llama, dice Hunter, pero no se mueve. ¿Cena esta noche?

Depende. ¿Piensas contarme cada jugada del partido del sábado como si estuvieras narrando la epopeya de Gilgamesh?

Solo los momentos destacados, promete. Y luego podrás torturarme con tu último trabajo sobre la lingüística de las civilizaciones alienígenas.

Civilizaciones especulativas, lo corrijo automáticamente.

¿Ves? Estoy aprendiendo, sonríe, y no puedo evitar devolverle la sonrisa.

Me mira un momento más, como si estuviera memorizando cada detalle, luego se da vuelta para regresar con sus jugadores. Se detiene después de unos pocos pasos. Oye, Dakota?

Sí?

Te amo, cerebrito.

Yo también te amo, idiota.

Mientras Hunter regresa al campo, mi mente vaga hacia los recuerdos como en uno de esos ridículos flashbacks de serie de televisión. No es que vea series de televisión - tengo una reputación de snob intelectual que mantener, gracias.

Todavía recuerdo perfectamente el día en que todo cambió. Estaba en la biblioteca (obviamente), enterrada entre montones de libros como una versión menos sexy de Indiana Jones, cuando Hunter se sentó en mi mesa como si fuera el dueño del lugar.

Ese asiento está ocupado, dije sin levantar la vista.

¿Por quién? ¿Por tus amigos imaginarios?

No, por tu ego. Ocupa al menos tres sillas.

Y así comenzó: con insultos, sarcasmo y esa tensión eléctrica que ni siquiera un apagón habría podido apagar. ¿Quién habría pensado que esa sería nuestra versión personal de "y vivieron felices y sarcásticos para siempre"?

¡Dakota! La voz de Solana interrumpe mis recuerdos. Ella y Cassian están subiendo las gradas,

con Mini Coach corriendo delante de ellos como un pequeño tornado.

¡Tía Dakota! grita el pequeño. Luego se sube a mis rodillas. ¡Cuéntame otra vez cómo hiciste enojar al tío Hunter la primera vez!

¿Cuál vez? pregunto inocentemente. ¿La del diccionario? ¿O la vez que corregí su pronunciación latina delante de todo el equipo?

¡La del beso! exclama el niño, y Solana estalla en carcajadas.

Oh, pequeño, esa es mi parte favorita, dice. Tu tía Dakota aquí presente fingía odiar a tu tío Hunter durante tanto tiempo que cuando finalmente se besaron, todo el campus organizó una fiesta.

¡No es cierto! protesto.

Oh, es absolutamente cierto, confirma Cassian. Aún tengo los videos.

¿¡Filmaron nuestro primer beso!?

¡Fue un momento histórico! se defiende Solana. Como el primer hombre en la luna, pero con más tensión sexual reprimida.

Mini Coach nos mira confundido. ¿Qué es sexual?

Pregúntale a tu padre, respondo rápidamente, ganándome una mirada de desaprobación de Cassian.

La cuestión es, continúa Solana, salvando la situación, que tus tíos eran los mayores idiotas que el campus haya visto. Se amaban tanto que la única forma que tenían de manejarlo era fingir que se odiaban.

¡Como en las películas! exclama Mini Coach.

No, cariño, mucho peor, responde su madre. En las películas al menos tienen el buen sentido de besarse bajo la lluvia. Estos dos se declararon su amor lanzándose insultos en latín.

Era griego antiguo, corrijo automáticamente.

¿Ves? Solana levanta las manos exasperada. ¡Aún son así!

Miro hacia el campo, donde Hunter está explicando una jugada a sus chicos con la misma pasión con la que yo hablo de filología. Aún es ese quarterback arrogante que me volvía loca, pero ahora también es el hombre que me despierta cada mañana con una taza de café y un comentario sarcástico.

¿Sabes qué me dijo el otro día? dice Cassian de repente. Me dijo que está aprendiendo griego antiguo. En secreto.

Lo miro sorprendida. ¿Qué?

Sí, se ríe Cassian. Dice que quiere poder insultarte en tu lengua materna.

El griego antiguo no es mi lengua materna, protesto, pero siento algo derretirse dentro de mí.

Es su forma de amarte, dice Solana suavemente. Como tú aprendiste todas las reglas del fútbol solo para poder decirle exactamente dónde se estaba equivocando.

¡No es cierto! Pero lo es, y todos lo saben.

Mini Coach se inclina hacia mí con aire conspirativo. Mamá dice que tú y el tío Hunter sois como Romeo y Julieta, pero con menos muertos y más palabrotas.

Tu madre tiene una forma muy particular de contar historias de amor, respondo, lanzando una mirada a Solana que solo se encoge de hombros.

Hey, al menos no le he contado sobre la vez que 'accidentalmente' derramaste café en tus apuntes solo para poder pedir los de Hunter.

O la vez que Hunter hizo como que no entendía la filosofía antigua solo para pasar más tiempo contigo, añade Cassian.

¿Éramos realmente tan patéticos? pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

Peor, responden al unísono.

Mini Coach nos mira a todos confundido. Los adultos son raros.

No tienes ni idea, pequeño, murmuro, mirando a Hunter que ahora está demostrando una jugada, su cuerpo moviéndose con esa gracia atlética que aún hace que mi corazón lata más rápido. No tienes ni idea.

¿Pero se aman? pregunta el niño con esa brutal honestidad que solo los pequeños poseen.

Sí, respondo, sorprendiéndome a mí misma por la falta de sarcasmo. De una manera completamente disfuncional y probablemente preocupante para cualquier terapeuta, pero sí. Nos amamos.

¿Como en un cuento de hadas?

No, sonrío. Mucho mejor.

El sol casi se ha puesto cuando el entrenamiento termina. Los últimos rayos pintan el campo de naranja y violeta, como una de esas postales que te dan diabetes con solo mirarlas. Hunter despide a sus chicos y se acerca a las gradas, aún sudoroso y con ese aire de "acabo de inventar el fútbol" que me hace querer burlarme de él.

¿Espectáculo interesante? pregunta, subiendo los escalones hacia nosotros.

He visto mejores, respondo. Había un documental fascinante sobre la sintaxis de las lenguas muertas...

Ni se te ocurra, me interrumpe, sentándose junto a mí. Mini Coach inmediatamente salta a sus rodillas, abandonándome sin remordimientos por su tío favorito.

Traidor, susurro al niño, que se ríe.

Tiene buen gusto, comenta Hunter, haciéndome poner los ojos en blanco.

Solana y Cassian se miran con esa expresión de "estos dos son imposibles" que han perfeccionado a lo largo de los años. Bueno, dice Solana levantándose, nosotros nos vamos. Mini Coach necesita cenar, y ustedes claramente necesitan una habitación.

¡Solana! protesto, sonrojándome.

¿Qué? Hace cinco años que están casados y todavía se miran como si quisieran saltarse encima o matarse. A veces ambas cosas.

Es nuestro encanto, dice Hunter, pasándome un brazo por los hombros.

Es su disfunción, corrige Cassian. Pero hey, funciona.

Después de que se han ido, quedamos solo Hunter y yo, sentados en las gradas mientras la oscuridad envuelve el campo. Hay algo poético en este momento, aunque preferiría morir antes que decirlo en voz alta.

El sol está poniéndose sobre el campo, y noto las venas de Hunter que laten ligeramente azules bajo la piel - siempre sucede cuando está particularmente emocionado. Después de todos estos años, ha aprendido a controlar sus "efectos especiales", como los llamo yo, pero hay momentos en que el Proyecto Quimera aún se asoma en nuestra vida cotidiana.

Tus luces de Navidad personales están particularmente activas esta noche, comento, rozándole el brazo.

Es porque Mini Coach hizo la Slates Victory Dance perfectamente, responde con esa sonrisa suya. La herencia continua.

Hablando de herencia... lanzo una mirada significativa a sus venas luminosas. ¿Tu madre ha terminado los análisis sobre los otros sujetos?

Hunter asiente. Sí. La mayoría de ellos está bien. El protocolo que desarrolló funciona - todos

están aprendiendo a manejar los... cambios.

¿Como tú?

Nadie como yo, responde con esa habitual arrogancia suya, pero luego se pone serio. Tuve suerte. Te tenía a ti que me impidiste perderme cuando todo parecía demasiado. Que te burlaste de mí incluso cuando brillaba como un letrero de neón defectuoso.

Bueno, alguien tenía que mantenerte con los pies en la tierra, replico. Aunque técnicamente podrías volar.

¡Una vez! protesta. Sucedía solo una vez, y estaba particularmente agitado...

Estabas celoso porque pensabas que coqueteaba con ese profesor de griego antiguo.

¡Te estabas riendo de sus chistes sobre los casos dativos!

Eran chistes muy inteligentes, lo provoco.

Él me atrae hacia él, y sus venas laten un poco más fuerte. Me casé contigo también por eso, ¿sabes? Porque eres la única persona que puede burlarse de mis poderes sobrehumanos como si estuviera comentando el clima.

Y yo me casé contigo porque... finjo pensarlo, bueno, los poderes de supersoldado son un bono interesante. Muy útil cuando hay que mover muebles.

Hunter se ríe, y el azul bajo su piel se atenúa ligeramente. Así es como funcionamos nosotros: convertimos incluso las consecuencias de un experimento genético en material para nuestras bromas.

Sabes, dice después de un momento, a veces pienso en cómo habría sido diferente nuestra vida si el Proyecto Quimera nunca hubiera existido.

¿Habrías sido solo un quarterback arrogante en lugar de uno genéticamente mejorado?

Y tú habrías sido de todos modos la nerd más sarcástica del campus.

Algunas cosas están destinadas a permanecer constantes en el universo, coincido. Como tu ego desproporcionado.

O tu forma de convertir cada momento serio en una oportunidad para burlarte de mí.

Es mi superpoder, respondo simplemente.

Y mientras la noche cae sobre el campo, pienso que quizá ese sea el verdadero milagro: no los poderes sobrehumanos o las venas azules luminosas, sino el hecho de que después de todo lo que hemos pasado - experimentos genéticos, complots gubernamentales, traiciones familiares - todavía estamos aquí, intercambiando bromas sarcásticas y amándonos exactamente por lo que somos.

Un quarterback genéticamente modificado y una nerd con una lengua afilada.

Nuestra versión personal de "y vivieron felices para siempre".

Con algunos efectos luminosos adicionales.

¿En qué estás pensando? me pregunta Hunter, y puedo sentir en su tono que no es una pregunta casual.

En cuán ridículos somos, respondo honestamente. En cómo todo esto parece salido de una de esas comedias románticas que tanto odiamos.

Con menos lluvia y más libros lanzados, añade él.

Y más sarcasmo. Mucho más sarcasmo.

Hunter se ríe, luego se pone serio. Sabes, no bromeaba antes cuando dije que a veces todavía me pregunto cómo terminamos aquí.

Es porque has recibido demasiados golpes en la cabeza, respondo automáticamente, pero él niega con la cabeza.

Hablo en serio, Dakota. Tú eras... eres... la chica más brillante, sarcástica e imposible que jamás conocí. Y yo era...

¿Un idiota arrogante con un ego tan grande como el Gran Cañón?

Exacto, sonríe. Y sin embargo, aquí estamos.

Me giro para mirarlo a los ojos. ¿Sabes por qué funcionó? pregunto. Porque nunca intentaste cambiarme. Nunca pretendiste que fuera menos sarcástica, menos difícil, menos... yo.

¿Cómo podría haberlo hecho? responde. Es exactamente eso de lo que me enamoré. De la forma en que me mantienes en línea con una broma afilada, de cómo tu cerebro trabaja más rápido que mi boca, de cómo logras hacerme sentir tanto el rey del mundo como un completo idiota en la misma frase.

Es un don, sonrío.

Es tu superpoder, confirma él. Como el mío es soportar tu sarcasmo sin volverme loco. Completamente.

¿Solo parcialmente?

Solo en los días pares.

Me apoyo en él, dejando que su calor me envuelva. ¿Sabes qué me dijo Cassian? Que estás estudiando griego antiguo en secreto.

Lo siento tensarse ligeramente. Ese traidor.

¿Por qué no me lo dijiste?

Quise sorprenderte, admite. Quizá insultarte en una lengua muerta durante nuestro aniversario.

Esto es... me mantengo seria por un segundo, lo más romántico que jamás he escuchado.

Lo sé, dice él con esa habitual sonrisa arrogante. Soy un genio.

Y el momento ha pasado, suspiro teatralmente.

Pero él me toma el rostro entre las manos, obligándome a mirarlo. Dakota Wexler, dice, usando ese tono serio que reserva solo para los momentos importantes, tú eres lo mejor que me ha pasado. Aunque probablemente me mates en el sueño uno de estos días.

Solo si roncas, prometo.

Y yo, continua ignorándome, soy lo mejor que te ha pasado a ti.

Eso es discutible.

No, no lo es. Porque nosotros... nosotros funcionamos. De una manera completamente absurda y probablemente poco sana, pero funcionamos.

¿Como un reloj roto que marca la hora correcta dos veces al día?

¿Como dos piezas de un rompecabezas muy, muy extraño?

Me inclino para besarlo, sintiendo su sonrisa contra mis labios. Te amo, susurro, porque hay momentos en los que ni siquiera el sarcasmo puede expresar lo que siento.

Lo sé, responde él, citando Star Wars porque sabe cuánto me enfurece cuando demuestra que ha prestado atención a mis maratones nerd.

Acabas de arruinar un momento perfectamente romántico con una cita nerd, lo acuso.

Lo he hecho mejor, corrige él. Lo he hecho nuestro.

Y tiene razón. Porque esto es lo que somos: una historia de amor contada a través de bromas sarcásticas y citas nerd, a través de insultos en latín y jugadas de fútbol. Una historia que no tiene sentido en el papel, pero que en la realidad es la única cosa que jamás ha tenido verdadero sentido.

Vamos a casa, dice Hunter, levantándose y tendiéndome la mano. Te enseño cuánto griego antiguo he aprendido.

¿Me estás haciendo propuestas indecentes en una lengua muerta?

Es mi forma de decirte que te amo.

Eres imposible, respondo, tomando su mano.

Lo sé, sonríe. Es por eso que te casaste conmigo.

Y mientras nos alejamos del campo, mano a mano bajo un cielo estrellado (sí, lo sé, es terriblemente cliché), pienso que quizás las mejores historias de amor no son las perfectas. Son las imperfectas, complicadas, llenas de sarcasmo y bromas afiladas. Las que te hacen reír incluso mientras te rompen el corazón, las que crecen y cambian pero permanecen siempre fieles a sí mismas.

La nuestra no es un cuento de hadas. Es mejor. Es real, es imperfecta, es nuestra.

Y es todo lo que siempre he querido, incluso cuando no lo sabía.

Te amo, idiota, digo mientras llegamos al coche.

Yo también te amo, cerebrito, responde él.

Y así termina - o mejor dicho, continua - nuestra historia. No con un beso bajo la lluvia o una declaración de amor épica, sino con un insulto cariñoso y una risa compartida.

Justo como debe ser.